

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE DERECHO

Departamento de Derecho Romano



TESIS DOCTORAL

En torno a las leyes de Tiberio y Cayo Graco

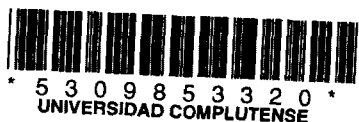
MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Miguel Angel Peñalver Rodríguez

Madrid, 2015

Miguel Angel Peñalver Rodríguez

TP
1980
OSD



x - 53 - 277140 - 2

EN TORNO A LAS LEYES DE TIBERIO Y CAYO GRACO

Departamento de Derecho Romano
Facultad de Derecho
Universidad Complutense de Madrid
1980



BIBLIOTECA

© Miguel Angel Peñalver Rodríguez
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1980
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-17176-1980

Tesis doctoral que presenta D. MIGUEL
ANGEL PEÑALVER RODRIGUEZ, dirigida por
el catedrático de la Universidad Com-
plutense de Madrid D. JUAN IGLESIAS
SANTOS, para la colación del grado de
doctor en la Universidad Complutense
de Madrid.

Madrid. Febrero de 1979.

EN TORNO A LAS LEYES DE TIBERIO Y CAYO GRACO.

=====

I N D I C E

	<u>Pág.</u>
I. INTRODUCCION.	1
II. LAS FUENTES DE LA HISTORIA DE LOS GRACOS.	5
III. LOS PROBLEMAS DE LA REPUBLICA ROMANA EN EL SIGLO II A. C.	13
1. El examen de la situación en las -- fuentes.	13
2. Los problemas de orden político. ..	18
a) La oligarquía.	20
b) El desamparo de los plebeyos. ..	25
c) La discriminación hecha con los caballeros.	33
d) El tratamiento de los latinos e italícos.	37
e) La explotación de las provin- -- cias.	38
3. Los problemas de orden económico y social.	43

	<u>Pág.</u>
a) El enriquecimiento del Estado -- tras las conquistas.	54
b) Enriquecimiento de los negocian- tes.	55
c) La miseria de los plebeyos.	57
d) La despoblación de los campos y la concentración urbana.	58
e) Las dificultades para el manteni- miento del ejército.	60
 IV. ANTECEDENTES LEGALES DE LA SOLUCION -- APORTADA POR LOS GRACOS.	 64
 V. LOS HERMANOS GRACO.	 79
1. Antecedentes familiares.	79
a) Tiberio Sempronio Graco, el pa- dre de los Gracos.	79
b) Personalidad de la madre.	88
c) El grupo familiar de los Escipio- nes.	93
2. La personalidad de los hermanos. ..	100
 VI. EL INTENTO DE SOLUCION DE LOS PROBLE- MAS POR LOS HERMANOS GRACO.	 120

III

Pág.

VII. LAS PROPUESTAS DE TIBERIO SEMPRONIO -

GRACO.	123
1. Bases de la actuación de Tiberio. .	123
a) La constitución política republi-	
cana.	124
b) La existencia de facciones.	138
c) El tribunado de la plebe.	150
2. Causas concretas que impulsaron a -	
Tiberio Sempronio Graco a su actua-	
ción.	161
3. Las propuestas de Tiberio Sempronio	
Graco.	187
A) La ley agraria.	187
a) Su propuesta.	188
b) Contenido de la ley.	199
c) Interrogantes que plantea la	
ley.	202
d) Obstáculos y oposición a la -	
ley.	225
B) La propuesta para la deposi-	
ción de Octavio.	228

IV

	<u>Pág.</u>
a) La oposición de Octavio a la obra de Tiberio.	230
b) La narración de Plutarco. ...	230
c) La Historia según Apiano. ...	232
d) Diversas opiniones sobre el - hecho.	233
C) El nombramiento del triunvirato "agris dandis, adsignandis, iudi candis".	242
D) Otras propuestas de Tiberio. ...	249
4. El final de Tiberio.	254
a) La narración de los hechos en -- las fuentes.	254
b) Significado de la muerte de Tibe rio.	270
c) El programa agrario de Tiberio - tras su muerte.	276
VIII. LAS PROPUESTAS DE CAYO SEMPRONIO GRA CO.	280
1. Continuación del programa de Tibe rio por Cayo Sempronio Graco.	280

Pág.

2. Causas de la actuación de Cayo. ...	284
3. Las propuestas concretas de Cayo - Sempronio Graco.	287
- Lex de abactis.	291
- Lex de provocatione o de capite - civium romanorum.	292
- Lex frumentaria.	294
- Lex agraria.	298
- Lex de coloniis Scolacium et Ta- rentum deducendis.	304
- Lex militaris.	308
- Lex de viis et horreis.	310
- Lex iudiciaria.	312
- Otras leyes favorables a caballe- ros y negociantes.	321
- Lex Sempronia de Asia.	322
- Lex Sempronia de civitate latinis et de latinitate sociis danda. ..	323
- Lex Sempronia de comitiis o Lex - Sempronia de suffragiorum confu- sione.	330

IX. ACTUACION Y FRACASO DE CAYO SEMPRONIO

GRACO.	334
-------------	-----

VI

	<u>Pág.</u>
1. Su actuación.	334
2. Su fracaso.	340
3. Las leyes y los acontecimientos post gracanos.	351
CONCLUSIONES.	362
NOTAS.	371
BIBLIOGRAFIA.	397

I. INTRODUCCION

Antes de comenzar a escribir sobre unos hechos ocurridos hace 2.100 años es lógico plantearse algunas preguntas: ¿Qué interés puede tener en la España y en el mundo de hoy, una serie de sucesos acaecidos hace veintiún siglos? ¿Es útil este conocimiento desde el punto de vista del Derecho?

Y concretando aún más: ¿Puedo yo decir algo -- nuevo, hacer alguna aportación que justifique una tesis sobre los Gracos cuando se ha escrito ya tanto sobre el tema?

Y en torno a estas cuestiones y entrelazándose con ellas surgen inmediatamente otras del mismo tenor: ¿Qué validez conserva el Derecho Romano? ¿puede ser todavía hoy verdaderamente útil para el hombre? ¿dónde radica, en su caso, la razón de su utilidad?, y la Historia, sobre todo cuando se remonta a épocas tan alejadas ya de nuestro vivir, -- ¿qué papel juega en el mundo moderno?

El consejo o, más bien, la simple insinuación del tema por el profesor Iglesias, ya era para mí -- garantía del interés de la tesis sobre los Gracos, y efectivamente, como suele suceder, al ir adentrándome en la historia de revolución tan singular, pu-

de ir percibiendo la extraordinaria importancia de aquellos hechos por la sencilla razón de que algo vibraba dentro de mí al comprender las circunstancias en que los mismos sucedían e incluso el paralelismo y la semejanza, (salvadas todas las distancias y admitidas todas las críticas y advertencias que se me puedan hacer), que guardan con situaciones inmediatamente próximas a nosotros mismos.

Por otra parte, es cierto que sobre los Gracos se ha escrito bastante, pero muy poco en español, - de modo que me animó también a continuar en el tema el comprobar que sólo en un estudio del profesor Gu tierrez Alviz, publicado en 1945, se había tratado con cierta amplitud la historia que nos ocupa. Han transcurrido, por lo demás, treinta años.

Y otro dato positivo que me ha animado a escribir sobre acontecimientos ocurridos hace tanto tiempo y sobre los que tantas personas han volcado su afán investigador es un hecho en cierto modo casual. Leyendo La Costituzione romana dai Gracchi a Giulio Cesare, en reimpresión de un libro publicado casi medio siglo antes por Mario Attilio Levi, se plantea el autor, al escribir su nota en 1974, como prólogo a la nueva edición, el valor que éste pudiera tener todavía. Una de sus ideas me atrajo: "En un tiempo como el nuestro, en el que es tan frecuente y común la tendencia a hacer historia sin investiga

ción..., no se repetirá suficientemente que la única regla válida para hacer la historia útil es volver siempre a las fuentes, leer y releer todo fragmento de información y estar bien informado antes de establecer apresuradamente conclusiones y síntesis. Cualquiera que tenga cierta experiencia en este trabajo sabe qué sorpresas puede a menudo reservarnos el simple hecho de molestarnos en leer y releer en su integridad los textos de nuestras fuentes evitando las citas de otros y las frases separadas de su contexto".

No sé hasta que punto la Historia es maestra de la vida, ni me atrevo a decir si la evolución -- del mundo se produce en línea recta o más bien en -- línea espiral ascendente que da vueltas y vueltas -- pero nunca vuelve a pasar por el mismo lugar. Sí -- puedo decir que se observan ciertas coincidencias, ciertas aproximaciones, ciertos paralelismos a la -- subsistencia de graves problemas muy semejantes a -- los que la humanidad tenía planteados hace dos mil cien años. Sí puedo ver, y aquí nos adentramos ya -- en el mundo del Derecho, una tensión especial de la humanidad en general y de algunos hombres en particular, apuntando hacia un ideal de justicia, a veces sin darse perfecta cuenta de ello, en ocasiones utilizando quizá medios inadecuados para conseguirlo de la mejor manera o adelantándose a la madurez

de los tiempos.

El examen detallado y pormenorizado de unos mo
mentos y unos hombres en los que creo percibir cla-
ramente esta tensión, constituyen el objeto de mi -
tesis.

II. LAS FUENTES DE LA HISTORIA DE LOS GRACOS

Algunos fragmentos relacionados de modo directo o indirecto con la obra de los Gracos se encuentran en Diodoro de Sicilia, en Salustio y en Cicerón, sobre todo, aunque en este caso la parcialidad de los relatos es tan evidente que tienen un valor de mera referencia.

Contamos, además, con dos auténticas fuentes que recogen de una manera completa, aunque resumida y con características y finalidades completamente diversas, la historia de los hermanos Graco. Se trata de las biografías de Tiberio y Cayo incluidas en las Vidas paralelas (βίοι καὶ ἀντιβίοι) de Plutarco, y de los capítulos I al XXVI, ambos inclusive, del primero de los libros dedicados a las guerras civiles -- (Ἐμφύλια) por Apiano en su Historia de Roma (Ῥωμαϊκά).

Las obras de Plutarco y Apiano son griegas y escritas mucho después de ocurridos los acontecimientos que narran. Plutarco nació en la ciudad -- griega de Queronea (la actual Caprano), hacia el -- año 50 de nuestra Era, y murió en el año 120. De -- Apiano sabemos que fué un oficial griego, nacido en Alejandría, que llegó a formar parte de la burocracia imperial romana y que vivió durante el reinado

del emperador Antonino Pío (entre los años 138 y -- 161), desconociéndose las fechas de su nacimiento y muerte.

Las dos narraciones fundamentales son, por tan to, griegas y posteriores en más de dos siglos a -- los sucesos en ellas referidos. Incluso hay entre -- ellas, en ocasiones, muchas coincidencias que mues- tran la utilización de una fuente común, pero sus -- diferencias son notables por dos razones fundamenta- les: la finalidad de las obras (biográfica y morali- zante la de Plutarco, puramente histórica la de --- Apiano) y el uso que hacen de sus fuentes: Plutar- co, el biógrafo, mezcla materiales de distintas pro- cedencias (entre ellas se encuentra Cornelio Nepo- te, citado en Tiberio XXI y Polibio, citado en Tibe- rio IV) sin depurar; Apiano es fundamentalmente sin- tetizador y sistematizador de una fuente llegada -- hasta él en que se recogía la historia completa de los Gracos.

El valor de la obra de Plutarco es muy infe- -- rior a la de Apiano, en general. Menos sistemática, menos completa y más deslabazada, aunque en ocasio- nes tiene el valor de recoger algún texto, posible- mente original, de los discursos de los Gracos, co- mo el que se encuentra en Tiberio IX. Este fragmen- to, como otros que son también piezas de oratoria, es probable que proceda de una biografía que trata-

ba de los Gracos, especialmente como oradores. Fracaro estima que esta biografía podía ser una escrita por Cornelio Nepote de los dos hermanos. Hipótesis confirmada por la cita antes señalada recogida en Tiberio XXI.

La obra de Apiano, Historia de Roma, es, como decíamos, más valiosa, desde el punto de vista que a nosotros interesa, que las Vidas paralelas de Plutarco.

Es poco lo que sabemos de Apiano, aparte de su nacimiento en Alejandría. Las fechas que se dan, -- aproximadas, de su nacimiento y muerte, colocan su vida entre los años 95 y 165 de nuestra Era. Por -- sus propios escritos y por algunas cartas de Fronto, tutor del emperador Marco Aurelio, sabemos que Apiano no intervino personalmente en la guerra contra los judíos en Egipto, posiblemente la que dirigió Trajano en el 116 para sofocar la rebelión de aquellos. Sabemos también que actuó como defensor en algunas causas en la propia ciudad de Roma, siendo posiblemente abogado del Fisco. Consiguió la ciudadanía romana y la categoría del orden ecuestre. En cuanto a su obra, el mismo Apiano nos dice, en el Prefacio, que la escribió 900 años después de la fundación de Roma, es decir, hacia el año 150 después de Cristo.

El orden que Apiano sigue en la exposición de los hechos no es cronológico, sino etnográfico y --

geográfico, en función de las guerras que Roma sostuvo con otras naciones o de las guerras civiles -- que se sucedieron en la propia ciudad. Así narra sucesivamente la historia de los Reyes y, después, -- las guerras de Italia, las guerras samnitas, las -- guerras célticas, las de Sicilia y otras islas. El libro VI relata con gran amplitud las guerras en España, es la *Ἰβερικὴ*. A continuación la guerra de Aníbal y las guerras púnicas, las de Macedonia, Iliria, Siria, la sostenida por Mitrídates. Finalmente, narra Apiano las Guerras Civiles de la propia Roma en cinco libros, siendo el primero de ellos, -- junto con su introducción, lo que más nos interesa, con la fortuna, además, de que es, sin duda, uno de los mejores fragmentos de la obra (1).

White, en la introducción a su edición bilingüe (greco-inglesa) de la Historia de Roma hecha -- por Apiano, dice lo siguiente: "Apiano fue un narrador de sucesos más que un filósofo de la Historia. Su estilo está desprovisto de adornos, pero en sus pasajes retóricos, que son numerosos, es animado, -- vivo y, a veces, elocuente. En ocasiones alcanza incluso la dignidad de los mejores escritores del mundo antiguo. La introducción a la Historia de las -- Guerras Civiles es un ejemplo de ello. Aquí los --- acontecimientos principales de las tragedias de los hermanos Graco son narrados con un paso tan digno y

tan justo, que han sido imitados por muchos historiadores posteriores pero no superados por nadie"-- (2).

Esta opinión favorable es compartida, en general, por todos los que se han acercado a estudiar el período Gracano. Así Fraccaro, en su obra Studi sull'età dei Gracchi, subraya el magnífico criterio de Apiano para extractar su fuente eligiendo los puntos más importantes e igualmente su técnica de exposición con narraciones secas, rápidas y enérgicas que resultan a menudo casi perfectas. No duda Fraccaro en calificar de magnífica la historia de los Gracos tal como nos ha sido transmitida por Apiano en los capítulos 7 al 27 del libro primero, relativo a las guerras civiles de Roma, calificándole como "uno de los fragmentos más eficaces que han llegado a nosotros de la literatura histórica antigua".

Pero decíamos antes que las obras que nos van a servir de base histórica para la interpretación de una serie de sucesos ocurridos en tiempos de los Gracos se escribieron más de dos siglos después de los hechos que recogen. Es importante conocer, si es posible, las fuentes utilizadas por ambos autores.

No sabemos con seguridad cual pudiera ser la fuente de Apiano en lo que se refiere al período --

gracano, pero sí parece fuera de toda duda, tras -- las investigaciones de Schwartz y Meyer, que existe una única fuente, latina, de la época de Augusto. -- Precisamente por ello esta parte de la obra, magistralmente extractada, tiene una perfecta unidad y -- coherencia.

Algo completamente distinto es lo que ocurre -- con la obra de Plutarco. De sus fuentes conocemos -- con seguridad a Cornelio Nepote, que en su De ilustribus viris se ocupó de los hermanos Graco, a los que incluía en la categoría de los oradores, como -- también lo hace Cicerón. Pero lo que asimismo parece seguro es que Plutarco utilizó numerosas fuentes simultáneamente para escribir sus biografías. Tan -- evidente resulta esto que en ocasiones sorprende la obra cuando recoge fragmentos de obras escritas por autores de la facción aristocrática, contrarios a -- la revolución de los tribunos, inmediatamente después de otros de carácter apologético, escritos sin duda por alguien que comulgaba con las ideas del -- partido democrático, sin hacer comentario alguno.

Finalmente, otra cuestión importante es la relativa a las coincidencias entre las dos obras fundamentales a que nos estamos refiriendo, la de Plutarco y la de Apiano. ¿Es posible que hayan utilizado una fuente común, lo que explicaría narraciones similares, en ocasiones totalmente paralelas? Frac-

caro, resumiendo aquí las investigaciones de los -- historiadores, señala que la fuente inmediata de cada una de las obras puede reconducirse a otra que -- sí es común. Es decir, partiendo de un mismo original, que sería una gran historia de Roma que recogería los sucesos acaecidos desde el 133 a. de C. hasta el final de la República, encontraríamos después dos obras derivadas de la anterior: una, la fuente de Apiano que ya había compendiado de alguna manera la fuente inicial, y otra, la fuente de Plutarco cuya redacción sería todavía muy amplia.

Como resumen, para la elaboración de nuestro trabajo hemos tenido en cuenta las siguientes fuentes:

A) Fuentes literarias:

1. APIANO: Historia romana (Ῥωμαϊκά), en los capítulos I al XXVI del primero de los libros -el XIII- dedicados a las guerras civiles (Ἐμφυλικά).
2. PLUTARCO: Vidas de los Gracos, incluidas en Vidas Paralelas.
3. TITO LIVIO: Periochae
4. DIODORO SICULO: Biblioteca histórica

B) Textos legislativos:

1. Ley judiciaria que reservaba a los caballeros el juicio de los procesos de concusión: CIL., I², 583 (= GIRARD, Textes, p. 32 ss.).
2. Ley agraria del 111 a. de C.: CIL., I², 585 (= GIRARD, ob. cit., p. 46 ss.)

3. Lex Mamilia Roscia Peducaea Alliena Fabia, conservada en Gromatici veteres, ed. Lachmann, I, 263 (= GIRARD, ob. cit., p. 70 ss., - bajo el nombre de Lex Iulia agraria).
4. Ley de Bantia (100 a. de C. (?): CIL., - I², 982 (= GIRARD, ob. cit., p. 29 ss.).

III. LOS PROBLEMAS DE LA REPUBLICA ROMANA EN EL SIGLO II A.C.

1. El examen de la situación en las fuentes.-

En Plutarco (T. Gr., VIII) encontramos algunas referencias al origen del problema agrario, pero se trata de consideraciones ajenas a la finalidad biográfica del autor y, por ello, ni se refieren a la totalidad de los problemas existentes en la época de los Gracos ni dibujan tampoco con límites claros la cuestión agraria a la que se refieren directamente.

Muchísimo más interesante a este respecto es el análisis que nos ofrece Apiano en su Historia de Roma (Guerras Civiles, I, I, 7) de los problemas -- que se encontraban en la base de la actuación de -- los Gracos y que sirven para explicar el porqué de los desórdenes que siguieron.

También Apiano, como Plutarco, se fija fundamentalmente en el problema agrario, pues al fin y al cabo la ley agraria de Tiberio constituye el centro de su actividad reformadora, pero no se limita a una mera referencia al origen de este problema. -- Nos explica, además, por qué actuaron los romanos -- de una manera determinada, qué finalidad perseguían y cual fue el resultado del sistema establecido, ha

ciendo entonces referencia a otra serie de cuestiones que aparecen en el texto como efectos de la situación inicial. Lo cierto es que se apunta toda -- una serie de dificultades de carácter político y -- económico con las que se encontraba la República en el siglo II A.C. y que se muestran estrechamente re lacionadas con el tema agrario, destacado como el -- más importante de todos.

Cabía decir que alguna de estas cuestiones insinuadas, como el poder de los ricos y la organización oligárquica de la República, no son consecuencia de la distribución de las tierras sino presupuesto del sistema establecido. Lo significativo, -- es, sin embargo, que en el texto apiano se encuentran perfectamente resumidas y relacionadas entre -- sí las más importantes cuestiones con que había de enfrentarse un político de la época de los Gracos.

Como hemos dicho, el primer gran problema en -- el que fija su atención Apiano es el agrario. Dicho problema tiene su origen en la distribución del --- ager publicus, según nuestro historiador.

A grandes rasgos el problema se configura de -- la siguiente manera, que comentamos resumidamente:

Como consecuencia de las guerras, los romanos se apoderaron de una buena parte de las tierras itá -- licas a las que calificaron de ager publicus. No to -- dos estos territorios fueron tratados de la misma --

manera. Una parte sirvió para la fundación de colonias, repartiéndose lotes de terreno entre los colonos. Otra parte se vendió a quienes querían comprarla. Algunas zonas más fértiles quedaron en propiedad del Estado Romano que las arrendó a los particulares. Finalmente, sobre otra porción, la más grande del ager publicus, constituida por los terrenos destrozados por la guerra, el Estado se reservó el dominio, pero permitió a los particulares que la -- utilizaran directamente tomando posesión de las fincas.

Estos diversos modos de aprovechamiento del -- ager publicus constituyen, respectivamente, el ager adsignatus o campo dividido entre los colonos, el -- ager quaestorius o porción vendida por el magistrado y cuyo importe se ingresa en el erario público, el ager vectigalis o campo arrendado por el que se cobra una pensión o vectigal que sirve de reconocimiento del señorío que se reserva el Estado y cuyo importe se ingresa también en las arcas públicas, -- y, finalmente, el ager occupatorius sobre el que se permite y tolera la simple ocupación posesoria por parte de los ciudadanos (3).

Tal distribución de las tierras, nos dice Apiano, la hacían los romanos "para multiplicar la raza itálica, a la que consideraban como el más laborioso de los pueblos y para tener así muchos aliados --

en el propio país". Pero "ocurrió precisamente lo contrario" señala a continuación.

Al dejar a la libre ocupación de las gentes -- grandes extensiones de terreno, fueron los más ricos, precisamente, los que se hicieron poseedores -- de la mayor parte de las tierras no distribuidas, -- acumulando cada vez más tierra de esta clase (pública) y llegando a considerarla como propia con el paso del tiempo. Apunta aquí nuestro historiador al -- problema de la concentración del poder en pocas manos, en las de los ricos. Al mismo tiempo, nos explica que aumentaban las desigualdades, porque los ricos se hacían cada vez más ricos, a costa del resto de la población, apropiándose, además, de las -- fincas colindantes, pertenecientes a los vecinos pobres, unas veces por compra, después de persuadirlos, y otras por la fuerza.

A continuación hace referencia Apiano a otro -- importante grupo de cuestiones, como son la paulatina reducción de los puestos de trabajo para los hombres libres habitantes del suelo itálico, la consecuente ociosidad de muchos de ellos y la miseria a que se ven reducidos, mientras que, al mismo tiempo, está empezando a crecer, de modo alarmante para los intereses del pueblo, el número de esclavos. -- Efectivamente, nos dice Apiano que los ricos empleaban como labradores y pastores a los esclavos, en --

vez de ocupar en estos menesteres a personas libres, porque corrían el riesgo de quedarse sin mano de obra cuando sus trabajadores libres tuvieran que marcharse al ejército.

Y, finalmente, nos dice que "el pueblo itálico disminuía en número y en fuerza, oprimido por la penuria, los impuestos y el servicio militar".

La descripción que el historiador hace de la problemática de la República, cuando comienza el último siglo de su existencia, es magnífica. Están esbozados la mayor parte de los temas importantes que ofrece el panorama político de la época.

Unicamente cabría advertir que, dada la incardinación del tema en el ámbito de las Guerras Civiles, Apiano adopta un punto de vista en cierto modo reducido al explicar las causas y los efectos de estos importantes fenómenos que analiza. Efectivamente, queda fuera de su consideración, en este momento, la relación de estos problemas con el mundo romano, en general, y, en particular, con las provincias.

2. Los problemas de orden político.

Apiano, al trazarnos su visión de los problemas de un modo resumido señala que el más grave de todos es para él la acumulación de riquezas en manos de los ricos, que se van haciendo cada vez más ricos acaparando tierras públicas del ager occupatorius. Desde el primer momento de su análisis pone el acento, aunque sin utilizar esta palabra, en la oligarquía.

Realmente es un grupo reducido de personas el que gobierna en la Roma republicana y ese pequeño grupo de familias se aprovecha de su situación prepotente, para ordenar de tal manera las leyes que poco a poco se convierten, todavía más, si cabe, en los verdaderos dueños del Estado. Junto a ellos, se encuentran los pobres. Un cada vez más enorme grupo de personas, constituido por antiguos propietarios rústicos arruinados, por artesanos, pequeños comerciantes, braceros, hombres licenciados del ejército, etc., que van haciendo aumentar incesantemente la población urbana de Roma dando origen a graves problemas de todo tipo.

Aquella clase de ricos a que nos hemos referido es la de los antiguos patricios, la de la nobleza tradicional de las viejas familias, que se consideran fundadoras de la ciudad, apegadas a la tie-

rra, y que cifran todo su interés en una cada vez - mayor posesión de fincas. La tierra es, para ellos, riqueza material y tangible, efectiva, real, prueba evidente de su clase y demostración de dominio y señorío. Los ricos patricios se reparten el suelo de Roma y se consideran por ello los verdaderos y únicos dueños del Estado.

Pero entre estos ricos y los pobres ha ido apareciendo otra clase que plantea un indudable problema político. Se trata de los "nuevos ricos", como diríamos en el lenguaje de nuestros días. Aquellos hombres de baja extracción social, plebeyos o libertos, separados inicialmente de la nobleza patricia, que han conseguido acumular grandes sumas de dinero, que han montado lucrativos negocios, que se dedican al comercio y a la especulación. Este grupo, el de los caballeros, también tiene reclamaciones políticas que hacer, fundamentalmente la de su aspiración a puestos de responsabilidad en el gobierno de la República. Ellos han hecho afluir la riqueza a la urbe, ellos dominan de hecho, con su dinero, gran parte de la sociedad y, sin embargo, no les está permitido el acceso a las mas altas magistraturas ni al Senado. Aspiran a completar su poder económico con un poder político. Para conseguirlo habrán de luchar contra los patricios y el Senado aliándose, si es preciso, con el pueblo, al que, en --

realidad, ya no pertenecen.

En otro orden de cosas, pero moviéndonos aún - dentro del espectro de lo político, Apiano pone de relieve también el problema de los aliados, latinos e itálicos, pues la cuestión de la división de las tierras y su desigual aprovechamiento, en beneficio casi exclusivo de los ricos, tiene como base el suelo de la península itálica.

Por la razón, antes apuntada, del tratamiento - de estas cuestiones en el contexto de las guerras - civiles (a las que Apiano dedica los cinco últimos libros de su Historia de Roma) el historiador deja al margen otros comentarios sobre el problema de -- las provincias que, a nuestro modo de ver, completa el conjunto al que ahora nos referiremos más en detalle.

a) La oligarquía. - Cuando Cicerón, al final de su libro primero de re publica, traza el perfil --- ideal de la constitución política de un Estado, describe un sistema que reúne lo mejor de la monar- -- quía, de la aristocracia y de la democracia. Se aunan así la fortaleza y la claridad del mando único, la sabiduría y la experiencia de los mayores y la - libertad e igualdad del pueblo.

Este sistema ideal puesto en la obra en boca - de Escipión, es precisamente el de la República ro-

mana, el transmitido de generación en generación, - el más perfecto de todos, que no admite comparación con ningún otro de los existentes a lo largo de la historia de los pueblos conocidos por Cicerón.

En teoría, la constitución republicana de Roma supone un perfecto equilibrio entre las magistraturas, el Senado y los comicios. En la práctica, la República romana era una oligarquía, era el dominio del Senado, que nombraba prácticamente a su antojo los magistrados, que tenía suficientes medios a su alcance para impedir el acceso al poder de las personas no gratas, o para conseguir la paralización de sus proyectos, si habían llegado de alguna manera a un puesto de importancia o, en fin, para la su presión definitiva de los desviacionistas.

En cuanto al poder de los comicios, de todos es sabido que la división de la ciudad en clases y centurias, atribuida a Servio Tulio (4), y el sistema establecido en la ordenación de las rotaciones, privaba de toda fuerza a la verdadera masa del pueblo, teóricamente presente en los comicios (5).

La verdad es que cuando Cicerón, en su obra -- más querida, hace el elogio de la constitución republicana de Roma, está, en el fondo, defendiendo su postura aristocrática.

La república romana es aristocrática o, más -- exactamente, oligárquica, al menos en la época de -

los Gracos a que nos referimos en nuestro trabajo.

Por eso, cuando triunfa el partido popular y - sucumbe el partido aristocrático, desaparece, de he cho, la República.

Para confirmar con datos cuanto venimos dicien do, creemos que no está de más recoger algunos de - carácter sociológico que demuestran nuestras afirmama ciones.

Según Pareti (6), examinando los cien consula- dos inmediatamente anteriores al tribunado de los - Gracos resulta que de los 92 cónsules patricios, 85 pertenecieron a solo diez familias (de la Cornelia hubo 23, de la Emilia 11, de la Fabia y de la Postu mia 7 de cada una) y de los 108 cónsules plebeyos, 74 pertenecieron a solo 11 familias (sobresaliendo las de los Fulvios, Marcelos y Sempronios con diez, nueve y ocho cónsules, respectivamente, en los cien años tomados en consideración).

La composición del Senado era igualmente res- tringida, puesto que los censores no nombraban senado res más que a quienes hubiesen ejercido alguna ma gistratura. La mitad de los senadores, como ex-cón- sules y ex-pretorees que eran, pertenecían a un pe- queño grupo de estirpes nobles constituido, mas o - menos, por veinte familias, según nos dice el mismo Pareti.

El Senado, encarnación de la oligarquía, es la

pieza clave para comprender el funcionamiento de la constitución republicana.

Es cierto que los componentes del órgano senatorial eran, en líneas generales, las personas más competentes de Roma, por tratarse en muchos casos - de ex-magistrados que habían adquirido experiencia en todos los ámbitos de la vida pública, desde el - religioso, pasando por el jurídico, el administrativo o el diplomático, hasta el militar. Pero también es cierto que el grupo de los senadores se oponía - con todas sus fuerzas al crecimiento de las grandes individualidades, para evitar, de este modo, que se pudiera eclipsar su fuerza. El Senado fué, como alguien ha dicho, un gran conjunto de mediocres. --- Eran, desde luego, los más experimentados, pero evitaban por todos los medios que alguien, de entre -- ellos, pudiera reunir una fuerza superior, reviviendo la vieja figura del rey. He aquí el sentido de - las graves calumnias y acusaciones dirigidas contra Tiberio, recogidas en la biografía plutarquea (7). Y he aquí la razón también por la que se prohibió - que una persona pudiera ser reelegida cónsul sin -- que mediase un plazo de al menos diez años desde el anterior ejercicio de este mismo cargo. Se evitaba - de este modo la germinación y desarrollo de ideas - nuevas, originales y progresistas que así quedaban cortadas de raíz.

La política senatorial no podía ser más que ce
rrradamente conservadora, teniendo en cuenta lo ante
rior y las circunstancias de sus componentes, que -
ocupaban el cargo con carácter vitalicio y pertene-
cían a las clases más ricas.

Consecuencia fundamental de todo ello fué un -
grave estancamiento en el progreso de la constitu-
ción. Los viejos senadores se preocupaban de mante-
ner el orden heredado de sus mayores, que servía a
sus intereses presentes, pero no eran capaces de --
adaptarse a las cambiantes circunstancias económi-
cas, militares y políticas. Así aquella constitu- -
ción quedó anquilosada, hasta que acabó desapare- --
ciendo poco a poco.

La oligarquía no supo evolucionar ni siquiera
para defender sus intereses a más largo plazo. En -
el Senado republicano del siglo II A.C. asistimos a
una continua y mezquina lucha entre los diversos --
grupos familiares para colocar a sus miembros en --
las escasas magistraturas existentes.

Lo que no hay es una visión de conjunto del pa
pel que Roma está destinada a jugar en el Mediterrá
neo ni un planteamiento lineal y rectilíneo de la -
política exterior de la Urbe. Tal política, si se -
considera que existió, no fue más que un continuo -
cambio en función de los personajes concretos que -
ostentaban el mando momentáneo del ejército o que -

se alzaban con una primacía, también temporal y limitada, de algún grupo más fuerte en el Senado.

Y lo mismo que decimos de la política externa de Roma podríamos decir de la interior. El Senado, verdadero árbitro de los destinos de Roma, defendía, ante todo, sus propios intereses. Desconocía casi absolutamente las necesidades de otros grupos sociales que sólo consiguieron avances y mejoras a costa de mucho tiempo y, a veces, con el tributo de su propia sangre.

b) Los plebeyos. Su desamparo político.— En el último tercio del siglo II A.C., es decir, en la -- época de los Gracos, la identidad del grupo plebeyo prácticamente ha desaparecido.

A la primitiva separación patricios-plebeyos - ha sucedido otra distinción, nobleza-pueblo. Tal dicotomía se produce en el plano de lo social, pero tiene un reflejo económico que nos permite distinguir a los ricos, por un lado, y a los proletarios, por otro.

En el ámbito político, como ya hemos apuntado anteriormente, están también separados la oligarquía senatorial y el resto de la población, la aristocracia y el pueblo.

No es de extrañar que sea en este momento cuando comienzan a formarse los dos grandes partidos re

publicanos a los que calificamos precisamente de -- aristocrático y popular para designar los grupos en que se apoyan y los intereses a los que sirven, aun que en el caso del partido popular éstos no sean en muchas ocasiones los genuinos intereses del pueblo, sino los de algunos particulares que se aprovechan de su fuerza en beneficio propio.

De todas formas, aunque la distinción entre patricios y plebeyos no tiene vigencia en la época -- que estudiamos, sustituida por esas otras a las que hemos hecho somera referencia, ello no es obstáculo para que se siga en ocasiones utilizando el término plebeyos, con propiedad, para designar a esa masa -- ingente de ciudadanos que no interviene prácticamente en el gobierno de la República por no pertenecer a la aristocracia y que no forma parte tampoco de -- la oligarquía terrateniente o financiera.

Esa inmensa mayoría de población a la que nos referimos por exclusión, señalando que está constituida por los ciudadanos no incluidos en la aristocracia ni en la oligarquía, es sencillamente la plebe, el pueblo. Estos términos comienzan desde ahora a ser sinónimos.

No tiene nada de extraño que el grupo plebeyo inicial, separado del patricio posiblemente por circunstancias de orden político, haya pasado a ser este otro grupo con el que se sigue practicando, de --

hecho también, una especie de segregación basada -- fundamentalmente en diferencias de orden económico.

Quizá patricios y plebeyos fuesen dos comunidades políticas distintas (8). Con el transcurso de los siglos los linderos iniciales fueron desapareciendo, pero en su lugar se dibujan otros que producen prácticamente los mismos efectos. El antiguo -- grupo plebeyo, en situación de inferioridad política, es ahora el nuevo grupo del pueblo, en clara -- desventaja económica.

Ciertamente que el conjunto plebeyo ha conseguido, después de siglos de lucha, una equiparación política con los patricios. Gracias a ello un cierto número de miembros del mismo tiene acceso a los órganos de gobierno de la comunidad en su conjunto. Simultáneamente algunos miembros del estamento plebeyo han conseguido llegar a una situación económica sobresaliente que les permite colocarse en un nivel semejante al de los antiguos terratenientes. -- Ellos, en muchos casos, fundan su riqueza en el comercio y los negocios, en el transporte y el préstamo... La influencia del dinero llega a ser tan grande o mayor que la de la riqueza inmobiliaria.

Pero aunque un reducido número de individuos -- del estamento plebeyo haya podido acceder a la política y a la riqueza, la inmensa mayoría de aquella primitiva clase continúa estando en situación de in

ferioridad política y económica.

El grupo plebeyo se ha ido poco a poco desfigurando. Ya no es una comunidad con organización política propia, si es que realmente lo fué alguna vez. Los restos de aquella primitiva organización e independencia políticas son casi imperceptibles. Incluso el que pasa por ser el más importante de aquellos vestigios, el Tribunado de la Plebe, en cierto modo se puede decir que ha olvidado sus funciones, habiéndose convertido en un colaborador más del Senado y siendo utilizado por éste para imponer sus directrices a la masa de la población.

Por otra parte, aquel componente de la antigua sociedad romana, segregado políticamente, que constituía la mitad de la población ha ido aumentando hasta convertirse, de hecho, en la casi totalidad de la ciudadanía, porque a la importante masa inicial se han ido uniendo muchísimos componentes de la clase media de agricultores arruinados, los libertos, los latinos que paulatinamente han ido trasladándose a la Urbe y, en fin, todos los que desde la península itálica o desde cualquier otro lugar se han ido integrando en la ciudad sin tener acceso a la oligarquía dominadora.

El grupo plebeyo inicial ha ensanchado su base hasta convertirse prácticamente en el pueblo. Así se explica que el tribuno de la plebe, cuya misión

inicial era, precisamente, defender a los plebeyos contra la autoridad de los magistrados, en esta época defiende a todos los ciudadanos.

Nuestro propósito es ahora, sin embargo, destacar el desamparo político en que se encuentra esta ingente masa de personas, que constituyen el pueblo en la época de los Gracos, para trazar un panorama de la situación general de la sociedad romana del - siglo II A.C.

Los ciudadanos, reunidos en comicios o asambleas populares, son formalmente legisladores, actuando al modo que los modernos Parlamentos, aprobando o rechazando los proyectos de ley presentados por los magistrados. En la práctica la mayoría de los - ciudadanos no llegan a votar y, si lo hacen, el valor de su voto es prácticamente nulo.

Según las estimaciones de Homo (9), a comienzos del siglo II A.C. el grupo de los caballeros estaba compuesto por 1.800 personas, la primera clase por 12.000 ciudadanos, las clases segunda a quinta, ambas inclusive, contaban con unos 21.000 cada una y los proletarios eran 130.000 como mínimo. Es decir, frente a 97.800 ciudadanos clasificados por tener un patrimonio fundiario se encuentra un número bastante superior de otros que se agrupan en una -- centuria infra classem.

A esto hay que añadir que la unidad básica de

los comicios centuriados es la centuria, pero ni si-
quiera dentro de las cinco clases privilegiadas ---
existe una distribución proporcional al número de -
ciudadanos. La caballería se compone de 18 centu- -
rias, la primera clase de 80 (a las que se añaden -
dos más de obreros), la segunda, tercera y cuarta -
clases tienen 20 centurias cada una y la quinta cla-
se 30 centurias (mas tres de obreros auxiliares).

En consecuencia, cada una de las dieciocho cen-
turias de caballeros se componía de cien personas,
mientras que la centuria de proletarios englobaba a
más de ciento treinta mil ciudadanos. Como la uni-
dad de voto, según apuntábamos antes, es la centu-
ria, en los comicios más importantes, podemos fácil-
mente deducir el valor efectivo de la voluntad popu-
lar. El peso político de sólo cien caballeros es --
igual al de los ciento treinta mil proletarios.

A lo anterior se añaden algunas otras especia-
les circunstancias de las votaciones en los comi- -
cios, como el orden en que se realizan, comenzando
por los caballeros, continuando con la primera cla-
se, la segunda, y así sucesivamente. Se comprende -
que en la mayoría de las ocasiones ni las clases ba-
jas ni mucho menos los proletarios llegasen a vo- -
tar, dado que la mayoría se había logrado mucho an-
tes, sencillamente después de emitir su voto las --
centurias de la primera clase, pues el total de vo-

tos reunidos por los caballeros y la primera clase (98 centurias) eran más de la mitad del total (193 centurias). (10).

Aunque en el siglo III A.C. parece que se reformaron los comicios por centurias (hacia el 241 - A.C.), no conocemos con seguridad el esquema de la reforma y, desde luego, lo que parece claro según toda la doctrina es que, aunque fuese ligeramente favorable a las clases menos ricas, no lo fué tanto como para inclinar la balanza de su lado. (11).

Según un primer grupo de autores, entre los -- que se encuentra el español Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, (y después Savigny, Lange, Mispoulet, De Sanctis, León Homo y De Francisci, entre otros) se incrementó el número de centurias, repartiendo el aumento en partes iguales para cada una de las clases. El total, según ellos, habría pasado de 193 a 373, aumentándose 36 centurias a cada clase. En consecuencia la mayoría ya no se formaba por el simple acuerdo de los caballeros y la primera -- clase, sino que había que recurrir también a la segunda. Sumados todos sus votos suponen, en el nuevo orden, 190 centurias, que constituyen más del 50% -- del total señalado de 373. Este conjunto de autores toma como base a Tito Livio, I, 43, 12.

Otro segundo grupo de romanistas, entre los -- que sobresalen Niccolini, Fraccaro y Arangio-Ruiz,

sostiene que el número de 193 centurias permaneció inalterado, haciéndose, sin embargo, una nueva distribución de las centurias entre las clases, rebajándose el poder de la primera. La fuente para tal hipótesis se encuentra en Cicerón, De Republica, -- II, 22, 33.

La tercera corriente, representada fundamentalmente por Mommsen, estima que el total de centurias se elevó con la reforma a 350, pero a efectos de votaciones continuaron siendo 193, con 70 en la primera clase.

En resumen, podemos decir que el pueblo, aún - después de la reforma, carece de un auténtico poder político, lo que viene a corroborar cuanto habíamos afirmado antes respecto a la exclusiva competencia que en esta materia se había reservado el Senado.

A todo esto hay que añadir que en el siglo II a. de C. los antiguos plebeyos, es decir, el pue- - blo, los ciudadanos en general, habían perdido prác- - ticamente a sus tradicionales defensores: los Tribu- - nos de la Plebe. Estos, salvo en contadas ocasio- - nes, actuaban de acuerdo con el Senado y siguiendo sus instrucciones (12). En los casos en que algún - Tribuno intentaba alguna medida efectiva en favor - del pueblo y que no resultaba del agrado de los Se- - nadores, a éstos les resultaba fácil atraerse a al- - guno de los diez colegas para que, mediante el ve-

to, se opusiese a las pretensiones del primero.

c) La discriminación hecha con los caballe- --
ros..- Hemos dicho hasta ahora que existen en la Ro-
ma republicana del siglo II a. de C. dos grupos po-
líticos claramente separados: la oligarquía senato-
rial, por un lado, y el pueblo, por otro.

El grupo primero detenta prácticamente todo el
poder político no sólo por la competencia que se re-
serva directamente el Senado, sino, además, por el
claro control y predominio que tiene sobre los ----
otros dos pilares de la constitución republicana: -
la magistratura y los comicios.

Ahora hay que hacer mención de un tercer grupo
de personas, con características propias y con afán
de poder político, que plantea un nuevo e importan-
te problema en el ámbito en que nos movemos. Nos re-
ferimos a los caballeros.

Este grupo se caracteriza fundamentalmente por
su origen social, por la acumulación de capital y -
riqueza en sus manos y por un afán insatisfecho de
acceder a puestos de responsabilidad política.

Inicialmente, según la constitución de Servio
Tulio, las dieciocho centurias de caballeros consti-
túan la cúspide política de la constitución roma-
na. Los ciudadanos a los que el Estado concede un -
caballo público para hacer la guerra son, precisa-

mente, los de rango más elevado desde el punto de vista económico y político. Su fortuna es superior incluso a la de los componentes de la primera clase.

La aristocracia romana estuvo desde siempre ligada a la agricultura y a la ganadería, es decir, a la posesión de la tierra. Tradicionalmente hubo en Roma una estrecha relación entre la riqueza inmobiliaria y el poder político. El prestigio social estaba en función de la posesión de fincas. La oligarquía senatorial, orgullosa de sus tradiciones y de su prepotente situación fundada en el dominio, jurídico o de hecho, de grandes extensiones de terreno, consideró desde lejanos tiempos como un mundo inferior, impropio de la auténtica nobleza, el de los negocios, pero no se prohibió que alguien perteneciente a la nobleza pudiera dedicarse al préstamo, al transporte o al comercio en general, aunque se tuviesen en baja estima tales menesteres.

Sin embargo, en el año 218 A.C. una ley, la lex Claudia, prohibió a los senadores poseer navíos o embarcaciones de cierta envergadura, es decir, los que se utilizaban normalmente para el comercio marítimo.

A partir de este momento parece como si se hubiesen querido establecer distingos entre una auténtica nobleza política, que tendría como campo de ac

tuación el Senado, y otro grupo de personas al que podían pertenecer todos los ciudadanos, tanto los - de la antigua nobleza como los plebeyos e incluso - los libertos, cuyo campo de actuación serían los negocios.

El pertenecer a la categoría de los equites sigue siendo cuestión patrimonial, de modo que serán los censores los que en función de la riqueza de -- los ciudadanos incluyan a estos en la clase que les corresponda. La categoría engloba, por tanto, a los senadores ricos y a los grandes comerciantes.

En la época antigua era normal que un caballe-ro formara parte del Senado y más aún, que la mayor parte de los senadores fuesen caballeros.

A partir del siglo II a. de C. se van poco a - poco separando dos núcleos de personas que se en- - cuentran en la cúspide de la riqueza: por una par-te, los senadores cuyo patrimonio tiene un conteni-do fundamentalmente inmobiliario; por otra, los simples caballeros cuyo patrimonio está constituido, - sobre todo, por dinero y derechos de crédito contra otras personas o contra el mismo Estado.

Este núcleo de caballeros se compone de algu-nas personas que pertenecen a la antigua nobleza patricia, pero en mucha mayor medida está integrado - por plebeyos y libertos dedicados al mundo de los - negocios que han llegado a amasar grandes fortunas

dedicados al comercio y la especulación.

La fortuna de los caballeros puede incluso llegar a ser superior a la de los tradicionales senadores. Sin embargo, les está vedado el acceso a las fuentes del poder político, pues ya hemos dicho que quedan excluidos del Senado y solamente pueden alcanzar los cargos inferiores, como los de tribunos militares.

En el siglo II a. de C., es decir, en la época de los Gracos, hemos llegado a una situación en que los caballeros, los negociantes, sienten como una auténtica injusticia cometida con ellos el hecho de que se les ponga obstáculos para el acceso al poder político, cuando tradicionalmente han sido los ricos, sin más, los que han ejercido el poder en Roma. Ahora sienten ellos que se ha creado artificialmente una barrera para que un grupo determinado, -- una casta cerrada, la de los senadores, conserve -- perpetuamente el poder sobre todo el Estado romano, cuando, además, son ellos mismos, los comerciantes, los que en buena medida han contribuido al engrandecimiento de la patria, unas veces adelantándose a los ejércitos romanos en la exploración de nuevos territorios, otras financiando empresas de guerra, otras, en fin, haciendo fructificar las conquistas en favor de la metrópoli, gracias a la exacción de impuestos de la que ellos frecuentemente se encar-

gan, o gracias simplemente al ejercicio del comercio (13).

d) El tratamiento de los latinos e itálicos.-

Las guerras latinas de los años 498 a 493 a. de C. concluyeron con un tratado firmado en plano de --- igualdad por Roma y las ciudades del Lacio. Dicho - tratado es el foedus Casianum, cuyo texto conocemos a través de Dionisio de Halicarnaso (VI, 95) y de - Cicerón (pro Balbo, 53).

Dell'Oro (14) transcribe el original griego y nos ofrece una traducción de tan importante tratado que recogemos: "Entre los romanos y todas las pobla- ciones latinas habrá paz mientras subsistan el cie- lo y la tierra.

Ninguno de los dos firmantes deberá agredir o llamar a pueblos extranjeros contra el otro ni per- mitir el paso de un enemigo a través del propio te- rritorio.

En caso de agresión cada uno deberá acudir en ayuda del otro con todas sus fuerzas.

La división del botín se hará en partes iguales y las guerras deberán ser conducidas bajo auspicios independientes.

Cuando se concluyan contratos privados entre ro- manos y latinos los acuerdos deberán ser hechos pú- blicos en un plazo de diez días en el Foro de la ciu

dad donde se concluyó el contrato.

Ningún cambio en estos pactos podrá hacerse -- sin conocimiento de ambas partes".

Aunque es casi seguro que el texto que nos ha llegado no es auténtico, tiene para nosotros el interés de poner de relieve el plano de igualdad en -- que se colocaron ambas partes contratantes. Por --- otra parte, los puntos que recoge relativos a la -- guerra, la no agresión, al botín y al comercio posiblemente respondan a la realidad y sean conformes -- con la tradición.

Así, pues, partimos de una situación de igualdad y de respeto mutuos, pero en la época de los -- Gracos a la que nos estamos refiriendo las circunstancias han cambiado. Han pasado tres siglos y medio desde la firma del foedus. Roma ha extendido su influencia y su dominio por todo el Mediterráneo y ha logrado sus conquistas gracias, en buena medida, al esfuerzo de los aliados latinos y de los aliados itálicos, con los que se mantiene una política análoga a la seguida con los antiguos latinos.

Los socios siguen siendo independientes y son tratados como tales, pero no hay ya una situación -- de estricta igualdad, sino una supremacía de Roma.

e) La explotación de las provincias.-- A mediados del siglo II a. de C. Roma está presente en ca-

si todo el Mediterráneo. Domina una buena parte de España, (y la ruta que a ella conduce por tierra a través de los territorios amigos controlados por -- Marsella), Córcega, Cerdeña, Sicilia, Iliria, Macedonia, Grecia, el reino de Pérgamo y, al sur del Mediterráneo, el antiguo territorio de Cartago convertido en la nueva provincia de Africa.

Una expansión semejante tenía por fuerza que - plantear problemas. Así lo comprendió Montesquieu - (15) cuando, generalizando, señalaba: "siempre se - ha visto que las leyes buenas que han convertido -- una república pequeña en grande se tornan grave carga cuando el Estado se ha engrandecido, porque eran buenas para engrandecer al pueblo, pero no para go- bernarlo".

El pueblo romano estaba preparado para la lu- cha y la conquista, pero no para gobernar los territorios conquistados. Se produjo entonces una auténtica crisis de crecimiento. Roma había nacido para ser una ciudad dominadora y extendió perfectamente su señorío por toda la península itálica. Cuando se produjo la gran expansión mediterránea hubo un pri- mer momento en que Roma parece que no sabía estar a la altura de las circunstancias. El equivocado tra- tamiento de los territorios conquistados es uno de los elementos que contribuyeron a desencadenar la - guerra civil dentro de la ciudad. Roma supo conver-

tirse en cabeza de Italia porque llevó una sabia política de alianzas con el resto de los pueblos que habitaban la península. Supo respetar la personalidad y las leyes de sus vecinos al tiempo que iba, - poco a poco, conquistando por derecho propio un --- puesto hegemónico.

Esta sabia política de alianzas constituía también el método aplicado por el grupo del Africano - mayor, en cuyo ánimo no estaban ni la destrucción - ni el desmembramiento de las potencias vencidas como Cartago, Siria o Macedonia ni el sojuzgar a sus antiguos territorios. Sin embargo, acabaron por imponerse otras ideas, como las del intransigente Catón, que exigían la destrucción absoluta de los vencidos para que no pudiesen jamás hacer sombra a la urbe romana. Los territorios vencidos, según esta - concepción, deberían convertirse en provincias sobre las que se ejerciera la soberanía del Estado romano.

Las nuevas provincias no se colocan en situación de paridad con Roma, no son consideradas como Estados con los que cabe pactar y firmar un tratado o una alianza contra los enemigos comunes. Las provincias son territorios del pueblo romano. En reconocimiento de ese dominio se exigirá, por ello, un tributo. Serán gobernadas por magistrados romanos - que ejercerán sus funciones sin responder ante na-

die que no sea el propio Senado romano. Tales gober¹nadores son prácticamente omnipotentes en las provincias al actuar como representantes del poderío romano y, además, se pueden considerar inmunes, teniendo en cuenta la distancia a la metrópoli y la falta de garantías establecidas inicialmente en favor de los habitantes de los territorios ocupados - (16).

De otro lado, las provincias se consideran el campo abierto a todo negocio y especulación por parte de los mercaderes romanos, especuladores y recaudadores. El afán de explotación de las inmensas provincias era enorme, contraponiéndose en muchas ocasiones los intereses de los propios comerciantes y del Estado romano. "Si las minas de Macedonia fueron cerradas en el 168 a. de C. fue para evitar que se enriquecieran los publicanos, pues donde están - los publicanos desaparecen los derechos del Estado, como dice Tito Livio" (17).

El afán de explotación aparece también en el tráfico de esclavos, que llegan a inundar la península itálica con evidente perjuicio para el trabajo libre, provocando la ruina de la mayor parte de los agricultores de la clase media.

Las magníficas cosechas de cereales de Sicilia, de España y de Africa contribuirán también a envilecer los precios del trigo en los mercados de

la península itálica.

El desmedido afán de lucro puso en evidente peligro la supervivencia del Estado romano en la época que estudiamos. La enorme riqueza que las provincias ponían a disposición de Roma constituía, sin - que los ciudadanos de aquella época pudieran advertirlo, uno de los principales elementos desestabilizadores de la paz interior.

3. Los problemas de orden económico y social.

Parece fuera de toda duda, y es opinión común de muchos historiadores, que las guerras púnicas, - al mismo tiempo que produjeron el engrandecimiento del Estado romano con la ampliación de los territorios a los que se extendía su soberanía, provocaron en la sociedad romana una serie de cambios de tal importancia que bien puede decirse que al final de la segunda guerra púnica se están empezando a tambalear los cimientos de la sociedad tradicional romana.

Es muy difícil establecer en la historia de -- los pueblos una concatenación causal de los hechos que nos explique el porqué de los acontecimientos sociales. No cabe ser simplistas en cuestiones tan complejas como son las que hacen referencia a la vida no ya de las personas, sino de pueblos enteros.

Muchas veces podemos llegar a descubrir algunas causas más significativas que influyeron en los acontecimientos históricos posteriores, pero no podemos saber con exactitud qué peso específico tuvo cada una de ellas como condicionante de los sucesos que después acaecieron. Lo más que podemos hacer es poner de manifiesto esos hechos significativos a -- los que atribuimos cierto valor causal y subrayar o insinuar la aparente relación en que se encuentran

para tratar de comprender mejor un período de la -- historia de un pueblo.

En todo caso, el historiador más que dogmatizar lo que debe hacer es insinuar, al presentar los hechos y sus relaciones, posibles explicaciones de las cosas.

Con esta predisposición nos adentramos ahora - en la exposición de la situación económica y social de la época que precedió a los Gracos.

Decíamos que es opinión muy extendida la de -- que las guerras púnicas tuvieron un importante influjo en los acontecimientos que se produjeron medio siglo después.

Uno de los hechos significativos de la segunda guerra púnica es la devastación de tierras por Aníbal.

Toynbee (18), al estudiar las reacciones a los estragos de las guerras, pone de relieve que mientras algunas guerras producen a la larga ciertos -- efectos beneficiosos (así las sostenidas por Atenas contra los persas o por Prusia contra Napoleón) --- otras producen males definitivos y duraderos. Ejemplo de estas últimas, para el historiador inglés, - son las guerras púnicas. "La devastación de Italia por Aníbal, lejos de estimular al pueblo romano, como la devastación del Atica por Jerjes estimuló en otro tiempo a los atenienses, le dió en realidad un

golpe del cual nunca se recobró". Esta idea básica es aceptada comunmente como indicábamos antes (19) pero es interesante señalar que no fue sólo Aníbal quien destruyó la riqueza agrícola del sur de Italia. Como pone de relieve Harmand (20) la táctica - de tierra quemada se practicó tanto por el invasor como por los propios romanos y aún habría que decir que el procedimiento fué utilizado, en primer lugar, por éstos en el sur de la Italia Central.

El hecho de la devastación de estos campos en la guerra produjo o al menos se encuentra en relación con una serie de hechos importantes.

Los antiguos habitantes de los terrenos saqueados y quemados quedaron aterrorizados por el desamparo en que se encontraban. Los muros de una ciudad ofrecían a sus ojos una cierta protección frente a invasiones como la que acababan de sufrir. He aquí una de las razones que puede contribuir a explicar el fenómeno de la concentración urbana.

Por otro lado, ya no es posible rehacer las explotaciones agrarias del mismo modo que se encontraban antes de la guerra sino con un gran esfuerzo y tras muchos años de paciente espera.

Muchos de los antiguos campesinos comienzan a vender sus tierras empobrecidas, produciéndose con este hecho una auténtica depreciación de las fincas rústicas.

Las épocas de grandes males suelen ser bien -- aprovechadas por los negociantes y es precisamente éste uno de los períodos de florecimiento del mercantilismo romano. Los ricos fueron con astucia comprando a bajo precio aquellas tierras calcinadas y casi improductivas. Era una ocasión magnífica para hacerse con grandes extensiones de terreno. Comenzaban a aparecer los grandes latifundios. Una nueva oportunidad para enriquecerse más quienes ya eran -- ricos se presenta cuando el gobierno, preocupado -- por el problema de la despoblación que se produjo -- tras las guerras, fomentó la ocupación de los terrenos del ager publicus que permanecían incultos, con la intención de conseguir un doble efecto beneficioso: repoblar la península y contribuir a un saneamiento de las finanzas públicas gracias a la obligación que los ocupantes tenían de pagar la décima -- parte del valor de lo que recogiesen al erario público.

El efecto no fué, desde luego, el deseado, al menos en lo que se refiere al asentamiento de la población en los campos, pues los proletarios que carecían del mas mínimo capital, no tuvieron en la -- práctica acceso al ager publicus. No podían llevar a éste su ganado, puesto que no lo tenían, ni podían tampoco comenzar a cultivar las tierras improductivas, porque no tenían aperos ni animales de la

branza. De este modo fueron los capitalistas los -- que se lucraron con la ocupación de los terrenos pú**u**blicos. Y aún, como señala Fraccaro, es posible que la influencia de los mismos contribuyese a hacer -- preferir al gobierno el sistema de la ocupación al de la asignación viritaria, que era la forma típica o característica de concesión de terreno al plebeyo romano (21).

Los capitalistas no desaprovecharon ninguna -- oportunidad para conseguir el mayor acopio posible de tierras. Un suceso significativo que nos ha sido transmitido por Tito Livio es el siguiente: (22) Du**u**rante la segunda guerra púnica, y para mantener el considerable esfuerzo que ésta imponía, el Estado -- romano había tenido que solicitar dinero a prést**u**mo. Los capitalistas acudieron a satisfacer tales -- demandas, llegándose a un pacto en virtud del cual el Estado se comprometía a reembolsar el crédito en tres plazos. Los dos primeros fueron normalmente -- atendidos, pero al llegar al tercero, en el año 200 a. de C., no se podía hacer frente a las deudas con dinero, pues los escasos recursos del erario se ne**u**cesitaban ahora para hacer frente a la nueva guerra surgida en Macedonia.

Los acreedores querían a toda costa su dinero, pues se trataba de un momento inmejorable para ha**u**cer grandes negocios comprando la tierra a bajo pre**u**

cio. Se llegó a una transacción en beneficio de los intereses de ambas partes. El erario no entregaría el dinero y los acreedores recibirían tierras cobrando en especie su crédito. Los terrenos que les fueron entregados eran porciones del ager publicus situadas en un radio de cincuenta millas alrededor de Roma. Para tranquilidad de los acreedores que recibían en pago tales fincas, el erario se comprometía a no ejercitar sus derechos de reivindicación y al mismo tiempo se les reconocía a aquellos la facultad de revender los fundos, cuando lo considerasen conveniente a sus intereses, al propio Estado, que en ese momento se los entregaba.

Tres causas distintas contribuyeron, pues, a la formación de grandes latifundios: la depreciación de las tierras por consecuencia de las guerras púnicas, que fue aprovechada por los capitalistas para comprar una enorme cantidad de fincas de las que se iban desprendiendo sus primitivos propietarios a bajo precio; la ocupación de extensas porciones del ager publicus por los capitalistas como consecuencia de la política del gobierno que pretendía la repoblación demográfica de la península; finalmente, la entrega de otras porciones del mismo ager publicus a determinados acreedores, precisamente para extinguir sus créditos.

Al mismo tiempo que sucede todo lo anterior, -

se produce otro hecho importante en la sociedad romana del siglo segundo antes de nuestra era, la --- afluencia de una abundante mano de obra servil, es decir, la disponibilidad de gran número de esclavos para la explotación de las fincas.

De las diversas causas que podían originar la esclavitud de las personas, (23) la más importante en aquella época era la cautividad de guerra y, precisamente, los romanos sostuvieron entonces numerosas batallas en la mayoría de las cuales resultaron victoriosos.

Según las estimaciones de Frank (24), entre -- los años 200 y 150 a. de C. un cuarto de millón de personas fueron reducidas a la esclavitud por los - romanos. Dicha cifra parece verosímil teniendo en - cuenta las noticias que nos llegan a través de autores como Diodoro de Sicilia, Polibio, Tito Livio o Apiano.

Las cifras que da este último por lo que respecta a la expedición de Escipión Emiliano a Africa en la tercera guerra púnica, suponen más de 18.900 prisioneros (25).

Como consecuencia de las guerras el número de esclavos debió crecer extraordinariamente en toda - Italia hasta el punto de que ya en la época de Catón el Viejo, es decir, poco antes de los Gracos, - la mano de obra servil era la normalmente utilizada

para cultivar los campos. Quienes han estudiado especialmente la importante obra catoniana De re rustica coinciden en afirmar que la mano de obra agrícola debía ser, en general, esclava cuando Catón escribe su libro (26). No es casual, dice R. Martín - (27) que en el siglo II A.C. aparezcan los tratados de Catón y de los Saserna. Estas obras ven la luz - en una época caracterizada esencialmente por el modo de explotación esclavista desde el punto de vista económico, habiéndose llegado a esta situación - gracias a las conquistas de Roma.

La concurrencia de los hechos apuntados, esto es, la devastación de las tierras como consecuencia de la guerra, con su secuela de abandono del campo y depreciación de las fincas rústicas, la aparición de los latifundistas, consecuencia, en buena parte, de lo anterior y de otras causas a las que hemos hecho mención, y, finalmente, la gran abundancia de - esclavos y la utilización de éstos precisamente para las labores del campo, producen a su vez otro -- efecto importantísimo: la introducción de nuevos -- sistemas de cultivo.

Parece que el cultivo predominante en la zona central y meridional de la península itálica, antes de la segunda guerra púnica, era el de cereales, un tipo de cultivo medianamente intensivo y que exigía bastante mano de obra. Los cultivos de huerta, que

son los verdaderamente intensivos, apenas si fueron conocidos de los romanos.

Se puede decir que los romanos no practicaron en gran escala la técnica de irrigación de tierras. La técnica hidráulica romana iba destinada casi exclusivamente al abastecimiento de las ciudades. Curiosamente "es España la que cuenta con los tres -- más bellos modelos del mundo imperial romano de presas de embalse destinadas a estos fines: las dos -- presas emeritenses de Cornalbo y Proserpina y la toledana de la Alcantarilla" como señala Raúl Celestino y Gómez (28). Los romanos, como decíamos, conocieron desde luego todas las técnicas de la agricultura hidráulica, pero lo cierto es que no aplicaron sus conocimientos en gran escala para la creación de grandes áreas de riego. Por qué ocurrió esto cuando el Estado romano llegó a ser tan poderoso -- constituye un enigma histórico.

Volviendo a las tierras de la península itálica a mediados del siglo II a. de C., decíamos antes que estaban fundamentalmente cultivadas de cereales, aunque es imaginable que subsistieran todavía importantes zonas de arbolado que permitían un aprovechamiento integral de unas tierras que, por lo general, eran bastante fértiles y con una pluviosidad ideal para los indicados cultivos, superior, por -- ejemplo, a la de las mesetas españolas. Al quedar -

arrasados por el fuego los campos, desaparecieron - las masas boscosas que contribuían al equilibrio hidrológico de la zona.

Desaparecidos, además, los pobladores y cultivadores naturales de las tierras, en buena parte -- por consecuencia de las guerras, bien porque perdiesen la vida en ellas una masa considerable de varones, bien porque tras la ocupación en el ejército - decidiesen no volver a cultivar sus antiguas fincas, los nuevos propietarios no restablecieron el - primitivo sistema de cultivos con predominio del ce real, sino que la orientación de las explotaciones cambió totalmente, dedicándolas fundamentalmente a la arboricultura y al pastoreo. Desde entonces ocupan el primer lugar la vid y el olivo y tras ellas los pastos para el ganado, entre los cultivos de la zona.

A grandes rasgos coincide la utilización de -- los predios itálicos de aquella época con la que -- proponía Catón para las explotaciones de los senado res y hacendados a los que se dirigía fundamentalmente con su obra, pues el autor del De re rustica coloca en primer lugar la viña como el cultivo más aconsejable y, tras ella, los huertos, los mimbrerales, el olivo, los prados y los cereales (29).

Si tenemos en cuenta lo reducido de los regadíos en la Italia central y meridional de la época

y que el tercero de los cultivos recomendados se -- destina principalmente a facilitar y mejorar el cultivo de la vid, vemos que la viña y el olivo ocupan los primeros lugares en la clasificación ideal cantoniana y, tras ellos, los prados y pastos para el ganado y el cultivo de trigo y otros cereales. En la época de los Gracos el trigo se cultiva justamente en los terrenos menos fértiles. Hay, además, varias razones que explican el hecho de la distribución de cultivos así realizada. Cuando Catón aconseja dejar el trigo para el sexto lugar, es porque su rentabilidad es reducida. Coincide ello plenamente con el hecho de que en aquella época comienza a --- afluir de las provincias el grano a bajo precio, sobre todo de Sicilia y Africa. España también proporcionará grano, pero son sobre todo las riquezas mineras las que se buscaron en aquella época en nuestras tierras.

Se podrá objetar que el trigo siciliano y africano no se utilizó para alimentar a todos los habitantes de la península itálica. Desde luego que --- eran las grandes ciudades, cercanas a la costa occidental del Mediterráneo italiano, las que se beneficiaban del tráfico marítimo, pero al reunir el Lacio y la Campania las más grandes poblaciones, la demanda de trigo producido en la propia Italia se reducía considerablemente. En el interior sólo las

peores tierras se destinaron al cereal y con la exclusiva finalidad de atender las necesidades de los núcleos rurales.

Consecuencia de todo lo que llevamos dicho son una serie de hechos en los que bien puede resumirse la situación social de la época inmediatamente anterior a los Gracos y que ellos encontraron al comienzo de su vida pública. En primer lugar, un notable enriquecimiento del Estado y una excesiva acumulación de riquezas en las manos de un sector muy reducido de la población. En segundo, un empobrecimiento simultáneo de la mayoría de la población, que se manifiesta, a su vez, en un gran éxodo del campo a las ciudades, con los correlativos efectos de despoblación rural y aparición de los problemas de concentración urbana, y en otro problema complementario, el de las dificultades para la leva, es decir, para la formación del ejército. A continuación examinaremos cada uno de los puntos señalados.

a) El enriquecimiento del Estado.— Por consecuencia de las guerras el enriquecimiento del Estado romano fue considerable, no sólo porque quedaron a su disposición grandes extensiones de terreno, a las que calificó de ager publicus, sino también por que el botín de guerra cobrado en muchas ocasiones y los impuestos exigidos a los vencidos sanearon la

economía del erario público.

Desde tiempos muy remotos, es decir, desde la monarquía, se venía exigiendo a los ciudadanos romanos un impuesto especial, el tributum, que tenía carácter extraordinario, como medio de contribución a los gastos de guerra. Dicho tributo al principio -- era esporádico y se exigía sólo a los titulares de fincas rústicas. Con el tiempo el impuesto se exige tomando como base no sólo los predios, sino toda la riqueza personal, los tipos se elevan hasta el 3% - (30), su exacción se hace periódicamente y, por supuesto, se ha perdido la primitiva costumbre de reembolsarlo aunque solo fuera en casos excepcionales.

En el año 167 a. de C., tras la tercera guerra macedónica y como consecuencia del enorme botín conseguido, se suprime el tributum a cargo de la población ciudadana.

b) Enriquecimiento de los negociantes. -- Las -- guerras y la consiguiente expansión del dominio romano fueron acompañadas de un extraordinario desarrollo de los negocios. En ocasiones éstos están -- tan íntimamente ligados a la vida del ejército que se produce una especie de simbiosis entre las legiones y los mercaderes que las acompañan para proveerlas de lo más necesario o para desembarazarlas de -- objetos, como el producto del botín, que pueden ser

un obstáculo para la marcha.

En otras ocasiones, los hombres de negocios ac túan muy eficazmente en los diversos territorios -- conquistados para proceder a la exacción en favor -- de Roma de las tasas exigidas a los vencidos sobre las tierras, sobre la circulación de mercancías, so bre el producto de las minas, etc., siendo los pu blicanos los que se ocupan de estos menesteres.

Finalmente, la relación de los hombres de nego cios con el ejército y las campañas guerreras puede ser de carácter financiero y de hecho tuvo gran importancia en ocasiones. Ya hemos comentado antes có mo algunos particulares financiaron parte de los -- gastos de la segunda guerra púnica, recibiendo en -- pago de la tercera cuota de amortización de sus --- préstamos parcelas del ager publicus, ya que el era rio público no podía disponer de dinero.(31).

Para la financiación de las empresas de guerra a veces se asociaban los negociantes y prestamis- - tas. Precisamente las primeras sociedades mercantiles de que tenemos noticia (32) son tres compañías que agrupaban a diecinueve ciudadanos dispuestos en el año 215 a. de C. a financiar una de las expediciones de los Escipiones (el padre y el tío del --- Africano mayor) a España. El contrato se realizó -- aceptándose las condiciones de los prestamistas asq ciados: prioridad para el cobro, exención del servi

cio militar y seguridad de la devolución.

Por consecuencia de todas estas actividades, - el grupo de los mercaderes, publicanos, prestamistas y negociantes en general consiguió acumular --- enormes riquezas, fundamentalmente dinero, pero con tando también con una materialización, en fondos, - de parte de su riqueza.

c) Empobrecimiento simultáneo de gran parte de la población.- En contraste con esa minoría de comerciantes y caballeros que había conseguido reunir enormes riquezas, la mayoría de la población carecía prácticamente de todo y muchos de ellos, después de hacer la guerra y servir en el ejército, ha bían tenido que vender sus antiguas propiedades, -- quedando prácticamente reducidos a la miseria.

La situación a que se llegó fue dramáticamente expuesta en uno de sus discursos por Tiberio Graco. Este discurso, posiblemente auténtico, nos ha llega do a través de Plutarco (Tiberio, IX, 3). Tiberio - Graco, rodeando el pueblo la tribuna, puesto en --- pie, dijo hablando de los pobres: "las fieras que - discurren por los bosques de Italia tienen cada una sus guaridas y sus cuevas; los que pelean y mueren por Italia sólo participan del aire y de la luz y - de ninguna otra cosa más, sino que sin techo y sin casas andan errantes con sus hijos y con sus muje-

res; no dicen verdad sus caudillos cuando en las batallas exhortan a los soldados a combatir contra -- los enemigos por sus aras y sus sepulcros, porque -- de un gran número de romanos ninguno tiene ara, patria ni sepulcro de sus mayores; sino que por el regalo y la riqueza ajena pelean y mueren, y cuando -- se dice que son señores de toda la tierra, ni siquiera un terrón tienen propio".

d) La despoblación de los campos y la concentración urbana..- Es indudable que uno de los problemas importantes de la época anterior a los Gracos, subsistente durante sus tribunados, es el de la despoblación de la campiña romana (33). La preocupación por él se encuentra en la base de todo el pensamiento reformador de los Gracos. Plutarco (34) dice que según un escrito de su hermano Cayo, "al hacer Tiberio su viaje a España por la Toscana, viendo la despoblación del país y que los labradores y pastores eran esclavos advenedizos y bárbaros, concibió ya la primera idea de una providencia que fué para ellos el manantial de infinitos males".

La devastación de los campos por consecuencia de las guerras púnicas, cuando éstas se desarrollaron en la península itálica, la duración del servicio militar y las largas ausencias que éste comportaba, la concurrencia de los productos agrícolas de

los países conquistados y, en fin, todas las causas anteriormente apuntadas provocaron un complejo movimiento migratorio. Los ciudadanos romanos que vivían en el campo, si eran modestos propietarios, abandonaban sus tierras y venían a la ciudad. Los pequeños campesinos del Lacio hacían lo mismo, malvendiendo sus tierras, y los agricultores de muchos puntos de la península se establecían en el Lacio y, posteriormente, se trasladaban también a Roma.

La despoblación campesina llevaba aparejada -- otra cuestión: la superpoblación de la urbe. Contra estos problemas reaccionó en ocasiones la oligarquía romana, pero siempre por motivos egoístas y de conservación, no con criterios de previsión, de futuro, ni con altura de miras. Una lex Claudia del 177 a. de C. obligaba a los censores a una revisión de la lista del censo, restringiendo el derecho de los latinos a emigrar a Roma, y ello como consecuencia de la crisis en las relaciones entre Roma y sus aliados, no con la intención de mejorar o solucionar el problema de la despoblación rural.

El mismo procedimiento, como veremos, se utilizará en la época de los Gracos, en el 126 a. de C., sin otra mira que la de reducir el número de ciudadanos para evitar de ese modo la existencia de candidatos a las tierras objeto de posible reparto conforme a las previsiones de la ley agraria.

En la enmarañada cadena de circunstancias que concurren en el siglo II a. de C., otro eslabón --- más, íntimamente relacionado con la cuestión de la concentración urbana, es el del abastecimiento de la población. Las dificultades que éste entrañaba --- hicieron que los poderes de Roma procediesen, para evitar motines y acallar el descontento de la población, a vender grano a bajo precio, para lo cual comenzaron comprándolo donde podían encontrarlo más --- barato, fuera de la península. Cuando este procedimiento resultó excesivamente caro se recurrió al ex --- peditivo medio de exigir contribuciones en especie de las provincias vencidas: Sicilia, Cartago, Numidia, Cerdeña e incluso España.

A su vez, esta nueva circunstancia tiene un --- efecto pernicioso sobre otros componentes de la sociedad rural italiana de aquel tiempo, haciendo --- caer los precios del cereal en los núcleos rurales, con la consiguiente depreciación de las tierras, fa --- cilitándose así la concentración de latifundios en manos de los ricos.

e) Dificultades para el reclutamiento de los --- soldados.-- Desde la reforma de Servio Tulio, en el siglo V a. de C., hasta la de Mario en el I a. de --- C., la organización del ejército republicano es --- esencialmente la misma. La idea básica que preside

la formación del ejército es la de que todos los poseedores tienen que preocuparse de la dirección del Estado y, consecuentemente, de su defensa. Los proletarios, los que nada tienen, salvo su propia persona y la de sus hijos, no forman parte del ejército.

La movilización del ejército no tiene lugar -- más que en caso de guerra, pero de hecho éste se organiza todas las primaveras, cuando comienza la época en que se puede pelear. Para ello, en el mes de marzo todos los ciudadanos en edad militar, excluidos los proletarios, como habíamos dicho, desfilan ante el cónsul y los tribunos militares, dando su nombre. Posteriormente, el contingente necesario se elige por sorteo entre los movilizables, salvo en caso de peligro para la república, en que todos pasan al ejército. Llegado el otoño el ejército se licencia. Sin embargo, la licencia definitiva no se produce sino al cabo de diez años (35) para los caballeros y de veinte en el caso de los infantes, es decir, los menos pudientes económicamente hablando.

El problema social en Roma había llegado a ser tan grave que la leva del ejército se hacía cada vez con más dificultad, puesto que disminuía a pasos agigantados el número de ciudadanos poseedores de tierras y de patrimonio suficiente como para estar obligados a formar parte de la milicia. La masa

de los proletarios, de los que nada tenían, iba creciendo, mientras que la clase media, en la que siempre se había apoyado el ejército, estaba desapareciendo. Según el testimonio de Tito Livio, en la guerra contra Aníbal, estuvieron bajo las armas veintitrés legiones (aunque no sabemos si compuestas cada una de cuatro mil hombres como era lo normal), pero ya en el año 180 fué difícil conseguir el reclutamiento de nueve, y seis años más tarde hubo dificultades para enrolar dos legiones más. En 171 hubo que echar mano, para completar las legiones necesarias, de viejos centuriones que habían estado en el ejército más de los veinte años de servicio obligatorio y, por fin, en la época de los Gracos, en el año 134 a. de C., cuando Escipión Emiliano se dirigía a España para acabar la guerra contra Numancia tuvo que procurarse un ejército por su propia cuenta, compuesto de unos cuatro mil hombres, "porque el Estado romano estaba empeñado en muchos gastos de guerras en aquel tiempo y porque había abundancia de soldados en España" (36).

He aquí, pues, otro importante problema al que no podían ser ajenos los Gracos y que explica también algunos de los rasgos de su actuación. Había que tratar por todos los medios de restaurar una clase media agrícola fuerte para salvar el Estado, para que el Estado pudiese contar en todo momento -

con un ejército fuerte.

IV. ANTECEDENTES LEGALES DE LA SOLUCION APOR- TADA POR LOS GRACOS.

Como hemos visto, en la sociedad romana de mediados del siglo segundo antes de Cristo existían-- multitud de problemas de toda índole, desde la acumulación de riquezas en manos de unos pocos miembros de la casta senatorial y de los ricos mercaderes hasta la enorme miseria de masas cada vez más grandes de población y desde la aparición de enormes contingentes de esclavos hasta las dificultades para proceder a la leva de hombres libres con los que constituir el ejército.

En la base de todos estos problemas se encuentra uno de carácter económico. En cierto modo las diversas cuestiones que hemos ido observando no son sino aspectos distintos de un mismo problema de estructuración de la sociedad romana de la época.

La fuente principal de riqueza en aquel grupo social era indudablemente el campo. Existían otras formas de creación y adquisición de riqueza, como la producción artesana y el comercio, pero a los ojos de todo el mundo la auténtica riqueza era la agraria, los productos agrícolas y ganaderos que tienen como base la tierra.

Cuando el pueblo romano se rebela frente a la injusticia y busca la igualdad entre sus ciudadanos y la desaparición de las irritantes diferencias que había entre los varios estratos de la población, se fija concretamente en la tierra, pone sus ojos en el reparto de los campos.

Hay una evidente lógica en la petición del pueblo. Se quiere participar en la riqueza y se piensa que la única importante tiene su base en la posesión de la tierra, porque aplicando el trabajo personal a la posesión de la misma se pueden obtener cosechas o se puede alimentar el ganado.

Ciertamente que se trata de una visión parcial de los problemas, porque existen otros tipos de trabajo, además del agrícola y, en consecuencia, otras fuentes de producción de riqueza y porque hacía falta un capital para poner en explotación las tierras objeto de posible reparto, pero es indudable que existe una lógica en la aspiración del pueblo.

Por otra parte, lo que el pueblo reclamaba no era el reparto indiscriminado de las tierras. En realidad reclamaba sólo aquello a lo que, en conciencia, creía que tenía derecho, el reparto de las tierras del ager publicus. El respeto al orden establecido es riguroso. Solamente se proclama la necesidad de repartir aquello que se juzga pertenece a todos los ciudadanos y de lo que algunos particula-

res han tomado posesión en provecho propio con perjuicio de los intereses legítimos de la gran mayoría de la población.

Este es, en esencia, el meollo de la cuestión: la reclamación por el pueblo del reparto de las tierras del ager publicus. Plutarco, recogiendo aquí una fuente de clara inspiración antipopular lo insinúa así al final del capítulo VIII de la Vida de Tiberio: "Tuvo también gran parte el pueblo mismo (entiéndase gran parte de culpa), acalorando y dando impulso a su ambición con excitarle por medio de -- carteles, que aparecían fijados en los pórticos, en las murallas y en los sepulcros, a que restituyera a los pobres las tierras del público".

Esta reclamación que hace el pueblo no es nueva en los tiempos de los Gracos ni terminará definitivamente con ellos. Lo mismo seguirá ocurriendo en los tiempos de Mario, Pompeyo y César, cuando los soldados, tras las campañas victoriosas, piden a -- los generales la distribución de las tierras.

Antes del siglo II a. de C. la cuestión estaba planteada y había habido intentos de solución, aunque el conocimiento que tenemos de las medidas adoptadas es muy pequeño, dada la escasez de fuentes relativas a períodos tan alejados de nosotros.

Para centrar bien el problema no está de más volver a insistir sobre las formas en que el Estado

podía usar de las tierras confiscadas al enemigo -- (ager publicus).

Cabía en primer lugar la asignación, que se establecía por el Senado y era votada en una ley que definía el territorio distribuible, para cuya aplicación se nombraba después una comisión que delimitaba con exactitud los terrenos y procedía a su distribución. Este es el ager adsignatus. Dos eran las posibles formas de asignación: coloniaria, cuando se fundaba un núcleo de población con un número previamente determinado de colonos participantes y vi-ritaria o por cabezas, en la que podían participar todos los ciudadanos o el número indeterminado para el que pudiesen bastar los terrenos a distribuir.

Las tierras asignadas dejaban de ser públicas, para convertirse en propiedad privada de los beneficiarios.

Una segunda posibilidad era la venta a los particulares de porciones del ager publicus. Como eran los cuestores los encargados de las operaciones materiales del cobro de su importe para ingresarlo en el erario, a estas porciones enajenadas se les denominó agri quaestorii. En estos casos, como en los anteriores, el campo queda desafectado, convirtiéndose en propiedad particular del comprador. El caso de los trientabula, antes indicado, podría incluirse quizá en esta modalidad ya que el Estado se com-

prometía a no reivindicar en ningún caso la propiedad de los terrenos entregados para el pago de la deuda pendiente.

La tercera forma de utilización del ager publicus es el arrendamiento de los terrenos constitutivos del mismo. Así se solía hacer con los terrenos más fértiles, como el territorio de Campania, - donde se encontraban Capua, Nápoles, Pompeya, Herculano, etc. Se suele llamar a esta porción del campo público ager vectigalis, como consecuencia del vectigal o renta que se cobra a los que lo utilizan.

La cuarta forma de usar el ager publicus, y según todos los indicios (37) la más frecuente, era la concesión en posesión. Dicha forma de concesión no era solemne, formal y nominal, sino el hecho de permitir ocupar los terrenos. Precisamente por ello a estas porciones del campo público se las denomina agri occupatorii. Debieron existir algunas normas - que regulasen la entrada material en la posesión, y que señalasen a quién se le reconocería la prioridad, pero no sabemos cuales pudieron ser tales normas. En estos casos del ager occupatorius propietario sigue siendo el Estado romano, lo mismo que ocurría con el ager vectigalis, del que en cierto modo se puede considerar una variante. Como el Estado se reserva la propiedad, puede establecer normas con respecto al uso de estas porciones del ager, (cabe

limitarlo a unas extensiones máximas, cabe revocar las concesiones, etc.). Por ello, todas las reclamaciones del pueblo exigiendo el reparto de las tierras inciden precisamente sobre el ager occupatorius. Lo que se reclama y se establece en ocasiones, como veremos, es precisamente el establecimiento de límites en el uso de estas tierras públicas -- cuya posesión se gozaba por simple ocupación y también la recuperación de las porciones poseídas en exceso para distribuir las entre la población pobre.

Hechas estas aclaraciones previas veremos ahora cuáles son los momentos más importantes en la -- historia de las leyes agrarias anteriores a los Gracos, y cuál era el contenido de sus disposiciones.

La más antigua de las rogaciones agrarias de -- que tenemos noticia es la Rogatio Titia Agraria a -- la que hace referencia Dionisio de Halicarnaso. Su propuesta se puede fechar en el año 462 a. de C. -- (38). Desconocemos, sin embargo, todo lo referente a su contenido.

En el año 416 a. de C., siendo tribunos de la plebe Sp. Maecilius y M. Metilius, coincidiendo con una época de paz exterior, en el interior del Estado romano hubo graves discordias como consecuencia de las propuestas agrarias de ambos tribunos. La -- rogatio que ellos presentaron iba destinada al reparto de las tierras conquistadas a los enemigos y

proponía el sistema de asignación viritaria o por cabezas, pero como presupuesto para hacer el reparto exigía la publicación de las fortunas de los particulares, incluidos los nobles, por lo que la oposición a la rogatio fué muy grande, no sólo entre los senadores, como señala Tito Livio (IV, 47 y 48) sino también entre los plebeyos (39).

Gracias a Tito Livio conocemos también la existencia de otras rogationes agrarias como la lex Sextia Agraria del 414 a. de C. (Tito Livio IV, 49) y la lex Menemia Agraria del año 410 a. de C. (Tito Livio IV, 53).

Sin embargo, la más importante de todas las antiguas disposiciones agrarias es la lex de modo agrorum del año 367 a. de C., también conocida como lex Licinia Sextia, por el nombre de los dos tribunos de la plebe que la propusieron, Licinius Stolo y Sextius Lateranus. Hay referencias a ella en muchas obras como la Historia de Tito Livio (IV, 35, 4 y 5) el De re rustica de Columela (I, 3, 11), la Historia Natural de Plinio (XVIII, 17) y otras, pero son Plutarco y Apiano los que nos dan todas las noticias, y del modo más amplio, sobre el particular.

Plutarco se refiere a esta ley en la vida de Tiberio, capítulo VIII: "Los romanos de todas las tierras que ocuparon a sus enemigos comarcanos en -

guerra, vendieron una parte y, declarando pública - la otra, la arrendaron a los ciudadanos pobres y me-
nesterosos por una moderada pensión que debían pa-
gar al Erario. Empezaron los ricos a subir las pen-
siones y como fuesen dejando sin tierra a los po- -
bres, se publicó una ley que no permitía cultivar -
más de 500 yugadas de tierra" (40).

El mismo Plutarco, en otra de sus biografías -
(Vida de Camilo, XXXIX) aporta nuevos datos sobre -
la ley al indicarnos que uno de sus autores fue Li-
cino Estolón y que éste fué más tarde condenado por
poseer más tierras públicas de las permitidas: "El
Senado eligió otro nuevo dictador (cuando Camilo re-
nunció al puesto), pero como el nuevo hubiese nom-
brado maestro de la caballería al mismo Estolón, --
principal autor del tumulto, se les dió con esto --
oportunidad de sancionar la ley que hería en lo más
vivo a los patricios. Prohibióse por ella que ningú
no pudiese poseer más de 500 yugadas de tierra. En-
tonces brillaba la estrella de Estolón, pero de ---
allí a poco tiempo fué condenado por poseer en tie-
rras lo que había impedido poseer a los demás y su-
frió la pena establecida por su propia ley".

El mismo Plutarco en otro lugar (Tiberio, IX)
al hablar de la benignidad de la ley de Tiberio ---
vuelve a tratar de un modo indirecto del contenido
de esta vieja ley y de otras posteriores, poniendo

de manifiesto que los contraventores de las mismas podían ser condenados al pago de una cantidad en -- concepto de pena, además de perder las tierras que disfrutaban contra lo dispuesto en las leyes.

Apiano en Las guerras civiles (I, I, 8) parece que se refiere a esta ley cuando escribe: "Como no se veía ningún remedio, ya que no era fácil ni en -- modo alguno justo desposeer a los hombres de muchas posesiones que tenían desde hacía tiempo, incluyendo sus propios árboles, edificios y equipos, finalmente se promulgó una ley, con dificultad, a instan- cias de los tribunos, disponiendo que nadie pudiera poseer más de quinientas yugadas de esta tierra --- (ager publicus, no la tierra en general) ni pasto -- para más de cien cabezas de ganado bovino o mayor o de quinientas de ganado lanar o menor.

Para asegurar la observancia de esta ley, se -- dispuso asimismo que hubiera un cierto número de -- hombres libres empleados en las tierras, cuya mi- -- sión consistía en vigilar e informar sobre las co- sas.

Habiendo así incluido todo esto en la ley, tomaron juramento sobre ella y fijaron castigos por -- su violación, dando por supuesto que el resto de -- las tierras sería dividido pronto entre los pobres en pequeñas parcelas. Pero no hubo la menor conside- ración por la ley o el juramento. Los pocos que pa-

recían mostrar algún respeto por una y otro, transfirieron fraudulentamente sus tierras a sus deudos, pero la mayor parte de ellos no hicieron el menor caso".

La fecha tradicionalmente admitida para esta ley fué impugnada por Niese, pero sus argumentos -- han sido refutados por Cardinali (41) con lo que en resumen se mantiene aquella fecha tradicional.

Otra fecha importante es el año 232 A.C. en -- que C. Flaminio propuso y consiguió la distribución de una gran cantidad de tierras pertenecientes al -- ager publicus situadas al noreste de Italia.

Italia, para los hombres de la República romana, en el siglo tercero antes de Cristo, no comprendía los territorios que hoy abarca el Estado italiano. Sus límites geográficos al norte venían señalados por el río Aesis, que desemboca en el Adriático, cerca de la actual ciudad de Ancona, y por el río Macra, en la zona occidental de la península, -- que desemboca en el mar Ligúrico, cerca de la actual ciudad de La Spezia.

Al norte de esa frontera se encontraban los Galos, una de cuyas tribus, la de los Senones, había ayudado a comienzos del siglo III a otras tribus -- itálicas en su rebelión contra Roma. Como consecuencia de aquella actuación Roma atacó y venció a los Senones, conquistando en el año 283 a. de C. todo --

el terreno de la costa nororiental de la península, desde Ancona hasta Ravena. Este territorio se anexionó al del pueblo romano, abandonándose en su mayor parte a la libre ocupación, como dijimos que venía siendo normal.

Medio siglo después de aquella conquista, el tribuno C. Flamínio propuso la distribución de aquellas tierras pertenecientes al ager publicus (42). La oposición de los nobles y terratenientes fué muy grande, negándose el Senado a ratificar la propuesta del tribuno (43). Las malas artes de los ricos llegaron hasta pretender utilizar la patria potestas del padre del tribuno para obligar a éste a callar en pleno discurso, sin atentar contra la inviolabilidad del magistrado. Ante tan feroz oposición, Flamínio hizo aprobar su propuesta como plebiscito, de manera que consiguió su propósito. La zona de la costa entre Ancona y Rímini se pobló de colonos romanos como consecuencia de aquella distribución de tierras públicas propuesta por el tribuno C. Flamínio.

Según Pareti (44) en los últimos años de la hegemonía del Africano mayor se introdujeron algunos complementos importantes de la lex Licinia Sextia - del 367 a. de C. Aquella ley había establecido el límite de quinientas yugadas como máxima extensión que un particular podía poseer de terrenos del ager

publicus. La ley de Escipión habría añadido a aquellas previsiones otras disposiciones tendentes a -- conseguir la plena efectividad de la antigua ley, -- así la prohibición de llevar a pastar a terreno público más de 100 cabezas de ganado mayor o más de -- 500 de ganado menor y la obligación de mantener empleada en las fincas una cierta proporción de trabajadores libres.

Estas adiciones a la antigua lex Licinia Sextia son perfectamente lógicas, teniendo en cuenta -- que el problema de los esclavos se había planteado con toda intensidad en los comienzos del siglo II -- a. de C. (en los años 198 y 196 tuvieron lugar las primeras grandes revueltas). Pareti supone que pudieran ser obra de la última época escipioniana, -- porque en el 195 no debían aún estar en vigor, por no aparecer reflejo alguno de las mismas en los discursos de Catón recogidos por Tito Livio (XXXIV, 4 y 9) mientras que, sin embargo, es seguro que en el año 167 a. de C. estaban en vigor y, desde luego, -- son presupuesto de la legislación gracana.

En resumen, la fecha que señala Pareti sobre -- esta posible ley agraria de Escipión estaría entre los años 195 y 187 a. de C.

En aquellas fechas sabemos que se crearon bastantes colonias. Tito Livio (XXXII, 29) señala que la lex Atinia de coloniis deducendis ordenó la crea

ción de cinco en el año 196 a. de C., en que era -- tribuno C. Atinius Labeo. Dichas colonias fueron -- Volturnus, Liternus, Puteolos, Castrum Salerni y Buxentum, todas junto al mar.

El mismo Tito Livio (XXXIV, 53) nos da noticias de la creación de otras dos colonias latinas, una en Bruttios y otra en Thurinum como consecuencia de la lex Aelia de coloniis Latinis, propuesta por Q. Aelius Tubero, tribuno de la plebe en el año 193 a. de C.

Del año 172 a. de C. es la rogatio Lucretia de agro Campano (Livio, XLII, 19). Después de la conquista de Capua, tras la segunda guerra púnica, el ager Campanus, es decir, el que rodeaba a Capua, y quizá el más fértil de la Italia de entonces, fue -- convertido en ager publicus. La mayor parte de las tierras, dada su riqueza, fueron ocupadas por particulares que tenían que pagar a Roma el vectigal. -- Con el paso del tiempo dejaron de pagarlo y, por -- ello, en el año 172 a. de C. el tribuno M. Lucretius propone que bajo la supervisión del cónsul Postumio los censores se dirijan al territorio Campano con el fin de obligar a pagar las rentas a quienes estuviesen disfrutando del ager publicus ("ut in vacuo vagaretur cupiditas privatorum") (45).

En el año 165 todavía no habían terminado los trabajos de recuperación y el Senado envió para con

tinuar la obra a P. Léntulo. Desde entonces, dice - Cardinali (46), el territorio de Campania constituyó una magnífica fuente de ingresos para el Estado romano y prueba de ello es que los Gracos no quisieron variar en absoluto la forma de administración - del mismo, dejando inalteradas las condiciones que entonces se habían establecido.

Plutarco (en Tiberio, VIII) nos refiere otra - tentativa de reforma agraria, la debida a Cayo Lelilio, no mucho tiempo antes del tribunado de Tiberio Sempronio Graco. El texto plutarqueo dice así: "... desposeídos los pobres, ni se prestaban de buena voluntad a servir en los ejércitos, ni cuidaban de la crianza de los hijos, y se corría el riesgo de que toda Italia quedara desierta de población libre y - se llenara de calabozos de esclavos... porque con ellos labraban las tierras los ricos, excluidos los ciudadanos. Intentó poner en esto algún remedio Cayo Lelilio, el amigo de Escipión, pero encontró grande oposición en los poderosos; y porque, temiendo - una sedición, desistió de su empresa, mereció el sobrenombre de sabio o prudente, que es lo que significa a un tiempo la voz sapiens."

Cayo Lelilio Sapiens fué tribuno de la plebe en el año 151, pretor en el 145 y cónsul en el 140 a. de C. Lo lógico es suponer, como dicen Cardinali y Fraccaro, que la propuesta de Lelilio se produjese --

siendo aquel tribuno, es decir, hacia el 151 a. de C.

El Escipión a que se refiere el texto de Plutarco es naturalmente Escipión Emiliano, el Africano menor, el destructor de Cartago y Numancia, cuñado de los Gracos.

Finalmente, sabemos que pocos años antes de acceder al tribunado Tiberio Sempronio Graco hubo otra propuesta de ley agraria, también destinada al fracaso como la anterior. Se trata de la rogatio hecha por el tribuno de la plebe C. Licinio Craso en el año 145 a. de C. (post reges exactus annis CCCLXV) (47).

Según el texto de Varrón lo que pretendía Licinio Craso era el reparto de tierras públicas y la distribución viritaria de éstas en lotes de siete yugadas, es decir, cerca de las dos hectáreas por asignatario, extensión que si bien no es la única que se repartió a los plebeyos sí constituye la medida más frecuente en las distribuciones que se hicieron durante la República (48).

V. LOS HERMANOS GRACO

1.- Antecedentes familiares.

A la hora de estudiar la personalidad de los Gracos no será tarea baldía ocuparse de sus padres y de su grupo familiar.

Es relativamente poco lo que sabemos de los padres de los Gracos. Del padre, como hombre preocupado por la res publica, que intervino activamente en la Roma de su tiempo, se conservan ciertos testimonios. De la madre, son más bien escasos, aunque considerablemente más numerosos que los referidos a -- cualquier otra mujer de su época. Sin embargo, como Tiberio Sempronio Graco, el padre de los reformadores, murió siendo ellos muy niños, fué la madre, -- Cornelia, la que se ocupó de su educación.

a) Tiberio Sempronio Graco. El padre de los -- Gracos. -- La importancia del fenómeno reformista de los Gracos, totalmente contrario a las ideas del -- partido aristocrático, hizo que la mayoría de los -- escritores posteriores, casi todos ellos pertenecientes a este último partido, falsearan la informa -- ción sobre Tiberio Sempronio Graco, el padre, ha -- ciéndole aparecer como el prototipo del aristócrata

clásico, como uno de los grandes hombres de su época, sin otra intención que la de poner de relieve - la enorme diferencia entre el padre y los hijos, en salzando la figura de aquel y rebajando la de éstos.

El padre, según estos testimonios, habría sido un hombre religioso, mientras que no lo eran los hijos (ver Plutarco: Tiberio, XVII, y Cayo, XI). Era también un ciudadano ejemplar, que supo sobreponerse a sus sentimientos personales de enemistad hacia los Escipiones, para salvar a uno de éstos, Lucio - Cornelio Escipión, el Asiático, contra el que seguían un proceso inicuo de concusión sus contrarios del partido catoniano.

Los hijos, en cambio, según la versión del partido aristocrático, eran unos indeseables a los que se acusaba incluso de la muerte de otro gran Escipión, el Africano menor (ver Plutarco: Cayo, X, 5).

En resumen, pues, una buena parte de la tradición posterior, para execrar la memoria de los dos hermanos, que habían pretendido subvertir el orden social establecido, los compara a su padre, dos veces cónsul (años 177 y 163 a. de C.), una vez pretor (180 a. de C.) y otra vez censor (169 a. de C.) un hombre íntegro, amante de su patria, cuyos intereses sirvió con eficacia en diversas misiones en Oriente y en España y, en fin, un auténtico aristó-

crata. Pero para hacer ver la integridad moral y la altura humana del padre es seguro que alteraron en sus escritos la realidad de los hechos. Al menos -- eso parece evidente en algunos de los momentos más significativos de su vida.

La enemistad entre los últimos Escipiones y -- los hermanos Graco era patente. En la muerte de Tiberio intervino activamente Escipión Nasica, Pontífice Máximo en aquel momento, e instigador inmediato de la muerte del mayor de los hermanos Graco --- (Plutarco: Tiberio, XIX, 5). De la misma manera Escipión Emiliano, el Africano menor, coetáneo y pariente de los Graco fué contrario a ellos, y a pesar de que no tuvo parte alguna en la muerte de su cuñado Tiberio, puesto que se hallaba entonces en la guerra de Numancia, preguntándole al volver su opinión sobre la muerte del mismo, manifestó que es taba conforme con ella. Plutarco (Tiberio, XXI, 7) dice que por este motivo faltó muy poco para que -- perdiera la benevolencia del pueblo. También Apiano (Las Guerras Civiles, I, I, 16) recoge la intervención de Cornelio Escipión Nasica en la muerte de Tiberio.

Aprovechando esta conocida enemistad, la tradición optimate, cuando tiene lugar la muerte de Escipión Emiliano y como si se tratase de un acto de -- venganza, culpa de ella a Cornelia, madre de los --

Gracos o a Sempronio, la única hermana de Tiberio y Cayo, es decir, en definitiva a Cayo Graco. Apiano (Guerras Civiles, I, I, 20) señala las diversas posibles causas de su muerte.

Para que, además, pareciese más horrendo el su puesto crimen y más abominables sus autores se trae a colación otro episodio también falso o al menos - completamente desvirtuado. En el año 187 a. de C. - tuvo lugar un importante proceso contra Lucio Cornelio Escipión, el Asiático, hermano de Publio Cornelio Escipión, el Africano mayor, acusado de concusión. Cuando por negarse a pagar la multa impuesta y como consecuencia de su altanera conducta, iba a ser encarcelado, intervino Tiberio Sempronio Graco, padre de los reformadores, que entonces era tribuno de la plebe, para salvar a Escipión, enemigo suyo. Como señala Fraccaro (49), esta intervención es uno de los elementos de la vida de Graco que ha sido re tocado por los enemigos de sus descendientes. La -- tradición aristocrática se empeña en subrayar que - Graco padre era enemigo de los Escipiones y, a pesar de ello, actúa con magnanimidad y grandeza de - ánimo, evitando el encarcelamiento del Asiático.

A juicio de Fraccaro no es posible creer en -- una supuesta enemistad, entonces, entre Graco y los Escipiones, porque muy poco antes, en el año 190 a. de C., Graco aparece por primera vez como oficial -

de los Escipiones e incluso éstos (el mando teórico de las operaciones lo lleva el Asiático, pero el --mando efectivo recaía en su hermano) confían importantes y confidenciales misiones a Graco ante Filipo de Macedonia. Graco formaba parte entonces del --círculo de los Escipiones, eso no puede negarse.

La intervención de Tiberio Sempronio Graco en favor de Lucio Cornelio Escipión se explica fácilmente como una cuestión de agradecimiento, no de --grandeza de ánimo. Añádase a esto que Tiberio Sempronio Graco, se casaría más tarde con Cornelia, hija de Escipión el Africano.

Fraccaro considera, criticando la tradición recibida, que el padre de los Gracos era "uno de aquellos mediocres hombres del Estado romano, aristocrático a la antigua usanza" (50).

Mommsen en su conocida Historia de Roma (51) --recoge en cuatro rasgos la personalidad de Tiberio Sempronio Graco: admite sin crítica la tradición --aristocrática sobre su intervención en el proceso --de los Escipiones; señala que siendo edil incurrió en la censura del Senado por el derroche que hizo --de dinero para la celebración de juegos públicos; --subraya su actuación conservadora oponiéndose, mientras fué censor, a la admisión del voto de los libertos y, finalmente, pone de relieve los grandes --servicios que había prestado a Roma, mientras fué --

cónsul en España, al conseguir, gracias a su energía y a su espíritu de justicia, sujetar a las tribus españolas y lograr el respeto de las mismas. Este último aspecto, destacado por Mommsen, es también puesto de relieve, en nuestros días, por Blázquez (52), quien asegura que, en líneas generales, la pacificación de los pueblos de la meseta fué debida a la sabia política de T. S. Graco.

Y, efectivamente, nos dice Apiano, en su libro de Iberia, IX, 44, que Tiberio Sempronio Graco firmó sendos tratados con las tribus de los Titos y de los Belos, a la que pertenecía la ciudad de Segeda. Este mismo tratado y otro semejante (Plutarco: Tiberio, V) lo firmó con los numantinos, quienes siempre consideraron al padre de los Gracos un hombre recto y justo. Cláusulas de este tratado, según la Historia de Apiano, eran las obligaciones para las tribus españolas de pagar un tributo y de contribuir con contingentes de tropas al ejército romano y la prohibición de edificar nuevas ciudades.

La actividad de Tiberio Sempronio Graco fué, desde luego, ejemplar. Fundó Graccurris, siendo esta la primera fundación a la que un general romano daba su nombre (53). Y, además, puso los auténticos cimientos para la pacificación de las tribus nómadas y guerreras de las zonas altas y pobres del interior de España. Efectivamente, obligadas por las

dificultades climáticas y la pobreza de las cose- - chas, estas tribus se lanzaban con frecuencia sobre zonas más ricas y templadas de la ribera mediterránea y de lo que luego sería la Bética. Para evitar tales incursiones Tiberio Sempronio Graco repartió tierras entre los celtíberos, convirtiendo las tribus nómadas en sedentarias y reduciendo de algún modo los ánimos anteriormente belicosos de aquellas tribus.

Es evidente que esta actividad pacificadora y estas ideas de mejora y asentamiento de poblaciones tras un reparto de tierras tuvieron que influir en el ánimo de los hijos. Aunque su padre muriese siendo ellos muy jóvenes, sus ideas no les serían desconocidas, sino que es perfectamente presumible que su madre, al recordarles la figura de su esposo, les hablara con orgullo de estos hechos sobresalientes de la vida de Tiberio Sempronio Graco.

Aún más, la actividad de Graco padre no se limitó a España, sino que igualmente ordenó y tranquilizó Cerdeña a partir del año 177 a. de C. y en sus diversas misiones diplomáticas, en el año 165 con Antioco IV y Eumene II, en el 164 con los Rodios, en el 163 con Ariarate X y en el 162 con Demetrio de Siria, siempre se mostró humano y pacificador -- (54).

Por otra parte, las alusiones a Tiberio Sempro

nio Graco como un hombre íntegro y honesto son continuas en las fuentes. Por ejemplo, el mismo Plutarco en la Vida de Marcelo, V, habla del valor y probidad de Graco y del aprecio que le tenían los romanos.

Otro aspecto positivo de la personalidad del padre, que pudo pasar a sus hijos, es el filo-helenismo. Cuenta Cicerón, en Bruto, XX, 79, que en el año 164, durante su misión ante los Rodios, les dirigió a éstos un discurso en griego, lo que le califica como un buen conocedor del idioma y de las costumbres de aquel país. El ambiente en el grupo escipioniano, al que, en definitiva, pertenecía la madre, Cornelia, era también filo-helénico y prueba de que no se trata de una simple hipótesis es el hecho de que los dos educadores de los Gracos, de los que hemos conservado noticia, fueron griegos: el orador Diófanos de Mitilene y el filósofo Blossio de Cumas (Plutarco: Tiberio, VIII) (55).

Claro que no todo son detalles "progresistas" en la vida de Tiberio Sempronio Graco, reclamado -- por los optimates como uno de los genuinos representantes del tradicionalismo. Indudablemente hay hechos de su biografía que permiten catalogarlo como componente del que después sería el partido aristocrático; y así nos lo demuestra el hecho de que se opuso con todas sus fuerzas a los libertos, preten-

diendo impedir que éstos tuviesen voto en la Roma - de su tiempo.

Desde el año 189 se había concedido a todos -- los libertos inscribirse en cualquiera de las tribus urbanas, si no tenían hijos mayores de cinco -- años. Los que tenían hijos mayores de esta edad (es decir, que ya estaban inscritos en el censo de los ciudadanos) podían participar con ellos en cual- -- quier tribu urbana o rústica e incluso se permitió a los que no tenían hijos, si poseían tierras cuyo valor superase los 30.000 semtercios, inscribirse -- también en una de las tribus rústicas. Tiberio Sempronio Graco pretendió, siendo censor, veinte años después del plebiscito de Q. Terencio Culéon del -- año 189 (56), privar a todos los libertos del voto y de su inscripción en las tribus, pero la interven ción de su colega en la censura C. Claudio Pulcro -- fué decisiva para que, al menos, fueran inscritos -- todos los libertos en una tribu urbana, la Esquilina. De esta manera, evidentemente, se colocaba a -- los libertos en situación de neta inferioridad polí tica, disminuyéndose el valor de su voto.

Así, pues, algunos rasgos característicos de -- la personalidad del padre de los Gracos han pasado a sus hijos, bien como componentes del temperamento heredado, bien como consecuencia de la educación re cibida de su madre, con continuas referencias a la

vida de su padre.

Entre estos rasgos más sobresalientes, y que, desde luego, aparecen reflejados en las vidas de Tiberio y Cayo, encontramos: un especial interés por la ordenación de la propiedad agraria como base de un orden más justo de la sociedad; una atención especial a la fundación de nuevas ciudades y asentamientos y, en general, una dedicación a la elevación del nivel de vida de los ciudadanos o súbditos (57).

En cuanto al reconocimiento de la importancia cultural del mundo griego patente tanto en el caso del padre como en el de los hijos, es lógico suponer que hayan podido contribuir otros factores, como el ambiente del grupo escipioniano, del que formaba parte la madre, Cornelia, y, en general, la influencia de una buena parte de la aristocracia de la época, en la que estaban de hecho inmersos.

Graco padre fué también esencialmente pacifista, aunque no falten actos de fuerza en su vida, y lo mismo cabe decir de sus hijos, cuyas muertes se producen sin oponer resistencia a los contrarios.

b) Personalidad de la madre.— Por lo que respecta a Cornelia, la madre de los Gracos, el primer dato que llama la atención es el hecho de la importancia concedida en la biografía plutarquea a esta

excepcional mujer. En cinco capítulos diferentes de las biografías (58) hay referencias, algunas bastante extensas, a sucesos de la vida de Cornelia.

Tales referencias, que indudablemente Plutarco recogió de sus fuentes, muestran bien a las claras la importancia de su vida y el presumible influjo - que esta mujer ejerció sobre sus hijos.

Los capítulos primero y cuarto de la vida de Tiberio narrada por Plutarco recogen una serie de datos de gran interés. En el primero, salvo un episodio novelesco en el que los anteriores biógrafos pretenden hacer creer que el padre de los Gracos -- eligió su propia muerte para salvar a su esposa Cornelia, todavía joven, ya que uno de los dos había -- necesariamente de morir según las señales del cielo, se hace referencia a una serie de hechos puramente históricos, como el haber tenido Cornelia doce hijos con Tiberio Sempronio Graco, hecho atestiguado también por Plinio en su Historia Natural (59).

De estos hijos nueve debieron morir, como era frecuente en la antigüedad, en el momento mismo del parto o poco después, y sólo tres alcanzaron la madurez: Tiberio y Cayo, los reformadores, y una hermana de éstos, Sempronía, quien casaría después con Escipión Emiliano, el Africano menor.

Muerto Graco padre, Cornelia quedó encargada - de la casa y de los hijos, mostrándose, dice Plu -

tarco, extremadamente prudente, amante de sus hijos y magnánima. Desatendió las proposiciones de matrimonio que le hiciera el rey Tolomeo, cosa que parece verosímil según la mayoría de los historiadores, y se dedicó por completo a la educación de sus hijos, diciendo a este respecto Plutarco, al final de este primer capítulo que estamos comentando, que -- les "dió tan esmerada crianza que con ser, según -- confesión de todos, los de mejor índole entre los -- romanos, aún parece que se debió más su virtud a la educación que recibieron que a la propia naturaleza".

Indudablemente, confluyeron bastantes elementos para la formación de Tiberio y Cayo, pero de entre ellos hay que destacar, por una parte, la naturaleza, como hijos que eran de Tiberio Sempronio -- Graco y Cornelia (hija, a su vez, de uno de los más grandes hombres de la antigüedad romana: Escipión -- el Africano, el vencedor de Aníbal) y, por otra, la educación que recibieron en casa de Cornelia y en -- un círculo en el que convivían las más altas personalidades de la época, el círculo de los Escipiones.

El capítulo cuarto de la vida de Tiberio en la obra de Plutarco se refiere fundamentalmente al matrimonio del joven Tiberio con la hija de Apio Claudio e incidentalmente recoge un dato del más alto --

valor histórico referido al matrimonio de Cornelia y Graco padre. Plutarco cita aquí a Polibio para decirnos que muerto Escipión el Africano sus familiares eligieron como marido para Cornelia al padre de los Gracos, Tiberio.

Decimos que este dato es el de más alto valor histórico porque Polibio constituye una fuente de primer orden, ya que escribió su obra al lado de Escipión Emiliano y casi diríamos al dictado de éste, por lo que no hay duda de la certeza del hecho aquí narrado y, por otra parte, parece lógico considerar que si los deudos de Escipión Africano dieron su hija Cornelia en matrimonio al padre de los Gracos es porque no había enemistad entre éste y los Escipiones, contrariamente a lo que la tradición aristocrática posterior pretenderá hacernos creer con la simple finalidad de establecer el famoso paralelismo - entre Tiberio y Cayo, por un lado, y su padre, por el otro, demostrando la maldad de aquellos y la bondad de éste que, aún estando enemistado con los Escipiones, interviene a su favor en el famoso proceso al que hemos hecho referencia y del que tendremos ocasión de ocuparnos de nuevo (60).

Otras referencias a la vida de Cornelia se encuentran en los capítulos IV, XIII y XIX de la vida de Cayo Graco escrita por Plutarco.

El capítulo IV contiene una doble alabanza de

la madre de los Gracos, una en boca del propio Cayo, contra uno de sus enemigos, y otra recogida por la tradición para poner de relieve la grandeza de ánimo de Cornelia.

Cuando Cayo accede al tribunado, propone dos leyes dirigidas contra los enemigos de su hermano Tiberio. En la primera se establecía "que si el pueblo privaba a un magistrado de su cargo no pudiera después ser admitido a pedir otro", y en la segunda "que si algún magistrado proscribía y desterraba a un ciudadano sin juicio precedente, hubiera contra él acción ante el pueblo".

La primera de estas normas iba claramente dirigida contra Octavio el Tribuno, que se opuso a la ley agraria de Tiberio y, que finalmente, fué depuesto por el pueblo. Señala Plutarco que esta propuesta la retiró Cayo diciendo "que hacía esta gracia a Octavio por Cornelia, su madre, que se lo había pedido".

Al pueblo le gustó el gesto de Cornelia erigiendo en su honor una estatua de bronce "no menos por sus hijos que por su padre". En la actualidad se conserva la base de una estatua dedicada a Cornelia, hija del Africano y madre de los Gracos, en el Museo Nuevo Capitolino de Roma (61).

En el capítulo XIII de la Vida de Cayo, Plutarco recoge la noticia de anteriores documentos con-

trarios a los Gracos en que se afirmaba que poco antes de la muerte de Cayo, Cornelia reclutó gentes - de fuera de Roma a las que contrató como segadores para que entraran en la ciudad a luchar al lado de su hijo. Esta noticia es notoriamente falsa, ya que Cayo no opuso ninguna resistencia armada a la facción contraria dirigida por el cónsul Opimio.

Finalmente, el último capítulo de la Vida de Cayo, el XIX, lo dedica Plutarco por entero a glorificar la vida de Cornelia, viuda y sin hijos, retirada a sus posesiones al pie de Miseno en la bahía de Nápoles, donde pasaba su vida rodeada de amigos --- "por su inclinación a la hospitalidad", frecuentando su casa griegos y literatos y recordando con orgullo las vidas de su padre, Escipión el Africano y de sus hijos Tiberio y Cayo.

c) El grupo familiar de los Escipiones. - En esta indagación primera, en torno a los antecedentes familiares e institucionales de los protagonistas - de la reforma del siglo II a. de C., no podemos dejar de hacer una mención especial al grupo de los Escipiones, por diversos motivos.

La familia de los Escipiones y la tribu Cornelia ocupan un lugar preeminente en la historia de la república romana y, más concretamente, durante el final del siglo sexto y comienzos del séptimo --

"ab urbe condita".

La historia de Roma es entonces, quizá, más -- que la lucha entre dos grandes partidos el forcejeo entre algunas familias preponderantes que se reparten el poder de la gran ciudad señora del Mediterráneo. Una de estas familias, seguramente la más relevante, es la de los Escipiones.

El amplio círculo de la familia de los Escipiones abarca también y comprende a los Gracos, ya que Tiberio Sempronio Graco, el padre, se casó, tras la muerte del más importante de los Escipiones, Publio Cornelio Escipión, el Africano mayor, con la hija -- de éste, Cornelia.

Los hermanos Graco, Tiberio y Cayo son, pues, nietos, por la línea materna, del Africano mayor, y están emparentados con toda la familia de los Escipiones. Claro está que el vínculo agnaticio que se transmite por vía de varón liga a los Gracos con la familia Sempronía. Sin embargo, la muerte del padre, cuando aquellos eran aún niños, su educación -- por la madre, Cornelia, y el hecho mismo del vínculo de sangre hacen que haya que considerar de modo muy especial su relación con el grupo de los Escipiones.

Estos lazos de sangre iniciales y los lógicamente establecidos durante su menor edad, dadas las relaciones entre la madre y su familia de origen, --

se ven todavía más reforzados, y el hecho es una de mostración más de lo anteriormente dicho, por las relaciones de carácter "profesional" entre la familia de los Escipiones y los Gracos.

De la misma manera que Graco padre actuó en la campaña de Oriente junto a Publio Cornelio Escipión y su hermano Lucio Cornelio Escipión (cuando éste dirigía nominalmente las operaciones), el mayor de sus hijos Tiberio Sempronio Graco, actuó en Africa con Escipión Emiliano, el Africano menor, (ver Plutarco, Tiberio, IV) que era su cuñado, pues estaba casado con su hermana Sempronia. Dice Plutarco, además, en su biografía de Tiberio que ambos cuñados vivían en una misma tienda y, lógicamente, eran buenas las relaciones entre los dos. Tiberio, por su parte, admiraba al general cuya virtud era un ejemplo para todos.

E igualmente su hermano Cayo Sempronio Graco se inició en las artes militares de la mano de su cuñado Escipión Emiliano, al que acompañó en la guerra de Numancia junto con otros personajes excepcionalmente importantes, como Quinto Fabio Máximo Emiliano, hermano de Emiliano, y Polibio y Rutilio Rufo, ambos historiadores de la campaña numantina.

Por si todos los lazos de sangre, crianza, educación y amistad fueran pocos, la historia mezcla aún más las figuras de los Gracos y de los Escipio-

nes. Toda la serie de odios y rencores, de intereses y prejuicios que inundaron Roma durante el último siglo de la República confluyen en los relatos - que han pervivido de aquellos tiempos para hacer -- más compleja y al mismo tiempo más confusa la relación entre Gracos y Escipiones.

Parece fuera de toda duda que la decisiva intervención de Graco padre para salvar a Escipión el Asiático de la denuncia promovida por Catón es cierta, pero igualmente parece claro que no existía entonces una enemistad entre Graco padre (todavía muy joven y que acababa de ocupar un importante puesto en el ejército mandado por los Escipiones) y estos mismos Escipiones. Esta falsa enemistad reflejada - en la tradición escrita aristocrática no pretende - otra cosa que desacreditar a los hijos de aquel --- gran hombre que había sido el Graco padre, haciendo resaltar la bondad y altura moral de éste que, a pesar de ser enemigo de los Escipiones que le fueron contemporáneos, salva a uno de ellos cuando es necesario. Los hijos, sin embargo, actúan según esta -- tradición, como individuos sin entrañas, de modo -- que incluso llegan a matar al propio Escipión Emiliano, al que tanto debían y al que les unían lazos de parentesco. Naturalmente, esto es totalmente falso, hasta el punto de que unos culpaban del presunto asesinato a Cornelia, madre de los Gracos y sue-

gra de Escipión, otros a Sempronio y otros al mismo Cayo. Claro que para otros historiadores bien pudo ser un suicidio, al comprender Escipión que no podía cumplir la palabra empeñada (Plutarco, Cayo, X, y Apiano, Guerras Civiles, I, 20) u obra de Fulvio o de otras personas o incluso muerte natural.

Pero no paran ahí, ni mucho menos, las relaciones entre los Gracos y los Escipiones. En la muerte de Tiberio aparece como una figura relevante la del Pontífice Máximo, otro miembro de la familia de los Escipiones, primo, por la línea materna, del tribuno, que tuvo participación personal y destacada en el homicidio. Escipión Nasica promovió y solicitó - el senatus consultum ultimum; imprecó al cónsul Publio Mucio Scaevola, para que actuase contra Tiberio y al ver que el jurista no compartía su postura rompió la marcha en persecución de Tiberio (Plutarco, Tiberio, XIX, y Apiano, Guerras Civiles, I, 16 y 17).

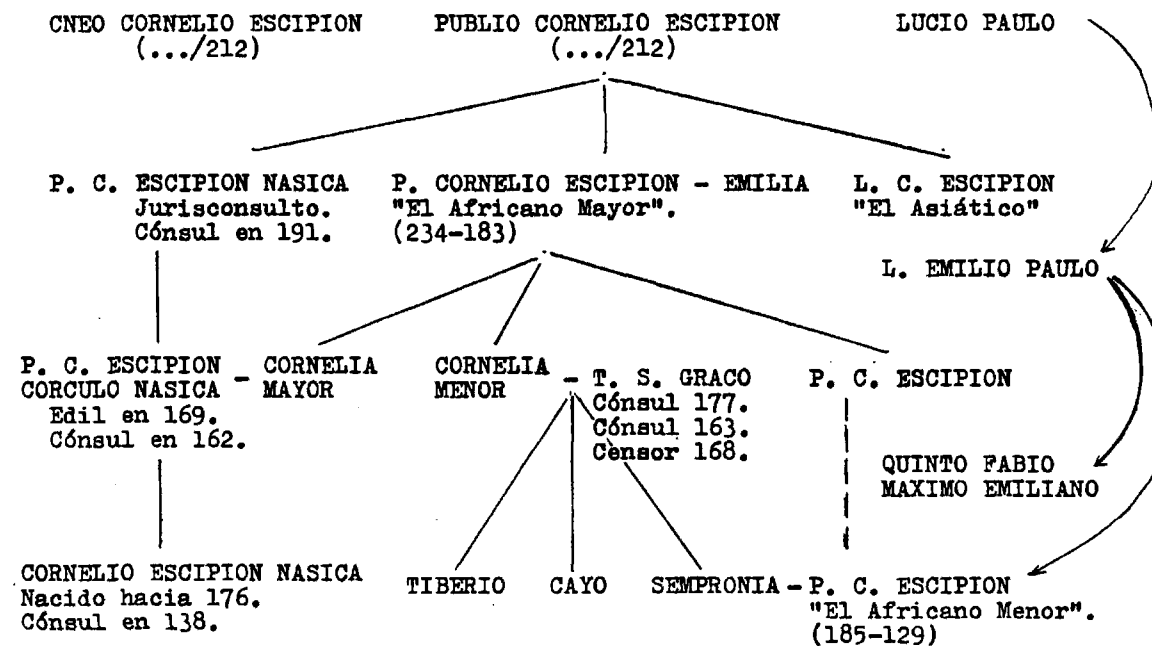
Y continuamente se están entremezclando las vidas de Gracos y Escipiones. Piénsese, sobre todo, - en las bodas entre Tiberio Sempronio Graco padre y Cornelia, la hija del Africano mayor, y entre la -- hermana de los Tribunos y Escipión Emiliano, el --- Africano menor.

En una palabra, la mayor parte de los más importantes acontecimientos de aquella época están escri

tos con esos dos nombres. Sirva como ejemplo un --- fragmento significativo que recogemos de Apiano --- (62): "así murió Escipión y aunque había prestado - muy grandes servicios al poder romano no fué ni siquiera honrado con un funeral público: que tanto do mina la ira del momento presente a la gratitud del pasado. Y este acontecimiento, suficientemente importante por sí mismo, tuvo lugar como un nuevo incidente de la sedición de Graco".

Esta misma idea ya esbozada por Apiano la desarolla en nuestros días Plinio Fraccaro (63), quien a propósito del famoso proceso contra los Escipiones nos dice: "No sin razón del padre de los Tribunos Gracos, que tuvo una parte en este proceso, se hizo más tarde uno de los actores principales del - drama... La leyenda del Africano venía así a unirse a la leyenda de los Gracos y un trágico y único tema aparecía durante más de medio siglo, en el fondo de la Historia de Roma".

Para poner de relieve el parentesco existente entre los diversos componentes del grupo escipionia no y los Gracos y, al mismo tiempo, la relación entre algunos de los hombres más significativos de la época que vamos a estudiar hemos establecido el gráfico que a continuación reseñamos, sobre la base de datos recogidos en las diversas fuentes y, en especial, las diversas biografías de Plutarco.



2.- La personalidad de Tiberio y Cayo Sempromio Gracq.

Hablar de la personalidad de los hermanos Graco veintiún siglos después de su muerte es sumamente arriesgado, teniendo en cuenta que las fuentes de nuestra historia, aunque aportan algunos datos sobre su vida, se escribieron dos siglos después de que ocurrieran los acontecimientos que narran.

Apiano, como puntual historiador que es, no puede detenerse a recoger muchos detalles sobre el modo de ser de nuestros personajes, quizá desfigurados por los que transmitieron de primera mano los hechos. Por ello, es parco en adjetivos y en detalles de índole subjetiva. De Tiberio nos dice que era un "hombre ilustre, ansioso de gloria, magnífico orador, y por estas razones bien conocido de todos" (64). De Cayo no hay ningún retrato personal en la obra de Apiano, aunque se desprende de su lectura que el historiador lo considera un político hábil, por ejemplo, cuando nos dice: "Por lo tanto, Cayo Graco fué Tribuno por segunda vez. Habiendo, por así decir, comprado a los plebeyos, empezó ahora, mediante otra maniobra política, a cortejar el orden ecuestre, que ocupaba un puesto intermedio entre el Senado y los plebeyos" (65).

Plutarco, el biógrafo, como es lógico, aporta

más detalles de carácter personal en su obra sobre los hermanos tribunos.

Los capítulos II y III de la biografía de Tiberio están destinados a recoger las características de los distintos temperamentos y las virtudes comunes. Primero escribe Plutarco sobre las diferencias entre los hermanos por lo que respecta al carácter, al estilo, a la dicción y al orden de su vida. Después, sobre las semejanzas que había entre los mismos, enumerando las virtudes de ambos.

Contra lo que pudiera pensarse, no parece que los detalles del capítulo segundo sean una pura invención de Plutarco para adornar las vidas de sus héroes o para hacerlas más preciosas a los ojos de los lectores, sirviendo como modelo o ejemplo, lo que estaría en consonancia con el afán moralizador de su obra. Más bien me inclino a creer que proceden de la obra de Cornelio Nepote, citada en el capítulo XXI de la Vida de Tiberio, y que era una biografía que trataba de los Gracos como oradores. Los hermanos Graco fueron dos de los más grandes oradores que tuvo la Roma republicana, como lo reconoce el mismo Cicerón, a pesar de que sus ideas no pueden ser más opuestas. Los datos que la tradición escrita nos ha conservado a este respecto quizá sean algo de lo más interesante de la biografía de Plutarco, pues es posible que no hayan sido falseados

posteriormente por los amigos o enemigos de los tribunos. Efectivamente, los rasgos recogidos no nos dicen si Tiberio y Cayo eran buenos o malos, inteligentes o no, dadivosos o mezquinos; no se hacen juicios de valor. Plutarco y su fuente se limitan a -- mostrarnos el diferente modo oratorio de los hermanos: "en las facciones del rostro, en el mirar y en los movimientos, Tiberio era dulce y reposado, Cayo fogoso y vehemente, tanto que para hablar en público el uno permanecía sosegado en el mismo sitio y el otro fué el primero de los romanos que empezó a dar pasos en la tribuna"; y el estilo de Tiberio -- "era dulce y más propio para mover a compasión", -- mientras que el de Cayo era acalorado y cargado de afectos; los discursos de Tiberio eran puros, estudiados, los de Cayo más persuasivos y floridos; en su vida Tiberio era parco y sencillo, siendo más -- gustoso del lujo su hermano. De acuerdo con todo lo anterior, Tiberio sería un tipo, psicológicamente -- hablando, emotivo, no activo (nervioso y sentimental), mientras que Cayo responde más bien al tipo -- emotivo activo (colérico y apasionado).

El capítulo III de la Vida de Tiberio, como decíamos, recoge no ya las diferencias, sino las semejanzas entre los hermanos, y aquí Plutarco nos dice que "la fortaleza contra los enemigos, la justicia con los súbditos, la actividad en los cargos y la --

continencia en los placeres era en ambos una mis- -
ma". Ahora sí tengo la impresión de que Plutarco es
está inventando, adornando sus figuras. Sus héroes re
unen las virtudes de la justicia, la fortaleza y la
templanza. Curiosamente falta una de las cuatro vir
tudes cardinales, la prudencia. Quizá no se atrevió
a considerar prudentes a quienes de alguna manera -
fueron causantes de muchas muertes en Roma, incluí-
das las suyas propias.

En líneas generales los temperamentos a que an
tes aludíamos, deducidos de las características ora
torias de los Gracos, se manifestaron también en --
los demás detalles que componen sus vidas. Pero ---
esos temperamentos son algo innato, propio de cada
uno, no adquirido. Sin embargo, ¿qué hubo, además -
de eso en la personalidad de los Gracos?; ¿cómo fué
su bagaje cultural?; ¿qué es lo que aprendieron?; -
¿qué experiencia tenían de la vida?; ¿cómo se formó
su carácter definitivo?

Por fortuna, algunos datos, muy escasos, pero
bastante significativos, nos pueden permitir cono-
cer a grandes rasgos cual fué la educación que los
tribunos recibieron y qué experiencias acumularon -
durante sus vidas.

En relación con el primer punto, Plutarco (Ti-
berio, VIII) nos da algunas noticias para comenzar
nuestra indagación: "nombrado Tiberio tribuno de la

plebe, al punto tomó por su cuenta este negocio, in citado, según dicen los más, por el orador Diófanos y el filósofo Blossio. Era Diófanos un desterrado de Mitilene y Blossio de allí mismo, natural de Cumas, en Italia; al cual, habiendo sido en Roma discípulo de Antipatro Tarsense, dedicó éste sus tratados de filosofía".

El influjo helénico en la formación de los tri bunos fué muy grande, a juzgar por lo que se des- - prende de la obra de Plutarco. Diófanos de Mitilene sería su principal maestro de oratoria y los herma- nos destacaron de manera sobresaliente en este ar- te. Tan importante o más que el influjo de Diófanos debió ser el de Blossio de Cumas. Esta ciudad era -- una vieja colonia griega, más exactamente jónica, - situada en la costa, cerca de Nápoles. La cultura - de Blossio era griega, como griego era también su -- maestro Antipatro de Tarso y heleno era su sistema de pensamiento y su filosofía. Blossio de Cumas era un completo y perfecto estoico (66).

La cultura griega, en general, y el estoicis- mo, en particular, son algo muy importante en la -- formación de los Gracos y en lo que vale la pena de tenerse. Ya indicamos que el padre de los Gracos -- era un profundo conocedor del idioma griego, según nos relata Cicerón, y, por otra parte, que Corne- - lia, la madre de los Tribunos, pertenece al círculo

más helenizado de la Roma de su tiempo, el de los - Escipiones, al que por parentesco de sangre pertenecen también sus hijos.

La aristocracia de la época de los Gracos estaba profundamente helenizada. La figura más importante de entonces, Escipión Emiliano (67), el Africano menor, cuñado de Tiberio y Cayo, es un gran amigo de la cultura y el espíritu griegos. Su padre, Paulo Emilio, le procuró una educación al mismo tiempo griega y romana (68). Tuvo muchos maestros griegos, sobresaliendo entre todos Metrodoro, considerado -- por los atenienses el primer filósofo de su época, e incluso parece que como consecuencia de la batalla de Pydna, en que Escipión Emiliano intervino -- con su padre Paulo Emilio, tuvo a su disposición la biblioteca de Perseo vencido en la batalla.

El compañero inseparable de Escipión Emiliano, Lelio, al que todos los escritores de la antigüedad y entre ellos Cicerón en La República o en Bruto se refieren con grandes elogios, considerándole por su cultura, elocuencia, y sabiduría incluso superior -- al mismo Escipión, es también otro destacado filoheleno.

En el círculo de los Escipiones, cuyas figuras prominentes como hemos indicado son lógicamente el Emiliano y su íntimo amigo Lelio, tienen entrada -- los más importantes hombres de la cultura griega de

la época, a los que acogen con entusiasmo. Entre -- ellos sobresalen el historiador Polibio, el estoico Panecio y el literato Terencio. Otros componentes -- del grupo, romanos, pero imbuídos de las mismas --- ideas de respeto y admiración por la cultura griega y en contacto con ella, fueron toda esa serie de im portantes personajes que Cicerón cita en La Repú- -- blica y que con motivo de las Ferias Latinas pasan unas jornadas de descanso y conversación con su gru po de amigos en los jardines de la casa de Esci- -- pión. Entre ellos se encuentran Quinto Elio Tube- -- rón, sobrino del propio Emiliano, L. Furio, P. Ruti lio, Mumio, Pasio Estrabón y Quinto Escevola (yer nos de Lelio, entonces en la edad de la cuestura) y Manilio (69).

La corriente estoica duró prácticamente cinco siglos desde el 300 a. de C., en que fué fundada -- por Zenón, hasta la muerte de Marco Aurelio en el - 180 d. de C.

La época del estoicismo medio es la de su in- troducción en Roma. Los más importantes filósofos -- son el pensador Panecio, maestro, como hemos dicho, de Escipión y de todo su grupo, y su discípulo Posi donio, que también formaría una importante escuela en Rodas, de la que fué alumno Cicerón.

A pesar de la larga vida del estoicismo y al -- margen de que los más característicos representan-

tes vivan en la época del Imperio (Séneca, Epicteto, Musonio y Marco Aurelio), lo cierto es que la doctrina se mantiene constante a través de tan larga historia.

Las ideas propias y más significativas del estoicismo son las referentes a su concepción de la naturaleza, que desemboca en una especie de panteísmo, al suponer la acción divina sobre todas las cosas y todos los hombres. Así se explican sus otras ideas básicas sobre la ley universal, el derecho natural, la fraternidad humana o el cosmopolitismo -- (70).

La información de todas las cosas por la divinidad, según el pensamiento estoico, conduce con toda lógica a pensar en la unidad de toda la naturaleza, incluida la naturaleza humana. Epicteto llegará a decir que todas las almas son fragmentos del alma divina.

La divinidad, que todo lo informa, es racional; por ello, toda la naturaleza es también racional, está como transida de razón. Los hombres podrán organizarse en sociedad, podrán dictarse sus propias normas, pero por encima de ellas están las verdaderas leyes, las leyes naturales, las que impone la razón divina organizadora de todas las cosas. Existe, pues, un Derecho Natural, que no es sino el basado en la naturaleza misma, de alguna manera ma-

nifestación de la razón divina informadora y gobernadora de todas las cosas.

También las ideas de igualdad de los hombres, fraternidad humana y cosmopolitismo brotan espontáneamente de aquella concepción inicial y unitaria - de la naturaleza. Esta, decían los pensadores estoicos, nos ha hecho a todos los hombres esencialmente iguales. No hay diferencias profundas entre un hombre ingenuo y un esclavo o entre un griego y un romano. Todos los hombres son hermanos. Todos los hombres, llegará a decir, con otras palabras, Marco Aurelio, son ciudadanos del mundo.

Estas ideas son de Epicteto, Séneca y Marco Aurelio, pero ya lo eran antes de Posidonio o de Panecio o, lo que es igual, de Elosio de Cumas. Estas - fueron ideas que muy bien pudieron ser hechas suyas por Tiberio y Cayo Graco o, al menos, son ideas con las que ellos tuvieron contacto personal y directo y que lógicamente debieron dejar una honda huella - en su alma. Toda su familia, toda su educación, todo el ambiente que les rodea, incluso en la guerra, parece que están impregnados de pensamiento griego y este es precisamente el pensamiento griego hecho romano en la gran urbe que comienza a ser la Roma - del siglo II a. de C.

Claro que no todas las actuaciones de Tiberio y Cayo se acomodan al ideal de vida estoico tal co-

mo lo hemos enunciado. Plutarco (Tiberio, VIII), -- cuando señala las posibles causas que movieron a Tiberio a defender la ley agraria, asegura que, según un escrito del mismo Cayo Graco, "al hacer Tiberio su viaje a España por la Toscana, viendo la despo- blación del país y que los labradores y pastores -- eran esclavos advenedizos y bárbaros, concibió ya - la primera idea...". Parece, según esto, que ni Ti- berio ni Cayo tuvieron en gran estima a los escla- vos y que, por tanto, no eran fieles, en ese senti- do, al ideal de igualdad predicado por el estoicis- mo. Y más clara todavía se ve esta postura en Apia- no (Guerras Civiles, I, I, 9). Es posible que no se hubiera llegado todavía a esa conclusión del princi- pio básico de igualdad y cabe también que el sentir común de la época sobre la esclavitud concebida co- mo institución del Derecho de gentes, admitida por todos los pueblos, ahogara de algún modo el sentido de igualdad y justicia que parece anidar en tantas otras actuaciones de los Gracos.

Lo cierto es que en muchas otras ocasiones el espíritu igualitario y la defensa de los derechos - de los más pobres constituyen la médula de sus dis- cursos (como el ya citado de Plutarco, Tiberio, IX) y de sus actuaciones (como la propuesta de la ley - agraria y las demás que siguieron a la propuesta -- inicial de Tiberio).

De Martino señala, a este respecto, que Tiberio, lo mismo que su hermano, pertenecía a la nobleza y había sido educado según las ideas de la alta sociedad romana de su tiempo. No comparte, dicho romanista, la idea plutarquiana sobre la importancia que en la formación del joven Tiberio tuvieron sus preceptores griegos, el filósofo Elosio de Cumas y el retórico Diófnanes de Mitilene "debiendo excluirse que ellos fuesen los únicos que inspiraron las nuevas concepciones democráticas y menos aún una reforma en las relaciones entre las clases de Roma" - (71).

Nosotros nos inclinamos por una efectiva importancia de la formación helénica en los Gracos, precisamente porque pertenecían a la nobleza y a la alta sociedad de la época. Ya hemos visto cómo el más importante de los romanos coetáneos de los Gracos, Escipión Emiliano, pariente, además, de los tribunos, desenvolvía su vida en un ambiente en el que no sólo tenían cabida los griegos, sino en el que ocupaban puestos de honor. Otra cosa distinta es -- pensar que las ideas estoicas fuesen las únicas que influyeron en la trayectoria política de los Gracos. Indudablemente, los hechos sociales, sobre todo los de una envergadura tan grande como las convulsiones que va a sufrir Roma a partir de la segunda mitad del siglo II a. de C., son extraordinaria-

mente complejos y por mucha influencia que tenga la personalidad de determinados prohombres en algunos acontecimientos, son muchas las circunstancias que concurren para que la Historia se mueva en una dirección determinada. Unas ideas, o unos movimientos fructifican en un medio determinado, cuando las condiciones económicas y políticas, los sentimientos - del pueblo y los intereses de las clases dirigentes son los más adecuados para ello. En ocasiones podemos observar que determinadas ideas fructifican muchos años después de haber sido expuestas por primera vez, porque las circunstancias iniciales no eran las adecuadas para ello.

Por el contrario, cuando un hecho social sucede, hay que pensar que en el grupo humano en que se produjo existía el germen del mismo y el ambiente - que lo hizo posible. La historia de los hechos sociales trata de buscar las diversas causas que pudieron influir más decisivamente en la producción - del fenómeno estudiado. Estamos intentando aproximarnos a la historia de las leyes agrarias y al movimiento reformador de los Gracos. Por ello, lo primero que hemos hecho ha sido examinar la estructura y los condicionantes de carácter político (la detención del poder por la oligarquía terrateniente y senatorial), la especial situación de los caballeros, la escasa fuerza de los comicios populares,



estructura económica y social de la sociedad romana de la época (la acumulación de riquezas en manos -- del Estado y, especialmente, de algunos particulares, la miseria de la mayoría, la despoblación del campo y los problemas del ager publicus, la concentración urbana y las dificultades para reclutar el ejército). A continuación hemos visto el ambiente -- en que se desarrollaron los reformadores: su familia y su educación. Veremos ahora, en la medida de lo posible, cuál fué su experiencia vital, tal como nos cabe conocerla a través de las fuentes, para hacernos una idea sobre la personalidad de los mismos.

Finalmente, examinaremos el modo concreto en -- que estos hombres pretendieron ordenar algunos aspectos de la vida de su pueblo, qué razones pudieron empujarles a actuar de la manera que lo hicieron, qué finalidad perseguían, qué medios utilizaron y qué resultados consiguieron.

Las experiencias militares, políticas y sociales de los dos hermanos se pueden calificar de amplias.

Tiberio estuvo en Africa, participando de modo notable en la campaña en que fué destruída Cartago. Militaba entonces a las órdenes de Escipión Emiliano, que era su cuñado, como hemos dicho en otras -- ocasiones, por estar casado con la única hermana de

Tiberio. Vivía durante la campaña en la misma tienda que el general, con el que debía estar compenetrado. Tiberio realizó allí algún hecho sobresaliente, pues uno de los que después serían sus enemigos, Fanio, yerno de Lelio, reconocía en uno de sus escritos que fué el primero en trepar al muro enemigo (72).

El segundo momento de la historia militar de Tiberio es su intervención como cuestor en la guerra de Numancia, siendo cónsul Cayo Mancino. El hecho es verdaderamente importante y a él dedica Plutarco en su biografía de Tiberio nada menos que --- tres capítulos (quinto, sexto y séptimo). Tiberio interviene activamente para firmar un tratado con los numantinos, cuando estos tienen en sus manos al ejército romano, y evita así una gran matanza. Los numantinos recuerdan el noble espíritu y la fidelidad, rectitud y justicia del padre de Tiberio y, -- por ello, accedieron a pactar. El tratado es después rehusado por el Senado, que entregó al cónsul Mancino atado y desnudo a los numantinos. Esta experiencia militar y, al mismo tiempo, política, es -- una de las más importantes de la vida de Tiberio.

La preocupación militar de éste fué, sin duda, permanente. Apiano (73) señala que cuando Tiberio propuso la ley agraria lo que tenía en la mente era la idea de buscar hombres que sirviesen a la patria

en el ejército, no dinero. Y esta idea se muestra totalmente de acuerdo con la que recoge Plutarco -- (74), cuando escribe que, según un escrito de Cayo, al hacer Tiberio su viaje a España por la Toscana -- (cuando iba con el ejército a la guerra de Numancia), viendo la despoblación del país y que los labradores y pastores eran esclavos, tuvo la primera idea de su reforma que si bien abrigaba como finalidad inmediata una redistribución de las tierras, -- tendía en última instancia al fortalecimiento de la clase media agrícola, asentada sobre toda la península itálica, y sirviendo al mismo tiempo como base para un ejército serio, fuerte y aguerrido, como había sido tradicionalmente el ejército constituido -- por los campesinos romanos e itálicos.

La experiencia política de Tiberio fué la normal de uno de los personajes pertenecientes a la nobleza romana. De no haber sido por el especial curso que llevó su vida, Tiberio Sempronio Graco hubiera sido cónsul y más tarde censor y habría formado parte del Senado, como ocurrió con su padre. En sus treinta años de vida no pudo recorrer todo el cur-sus honorum, pero su carrera política fué brillante, como era de esperar, tratándose del hijo mayor de Tiberio Sempronio Graco, nieto además de Escipión Africano. Nacido en el 163 a. de C. Tiberio -- fué nombrado augur "apenas salió de la puericia", --

como señala Plutarco (75), es decir, cuando comenzó a usar la toga viril, hacia los dieciséis años. Aun que Plutarco nos dice, en su biografía, que el sacerdocio de los augures se atribuyó a Tiberio por su fama y virtud más que por su ilustre origen, lo lógico es pensar, como advierte Fraccaro (76), en todo lo contrario. En realidad, los hijos sucedían normalmente a sus padres en los puestos que éstos dejaban vacantes en los colegios sacerdotales. El padre de los Graco debió morir hacia el año 148 y no es de extrañar que en el 146 a. de C. se eligiese a su hijo mayor para sucederle en el puesto de augur. Como augur, pues, empezó su vida pública Tiberio, observando el vuelo de los pájaros o la comida de los pollos sagrados, pero sobre todo asistiendo a los cónsules.

Tras su participación en la campaña de Africa, cuando tuvo lugar la destrucción de Cartago, es nombrado cuestor y en calidad de tal vino a España en el 137 a. de C. para participar en la desastrosa -- campaña de Numancia, junto al cónsul Mancino. El -- puesto de cuestor en una campaña militar era muy importante, pues se trataba del más elevado en la expedición, tras el del propio cónsul. En los casos -- en que por cualquier causa faltaba el cónsul era el cuestor el que debía hacerse cargo del mando. Pero, además de estas funciones, el cuestor tenía como --

propias las de carácter económico. De la misma manera que el cuestor urbano se ocupaba de la guarda y administración del tesoro público, los cuestores militares custodiaban el dinero público, debiendo llevar las cuentas de éste para justificar su administración. A esto hace referencia Plutarco, al comienzo del capítulo VI de la vida de Tiberio, cuando narra que entre los despojos que tomaron los numantinos al ejército romano "se encontraban unas tablas pertenecientes a Tiberio, que contenían las cuentas de su cuestura y que en gran manera deseaba recuperar" y que posteriormente el cuestor trató con los numantinos hasta conseguir su devolución, ya que -- las necesitaba para evitar posibles calumnias de -- sus enemigos sobre una mala administración.

En el año 134 a. de C., Tiberio fué elegido -- tribuno de la plebe. En aquella época el poder de -- los tribunos se había teóricamente acrecentado con respecto a fechas anteriores, pues no sólo tenían -- el derecho de veto y la intercessio o el ius agendi cum plebe sino, además, el ius sententiae dicendi -- en el Senado, para referir ante éste algún asunto y el ius senatus habendi, para consultarle sobre cualquier cuestión. En la práctica, sin embargo, la institución del Tribunado, tal como había llegado a -- subsistir en la época de los Gracos, estaba desprovista de su esencia primitiva, desde el momento en

que los plebeyos que accedían al cargo pertenecían, por lo general, al estrato más alto de la plebe y tenían intereses comunes con la nobleza. El tribunado había llegado a ser un verdadero instrumento en manos del Senado, incapacitado para actuar por su cuenta y, por supuesto, para propugnar medidas contrarias a los intereses del poder establecido. Tiberio, conocedor de la tradición reivindicatoria y -- progresista de los tribunos, murió en el 133 a. de C., por actuar, de acuerdo con ella, contra los intereses del Senado.

En cuanto a la experiencia de su hermano Cayo, nueve años menor, es muy semejante a la de Tiberio. En el verano del 133, cuando tiene lugar la muerte de éste, se encontraba Cayo en España, luchando contra los numantinos, definitivamente vencidos en otoño de aquel mismo año por el ejército a las órdenes de Escipión Emiliano. Tendría entonces Cayo la edad de veintiún años, aproximadamente, y en aquellas -- circunstancias se enteró de la muerte de su hermano. Siguió con el ejército en España hasta el otoño del año siguiente, en que Escipión volvió a Roma -- con sus tropas para celebrar el triunfo sobre Numancia.

Cinco años más tarde, en el 127 a. de C., encontramos a Cayo todavía en el ejército, pero ya como cuestor, acompañando al cónsul Orestes en Cerde-

ña. Después de unos destacados servicios en el ejército, al decir de Plutarco (77), el Senado prorrogó la estancia del general en Cerdeña, con la intención de que su cuestor quedase allí con él, pero Cayo, indignado al ver que pretendían alejarle de Roma, se presentó en la ciudad, por lo que fué acusado ante los censores. En la defensa, como magnífico orador que era, "de tal manera mudó los ánimos de los oyentes, que salieron persuadidos de que era él el que había recibido muchos agravios".

En aquella defensa que hizo de sí mismo dijo - que había servido doce años en el ejército, cuando lo normalmente exigido eran sólo diez, y que junto a su general había estado tres años, cuando podía haber vuelto a Roma pasado el primer año.

En cuanto a la experiencia política de Cayo, - quizá quepa decir que fué igual, si no superior, a la de su hermano, pues si Tiberio fué cuestor, también lo fué Cayo, y si el primero estuvo en la destrucción de Cartago, el segundo estuvo en la de Numancia, que fué aún más horrible que la otra, pues a pesar de tratarse de una pequeña ciudad y de no haber una orden expresa del Senado para su destrucción, Escipión la destruyó totalmente, quizá como dice Apiano (78) porque era un hombre de una naturaleza apasionada y vengativa con los vencidos.

A todo esto hay que añadir el conocimiento que

Cayo debió tener, como Tiberio, de las ideas más liberales y progresistas de su abuelo Escipión, el -- Africano mayor, y el ejemplo que para él fueron tanto su padre, el pacificador de las tribus celtibéricas y fundador de colonias, como su hermano, asesinado por defender los intereses del pueblo.

Cayo viajó bastante, pues además de conocer -- Italia, Cerdeña y España, estuvo también en Africa (79), precisamente para la fundación de una colonia en el territorio de la antigua Cartago.

Como Tiberio, también el hermano menor fué un gran orador desde el comienzo de su vida pública -- (80) y, finalmente, como él alcanzó el tribunado, a los diez años de ser asesinado Tiberio, en el año - 123 a. de C.

VI. EL INTENTO DE SOLUCION DE LOS PROBLEMAS
POR LOS HERMANOS GRACO.

Hasta ahora hemos ido examinando algunas cuestiones periféricas al tema central que ha de ocupar nuestra atención y que es objeto de la tesis: la actuación de los hermanos Graco.

Era necesario exponer a grandes rasgos el ambiente que rodeaba a nuestros personajes, el entorno político y social, los gruesos problemas de la sociedad del final de la República, para saber cuáles son las premisas de la actuación de los hombres objeto de nuestra investigación.

Desde este punto de vista, hemos examinado también el modo en que otros políticos anteriores se encararon con iguales o semejantes problemas, en especial con el agrario, quizá el más importante de todos, al menos en el ámbito de lo económico.

Siguiendo el mismo esquema metodológico de --- aproximación paulatina al punto central de nuestra tesis, hemos seguido rodeando un poco más, al tiempo que apretábamos el círculo de nuestro examen. Hemos dejado constancia de las fuentes en que se encuentran las noticias que tenemos sobre el particular y a continuación hemos indicado algunos deta-

lles significativos, en la medida en que éstos pueden ser conocidos, del ambiente familiar y de la personalidad de los Gracos.

Vamos a examinar ahora una tarea legislativa o, si se quiere, la labor política de unos hombres, instrumentada a través de una serie de normas. Vamos a tratar de aproximarnos a las causas explicativas de la legislación gracana, planteando cuantas cuestiones se nos ocurran y tratando de buscar la explicación, al menos, de las más importantes.

En cierto modo seguiremos empleando el mismo sistema de aproximación hasta llegar al núcleo de nuestra tesis, cerrando y estrechando poco a poco el círculo de las interrogantes que se seguirán moviendo todavía en derredor de la cuestión principal.

Todo ello es, creemos, perfectamente lógico, porque ¿cómo hablar del sentido de la lex Sempronia agraria sin conocer el modo en que la lex se producía en aquella época, o sin hacer referencia a la constitución política de la República romana o sin aludir al poder de los magistrados y, en especial, de los Tribunos de la Plebe?

Antes, pues, de examinar las propuestas concretas de Tiberio y de Cayo Sempronio Graco, trataremos de desentrañar algunas de las bases próximas de su actuación, aquellas que de un modo más directo -

podieron influir en sus decisiones, aquellas sin --
las cuales resulta imposible explicar y conocer el
significado de una actuación legislativa. De este -
modo nos vamos acercando ya al centro de nuestro tema.
ma.

VII. LAS PROPUESTAS DE TIBERIO SEMPRONIO GRACO.

1.- Bases de la actuación de Tiberio.

Conforme a lo que acabamos de decir, antes de estudiar las disposiciones concretas inspiradas por Tiberio examinaremos algunas bases próximas que --- constituyen el sustrato fundamental de toda su actuación y sin las cuales resultaría ininteligible - cuanto después digamos y muy inestable cualquiera - conclusión a la que pudiéramos llegar.

Nos referimos, concretamente, al sistema político existente en la Roma republicana del siglo II a. de C., a la Constitución política, con especial atención a la constitución de carácter real, la que se desenvuelve siempre al margen de lo escrito o de lo regulado, aunque sea por vía consuetudinaria. Hablaremos, por ello, de los partidos políticos de la época. Y todo nos llevará de la mano a ocuparnos -- asimismo de la figura del Tribuno de la Plebe, magistratura poco conocida desde la que ambos hermanos intentaron la reforma.

Finalmente, estudiaremos los apoyos de todo oden que recibió Tiberio a lo largo de su vida como hombre público y, en general, todas las presumibles bases explicativas de su actuación.

a) La Constitución política republicana.-- Aunque la carga política del término 'Constitución', - con su carácter específico, aparece en el siglo --- XVIII, es evidente que aplicar el mismo para referirnos a las líneas maestras que articulan el poder político en la Roma republicana no es ningún disparate, y, de hecho, así lo viene haciendo una buena parte de la doctrina desde largo tiempo.

Contamos, por otra parte, con un texto clásico, nada menos que de Cicerón, el de re publica, -- donde en diversas ocasiones se utiliza el término - 'Constitución' en un sentido muy similar al que modernamente tiene.

En de re publica, I, 37, Cicerón pone en boca de Escipión las siguientes palabras: "Yo prefiero - en el Estado un poder imponente y real; después, -- una parte de influencia dejada a los mayores; final mente, reservar ciertas decisiones al juicio popular. Es una constitución que, en primer lugar, presenta un gran carácter de igualdad, indispensable a los pueblos libres y ofrece, además, todas las condiciones para la estabilidad".

Y más adelante (De re publica, I, 38) continúa Cicerón haciendo hablar a Escipión de la siguiente manera: "Pasemos pues a examinar unos hechos bien - conocidos por vosotros, estudiados desde hace mucho

tiempo por mí mismo y que me hacen pensar, creer, - afirmar, que, de todos los gobiernos, ninguno por - el conjunto de su constitución, por la organización de sus detalles, por la garantía de las costumbres públicas, ninguno, repito, podría resistir la comparación con el que vuestros padres recibieron de sus antepasados y que nos han transmitido a nosotros -- mismos".

Pues bien, la Constitución política romana de la época de los Gracos, que es prácticamente la misma que conoce Cicerón, descansa en tres pilares fundamentales: la magistratura, el Senado y los comicios. Existe, en primer término, un poder fuerte, - como el de los antiguos reyes, que es el que han heredado los cónsules, pretores, censores y el resto de los magistrados que vienen a constituir lo que - hoy llamamos el ejecutivo de un Estado moderno, aunque desde luego ejercitan simultáneamente importantes funciones procesales, especialmente en el caso de los pretores, que no permiten equiparar con perfecta exactitud las magistraturas romanas con el poder ejecutivo de nuestros días.

En segundo lugar, como señala Cicerón, hay una porción de poder o de influencia en manos de los mayores, de los padres, de los senadores. El Senado - se compone, en efecto, de personas mayores, puesto que han ejercido las magistraturas durante algún --

tiempo y porque los censores, siguiendo aquí la imposición de la oligarquía y de las propias costumbres por cuya pureza velan, eligen siempre a quienes pueden ser calificados como padres de la patria.

Y no es sólo el Senado reunión de personas maduras, con una experiencia en el campo militar y en el político, sino también un coto en el que se refugian los componentes de las familias de la nobleza romana.

Finalmente, el tercer elemento básico de la -- Constitución política republicana son los comicios o asambleas populares, a través de las cuales la nasa de la población romana participa, aunque sea teóricamente, en las tareas políticas de la comunidad.

La constitución romana es, en apariencia, perfecta, pues reúne los elementos más positivos de la monarquía, de la oligarquía y de la democracia. Ese es el sentido de la admiración que Cicerón siente -- por el sistema tradicional de gobierno que él ha recibido de las generaciones que le precedieron y que incluso defendió activamente en el campo de la política.

Pero un examen detenido de los hechos y de la historia nos muestra una realidad muy distinta: la República romana está claramente dirigida por la -- oligarquía senatorial, por la nobleza, por la aristocracia. Es un conjunto bastante reducido de fami-

lias el que gobierna, de hecho, en Roma. La Constitución política republicana descansa teóricamente - en aquellos pilares fundamentales: la magistratura, los comicios y el Senado, pero la Constitución real es la de una auténtica oligarquía.

No cabe duda que aunque al pueblo se le reconoce de alguna manera la soberanía, los poderes efectivos residen en el Senado y las magistraturas, que en definitiva, como órganos reducidos que son, pueden tener una voluntad clara y decidida para actuar en los casos concretos en que las mil circunstancias de la vida requieren una decisión inmediata. - Al pueblo, a los comicios, se le reservan las decisiones aparentemente más importantes, pero aún en - estos casos la mecánica de la expresión del voto -- confiere siempre el predominio a las clases más poderosas y, por tanto, a los que detentan el efectivo poder a través de los otros órganos de la Constitución política formal: las magistraturas y el Senado. No podía ser de otra manera en una ciudad que - en el siglo II a. de C. tenía ya varios centenares de miles de habitantes y era, además, cabeza de extensos territorios.

Magistrados y senadores son, por tanto, quienes gobiernan Roma, pero hay que hacer algunas observaciones. En primer lugar, hay que advertir que no se trata de dos grupos de personas, sino uno so-

lo, porque los magistrados se extraen de las familias de la aristocracia, de las familias con fuerza en el Senado, con tradición y prestigio político. - Por otra parte, el Senado, a partir de la lex Ovinia del 312 a. de C., que confiere a los censores - la lectio senatus, está compuesto casi exclusivamente por ex-magistrados. Los ex-cónsules, ex-pretores, ex-dictadores y, en general, todos los magistrados curules tienen asegurado su puesto en el Senado. Simultánea o posteriormente se va admitiendo también a los censores, a los tribunos de la plebe e incluso a los magistrados menores.

Finalmente, hay que dejar constancia bien clara de la primacía del Senado. Es el consejo senatorial el que decide las cuestiones más importantes - de la política romana, el que tiene las auténticas riendas del poder y el que, en última instancia, os tenta una situación de preeminencia sobre el resto de los ciudadanos, por muy elevados que éstos sean, por muy estimables que hayan sido sus servicios y - por más que cuenten con el máximo prestigio o la ad miración de sus conciudadanos.

Para comprender mejor el papel del Senado recordaremos brevemente sus poderes fundamentales, poniendo de relieve aquellos que interesan especialmente al objeto de nuestra tesis, porque están destinados a tener un significado especial en alguno -

de los momentos de la vida de los Gracos.

Los poderes militares del Senado son muy importantes. Hay que pensar en una sociedad en la que a la actividad militar se le concede un puesto de honor (81), en la que el servicio de las armas ocupa a los hijos de las principales familias durante muchos años, en una sociedad construída en buena parte, por no decir totalmente, a base de conquistas y guerras y en la que el ejército jugó siempre un papel de primer orden.

Roma en el siglo II a. de C. se ha extendido ya por todo el Mediterráneo y lo ha hecho imponiéndose por la fuerza a los habitantes de un inmenso territorio.

La actividad militar es, pues, básica en la Roma a que nos estamos refiriendo y, por ello, la dirección de los asuntos de esta índole no podía estar en otras manos que en las del Senado.

Las conquistas las llevaban a cabo los magistrados al frente de los ejércitos, pero la alta dirección y la coordinación de la política militar -- permanecían en Roma. Solo así es posible imprimir una cierta unidad a esa gigantesca empresa de conquista que se realiza desde una ciudad estratégicamente situada en el centro del Mediterráneo.

El Senado es el que decide el momento en que se ha de realizar la leva y la cuantía de los con-

tingentes militares que se han de reclutar y enviar a cada provincia, de la misma manera que señala el tiempo en que se deben licenciar las tropas. El Senado determina, además, el territorio en que ha de desenvolver su actividad cada cuerpo del ejército, fijando los límites de competencia de cada magistrado enviado a una provincia.

La atribución de las concretas provincias en que los magistrados habían de desarrollar su actividad no era determinada directamente por el Senado, puesto que se realizaba mediante sorteo, pero a pesar de todo era posible que después de realizado el sorteo los magistrados cambiasen entre sí los destinos o que el Senado atribuyese extra ordinem el mando militar en una determinada provincia a un magistrado, aunque en este último caso necesitaba el voto favorable del pueblo.

Por lo que se refiere a la prórroga del mando militar sobre una provincia, una vez que ha terminado el período inicial del cargo, aunque al principio se realizaba mediante deliberación senatorial, secundada por el voto del pueblo, después de la guerra contra Aníbal constituye una competencia más -- del Senado, de la que éste detenta la exclusiva.

La intervención del Senado en los asuntos militares es continua. En ocasiones el Consejo envía órdenes determinadas a los magistrados que están diri

giendo las operaciones militares en una provincia, conminándoles a variar el sentido de sus actuaciones.

En los casos más graves puede retirar el mando militar incluso a un cónsul, cuando la manera de -- conducir las operaciones resulta ignominiosa para - el Senado (82).

Del mismo modo las recompensas honoríficas con las que se pretende premiar a los militares que han conducido el ejército a la victoria, la concesión - del triunfo o la ovación, son también competencia - exclusiva del Senado (83).

En el ámbito de las relaciones internacionales sucedía algo muy parecido a lo que ocurría con las operaciones militares. El Senado es el órgano que - aglutina y dirige realmente la política exterior de Roma: las razones en el fondo son coincidentes, ya que, en definitiva, resulta necesario un órgano permanente que dé cuerpo y forma a lo que, de otro modo, sería un puro desorden de fuerzas en movimiento. Los tratados a realizar con las potencias o reinos extranjeros quedaban encomendados a personas determinadas que, a veces, llevaban instrucciones concretas del Senado, pero en la mayoría de los casos era el propio general que dirigía las operaciones - el que imponía un tratado al enemigo vencido o el - que se veía obligado a celebrarlo según las circuns

tancias.

Pues bien, en todo caso el Senado se reservaba el derecho a ratificar los tratados concluidos por generales y magistrados fuera de Roma. En consecuencia, cuando el acuerdo a que había llegado un general romano era considerado ofensivo para la República no se ratificaba el tratado, siendo la costumbre en estos casos (84) entregar desnudos al enemigo a cuantos intervinieron en el tratado como cónsules, cuestores y comandantes.

Así ocurrió, como tendremos ocasión de ver, en el caso ya apuntado de la guerra de Numancia, cuando dirigía las operaciones el cónsul Mancino, siendo lugarteniente suyo, con el cargo de cuestor, Tiberio Sempronio Graco. Los romanos sitiados por los numantinos se vieron obligados a pactar, situándose en un plano de igualdad con éstos, cosa que no pudo soportar el Senado en Roma, y que acabó en definitiva con la deditio del cónsul Mancino, desnudo, al enemigo. Nos cuenta Apiano (85) que el ex-cónsul -- fué conducido a España por Furius, quien lo entregó a los numantinos, pero éstos rehusaron recibirlo. Los senadores, en este caso, seguían el ejemplo de sus antepasados, nos dice también Apiano, quienes entregaron a los samnitas veinte generales que habían hecho un tratado similar sin autorización.

Este hecho, que afectaba muy directamente a Ti

berio Sempronio Graco, es uno de los momentos clave de su vida y tendremos ocasión de comentarlo más ampliamente por la significación que pudo tener en el curso de los importantes sucesos que después siguieron y tuvieron como centro al Tribuno de la Plebe. De momento, queremos solamente poner de relieve que el Senado era efectivo órgano director de la política exterior de Roma.

Del mismo modo que controlaba y ratificaba los tratados, el órgano de la oligarquía recibía a los embajadores de los otros pueblos (86) o disponía en relación a su recibimiento, escolta, etc., de la manera que juzgaba oportuna.

Si la preminencia del Senado se pone de relieve al observar la dirección de los asuntos militares o de la política exterior, otro tanto ocurre -- cuando se estudian las relaciones internas con los otros elementos sustentadores del poder en Roma.

El Senado ejerce un importantísimo control o, mejor aún, tiene una relevante intervención en el ámbito legislativo. Normalmente, por imposición consuetudinaria, cuando un magistrado se proponía presentar una ley, para su votación, a los comicios, previamente ponía el proyecto en conocimiento del Senado, donde se discutía y aprobaba la propuesta. En los casos en que una propuesta no alcanzaba el placet del Senado, si el magistrado llevaba adelan-

te su proyecto intentando presentarlo al pueblo, se encontraba con la intercessio de algún tribuno de la plebe que seguía instrucciones del Senado. Cuando la propuesta non grata partía de alguno de los tribunos, en el caso de plebiscitos, la solución es la misma. Al Senado le resulta fácil encontrar alguno, entre los diez tribunos en ejercicio en un momento determinado, que esté dispuesto a oponer el veto a su colega (87).

Pero no es solamente este control previo de la legislación lo que está en manos del Senado. Es también la misma iniciativa acerca de la legislación, ya que, en ocasiones, envía directamente a los comicios propuestas de ley, incluso sobre materias de la exclusiva competencia del pueblo, como la declaración de guerra o la deducción de colonias.

En el ámbito judicial se observa también continuamente la injerencia del Senado. En primer lugar, porque puede jugar con la atribución de competencias. Puede conferir a un solo pretor el conocimiento de todos los asuntos, tanto de aquellos en que sólo intervienen ciudadanos romanos, se celebran en Roma y tienen por objeto un asunto típicamente civil, propios del pretor urbano, como de aquellos en que, por intervenir un elemento extranjero, son normalmente competencia del pretor peregrino. Puede también atribuir el conocimiento de un litigio a un

magistrado que no es el inicialmente competente.

Pero más importancia tiene, a los efectos de - nuestro estudio, poner de relieve la intervención - del Senado en los procesos penales o en aquellos en que hay un trasfondo político. En esos casos la actuación senatorial es decisiva y segura. Es el propio Senado el que constriñe al magistrado para que actúe, el que le da instrucciones, y el que incluso llega a indicar la pena a aplicar.

En los casos más graves es constitucionalmente obligada la provocatio ad populum, reconociendo al pueblo reunido en comicios la potestad de juzgar -- los casos en que se imponía la pena capital. Sin embargo, en algún momento determinado el Senado pasa por encima de todos los límites y cuando ni siquiera el magistrado atiende las peticiones de la oligarquía, es la propia masa de senadores la que llega a imponer su criterio de la justicia. Este es el caso de Tiberio, que realmente murió a manos de los senadores (88).

Igualmente son amplísimos y muy importantes -- los poderes del Senado sobre la Hacienda pública, -- tanto en el ámbito de los ingresos como en el de -- los gastos, lo que confiere una enorme fuerza al -- grupo senatorial. Como, por otra parte, la intervención del Senado no se limita, con ser ya importante su actuación, al campo de la imposición y el gasto

público, sino que se extiende, en general, a la administración de los bienes estatales, la situación del mismo no puede ser más predominante.

El Senado podía imponer una carga extraordinaria, no permanente, el tributum, con una simple deliberación seguida de acuerdo.

También tenía una intervención destacada en -- cualquiera otro tipo clásico de imposición, por --- unas u otras vías de actuación. Así, cuando a consecuencia de un tratado, se obligaba a soportar determinados gravámenes al enemigo vencido, ya hemos dicho que es, en definitiva, el propio Senado el que ordena o ratifica el tratado.

Además, la fuente principal de ingresos estaba en la época republicana constituida por las entradas procedentes del ager publicus, bien del ager -- quaestorius, es decir de la parte de tierra pública vendida por el cuestor cuyo importe se ingresa en -- el erario, bien del ager vectigalis, arrendado a -- los particulares cuyos ingresos periódicos también van a parar a las arcas públicas. Pues bien, el Senado es el que fijaba las condiciones en todos estos casos, bien concediendo al magistrado poder para vender una parte del patrimonio público, bien fijando el precio de venta, señalando las cantidades a cobrar en concepto de vectigal, variando las cláusulas de las concesiones en vigor o anulando las an

teriormente concedidas, etc.

En realidad, el Senado tenía amplios poderes - de administración y de disposición sobre los bienes del patrimonio público no necesitándose, al final - de la República, ni siquiera la primitiva autorización comicial para aquellos casos en que se trataba de donaciones puras y simples sin contrapartida de ninguna especie. La asamblea senatorial podía acordar la realización de actos de liberalidad en favor de embajadores extranjeros o la entrega de premios y recompensas en favor de los generales victoriosos o de los descubridores de algún delito.

La intervención del Senado en el campo de las finanzas públicas es verdaderamente amplia, como pone de relieve De Martino, por una razón fundamental: por la simplicidad de ordenamiento hacedístico romano, que no tenía establecido un sistema de gastos públicos obligatorios y fijos, lo que obligaba al Senado a reunirse frecuentemente para decidir -- los más variados asuntos de índole económica (89).

Como resumen, pues, de cuanto llevamos dicho a propósito de la Constitución política de la Roma republicana pudiéramos subrayar que, aunque de una manera ideal y teórica, el modelo de Constitución --- adoptado pudiera ser objeto de elogios, como el que fervorosamente le dedica Cicerón, poniendo de relieve el equilibrio existente entre magistratura, comi

cios y Senado, lo cierto es que el poder efectivo - reside en éste o, si se quiere, en una oligarquía - que engloba a un conjunto de familias de las que se nutren tanto el cuerpo senatorial como los diversos cargos magistratuales.

Existe un auténtico desequilibrio en el reparto del poder que se rompe en favor del Senado. Es - realmente en éste donde se toman todas las decisiones importantes, desde las que afectan a la administración de la Hacienda Pública, pasando por el reparto de las provincias, hasta la conducción de la guerra o de las relaciones internacionales. El Senado es el verdadero árbitro de los destinos de Roma en aquella época y en él encontraremos la gran oposición a la actividad reformadora que Tiberio Sempronio Graco y, más tarde, su hermano se proponen - realizar.

b) La existencia de facciones. - Hemos hecho -- hasta ahora referencia a la Constitución política - formal de Roma en el siglo II a. de C., pero conviene también aludir al plano de lo concreto, de lo -- real.

La oligarquía es la que gobierna Roma, y el Senado es la cristalización más perfecta de esa oligarquía, el órgano a través del cual aquella se expresa. Pero la asamblea de los senadores, ¿es siem-

pre monolítica?; ¿se toman las decisiones por unanimidad?; ¿luchan algunas fuerzas dentro del Senado? Hablando con una terminología moderna, ¿existían -- los partidos políticos en el siglo II a. de C.? Y -- en caso de que existieran, ¿cuáles eran éstos y --- cuál su ideología?

Y a continuación surge otra serie de interrogantes de ámbito más restringido pero que afectan -- más directamente a nuestro tema: ¿Es posible explicar el movimiento reformador de los Gracos como una cuestión de partido? ¿Fueron los tribunos líderes -- de un gran partido en su tiempo? ¿Es su programa el propio de un partido? ¿Subieron al poder amparados por una gran masa de población que les prestaba su apoyo y a la que de algún modo representaban? ¿Podría decirse que con los Gracos accede al poder, -- aunque sea momentáneamente, un partido?

Procuraremos ir contestando a estas preguntas con la intención de arrojar más luz sobre el contexto en que se deben situar los hechos a los que posteriormente nos vamos a referir, con el propósito -- de aclarar, en la medida de lo posible, cuáles eran las circunstancias que rodeaban a Tiberio y Cayo -- Sempronio Graco. En definitiva, estamos señalando, como antes apuntábamos, las bases de la actuación -- de uno y otro.

La Roma republicana está gobernada por una oligarquía

garquía, cuyo órgano de expresión más acabado y casi único es el Senado. Pero eso no quiere decir que todas las decisiones se adopten por unanimidad, que no haya tensiones dentro de él, que no haya una auténtica lucha por el poder en el interior del grupo senatorial.

No se puede negar que existían camarillas o -- facciones dentro del Senado y que la historia de éste es, en cierto modo, la de unas familias que luchan por atraer el poder a su órbita, consiguiendo colocar en las más altas magistraturas --cónsules, -- pretores, censores-- al mayor número posible de individuos pertenecientes al clan.

Entre las gentes Claudia, Fulvia, Fabia, Cornelia y las de los Postumios y Popilios se reclutan -- prácticamente todos los magistrados que gobernarán Roma a lo largo del siglo II a. de C.

Dos generaciones anteriores a la de los hermanos Graco, asistimos ya a unas grandes luchas en el seno de la oligarquía romana, de las que son protagonistas dos de los hombres más conocidos, importantes y característicos de la sociedad romana de su -- época. Nos referimos al enfrentamiento entre Escipión y Catón. Un examen atento de la lucha entre -- las dos facciones, la escipioniana y la catoniana, puede poner de relieve algunos datos de enorme interés.

Los hombres que capitanean cada uno de estos - grupos son verdaderos prototipos de aquella sociedad.

Escipión el Africano, el general victorioso, - es un hombre temperamentalmente sanguíneo, esforzado, valiente, noble, gran luchador, pero pésimo político. En los campos de batalla Escipión será siempre vencedor; en las negociaciones, en los tratados, en las arenas movedizas de la política, de la lucha por el poder, se desenvuelve torpemente y sucumbe ante la sagacidad de sus enemigos. Su propio temperamento y su carácter altanero le apartarán definitivamente de las luchas políticas, a las que -- considera humillantes y rastreras.

Catón es, por el contrario, un hombre hábil. - Un hombre que no lucha con la energía y la nobleza de Escipión, pero que sabe sacar ventaja de su pequeño esfuerzo y aparentar ante los demás una gran obra, atribuyéndose el mérito que a otros pertenece (90). Es frío, calculador, paciente, flemático. Un hombre que sabe planear y llevar la pelea al campo que más le conviene y esperar el tiempo que sea necesario para conseguir el efecto deseado.

Escipión pertenece a la nobleza de nuevo cuño, admiradora de Grecia, del culto a la personalidad, ensalzadora del héroe. Catón es el más genuino representante de la vieja nobleza tradicional romana,

de raíces campesinas, igualitaria, opuesta a las individualidades sobresalientes.

Puede decirse que con Escipión y Catón nacen - las tensiones y las luchas en el seno de la oligarquía de la República romana. Pero no sólo queremos hacer resaltar este hecho significativo, el de que sesenta años antes del episodio gracano haya una auténtica lucha entre facciones dentro del Senado. Es que, además, hay una relación directa entre las luchas escipio-catonianas y las posteriores del grupo aristocrático y el democrático, es decir, de la mayoría senatorial y la minoría gracana.

En la República romana no se puede decir que - existieran partidos políticos y mucho menos con el sentido que estas palabras tienen en nuestros días, puesto que no había verdadero sufragio universal, - ni organización, ni sistema de ninguna especie, ni afiliados ni cotizaciones. En Roma existían facciones o grupos políticos que, en líneas generales, se correspondían con determinadas familias o racimos - de ellas. Esto explica que pudieran ser posibles -- las más extrañas alianzas e incluso grandes vaivenes y oscilaciones en las que pudiéramos llamar --- ideas políticas de una de las facciones.

Tras estas advertencias podemos, sin embargo, hacer las siguientes observaciones: el grupo escipioniano es el grupo progresista, abierto a las in-

novaciones, permeable a la penetración de las ideas griegas, atento a las necesidades de los grupos menos favorecidos de la sociedad romana. El grupo catoniano es, por el contrario, el custodio de las -- esencias tradicionales, enemigo de novedades, nacionalista a ultranza (91), intransigente y de moral -- rígida.

Lo que posteriormente sería el grupo gracano -- está esencialmente emparentado con el grupo progresista de los seguidores de Escipión. Los Gracos no sólo son amigos de los griegos y filohelenos, sino que están de verdad preocupados por el bienestar de las masas del pueblo. Los nietos de Escipión Africano no sólo tuvieron --especialmente Tiberio-- muchos de los rasgos del famoso abuelo, sino que, además, defendieron ideas muy similares a las suyas.

Por otra parte, la historia escrita, que ha -- llegado a nosotros a través de testimonios interesados, muchos de ellos del ala aristocrática, conservadora, catoniana, coloca al padre de los Gracos en esta última facción enemiga de Escipión. Hay, sin embargo, muchos indicios para creer que esta adscripción no sea del todo exacta, sobresaliendo entre -- ellos el hecho de que el padre de los Gracos se unió en matrimonio con la hija de Escipión el Africano.

La facción tradicionalista, catoniana, la de -- los viejos terratenientes se perpetúa también cons-

tituyendo en tiempo de los Gracos el grupo contrapuesto al de éstos, lo que muchos llaman el partido aristocrático, por contraposición al partido democrático.

En este grupo antigracano, aristocrático, tradicionalista, conservador, se encuentran muchos --- miembros de la familia de los Escipiones, como Escipión Emiliano y Escipión Nasica.

Vemos, pues, cómo las personas y las familias que componen las facciones y los grupos cambian y se entremezclan. A pesar de todo, se puede ver una clara línea de continuidad entre los grandes grupos que aparecen en el trasfondo de la historia de Roma en el siglo II a. de C.: uno, progresista, innovador, en el que prima la idea de justicia; otro, tradicionalista y conservador, en el que la idea de seguridad, de mantenimiento del viejo orden establecido, es lo más importante. Poco importa el hecho de que en la época de los Gracos los que llevan el nombre de Escipión aparezcan en el lado conservador. - El espíritu de Escipión sobrevive, con el nombre de la familia Sempronio, tras la que se esconde la sangre de aquél, en las personas de sus legítimos nietos.

La lucha a que antes nos referíamos, entre Escipión y Catón, acabó con la victoria de éste, abandonándola el gran militar, quien se retiró para ---

siempre lejos de Roma, a Literno, en la Campania, - donde al parecer vivió el resto de sus días tranquilamente, dedicado a las labores agrícolas. Escipión fué acusado de proditio, de traición, a propósito - de las negociaciones mantenidas en Asia con Antíoco III, quien le había devuelto a su hijo sano y salvo después de haberlo hecho prisionero. Ante aquella - acusación el Africano no se defendió, pero con voz altanera pronunció aquellas famosas palabras: "No - es conveniente para el pueblo romano prestar oídos a una acusación contra Publio Cornelio Escipión por cuyo mérito los mismos acusadores tienen la posibilidad de acusar".

Como consecuencia de la afrenta sufrida despreció en lo más profundo de su corazón al pueblo romano, y las insidias y maquinaciones de la política - se le hicieron insufribles. Recluido voluntariamente en Literno no quiso volver a Roma jamás, por lo que rogó a su mujer que, tras su muerte, sus restos descansasen para siempre allí mismo, sin permitir - que fuesen llevados a Roma (92).

A pesar de todo, las contiendas entre facciones y cabecillas nunca degeneraron en una lucha armada hasta la época de los Gracos. "Nunca se llevó la espada a la Asamblea y no hubo matanzas civiles hasta Tiberio Graco que, siendo tribuno de la plebe e impulsor de nuevas leyes, fué el primero en caer,

víctima de una conmoción interna" (93).

Los grupos políticos, las facciones, existen, pues, en la Roma republicana. Dichos grupos no pueden calificarse, en rigor, de partidos políticos, - con el sentido que esta palabra tiene en nuestros - días, ya que, en definitiva, se trata de pequeñas - porciones de la población que se esfuerzan por conseguir el poder, dentro de una reducida esfera social, de una misma clase, en un mismo ámbito de intereses. No existen, al comienzo del siglo II a. de C., grandes masas seguidoras de un programa o una - idea. Los grupos no tienen una auténtica organización, ni una visión de conjunto de los problemas de la sociedad de su tiempo, ni soluciones sistemáticas y globales para los mismos. No obstante, alguno de estos grupos busca apoyo, a veces, en capas más amplias y estratos más bajos de la población, como ocurre en el caso escipioniano.

Esta entrada de grandes masas de población que hacen acto de presencia en un momento determinado; la existencia, como luego veremos, si no de un programa político complejo, al menos de una serie de - propuestas que van tomando cuerpo y dibujan una --- cierta estrategia constitucional, y la decantación de posiciones en dos grandes bloques perfectamente definidos, permiten hablar, con referencia al tiempo de los Gracos, de dos partidos: el aristocráti-

co, conservador, que cuenta con mayoría en el Senado y es, en definitiva, el continuador de aquella política tradicionalista a ultranza, defensiva, de Catón, y el democrático, minoritario en el Senado, pero con amplias masas rurales a su favor y que trata también de atraerse a las masas urbanas y a ---- otros sectores sociales que no forman parte de la vieja nobleza, como los negociantes.

Hablan pues, los historiadores de partido aristocrático y partido democrático, pero realmente no hay tales partidos. Existen pequeños grupos que --- atraen a su círculo a masas de población más o menos amplias y, generalmente, para conseguir la aprobación de tal o cual ley, pero siempre de un modo - esporádico, ocasional, no permanente.

El movimiento de Tiberio Sempronio Graco no -- puede explicarse como una cuestión de partido, sencillamente porque no se puede decir que existiese - un verdadero partido en su derredor.

Cuando Tiberio accede al sacerdocio como augur, acaba de salir de la niñez (94), es decir se - inicia en la vida pública de la forma más normal y habitual en la época, más exactamente, de la única manera posible, por su pertenencia al grupo de las grandes familias de Roma. Posteriormente, la vida - política de Tiberio es del todo normal. Sirve unos años en el ejército, es nombrado cuestor y, más tar

de, tribuno de la plebe. Tiberio no fué encumbrado por las masas, pues era desconocido para ellas. Era, sencillamente, uno más de la clase superior.

Plutarco nos dice (95) que en los acontecimientos de que fué protagonista Tiberio "tuvo también - gran parte (de culpa) el pueblo mismo, acalorando y dando impulso a su ambición, con excitarle por medio de carteles, que aparecían fijados en los pórticos, en las murallas y en los sepulcros, a que restituyera a los pobres las tierras del público". En el supuesto de que las reivindicaciones que aparecían en las paredes incitando a Tiberio a actuar -- fuesen ciertas, habría que explicarlas más como una maniobra de la camarilla del tribuno que como un movimiento espontáneo de las masas, es decir, como un efecto y no como una causa (96).

Tiberio fué elegido Tribuno en la Asamblea popular como uno más entre los diez componentes del colegio tribunicio. Dado el sistema de elección propio de los comicios por tribus, en que votan primero las clases más pudientes y teniendo en cuenta la importancia de la institución del veto y la escasa actividad de los tribunos en el siglo II a. de C., resulta difícil pensar que Tiberio Sempronio Graco fué elegido tribuno por el pueblo y recibió de éste una investidura como su representante. Ni Tiberio - ni Cayo fueron auténticos representantes del pue-

blo, ya que, en su tiempo, no estaba establecido en Roma un sistema que hiciera posible algo semejante. Los tribunos pertenecen siempre a los grupos conocidos de Roma, aunque su familia originaria haya de ser de carácter plebeyo.

Otra cosa es que los Gracos, como algunos tribunos habían hecho tradicionalmente, y siguiendo las antiguas costumbres, se preocuparan de defender los intereses individuales y colectivos del estamento plebeyo, al que tenían la obligación de defender por razón de su cargo.

De la misma manera, cabría decir que, aún cuando su nombramiento no se produce, ni mucho menos, - por aclamación de la multitud, como líderes conocidos e indiscutibles (97), posteriormente aprovecharon en algún momento, para llevar adelante sus propuestas, la fuerza de grandes masas de población rural y urbana con derecho a voto, enarbolando la bandera del pueblo.

Una de las cosas que se muestra con toda evidencia al que lee las diversas fuentes que narran la historia de los Gracos, es la auténtica soledad en que ambos actuaron. Tenían, desde luego, un círculo de amigos y se apoyaron en amplias masas de población rural, pero ni consiguieron atraerse total y definitivamente a la masa urbana, por lo que carecían de auténtica fuerza numérica, ni el grupo de -

amigos, entre los que había algunas personas importantes, tenía verdadera fuerza en el Senado.

Ni había partidos políticos en el siglo II a. de C. ni los Gracos supieron crear el suyo de una manera eficaz. Los Gracos actuaron en solitario, es decir, sin una verdadera fuerza que respaldase sus ideas. Quien de verdad utilizó a las masas atraídas por las ideas de los Gracos fué, ochenta años más tarde, César, cuando se vale no ya del pueblo, sino del ejército, el pueblo en armas, para imponer su mando y sus ideas. Con César subirá al poder lo que se ha dado en llamar el partido democrático, que nace entre los rescoldos y las cenizas de los seguidores gracanos, los cuales, andando el tiempo, llegaron a constituir la efectiva "plataforma política" (98) de César.

c) El Tribunado de la Plebe. - Estamos viendo - las bases de la actuación de Tiberio Sempronio Graco. Hemos hecho referencia a la constitución política de Roma, que se nos aparece configurada en el siglo II a. de C. como una República con claro predominio de la casta senatorial, es decir, una auténtica oligarquía. Hemos dicho también que en el interior del Senado luchaban ciertos grupos o facciones por conseguir el poder y que alguno de éstos comenzó a utilizar en su favor la fuerza del voto de las

masas de ciudadanos alejados de la escena política. Sin embargo, tales facciones no pueden ser calificadas de partidos políticos.

Siguiendo en esta línea tenemos que plantearnos una serie de preguntas que nos ayudan a comprender mejor la obra de Tiberio Sempronio Graco. Si éste, como después su hermano, intentó una labor que puede calificarse de revolucionaria, ¿qué instrumentos utilizó para llevarlo a cabo? La respuesta más inmediata nos lleva a examinar la figura del Tribuno de la Plebe. El tribunado es el pedestal desde el que los Gracos hacen sus reformas. Ello nos obliga a plantear de nuevo otra serie de interrogantes: ¿qué significado tiene la figura del Tribuno de la Plebe?, ¿qué poderes confiere el tribunado?

Todos los autores antiguos ponen el origen del tribunado en relación con la primera secesión de la plebe, es decir, la acaecida en el año 494 a. de C. (99). Las desigualdades entre los dos grandes estratos de la población, el patricio y el plebeyo, - eran gigantescas y se daban en todos los órdenes: - social, jurídico, político y religioso. Las tierras y la riqueza, las leyes, el poder, y hasta el sacerdocio eran patrimonio exclusivo del patriciado, que ni siquiera consentía los matrimonios mixtos entre una y otra clase.

Aquel estado de cosas existente en el comienzo

de la era republicana fué evolucionando poco a poco, gracias a la presión ejercida por la plebe. En la mayoría de las ocasiones, la conquista de sucesivos derechos por la plebe fué pacífica, de acuerdo con el orden constitucional. Pero en determinados momentos de la lucha emplearon procedimientos más expeditivos y contundentes, que suponían una auténtica demostración de fuerza. Es especialmente relevante a estos efectos la "huelga integral" (100) -- que, a veces, realiza la plebe, retirándose al monte sagrado, es decir al Aventino.

La primera de aquellas secesiones fué, como decíamos, la del 494 a. de C. y según los historiadores antiguos los plebeyos se conjuraron entre sí, nombraron tribunos que los defendieron y declararon la inviolabilidad de éstos, comprometiéndose a castigar como sacrílego a quien no respetase el carácter sagrado de los tribunos nombrados por la plebe.

Sin embargo, la explicación tradicional de ésta, como de tantas otras instituciones de la Roma antigua, no parece convincente.

La plebe, posiblemente, no fué un conjunto heterogéneo de desheredados, sino más bien los restos de todo un grupo con personalidad política propia, que fué vencido y sojuzgado por otro, el patricio, el cual se reservó en su favor una especie de monopolio del poder y de la fuerza que se manifestaba -

en casi todos los órdenes de la vida, como antes indicábamos. De todas formas, esa colectividad mantenía una organización propia, de la que se conservaban vestigios.

Una prueba de la coexistencia de los dos grupos y de la pervivencia a través de los años de residuos inconfundibles de los mismos y de su organización separada, se encuentra en el hecho de que -- cuando Roma, convertida ya en una colectividad única patricio-plebeya, tiene que actuar en el ámbito de las relaciones exteriores, emplea indistintamente legados y tribunos de la plebe (101).

Y este hecho es significativo, porque los tribunos actúan siempre como representantes de su comunidad plebeya frente a la comunidad patricia. Pero es que, además, como pone de relieve Dell'Oro, la similitud entre la figura del legado y del tribuno es total.

Un texto de Dionisio de Halicarnaso (XI.25) es altamente significativo: "Tiene entre los romanos -- el legado la función más sagrada y respetada entre todas, asumiendo la autoridad y el poder de un jefe y la inviolabilidad y la veneración de un sacerdote". Esta definición coincide exactamente con la -- que pudiéramos dar del tribuno de la plebe. El tribuno es el representante del pueblo plebeyo y, como tal, tiene un gran poder, que le permitirá enfren-

tarse a los magistrados patricios e incluso al Senado o reunir a la plebe para que adopte decisiones - que acabarán teniendo el valor de normas legales. - Pero, además de tener ese poder, la figura del tribuno es inviolable, es sagrada y reo de sacrilegio el que ponga sus manos sobre el representante de la comunidad plebeya.

El tribuno no es, pues, un magistrado o, si se quiere, no es un magistrado de la comunidad patricia, que es la que acaba imponiendo prácticamente - todas las instituciones a la nueva ciudad derivada de la fusión patricio-plebeya. El tribunado, como - institución, es durante el período republicano algo completamente distinto de las magistraturas patricio-plebeyas. El tribuno es esencialmente un representante y defensor de la comunidad plebeya, lo que confiere a esta especial figura una categoría totalmente distinta de la de los magistrados romanos. En realidad, los tribunos, que constituían un grupo numeroso, diez cada año, no tenían una competencia -- que les atribuyese funciones activas en una parcela de la actividad pública, como pudiera ser el mando de los ejércitos, la administración de justicia, la custodia del erario público o la vigilancia de las costumbres o del orden en la ciudad. A veces, se ha puesto de relieve que las principales funciones de los tribunos son de carácter negativo y se manifiestan

tan en su derecho de veto y de intercesión. Pero, - aunque esta actividad defensiva de los tribunos sea quizá la más llamativa, no creemos que sea la más - importante. De hecho, el tribuno sí que realizó una labor de construcción y progreso muy útil para el - conjunto de la población romana. El tribuno, defensor del grupo social de los plebeyos, fué el motor fundamental para la consecución de la igualdad entre los estamentos patricio y plebeyo a lo largo de todo el período republicano. Y esa labor no fué algo concebido negativamente, sino muy al contrario, consecuencia de otras facultades, más importantes - que la de oponer el veto a las decisiones de los magistrados romanos, de carácter claramente positivo. El poder de reunir a la plebe y de someter a votación proyectos normativos, plebiscitos, que desde - la ley Hortensia del año 287 a. de C. tenían la misma fuerza que las leyes comiciales (102), permitió a los tribunos realizar una magnífica labor en beneficio de la plebe y, con ello, de toda la comunidad romana.

El tribuno es tradicionalmente el defensor de la plebe, el valedor de este grupo numeroso de ciudadanos de segunda clase, y, por todo ello, elemento fundamental en esa larga y ardua tarea de ir fusionando los dos grandes grupos de la comunidad por elevación de las posibilidades y derechos reconoci-

dos a los menos favorecidos. A los tribunos se deben, prácticamente, todas las propuestas de leyes agrarias, pero también luchan contra la usura, procurando la condonación de deudas excesivas que se acumulaban sobre las espaldas de los plebeyos en los momentos más difíciles, se preocupan de la fundación de colonias o regulan incluso cuestiones de derecho civil, como en el caso de la lex Aquilia de damno dato (103) y, por supuesto, a ellos se deben las rogationes que afectaban más directamente a la población plebeya, como la Canuleia del 445 a. de C., para conseguir los matrimonios mixtos, - que exigió una secesión de los plebeyos, con salida al monte Janículo, o la ley dictada en la época de los tribunos Licinio Estolón y Sextio Laterano, en el año 367 a. de C., estableciendo, entre otras cosas, que uno de los cónsules se eligiese entre los plebeyos (104), y muchas otras que fueron poco a poco permitiendo el acceso de los mismos a las diversas magistraturas de la ciudad, hasta culminar en la ley Ogginia del 300 a. de C., por la que pueden ser nombrados pontífices y augures, abriéndose así el sacerdocio a la plebe (105).

Sin embargo, la institución tribunicia sufre una importante evolución con el paso del tiempo. - En la época primitiva, al comienzo de la República, cuando las desigualdades sociales, jurídicas y

políticas eran enormes, los tribunos fueron un grupo muy activo, realizando una destacada labor, como hemos dicho, en favor de la plebe. Ahora bien, una vez conseguida la equiparación, aunque fuese meramente formal, entre patricios y plebeyos, la actividad de los tribunos decae considerablemente. Cuando comienza el siglo II a. de C., el comportamiento general de los antiguos cabezas de la plebe ha variado tan profundamente que se han convertido, en la práctica, en meros instrumentos del Senado (106).

En efecto, al producirse alguna divergencia entre cualquier magistrado y el Senado, a éste le resultaba muy sencillo conseguir que cualquiera de -- los diez tribunos interpusiera su veto, paralizando la actividad del magistrado. Así, pues, cuando nos acercamos a la época de los Gracos, el tribunado ha perdido aquella primitiva energía y el fervor por la causa plebeya, hasta abandonar su inicial carácter de órgano de parte, para convertirse en un elemento más al servicio de la oligarquía.

En aquella época está a punto de consumarse la definitiva absorción del tribunado por las magistraturas ordinarias de la ciudad, en el sentido de que el puesto de tribuno es un escalón más en el cursus honorum, perfectamente válido para iniciar la carrera política.

La definitiva desaparición del primitivo carác

ter del tribunado se produce un siglo después de la muerte de los Gracos, cuando Augusto les señaló un lugar fijo y determinado en la jerarquía de los magistrados funcionarios, situándolo entre la cuestura y la pretura.

Por lo que hace referencia a los poderes que confería el tribunado en la época de los Gracos, ampliaremos ahora cuanto hemos insinuado anteriormente.

La más importante de las facultades de los tribunos, que configura a éstos como auténticos jefes de la plebe, es el derecho a convocar los concilia plebis. Ahora bien, el poder de convocar y reunir una comunidad sólo se confiere a quien es jefe de la misma. Los tribunos lo eran, pues, del grupo plebeyo. Es cierto que la autoridad de los tribunos no se extiende a la totalidad de la esfera pública, ya que no son jefes de un Estado propiamente dicho. -- Los tribunos carecían del mando militar reservado a los cónsules y no intervenían en los procesos civiles, como lo hacía el pretor. Sin embargo, dirigían realmente la plebe, el estamento social más numeroso de Roma, para presentar propuestas que se convertían, tras su aceptación, en normas para la colectividad plebeya y que, después de la ley Hortensia, obligaban a todos los ciudadanos. Y esta autoridad que les permitía presentar proyectos de ley equipa-

ra a los tribunos con los magistrados mayores de la colectividad patricio-plebeya.

Además de la potestad de dirigirse al pueblo, tenían la de dirigirse al Senado, a partir de la segunda guerra púnica, para explicar a los senadores cualquier cuestión, para exponer un proyecto de ley, para pedir consejo o para conseguir el apoyo de la asamblea senatorial en cualquier asunto.

Ya hemos dicho, por otra parte, que la relación entre Senado y tribunos era de estrecha colaboración a partir del siglo III a. de C., utilizando aquél a éstos, con frecuencia, para imponer su voluntad a los magistrados que se apartasen de la pauta trazada por los senadores.

Otro poder fundamental de los tribunos es la posibilidad de oponer el veto y la intercessio contra los acuerdos y órdenes emanados de los magistrados. Efectivamente, misión primordial y al mismo tiempo antiquísima de los tribunos es la protección de la plebe contra los actos arbitrarios de los magistrados patricios. Este ius auxilii se manifiesta de cualquiera de éstas dos maneras: mediante la interposición del veto, que impide la ejecución de un acto; mediante la intercessio, destinada a invalidar un acto ya realizado. En cualquier caso, lo que inicialmente se pretendía era impedir la eficacia de los castigos impuestos por los magistrados a los

plebeyos. Pero ya hemos dicho que este poder de veto, no limitado a los colegas, sino extendido a los acuerdos de cualquier magistrado, como el cónsul, - pretor, censor e incluso el dictador, fué utilizado conforme a sus intereses por el Senado, que incluso lo extendió más allá de lo que fué su esfera originaria. En efecto, esa especie de supremacía del tribuno sobre los magistrados, que tradicionalmente se circunscribía a los límites de la ciudad, pudo ser utilizado fuera del pomerium por expresa determinación del Senado.

Todavía más, este veto o intercesión podía extenderse incluso a las deliberaciones del Senado y a los senadoconsultos, si es que realmente eran contrarios a los intereses de la plebe. Sin embargo, - también es verdad que el Senado podía declarar la actuación del tribuno contra republicam, lo que daba lugar a un proceso contra él.

Así, pues, el verdadero límite al poder de los tribunos se encuentra en el Senado, que es quien, - como hemos dicho en repetidas ocasiones, conduce en realidad toda la actividad pública y política de la ciudad.

Finalmente, indicaremos entre las funciones de los tribunos la de intervenir en determinados juicios criminales, como aquellos que se celebran ante la asamblea comicial por el delito de perduellio, -

es decir, en los casos de atentados contra la seguridad del Estado, incluyéndose en este concepto los actos que impiden gravemente el ejercicio de las -- funciones tribunicias (107).

2.- Causas concretas que impulsaron a Tiberio Sempronio Graco a su actuación.

Resulta de una extraordinaria dificultad desen-
trañar la verdadera causa de una serie de actos rea-
lizados por un hombre hace más de dos mil años, si
tenemos en cuenta que las fuentes históricas que --
nos narran aquellos acontecimientos se escribieron
doscientos años después de ocurridos los mismos. --
Además, existe un evidente riesgo de que dichas ---
fuentes hayan sido distorsionadas (teniendo en cuen-
ta la importancia que tuvieron los hechos que exami-
namos y los sucesivos triunfos de ideologías contra-
rias o, en ocasiones, afines a la del tribuno) en -
el lapso que media entre la producción de los he- -
chos y su plasmación en los documentos o textos que
hoy conocemos.

Por otra parte, tampoco se puede decir que ---
exista una sola causa que explique toda una comple-
ja serie de actos ni, que las acciones de Tiberio -
Sempronio Graco respondieran a un plan perfectamen-
te concebido de antemano.

La acción de Tiberio, como la acción de cual-

quier hombre, resulta difícil de explicar con total exactitud, porque las causas que concurren para hacer posible el acto humano son tan variadas como nu merosas. Si el hecho que se trata de explicar es un hecho social, en el que de un modo o de otro han in tervenido diversas voluntades, la dificultad para conseguirlo se multiplica.

De todas formas, es indudable que la personalidad de Tiberio es uno de los elementos esenciales para tratar de explicar cuanto después sucedió en el ámbito de la República, durante la época de su tribunado. En aquella personalidad tuvieron un gran influjo, según suponemos, las figuras de Escipión el Africano mayor, su abuelo materno y Tiberio Sempronio Graco, su padre, ambos personas de gran relieve en la historia de Roma. Todo el ambiente familiar, el entorno de elevación cultural, el filohel nismo, etc., influyen como causas, siquiera remotas, de hechos muy concretos e importantes para la historia de Roma. En las fuentes se insinúa, en ocasiones, levemente, con ligerísimos trazos, todo este cúmulo de razones que influyeron en la legislación gracana. Así, por ejemplo, Apiano (108), después de contar los antecedentes de las leyes agrarias gracanas, señala que nadie hizo caso de las anteriores normas "hasta que, finalmente, Tiberio Sempronio Graco, hombre ilustre..., magnífico orador -

y, por estas razones, bien conocido de todos, pronunció un elocuente discurso...". Tiberio era un -- hombre ilustre, por su nacimiento, por su forma- -- ción, por su valía personal y por su elocuencia. He aquí una observación aparentemente sin importancia, pero llena de contenido. Es un hombre ilustre, un -- hombre perteneciente a la nobleza romana el que va a intentar un cambio que no pocos califican de revolucionario, que para muchos miembros de la oligarquía senatorial de la época representaba una auténtica subversión del orden constitucional. Es un fenómeno repetido en la historia el que un individuo perteneciente a un grupo social privilegiado lucha, contra el orden establecido en ese mismo grupo, en beneficio de otros sectores de la sociedad que, de alguna manera, están oprimidos por aquel al que el mismo rebelde pertenece.

Durante los siglos V y IV a. de C. la principal división de la sociedad romana era la existente entre patricios y plebeyos. Los primeros detentaban el monopolio de la riqueza y del poder político y la exclusiva de la religión y el derecho. Al comenzar el siglo III aquella distinción ha desaparecido prácticamente. Hay plebeyos ricos que tienen acceso a las magistraturas, al Senado e incluso al sacerdocio. Sin embargo, lo que de hecho ha ocurrido es -- que los patricios han cedido a las presiones de los

plebeyos, concediendo una igualdad formal a todo el grupo, pero una igualdad efectiva sólo a aquellos - elementos del mismo que por cualquier causa han conseguido la riqueza. En definitiva, aquella distinción primitiva entre patricios y plebeyos ha sido - sustituida por otra en la que uno de los términos - lo constituye la nobleza patricio-plebeya y el otro la masa sin recursos, fundamentalmente plebeya, pero en la que existían también gentes pertenecientes al antiguo patriciado que, al perder sus bienes de fortuna, han perdido también su situación privilegiada. En ese sentido podemos decir que la sociedad romana de los últimos siglos de la República se asemeja más a las sociedades modernas que a las primitivas. Las situaciones de privilegio se establecen no tanto en función de la pertenencia a una casta, cuanto de la posesión de riquezas. Además, la posesión común de los bienes ha desaparecido en beneficio de unos cuantos y en perjuicio de la comunidad.

En esta situación, un hombre perteneciente a la clase privilegiada, a la nobleza patricio-plebeya, levanta su voz y enarbola la bandera de los desposeídos, reclamando la devolución a la comunidad - de las porciones de tierra que a ésta pertenecían y de las que poco a poco se han ido apoderando algunas personas en perjuicio de la colectividad. ¿Cómo se puede explicar este hecho?

La actuación de Tiberio Sempronio Graco desembocó en toda una serie de medidas legislativas en las cuales, por supuesto, intervino como elaborador del proyecto, pero que no se agotan con la simple intervención de Tiberio. Un determinado grupo de personas le aconsejarían y otro grupo, no menos importante elevó su proyecto a la categoría de plebiscito con fuerza de ley obligatoria para todos los ciudadanos.

El tema está inmerso, de alguna manera, en el ámbito de los estudios de la Sociología y, por ello, nos vienen a la mente las ideas de Pareto, cuando hizo su crítica del concepto de causación unilateral en sus aplicaciones al estudio de los fenómenos sociales. En este campo, nos dice Pareto, más que dependencia unilateral existe una dependencia mutua y más que una relación de causa a efecto una relación funcional. Parece, pues, que la figura de Tiberio Sempronio Graco debería quedar empujada en una cuestión social de gran envergadura. Su puesta una determinada estructura social y una división y explotación de la riqueza, se produjo en su momento una reacción social que llevó a la promulgación de determinadas leyes agrarias que reducían las porciones de ager publicus en manos de los terratenientes.

Pero el estudio de la Historia, en estas condi

ciones, vendría a resultar imposible, dadas las mutuas e infinitas relaciones y funciones que podrían establecerse. En el fondo nos encontramos siempre - el mismo problema: hay que poner de relieve las causas que se consideren fundamentales, sin perjuicio de reconocer que existan muchas otras, de cuyo total conocimiento derivaría un perfecto conocimiento de los hechos, pero que, en la práctica, resultan - difícilmente analizables.

Algo parecido ocurre si se pretende dogmáticamente reducir toda la Historia a simple economía -- contable, a simples números y series estadísticas, por otra parte necesarias, sobre la cuestión debatida en cada momento y, en nuestro caso, sobre la productividad de la tierra o de la mano de obra esclava en el siglo II a. de C.

Parece que en muchos momentos clave de la Historia de la Humanidad algunos hombres -producto, si se quiere, de la sociedad de su tiempo-, con una -- personalidad propia no reducible a mero número, hacen avanzar el curso de los acontecimientos en una dirección.

Somos conscientes de la necesidad de conocer - con el máximo detalle posible las variables económicas fundamentales y los modos de producción del siglo II a. de C., pero al mismo tiempo creemos que - hay un componente individual que reviste extraordi-

naria importancia en los hechos que estudiamos.

Según esto, no parecen desdeñables algunos detalles de la personalidad de Tiberio Sempronio Graco recogidos en las fuentes. Por ejemplo, la ambición pudo muy bien ser una razón que le impulsara a la acción. Apiano nos dice, en el párrafo antes citado (109), que Tiberio era un "hombre ilustre, ansioso de gloria, magnífico orador". Y esta misma -- idea se encuentra también en Plutarco (110), que escribe lo siguiente: "Mas otros dicen haber sido la causa (de la actuación del tribuno) un tal Espurio Postumio, de la misma edad de Tiberio y que competía con él en las defensas de las causas, porque como al volver del ejército lo encontrase muy adelantado en gloria y gozando de una gran fama quiso, al parecer, sobreponérsele, haciéndose autor de una -- providencia arriesgada y que ponía a todos en gran expectación".

Es muy difícil conocer con seguridad los sentimientos profundos de aquel tribuno de la plebe que vivió en Roma hace más de dos mil cien años, pero -- es perfectamente posible que el ansia de gloria, como dice Apiano, fuese un componente importante de -- su personalidad que le llevase a la actuación política.

En el modo de actuar los individuos influyen, a veces, de manera extraordinaria, algunos sucesos,

que les afianzan profundamente en sus convicciones o, por el contrario, provocan un giro brusco en sus creencias. Esto ocurre especialmente en los casos -- en que una persona se siente herida en sus más íntimos sentimientos. Recordemos el caso de Escipión -- Africano, que abandona definitivamente Roma, y los enredos de la política como consecuencia del proceso que se le sigue a él, que se consideraba el primer ciudadano. De tal suerte, podemos afirmar que -- Tiberio Sempronio Graco sufrió una experiencia de -- este tipo, como consecuencia de su intervención en la campaña de Numancia. Si no hubiese tomado parte, como cuestor, en la guerra numantina, posiblemente Tiberio Sempronio Graco no hubiera ocupado en la -- Historia el puesto que actualmente le corresponde.

Es bien probable que en el momento de su llegada a España Tiberio viniera inflamado de espírita -- militar, lleno de orgullo por pertenecer a la comunidad romana y dispuesto a la conquista definitiva del centro de la península ibérica. Este sería el -- resultado, suponemos, del aprendizaje junto a su cunñado, Escipión Emiliano, de las artes militares en la campaña de Africa (111). La dura campaña numantina, el alejamiento de Roma, la derrota, el contacto con los vencedores, la intervención en el tratado -- y, sobre todo, el comportamiento del Senado, al considerar "ofensivo e ignominioso para la República"

(112) el pacto firmado con los numantinos, marcaron profundamente el carácter del joven Graco. Seguramente aquella fe ciega en el orden establecido, la confianza absoluta en la bondad del sistema, la creencia en la justicia de la intervención romana en todo el Mediterráneo, sufrieron una conmoción. La antigua idea imperialista se debió reducir considerablemente y desde entonces una preocupación constante de Tiberio será la lucha contra la injusticia y la arbitrariedad que tienen asiento en el Senado.

Resulta intolerable para el espíritu del cuestor que quien no ha intervenido en la guerra y tampoco en las negociaciones para conseguir la paz pueda desconocer un tratado útil y justo realizado por sus representantes. Igualmente debió resultar bochornoso a Tiberio que el Senado decretase la entrega a los numantinos de su inmediato superior, el cónsul Mancino, como consecuencia de aquel tratado en el que había intervenido Tiberio personalmente y que ahora se quería desconocer. Tiberio debería haber sido entregado también desnudo y atado a los numantinos, como lo fué el cónsul y, sin embargo, no sufrió tal afrenta, a causa de la ilustre categoría de su linaje (113).

¿Cómo soportar esta injusticia? ¿Qué tiranía es ésta -pensaría Tiberio- que sufrimos? ¿Cómo es posible que el gobierno de Roma esté en estas ma-

nos? ¿No son éstos, los senadores, los que se están apoderando de todo el ager publicus en beneficio -- propio y en perjuicio de la colectividad? ¿Es justo que mientras unos luchan fuera de Roma otros se lucren con el esfuerzo de todos?

Estas preguntas u otras semejantes y parecidos sentimientos debieron de brotar en el corazón de Tiberio cuando, vuelto a Roma, después de la campaña numantina, el Senado desconoció el tratado en el -- que él mismo había intervenido personalmente.

Quizá pueda parecer exagerado conceder una excesiva importancia al episodio numantino en la vida de Tiberio. Concretamente, De Martino (114) estima que no se puede admitir de ningún modo que Tiberio hubiese obrado como lo hizo por animadversión contra el Senado a consecuencia del desgraciado suceso de Numancia. Esta explicación es de evidente inspiración partidista y no es ajeno a ella el mismo Cicerón.

Sin embargo, hemos de advertir que su biógrafo, Plutarco, dedica al hecho tres capítulos (V al VII) de su narración, lo que supone la séptima parte del total de la Vida de Tiberio. Y aún resulta -- más interesante el hecho cuando se completa la biografía plutarquea, claramente deformada en el capítulo VI, con la Historia de Apiano, que en general merece mucho más crédito como obra crítica (115).

En el año 143 a. de C. Roma envió a España a -
Cecilio Metelo a luchar contra los arévacos y los -
numantinos, poniendo a su disposición un gran ejér-
cito. Le sucede en la lucha Quinto Pompeyo, quien -
contaba con 30.000 infantes y 2.000 hombres a caba-
llo para luchar contra unas fuerzas totales de 8.000
hombres, número en que Apiano estima las de Numan-
cia. Sin embargo, nos dice éste, que Pompeyo no su-
frió en Numancia más que descalabros, ya que era --
muy difícil el acceso a la ciudad por consecuencia
de los ríos que la circundan y de los barrancos y -
los espesos bosques que poblaban entonces sus alre-
dores. Ante la dificultad de la empresa, Pompeyo
Aulo se dirige contra la otra gran ciudad enemiga,
Termes (116), a la que consideraba presa más fácil,
pero también aquí continuó perdiendo hombres. Sólo
después de una traición consiguió apoderarse de una
pequeña ciudad, Malia, guarnecida por los numanti-
nos. Marcha de nuevo contra Numancia y recibe otro
ejército para sustituir a los anteriores soldados,
que llevaban seis años sirviendo en la milicia. El
nuevo ejército, que no estaba acostumbrado al agua
y al frío de nuestra meseta, resultó diezmado por -
el clima y por las emboscadas de los numantinos. Te-
miendo el día en que fuese llamado por el Senado pa-
ra rendir cuentas -nos dice Apiano- el general se -
puso de acuerdo con los numantinos, secretamente, -

para terminar la guerra de modo que éstos se rendirían incondicionalmente, pues tales serían los únicos términos que admitiría el pueblo romano, y entregarían rehenes, prisioneros y desertores e incluso una indemnización de guerra, de la que sólo pagarían treinta talentos de plata, quedando el resto aplazado.

Cuando en el año 139 a. de C. llega el sucesor de Pompeyo Aulo, Marco Popilio Lenate, los numantinos se presentan a pagar el último plazo de la indemnización del tratado. Pero entonces Pompeyo, dándose cuenta de que ha hecho un tratado sin autorización del Senado, comienza a negar que haya ningún tipo de entendimiento con los numantinos. El asunto es puesto por el nuevo general, Popilio, en conocimiento del Senado romano, ante el que contienden -- los numantinos, por una parte, y Pompeyo, por otra. El Senado decidió continuar la guerra.

Popilio volvió a Roma sin acabar la guerra y es sustituido por Hostilio Mancino (117).

Aunque no lo dice Apiano, con este Hostilio -- Mancino es con el que vino a España Tiberio Sempronio Graco, en calidad de cuestor. Plutarco, por su parte, dice que el cónsul se llamaba Cayo Mancino (118).

Mancino también realizó una campaña desgraciada, hasta que, finalmente, tuvo que abandonar Numan

cia. Entonces se instaló en el lugar en que había -
tenido el campamento Fulvio Nobilior y estando allí
circuló el falso rumor de que los cántabros y vac-
ceos llegaban en ayuda de los numantinos. Alarmado
el cónsul, hizo apagar los fuegos y pasaron los ro-
manos toda la noche a oscuras. Al día siguiente se
encontraron rodeados, al amanecer, por los numanti-
nos, que amenazaron con matar a todos, a menos que
hiciesen la paz. Se convino entonces hacer un trata-
do en términos de igualdad entre los romanos y los
numantinos. En éste tratado se obligó el mismo cón-
sul mediante juramento.

Cuando estas cosas se supieron en Roma, conti-
núa diciendo Apiano (119), hubo una gran indigna- -
ción, por consecuencia de tan ignominioso tratado,
y el otro cónsul, Emilio Lépido, fué enviado a Espa-
ña, al tiempo que se llamaba a Mancino para que res-
pondiese en juicio.

Apiano no dice más sobre el tratado. Añade Plu-
tarco (120), sin embargo, que los numantinos, cuan-
do se les habló de firmar la paz, respondieron que
sólo se fiarían de Tiberio, bien por su propia fa-
ma, bien acordándose de su padre, que había hecho -
anteriormente la paz con los numantinos y la había
respetado.

Seguramente la narración de Plutarco no es ---
exacta pero, como indica Fraccaro (121), es posible

que los numantinos, después de la desgraciada experiencia que habían tenido con Pompeyo, no se fiasen de la simple palabra del cónsul y exigiesen también la presencia y el compromiso de los subalternos del mismo, entre los que se encontraba Tiberio Sempromio Graco.

En Roma los elementos más intransigentes decían que en aquella situación había que actuar como lo habían hecho los antepasados, que a los cónsules que se contentaron con recibir la libertad de los samnitas (en las Horcas Caudinas) los arrojaron desnudos a los enemigos, haciendo lo mismo con los cuestores y comandantes que intervinieron en los tratados (122).

Se explica así el resentimiento que pudo nacer en el corazón de Tiberio contra un gran sector del Senado y contra aquel grupo intransigente que no era capaz de enjuiciar las cosas desde un punto de vista humano y real.

Creemos que está en lo cierto Plutarco cuando en su biografía resalta como un hecho importante en la vida de Tiberio éste de su intervención en la campaña numantina, porque los acontecimientos que de aquí derivaron pudieron tener una gran repercusión en su forma de actuar posterior.

Según Fraccaro (123), un numeroso grupo de fuentes antiguas (Cicerón, Orosio, Velejo Patercu-

lo) advierten que el problema numantino enemistó a Tiberio con el Senado y le empujó hacia una política considerada demagógica.

Es posible que, junto a defectos o aspectos negativos, si se puede hablar así, puesto que son naturalmente humanos, de la figura de Tiberio Sempronio Graco, puestos de relieve por las fuentes que -- recogen la versión optimista de la Historia, haya -- también que tomar en consideración aspectos claramente positivos en su decisión de actuar.

Creemos ver entre las causas que empujan a actuar a Tiberio la aspiración a un ideal de justicia que le lleva a defender la causa de los pobres. Los historiadores del partido aristocrático hablan de -- resentimiento, demagogia y afán de gloria. Sin embargo, el fragmento que nos transmite Plutarco (124) de uno de los discursos de Tiberio, considerado por la mayoría de los autores como auténtico, nos muestra un Tiberio Sempronio Graco magnífico orador y, al mismo tiempo, luchador por los ideales de igualdad y de justicia. El texto plutarqueo dice así: -- ..."Tiberio, empleando su elocuencia en una causa -- la más honesta y justa, siendo así que era capaz de exornar otras menos recomendables, se mostró terrible e invicto cuando, rodeando el pueblo la tribuna, puesto en pie, dijo hablando a los pobres: 'Las fieras que discurren por los bosques de Italia tie-

nen cada una sus guaridas y sus cuevas; los que pelean y mueren por Italia sólo participan del aire y de la luz y de ninguna otra cosa más, ya que, sin techo y sin casas, andan errantes con sus hijos y sus mujeres; no dicen verdad sus caudillos cuando en las batallas exhortan a los soldados a combatir contra los enemigos por sus aras y sus sepulcros, porque de un gran número de romanos ninguno tiene ara, patria ni sepulcro de sus mayores; sino que -- por el regalo y la riqueza ajena pelean y mueren y cuando se dice que son señores de toda la tierra ni siquiera un terrón tienen propio.'"

Avala la verosimilitud de este ideal de justicia en el espíritu de Graco un hecho importante: su juventud. En el año 133 a. de C., en que él pudo -- pronunciar este discurso, al presentar su proyecto de plebiscito, debía tener veintinueve años.

La misma idea, aunque desdibujada por un espíritu imperialista, levemente insinuado, aparece en otros lugares de las fuentes. Así, según Plutarco (125), en un escrito de Cayo Sempronio Graco afirma ba éste que "al hacer Tiberio su viaje a España por la Toscana, viendo la despoblación del país y que -- los labradores y pastores eran esclavos advenedizos y bárbaros, concibió ya la primera idea de una providencia que fué para ellos el manantial de infinitos males". Trataba, pues, Tiberio de resolver la --

pobreza de Roma y de Italia entera. Una ciudad repleta de desheredados y una nación con magníficas tierras que estaban quedando desiertas, ocupadas sólo por esclavos. Había que distribuir las tierras de la península entre los hombres libres que quisieran trabajarlas y reconstruir, de ese modo, la antigua patria romana de nobles campesinos afincados en sus campos y que aportaban al ejército brazos y entusiasmo propios de quien defiende sus tierras o -- busca nuevas conquistas para la colectividad.

También dice Apiano (126) que en una ocasión -- Tiberio "pronunció un elocuente discurso, siendo -- tribuno, referente a la raza itálica, lamentando -- que un pueblo tan valeroso en la guerra estuviera -- declinando poco a poco hacia la penuria y la despo-- blación, sin esperanza alguna de remedio".

Por otra parte, hay que advertir, al estudiar las causas concretas de la actuación de Tiberio, -- que éste no actuó solo. Se apoyó en el pueblo (127), pero, sobre todo, en una camarilla de hombres importantes a los que hace expresa referencia Plutarco -- (128). Efectivamente, éste nos dice al respecto que Tiberio "no dictó la ley por sí solo, sino que tomó consejo de los ciudadanos más distinguidos en autoridad y en virtud, entre ellos de Craso, el Pontífice Máximo, de Mucio Escévola, el juriconsulto, que era cónsul aquel año y de Apio Claudio, su suegro".

Las razones de la intervención de cada uno de estos personajes en la legislación gracana y del -- apoyo al programa de Tiberio son muy diferentes. En el caso de Publio Mucio Escévola hay que pensar en su carácter de jurista, teñido quizá, como dice --- Fraccaro (129), de un cierto rigorismo. Así se explica que Escévola apoyase inicialmente el programa gracano, en cuanto no suponía más que la revitalización de una ley existente e incumplida. De la misma manera se opondrá después, siendo cónsul, a la muerte de Tiberio, que pedía Escipión Nasica, contestando "que no estaba en su ánimo emplear ninguna fuerza ni quitar la vida a ningún ciudadano sin que éste fuese juzgado" (130).

Cicerón (131) afirma que, posteriormente, después de muerto Graco, Publio Mucio Escévola no sólo justificó el asesinato de Tiberio, sino que llegó - incluso a hacer un elogio de los asesinos.

Pareti (132), al intentar explicar este cambio de postura de Escévola, supone que el jurista distinguía claramente el programa agrario que presentaba inicialmente Tiberio, y al que él consideraba -- justo, del programa de reforma política en que ---- aquel desembocó después, no admitiendo éste por considerarlo una subversión del orden establecido.

Idéntica es la postura mantenida por Fraccaro en la interpretación de estos hechos (133). Sin em-

bargo, es difícilmente creíble que quien mantuvo -- hasta el final su apoyo a la causa gracana, después de muerto Tiberio llegase a cambiar tan radicalmente de opinión. Teniendo en cuenta la parcialidad de Cicerón es imaginable que éste, en su afán de justificar y engrandecer la causa aristocrática, hiciese sustentar a todos los grandes hombres de la historia republicana sus propias ideas. La figura del -- gran jurista, cabeza de toda una importante escuela de juriconsultos no podía, en la mente de Cicerón, mantener ideas contrarias a las de la facción optimata. Téngase en cuenta que Publio Mucio Escévola -- fué el padre de Quinto Mucio Escévola, el primero -- de los grandes juriconsultos, el primero que ordenó de manera sistemática el Derecho Civil (134). Pues bien, Quinto Mucio Escévola fué el maestro de Cicerón, aunque éste, por su parte, parece que no dejó de criticarle en alguna ocasión (135).

Aún más, como el propio Cicerón reconoce en su De re publica, I, 11, por boca de Lelio, la muerte de Tiberio Graco y la organización de su tribunado dividieron la nación en dos partes. A un lado, los detractores y enemigos de Escipión, entre los que -- se encuentran inicialmente Graco y Claudio, cuya -- obra de división del Senado es continuada después -- por Metelo y Mucio Escévola. Al otro, la otra mitad de los senadores, entre los que se encuentran los --

fieles a Escipión y los defensores del orden establecido. Así, pues, Publio Mucio Escévola no parece que pudiera emitir un juicio desfavorable a Tiberio, cuando después de la muerte de éste y de las de Craso y Claudio aparece como cabeza de la fracción progresista o populista, es decir gracana, del Senado.

Por lo que se refiere al apoyo de Licinio Craso Muciano y Apio Claudio Pulcro a la causa de Tiberio, sabemos que duró hasta el final de sus días, -- como el mismo Cicerón y todas las fuentes reconocen expresamente.

Lo difícil es buscar una explicación al apoyo incondicional que estos hombres prestan a la obra -- del joven Graco. Craso, por su parte, era un hombre enormemente rico y poseía grandes extensiones de terreno. Claudio, el suegro de Tiberio, había llegado en el 136 a. de C., a ocupar el puesto máximo al -- que podía aspirar un ciudadano romano: princeps senatus.

Según Fraccaro (136), que sigue en esto a Cicerón, Craso y Apio Claudio más que simples consejeros de Tiberio fueron los autores de la ley agraria y se explicaría su destacada intervención por la inmensa ambición de Craso y el afán de popularidad de Claudio. Su gran enemigo común era Escipión Emiliano, que contaba con el favor de la masa popular. Ne

cesitaban, por ello, lanzar una gran idea que conta se con el apoyo popular y de la que ellos aparece-
rían como artífices, para de esta manera conseguir el favor del pueblo. Así, dice Fraccaro, en la vota ción del 131 a. de C. Craso consiguió vencer a Esci-
pión en la lucha por el consulado, marchando a Asia, al frente del ejército, para luchar contra Aristóni-
co.

Tampoco en este caso es aceptable, sin más, la explicación de Fraccaro. Un hombre como Craso, gran latifundista, no podía, por simple ambición, apoyar la propuesta de Tiberio, sabiendo que habría de devolver muchas de las tierras que poseía, pertene-
cientes al común. Si estaba dispuesto a ello es posible que además de esa ambición hubiese un recono-
cimiento de la justicia de la reclamación popular y del programa de Graco. No se encuentra en las fuen-
tes referencia alguna negativa de Craso, como pudie-
ra ser el hecho de que, poseyendo grandes extensio-
nes de terreno público, se hubiese negado a devol-
verlo o el de que, amparándose en su situación, hu-
biese salvado su patrimonio o lo hubiese aumentado,
lo que nos permite presumir la bondad de sus inten-
ciones, ya que, en caso contrario, el hecho habría
sido puesto de relieve por la facción aristocráti-
ca.

Algo similar ocurre en el caso de Apio Claudio.

¿Cómo es posible explicar su postura por simple ambición si había llegado a la cabeza del Senado, es decir, al puesto más alto al que un romano podía acceder en tiempos de la República? Realmente no cabía aspirar a más, ni siquiera a una mayor popularidad, puesto que tenía que ser por fuerza uno de los hombres de más prestigio de su época. Cabe creer, - como en el caso anterior, que el suegro de Tiberio actuaba también convencido de la justicia del ideal que animaba a Graco y que, en definitiva, estaba -- dispuesto a apoyar desde su puesto el respeto a la vieja ley agraria que ahora pretendía revitalizar - Tiberio.

Existen, además de las apuntadas, otras causas que, según las fuentes recogidas en la obra de Plutarco (137), pudieron impulsar a Tiberio a su actuación, como las exigencias de su madre Cornelia, --- "que les echaba en cara, muchas veces, el que los - romanos le decían siempre la suegra de Escipión y - nunca la madre de los Gracos", o la presión del pueblo, que fijaba carteles "en los pórticos, en las - murallas y en los sepulcros", instándole "a que restituyera las tierras públicas a los pobres".

A ninguna de estas parece que haya que conceder demasiada importancia, sobre todo porque parece clara la inspiración partidista de las primitivas - fuentes usadas sin espíritu crítico por Plutarco. -

En el primer caso, aquellas pretendían poner de relieve la mayor importancia de Escipión, comparada con los Gracos, y en el segundo, dicen que el pueblo fué el que excitó la ambición de Tiberio, cosa fuera de toda lógica.

En fin, hay que advertir que la explicación -- más generalmente aceptada es de carácter militarista. Según esta corriente, que parte de una interpretación que juzgamos parcial de la obra de Apiano, -- Tiberio pretendía "solucionar el grave problema que tenía el ejército planteado al decrecer los contingentes de reclutas por haber disminuído la clase -- campesina" (138). Esta tesis es defendida por Meyer, Schulten, Carcopino, Vissas, Kovaliov, Pareti, Rostovzeff, Saita y, de alguna manera, Tibiletti. -- Ahora bien, ningún texto permite afirmar tajantemente que el móvil fundamental de Tiberio fuese de carácter militarista. Lo que nos dice Apiano (139) es que Tiberio pronunció, siendo ya tribuno, un elocuente discurso (seguramente el recogido, en parte, por Plutarco) referente a la raza itálica, "lamentando que un pueblo tan valeroso en la guerra estuviera poco a poco cayendo en la miseria y en la despoblación, sin esperanza alguna de remedio". A continuación habla Apiano de que "prorrumpió en invectivas contra la multitud de esclavos, como inútiles para la guerra..." y, más adelante, en el parágrafo

11, afirma: "Lo que tenía en la mente Graco, al proponer la medida, no era buscar dinero, sino hombres. Inspirado grandemente por la utilidad del trabajo y creyendo que nada más ventajoso o admirable podía ocurrir nunca en Italia, no tuvo en cuenta -- las dificultades que le rodeaban. Cuando llegó el momento de la votación expuso muchos otros argumentos de considerable longitud y preguntó también si no era justo hacer que las asambleas públicas dividieran la propiedad común, si un ciudadano no era -- digno de más consideración en todo momento que un esclavo; si un hombre que servía en el ejército no era más útil que otro que no servía, y si uno que -- tenía una participación en el país no era más probable que se consagrara a los intereses públicos".

Aún reconociendo, como señala Blázquez (140), la supremacía de la fuente de Apiano sobre la de -- Plutarco, conforme a los estudios de Meyer y Carcopino, tal no significa que haya que desconocer en -- absoluto el valor de la biografía plutarquea, sobre todo en aquellos momentos en que su significación -- puede ser mayor, como en el caso del discurso atribuido a Tiberio en el capítulo IX de su Vida. En este discurso, el tema militar aparece en primer plano, pero el verdadero fondo del mismo no es militarista, sino de contenido plenamente social.

"Los que pelean y mueren por Italia sólo parti

cipan del aire y de la luz...", sigue diciendo Plutarco, para añadir: "no dicen verdad sus caudillos cuando en las batallas exhortan a los soldados a -- combatir...", ya que, en definitiva, los pobres "pelean y mueren por el regalo y la riqueza ajena".

De todo ello coligen los autores citados que -- el afán militarista era el que privaba en el espíritu de Tiberio. Pretendía, vienen a decir, reconstruir la clase media, la clase de los pequeños agricultores, sedentarios, felices y prósperos que diesen -- nuevos brazos a Roma para continuar la serie indefinida de conquistas que llevarían a Italia a enseñorearse de todo el mundo.

Llegan estos historiadores a afirmar que "la -- causa de la ley agraria era político-militar, en armonía con las aspiraciones del Senado romano" (141). Pero todo ello no concuerda con la importancia que estos mismos autores confieren, por regla general, a los sucesos de Numancia en la vida de Tiberio, -- que debieron lógicamente producir en él una reacción antimilitarista y antisenatorial, como sucedió en el caso, en cierto modo análogo, de su abuelo Escipión el Africano.

Y por lo que respecta a la coincidencia de intereses entre Tiberio y el Senado la prueba de que la mayoría del Senado, que encarnaba a la oligarquía terrateniente, no veía defendidas sus aspiracio-

nes e intereses por las ideas revolucionarias de -- Graco, es que esta mayoría le dió muerte, sin que -- los defensores de la ley tuvieran fuerza para oponerse.

Militarista es, creemos nosotros, la política de la mayoría del Senado y de la facción escipioniana, pero no la de Tiberio, que sólo podría calificarse de tal de un modo secundario, pero no fundamental.

En el movimiento gracano hay básicamente un -- ideal de justicia, como meta más o menos clara a la que se pretende llegar, y un sujeto beneficiario -- fundamental de la reforma, que no es el ejército ni la colectividad o la patria abstractamente consideradas, sino el pueblo concreto, la masa de los pobres que constituyen ahora los auténticos herederos de la antigua clase de los plebeyos a los que los -- tribunos tenían la obligación de defender.

Nuestra idea coincide, en ese sentido, con la insinuada por Santos Yanguas (142). Tiberio quiso -- un renacer del poderío militar romano. Quizá ese pudo ser su ideal primitivo, que nunca abandonó por -- completo, "pero su compromiso con los débiles le hace ir más lejos y llegar a ser defensor de los pobres".

3.- Las propuestas de Tiberio Sempronio Graco.

A) La ley agraria.

La ley agraria no es la única rogatio o propuesta que Tiberio hizo a las asambleas de la plebe siendo tribuno en los años 133 a 132 a. de C. Sin embargo, es la más destacable, la que explica de alguna manera todas las demás, el hecho más significativo de su vida política o pública y, en definitiva, el desencadenante del odio contra su persona y la causa de su muerte.

El nombre de Tiberio, como también el de su -- hermano, estará unido para siempre a la historia de las leyes agrarias.

Las referencias en las fuentes a la ley agraria de Tiberio no son muy numerosas y falta la narración de los hechos correspondientes a este importante período de la República romana en la Historia de Tito Livio. No obstante la Historia de Apiano -- (Guerras Civiles, I, I, 9-10-11) y la biografía de Tiberio incluida por Plutarco en las Vidas paralelas (Tiberio, IX y X) nos permiten contar con elementos suficientes para tratar de reconstruir con -- cierta aproximación la propuesta, el debate y el -- contenido de la ley, así como los obstáculos que a ella se opusieron (143).

a) La propuesta.

Según Plutarco, Tiberio realizó dos propuestas distintas sobre la que pudiéramos calificar de ley agraria principal (puesto que también es, en definitiva, una ley agraria la relativa a los triunviros encargados de la recuperación y posterior división del ager publicus). La primera sería una ley muy benigna y contemporizadora con los terratenientes. Se pretendía con ella restaurar las antiguas leyes --- agrarias que prohibían poseer más de 500 yugadas de tierra pública, pero no se ordenaba la devolución forzosa del exceso sin contraprestación alguna, sino que Tiberio proponía que el Estado pagara el precio de aquello que los terratenientes habían de devolver.

Ante la oposición de éstos, que habían conseguido atraer a su bando a otro tribuno de la plebe, Octavio, para que interpusiese el veto, Tiberio retiró aquella inicial propuesta, presentando otra -- más dura contra los transgresores de la antigua ley Licinia, de tal modo que en la nueva rogatio se les ordenaba que dejaran las tierras que poseían en exceso, sin derecho a indemnización (144).

De Martino (145) de acuerdo con Mommsen, Schwartz, Taeger y Fraccaro, pone en duda la existencia de aquel primer proyecto de ley de que habla --

Plutarco, apoyándose en que, si hubiese efectivamente habido una sustitución de la rogatio inicial por otra, se debería haber repetido todo el proceso comercial. Además, demostraría poco sentido político -- en Tiberio el hecho de que, ante la oposición de -- los terratenientes, se endureciese el proyecto contra ellos.

No parecen muy convincentes estas razones. El que en las fuentes no se haga referencia explícita al hecho de que se repitiese todo el proyecto de -- presentación de la ley no es una prueba suficiente. En cuanto a la falta de sentido político de Tiberio, endureciendo su propuesta ante la resistencia de los terratenientes, no resultan tampoco convincentes los argumentos. Es posible que Tiberio pensase inicialmente resarcir de alguna manera a quienes devolviesen las tierras al pueblo. La oposición de los terratenientes desde el primer momento es lógica, puesto que temerían que, en el mejor de los casos, el precio fijado como indemnización no equivaldría al total valor de las tierras que se veían --- obligados a abandonar. Y también entra dentro de lo razonable que, exasperado Tiberio por la cerrazón -- de los terratenientes, presentase un nuevo proyecto con un problema menos, el de las indemnizaciones. -- En la nueva rogatio se estableció, en consecuencia, que quienes tuvieran en posesión una extensión supe

rior de tierra a la permitida deberían entregar el exceso, sin más.

Es posible que este fuese el primer paso en la sucesión de violencias que enfrentan a Tiberio con los optimates y que llevan a una muerte trágica del primero.

Antes de entrar en el estudio de la propuesta y debate de la ley indicaremos que, como no se le oculta a nadie, la llamada ley es realmente un plebiscito. Se trata, en realidad, de una propuesta -- normativa que un tribuno de la plebe hace en uso de sus atribuciones, del ius agendi cum plebe, a las - asambleas de este gran sector de la población, es - decir, a los concilia tributa plebis. Se explica -- que tradicionalmente se hable de la ley agraria de Tiberio, porque resulta más cómodo y, sobre todo, - porque desde la lex Hortensia del 287 a. de C. habían - sido equiparados en sus efectos los plebiscitos, aprobados sólo por la plebe, y las leyes, votadas - por todo el pueblo.

En la creación de este plebiscito intervinieron los tres órganos constitucionales básicos: la - magistratura, representada en este caso por Tibe- - rio, el Senado, al que, como luego veremos, se le - consultó, y las asambleas de la plebe, que votaron el proyecto.

Según la Historia de Apiano (146) Tiberio pro-

nunció un elocuente discurso referente a la raza -- itálica y a seguido planteó de nuevo la ley. Hay -- que entender el texto apiano como un replanteamiento de la vieja ley agraria licinio-sextia a la que Apiano se refiere en el capítulo anterior. De esta ley nos dice el historiador que prohibía que una -- persona pudiera poseer más de 500 yugadas de tierra pública y, al mismo tiempo, nos indica que no se tuvo la menor consideración con la misma y que "los -- pocos que parecían mostrar algún respeto por la ley y el juramento (con que se comprometieron a guardar la ley), transfirieron fraudulentamente sus tierras a sus deudos, pero la mayor parte no hicieron el menor caso".

De todas formas, tanto si hubo dos distintas -- propuestas de ley, de acuerdo con la biografía de -- Plutarco, como si hubo una sola rogatio, según se -- desprende de la Historia de Apiano, es seguro que -- Tiberio realizó una ardorosa defensa de la norma -- que proponía, enfervorizando a la plebe con sus magníficas dotes oratorias y sus bien preparados discursos. A uno de estos discursos de presentación y defensa del proyecto corresponde, sin duda, el fragmento tantas veces citado y recogido en la obra de Plutarco (147).

En la recomposición de la historia hay que acudir de nuevo a la obra de Apiano, cuya superioridad --

dad, en líneas generales, nadie discute. El historiador señala (148) que en su discurso el tribuno - exageraba la gloria y las riquezas que esperaban a Roma como consecuencia de la aprobación de la ley. Un mejor reparto de la riqueza haría que todos los ciudadanos sintiesen como propias las cosas y los - intereses públicos. Esta misma división de las tierras y el feliz asentamiento de los ciudadanos pobres sobre los nuevos lotes produciría una mayor satisfacción, un mejor nivel de vida y la crianza de un mayor número de hijos. Solamente en estas condiciones se podría contar con un ejército numeroso de hombres que sintiesen como propias las conquistas - de Roma. Tiberio exageraba, al mismo tiempo, otro - aspecto de la cuestión: los peligros que correrían los ricos en caso de oponerse a la aprobación de la ley, puesto que, según él, la pobreza y la depauperación podrían llegar a ser tan grandes que no sólo Roma no extendiese más su imperio, sino que incluso lo perdiese a manos de sus enemigos.

Resulta curioso observar que el discurso, tal como nos lo presenta Apiano, está más dirigido a -- los ricos que a los pobres. Se les dice que todavía quedan muchas riquezas que ganar y conquistar y, al propio tiempo, se les advierte del peligro de perder lo que ya tienen. Para que pudieran continuar - extendiendo sus negocios era necesario -les dice --

Tiberio

Apiano- que otorgasen la tierra, incluso como regalo, a hombres que pudieran criar hijos y no descuidar o perder de vista las cuestiones más importantes, peleándose por otras menores. La tesis de Tiberio Graco viene a ser la de que los ricos deberían hacer partícipes a los pobres de la riqueza común - que están disfrutando casi exclusivamente, para asegurarse así un mayor negocio: el engrandecimiento - del imperio, al que sin duda colaboraría el pueblo, una vez satisfechas sus demandas más inmediatas y - justas. Así se explica, quizá, el pretendido sentido militarista del discurso de Tiberio. El tribuno se está dirigiendo a los ricos y con intención de - captar sus ánimos resaltaba aquellas ideas que resultaban más gratas a su auditorio, lo cual no quiere decir que en el mismo discurso o en otro distinto, cuando se dirige a los pobres, no exponga las - que parece que son las verdaderas ideas del joven - Graco.

Podríamos decir, salvando las distancias, que Tiberio Sempronio Graco se había anticipado en muchos siglos al descubrimiento de los modernos hombres de empresa, que comprenden la necesidad de conceder a los trabajadores una mayor participación en los beneficios, para que éstos tengan una mayor satisfacción en el trabajo, consiguiéndose simultáneamente un aumento de la productividad y, en conse- -

cuencia, un incremento del negocio y de los beneficios.

Por eso, decíamos que los discursos de Tiberio no son los de un militarista, aunque emplee continuamente argumentos relativos al ejército. Pretende que se apruebe la ley en beneficio de los pobres y advierte a los ricos que no deben oponerse, que deben mirar un poco más allá y tener la absoluta certeza de que si transigen ahora, en el momento de la votación y puesta en práctica de la ley agraria, -- les espera un porvenir aún más brillante que el que pudieran imaginar.

La postura es, en definitiva, la que tradicionalmente han adoptado los tribunos de la plebe en -- defensa de los intereses de ésta, procurando, al -- mismo tiempo, y consiguiendo poco a poco, una mejora y un progreso de la sociedad romana en su conjunto. Eso venía siendo, en esencia, la historia de la República romana desde la Ley de las XII Tablas.

"Tras decir muchas más cosas de este tenor --- --continúa hablando Apiano- y excitando a los pobres así como a otros impulsados por la razón más que -- por el deseo de ganancia, mandó al escriba leer el proyecto de ley." (149).

Las asambleas legislativas a las que iba dirigido el proyecto eran las propias de la plebe, los concilia plebis tributa, como expresamente señala --

Apiano, quien nos da algunos datos muy precisos sobre el desenvolvimiento de la votación (150). Había en aquella época treinta y cinco tribus y el sistema establecido para las votaciones era el de un voto por tribu, votando unas después de otras.

El dato de la constitución y formación histórica de las tribus tiene especial relevancia en nuestra historia, ya que el componente rústico de las tribus que dieron la victoria a Tiberio es esencial para explicar, primero, el éxito de su rogatio, y después, el trágico fin de su vida, cuando no pudo contar con el apoyo de la gente campesina que vivía fuera de Roma.

Hasta el siglo IV a. de C. sólo formaban parte de las tribus los ciudadanos que poseyesen fincas. Al final de este siglo, en el 312 a. de C., el censor Apio Claudio el Ciego, teniendo como colega al plebeyo L. Plautio, consiguió que se admitiese en las tribus a quienes no tenían tierras.

Frente a este progreso democrático reaccionaron más tarde, en el año 304 a. de C., los representantes de la oligarquía, agrupándose a los que no poseían tierras en las cuatro tribus urbanas. Poco a poco fueron aumentando las tribus rústicas, llegando a ser el número total, en el año 241 a. de C. el de treinta y cinco, mientras que el de las urbanas permanecía invariable: cuatro. Después del 241

a. de C. los ciudadanos avecindados en territorios de nueva anexión eran encuadrados en alguna de las tribus preexistentes, pero siempre en cualquiera de las treinta y una rústicas.

Las asambleas o concilios de la plebe solían tener lugar en el Capitolio o en el Foro, puesto -- que los tribunos, según la tradición, no debían actuar fuera del pomerium. En el caso de la ley agraria de Tiberio la reunión de las tribus tuvo lugar en el Foro, como incidentalmente señala Apiano (151), cuando narra que en un momento determinado de la -- discusión Tiberio "se dirigió rápidamente al edificio del Senado" y después "volvió al Foro".

El desarrollo de la votación no fué pacífico, como era de suponer, tratándose de un proyecto que afectaba tan directamente a los intereses de muchas personas. Cuenta Apiano que Marco Octavio, colega -- de Tiberio, "había sido inducido por los poseedores de tierras para que interpusiera su veto (pues entre los romanos el veto negativo siempre vencía a -- una proposición afirmativa)", y así lo hizo, ordenando al escriba que guardase silencio. Con esto se aplazaron los comicios hasta el día siguiente. Convocadas de nuevo las tribus se reprodujo la misma -- situación: comienzo de la lectura del proyecto por orden de Tiberio y prohibición de su lectura por Octavio. "Los tribunos, entonces, empezaron a dispu-

tar unos con otros y un tumulto considerable se desarrolló entre el pueblo". Llegado este momento de gravedad "los ciudadanos principales pidieron a los tribunos que sometieran la controversia al Senado para su decisión. Graco apoyó la propuesta, creyendo que la ley era aceptable para todas las personas bien dispuestas y se dirigió rápidamente al edificio del Senado".

El sometimiento de la cuestión al Senado es un hecho importante que pone también de relieve Plutarco (152).

La ratificación de las leyes ordinarias, es decir, las normas votadas en los comicios propiamente dichos, esto es, de todo el pueblo, ya no era necesaria en los tiempos de Graco. La auctoritas patrum no era un requisito imprescindible para la validez de los acuerdos tomados en las asambleas. La presentación al Senado se había convertido en una mera -- formalidad, en una simple consulta sin valor vinculante.

Tratándose de un plebiscito, la consulta no había sido nunca legalmente necesaria. Lo cual no --- quiere decir que no pudiesen acudir en consulta los tribunos al Senado. Ya dijimos que en el siglo II -- a. de C. la relación entre los tribunos y el Senado era de estrecha colaboración, teniendo aquellos --- abiertas las puertas de éste y reconociéndoseles ca

pacidad para dirigirse a la asamblea senatorial.

Desde luego, si el asunto planteado revestía - caracteres de gravedad, o se consideraba importante, la práctica imponía la consulta al Senado, como representante del poder efectivo en tiempos de la - República.

Planteado, pues, el asunto de la ley agraria y la oposición de Octavio ante el Senado, ambas fuentes coinciden en reconocer que la mayoría del mismo es contraria a Graco. Apiano dice que Graco "allí - tenía solamente unos pocos seguidores", y que el Se nado "se veía dominado por los ricos" (153). Plutar co por su parte señala que, reunido el Senado, no - adelantó nada Tiberio, "porque el mayor influjo era de los ricos" (154).

En vista de ello, y en eso están también conformes las dos fuentes, Tiberio reunió de nuevo, al día siguiente, a la plebe, haciendo dos propuestas sucesivas. Una, sobre la deposición de Octavio, el tribuno que se oponía a la aprobación de la ley --- agraria; otra, para la aceptación de ésta.

Así se hizo. La plebe depuso a Octavio y votó la ley agraria. "Graco ganó inmensa popularidad a - causa de esta ley y fué escoltado a su casa por la multitud, como si fuera el fundador no de una simple ciudad o raza, sino de todas las naciones de -- Italia. Después de esto, el partido victorioso -si

que diciendo Apiano- se volvió a los campos, de don-
de había venido para asistir a la sesión" (155). De-
bía ser el comienzo de la primavera del 133 a. de C.

b) El contenido de la ley.

Todo lo que sabemos sobre el contenido concre-
to de la ley agraria de Tiberio se encuentra en la
obra de Apiano que puede ser ligeramente completada
con algunos fragmentos de Plutarco, de los Perio- -
chae de Tito Livio, y el De lege agraria de Cice- -
rón.

Las disposiciones de la ley serían las siguien-
tes, de acuerdo con las fuentes citadas:

- 1ª.- "Nadie debía poseer más de 500 yugadas --
del dominio público." (Apiano, Historia -
de Roma, Guerras Civiles, I, I, 9).
- 2ª.- "Los hijos de los ocupantes podían cada -
uno retener la mitad de dicha cantidad."
(Apiano, I, I, 9).
- 3ª.- "El resto (del ager publicus) debía ser -
dividido entre los pobres." (Apiano, I, -
I, 9).
- 4ª.- De la división de las tierras del dominio
público se ocuparían "tres agentes elec-
tos que cambiarían cada año." (Apiano, I,
I, 9).
- 5ª.- Los lotes de tierras concedidos en el re-

parto a los pobres eran inalienables. ---
 "Graco había prohibido su venta." (Apiano, I, 1, 10).

62.- Los antiguos ocupantes, meros poseedores del ager publicus, se convertían por determinación expresa de la ley en verdaderos propietarios. Así, dice Apiano que -- los ricos "por cualquier trabajo que hubieran realizado, (se entiende mejorando los terrenos públicos) recibían amplia -- compensación en el título no discutido de 500 yugadas de tierra libre, cada uno, en alto estado de cultivo, sin costo, y una mitad más por cada hijo en el caso de los que tuvieran hijos". (Apiano, I, 1, 11).

72.- Los ricos debían "dejar inmediatamente -- las tierras que poseían contra las anteriores leyes". (Plutarco, Vida de Tiberio, X).

Aunque no lo dice expresamente Plutarco, en el párrafo transcrito, una interpretación sistemática y lógica del texto nos -- permite afirmar que la recuperación de -- las tierras del dominio público, en el -- nuevo texto de la ley agraria, se producía sin indemnización alguna para los ricos.

Efectivamente, según Plutarco, el texto - del proyecto inicial de Tiberio, aún ---- "cuando parecía justo que los culpables - pagaran la pena de la desobediencia y, -- además, sufrieran la de perder las tie- - rras que disfrutaban contra las leyes, só lo disponía que, percibiendo el precio de lo mismo que injustamente poseían, dieran entrada a los ciudadanos indigentes"(156). Pero los ricos se opusieron tajantemente a esta pretensión tan suave de Tiberio y es entonces cuando, según Plutarco, "Tibe rio retiró aquella ley tan humana y propu so otra más aceptable a la muchedumbre y más dura contra los transgresores".

Esta nueva ley sólo podía ser más dura -- contra los transgresores, si es que les - hacía perder la indemnización inicialmen te prevista en el anterior proyecto de Ti berio.

- 82.- Los resúmenes que conservamos de la His- toria de Tito Livio (157) dicen que Tibe rio Sempronio Graco "promulgó una ley --- agraria contra la voluntad del Senado y - del orden ecuestre, para que nadie poseye se más de mil yugadas de tierra pública". (Livio, Periochae, LVIII).

Este pasaje de Livio viene a introducir una importante modificación al fundamental texto apiano, al fijar un límite máximo distinto del que la obra de éste señala. Como luego veremos, no todos los autores se muestran conformes en admitir el límite de las mil yugadas.

- 92.- Finalmente, Cicerón señala que de la recuperación del dominio público para su posterior división y distribución se exceptuaba el ager Campanus, el territorio de la Campania, cuya distribución se respetaba por tratarse de una zona que producía interesantes ingresos para el Erario Público. (Cicerón, De lege agraria, II, --- 29). También este último punto, sin embargo, ha sido puesto en duda.

En consecuencia, conocemos en líneas generales el contenido de la ley, pero este conocimiento presenta algunas lagunas importantes y, al mismo tiempo, la diversidad de fuentes plantea también ciertos problemas en torno a las escasas disposiciones que sabemos con seguridad componían el cuadro normativo.

c) Interrogantes que plantea la ley.

Las cuestiones e interrogantes de más interés

que se plantean, llegados a este punto, son las siguientes:

- 1ª/ ¿Existió, como se desprende de la obra de Tito Livio, un límite máximo de mil yugadas, que podían seguir disfrutando los antiguos poseedores del ager publicus o, por el contrario, tal como resulta de la obra de Apiano, no existía un tope fijo, sino - que cada ocupante podía retener 500 yugadas en su propio nombre y 250 más por cada hijo que tuviera?
- 2ª/ Los nuevos lotes que resultaban de la división del ager publicus y se entregaban a - los pobres, ¿se concedían a éstos en propiedad o en simple posesión?
- 3ª/ ¿Qué extensión tenían estos lotes repartidos?
- 4ª/ ¿Qué calificación jurídica merece el reconocimiento del derecho de los anteriores - poseedores sobre las tierras que mantenían en su poder?
- 5ª/ ¿A qué territorios se extendía la reforma? ¿Cuál fué su amplitud? ¿Se aplicó al ager quaestorius?
- 6ª/ ¿Quiénes eran los beneficiarios de la reforma? ¿Sólo los ciudadanos romanos o también los itálicos?

7ª/ ¿Quiénes son los perjudicados por la ley?

La cuestión relativa al límite máximo de superficie que se permitía conservar a los antiguos poseedores del ager publicus ha sido ampliamente debatida. Por lo general, la mayoría de los autores acepta la limitación de Tito Livio, según el cual en -- ningún caso podría un cabeza de familia conservar -- más de mil yugadas de tierra pública. Esta misma limitación aparece también en la obra del Auctor de -- Viris Illustribus (158). Entre los romanistas e historiadores que aceptan esta tesis se encuentran --- Mommsen, Cardinali, Niese y Kornemann.

Sin embargo, autores como Carcopino, Göhler y De Martino sostienen que no existía un límite máximo fijo de mil yugadas, sino que los cabezas de familia podían conservar quinientas yugadas para sí -- mismos y doscientas cincuenta más por cada hijo que tuvieran, de modo que, por ejemplo, un padre con -- seis hijos podría conservar 2.000 yugadas y la extensión sería de 3.000 yugadas en el caso del pater familias con diez hijos bajo su potestad.

Por nuestra parte, nos inclinamos a seguir en este punto la tesis del último grupo de autores antes citados, ya que, como ellos señalan, Apiano, -- que es el autor que trata más a fondo la cuestión, no habla para nada de la limitación de las mil yugadas, con la advertencia de que es, generalmente, un

escritor preciso y exacto.

Pero aún añadiríamos nosotros algunas observaciones. En primer lugar, el hecho de que Apiano insiste, en dos ocasiones distintas (que hemos citado en los puntos 2º y 6º relativos al contenido de la ley), en esta misma cuestión, señalando, primero, - que cada hijo podía retener la mitad de lo que correspondía a un cabeza de familia y aclarando, después, que era el propio padre el que retenía las -- tierras en función del número de hijos "una mitad - más por cada hijo en el caso de los que tuvieran hi jos".

Claro que las obras de Tito Livio y del Auctor son también concretas al referirse al límite de las mil yugadas. Sin embargo, hay que advertir que lo - que conservamos de Tito Livio no es, en este punto, su monumental historia, sino un resumen de la misma, al que no se puede conceder, en este punto, el mismo valor que a la Historia de Apiano.

Por otra parte, está fuera de toda lógica una disposición procedente de Tiberio que viniera a per judicar, comparativamente, a quienes tuvieran más - hijos. Pensemos que las familias numerosas debían - ser mucho más frecuentes en la antigüedad que en -- nuestros días. Si aceptamos la versión del epítome liviano, los hijos, en una familia compuesta por el padre y diez hermanos, heredarían, como máximo, ---

cien yugadas a la muerte del padre, mientras que he redarían 500, tratándose de dos hijos, y 750, existiendo uno sólo.

No parece lógico que quien estaba preocupado - por una justa distribución de la riqueza agraria de jase pasar por alto este importante detalle y perju dicase especialmente a los miembros de las familias más numerosas.

Göhler señala que, posiblemente, la limitación fué introducida en una época posterior a la de Tibe rio, incluso quizá en tiempos de su hermano, en --- cuanto se observó que faltaba tierra para el repar to.

De Martino cree, a este respecto, que Livio ha confundido la norma de la Ley Sempronia con la de - la anterior Ley Licinia y que precisamente en este punto se produjo una innovación, recogida por Apia no, al conceder Tiberio Sempronio Graco una exten sión de 250 yugadas de tierra pública por hijo en - potestad, sin límite máximo. Pero lo cierto es que esta presunción de De Martino nos parece desprovis ta de fundamento, ya que en ningún lugar se nos di ce que la antigua Ley Licinia estableciese un lími te de mil yugadas, sino de quinientas, no haciendo las fuentes referencia a otros extremos, tales como si los padres podían conservar otro tanto por hijo o si de ninguna manera podían conservar más, aunque

tuvieran muchos hijos (159).

La segunda y tercera cuestiones que nos planteá**ba**mos hacían referencia al cómo y cuánto de las -- asignaciones a los proletarios.

El hecho de la distribución del ager publicus entre los pobres es una innovación importante en la historia de las leyes agrarias. Las anteriores leyes de este tipo fijaban una cantidad máxima de tierra pública que podía quedar en manos de cada particular. El resto debía reintegrarse, teóricamente, -- en el dominio público. Nunca se nos dice en las --- fuentes, con respecto a las anteriores leyes agrarias, que éstas hubiesen dispuesto el reparto de -- las tierras sobrantes entre los pobres.

Es más, aunque hubiese habido tales disposiciones, no hubiesen valido para nada, porque, en definitiva, faltaba un sistema como el ideado por Tiberio Sempronio Graco: el de los triunviri que se ocupaban de la determinación de las tierras públicas -- disponibles para el reparto.

Expresamente señala Apiano (160) que no se tuvo la menor consideración por la ley anterior (se -- refiere a la Licinia Sextia) ni por el juramento -- que tomaron sobre su cumplimiento.

Aunque posiblemente desde los tiempos más remotos hubo alguna distribución de tierras públicas entre los plebeyos, como ocurrió con la de Espurio Ca

sio (161) y la ley Ilícia, lo cierto es que en las leyes agrarias inmediatamente anteriores a la época de los Gracos o no se había previsto reparto alguno de tierras, como parece desprenderse de las fuentes o, si se había dispuesto en algún caso, no se consiguieron resultados prácticos con las normas dictadas.

Del reparto, tal como fué establecido en la ley Sempronia de Tiberio, no sabemos con certeza absoluta más que el hecho mismo de su existencia, la adopción de un sistema eficaz de distribución con base en la actividad de la comisión de los triunviri y la inalienabilidad de los lotes repartidos para evitar que éstos volviesen a manos de los ricos.

Sobre la extensión de los lotes, aunque hay -- quien ha dicho (Neumann) que no se podía fijar la medida de los lotes, puesto que no se sabía de antemano la cantidad de tierra a repartir, la opinión común es la contraria, es decir, la que sostiene la efectiva existencia de lotes de extensión predeterminada, como era habitual en los casos en que se dividían tierras, por ejemplo, en el caso de fundación de colonias.

En cuanto a la medida exacta de las asignaciones gracas, ha sido Mommsen el que ha establecido una opinión casi inatacada, fijando su extensión en treinta yugadas (unas siete hectáreas y media), con

base en la ley agraria del año 111 a. de C., que fija este límite para los poseedores de lotes o parcelas del ager publicus procedente de repartos.

El tipo de derecho reconocido a los proletarios sobre las porciones a ellos adjudicadas del ager publicus no se señala expresamente en ningún lugar de las fuentes. Sin embargo, entendemos que en la mente de Tiberio, y en las referencias que de ella tenemos en la obra de Apiano, está la idea de la atribución a los pobres, en propiedad, de parcelas del ager publicus.

Efectivamente, en el discurso de presentación de la rogatio afirma Apiano, entre otras cosas (162) que Tiberio "preguntó también si no era justo hacer que las asambleas públicas dividieran la propiedad común". En el mismo discurso, más adelante, dice a los ricos que le escuchaban que para conseguir el engrandecimiento de Roma "debían otorgar esa misma tierra, como regalo, si era necesario, a hombres que pudieran criar hijos". Si a esto se añade que Tiberio reconocía a los antiguos poseedores del ager publicus que devolviesen el exceso de tierras, "el título no discutido de 500 yugadas de tierra libre y una mitad más por cada hijo en el caso de los que tuvieran hijos", parece claro que el pensamiento del tribuno se inclina por un reparto de tierras en propiedad. Realmente sólo así puede hablarse de

efectivo reparto, sólo así se incardinaría a los -- hombres en la tierra y se les haría sentir como pro -- pios los problemas de Roma a los proletarios. En -- fin, si a los ricos se les reconoce ya una efectiva propiedad sobre las tierras hasta entonces meramen -- te poseídas del ager publicus, parece lógico que -- otro tanto se haga con los proletarios, a los que, en definitiva, se les conceden pequeñas porciones -- de terreno.

Por su parte, De Martino sostiene también esta -- misma tesis, haciendo referencia, en apoyo de su -- postura, al nombre de los triunviros encargados del reparto de las tierras, que en los cipsos terminales gracanos son denominados agris iudicandis adsignan -- dis o dandis adsignandis iuducandis. La adsignatio, dice De Martino, sólo puede ser la asignación viri -- taria, y ésta era en propiedad, no en posesión.

La cuarta cuestión era la relativa a la califi -- cación jurídica que nos merece el reconocimiento -- del derecho de los anteriores poseedores del ager -- publicus que cumplen las prescripciones de la ley -- agraria. Llegados a este punto señala Apiano, en su Historia (163), que los poseedores, por las tierras públicas que devolvían y "por cualquier trabajo que hubieran realizado en ellas recibían amplia compen -- sación en el título no discutido de quinientas yuga -- das de tierra libre, cada uno, en alto estado de --

cultivo, sin coste, y una mitad más por cada hijo, en el caso de los que tuvieran hijos".

Se ha discutido si el reconocimiento de un título a los antiguos poseedores implicaba una auténtica propiedad (opinión de Pareti, Carcopino, Neumann y otros) o si era una simple posesión complementada por una garantía permanente (tesis de Mommsen, seguido por Terruzzi y Saumagne) (164).

El que era simple poseedor, pudiendo ser desposeído por el verdadero propietario del ager publicus, es decir, el Estado, se convertirá por obra y gracia de ese mismo Estado en propietario, porque el Estado se compromete a no reclamar la posesión. A cambio de la entrega de las tierras pertenecientes al común y que excediesen de la medida antes indicada, el Estado romano, la comunidad, concedía un verdadero derecho de propiedad al antiguo poseedor que se mantuviese dentro de los límites de la ley. Unicamente de esta manera puede entenderse el empleo del término compensación utilizado por Apiano.

La quinta cuestión que nos formulábamos era la relativa a la extensión territorial de la reforma. Es decir, la recuperación de terrenos del ager publicus, para su posterior distribución entre los -- proletarios, ¿tuvo lugar exclusivamente en los alrededores de Roma, se extendió por toda la península itálica o ni siquiera se limitó a esta península, --

sino que abarcó todos los dominios del Estado romano de la época?

La contestación inmediata y directa a esta pregunta no se resuelve con el simple examen de las -- fuentes principales de la historia gracana. Ni Plutarco ni Apiano dicen concretamente en qué sitios -- llegó a ponerse en práctica la ley agraria, una vez aprobada, pero en ambos textos hay pasajes suficientes para asegurar que la ley agraria se aplicó en -- diversos lugares dentro de la península itálica.

Plutarco, supuesto el fin biográfico de su --- obra, no se ocupa de modo expreso de esta cuestión. Sin embargo, a lo largo de los varios capítulos de la misma da claramente a entender que el problema -- del ager publicus, la injusticia planteada en torno a su disfrute, los problemas de despoblación y descontento, etc., son cuestiones que exceden al reducido contorno físico de la urbe romana. En la mente de Tiberio Sempronio Graco el estrecho marco del Estado-Ciudad estaba ampliamente superado. Roma era -- para Tiberio la auténtica capital de la península -- itálica y, en realidad, todo su planteamiento es -- consecuencia de esta idea, que se nos aparece evidente en multitud de detalles de la obra de Plutarco.

En efecto, cuando el queronés, en el capítulo VIII de la biografía de Tiberio, comienza a hablar

de los problemas que fueron abordados por el tribuno, explica primero que "las tierras que por la guerra ocuparon los romanos a los enemigos comarcanos" se constituyeron, en parte, en ager publicus que -- fué injustamente aprovechado por los más ricos en beneficio propio. La primera referencia de Plutarco a las grandes cuestiones que pretenderá resolver Tiberio contiene una indicación relativa a terrenos situados fuera de Roma.

Y en el mismo capítulo, más adelante, cuando continúa exponiendo el biógrafo los problemas, nos dice que "desposeídos los pobres, ni se prestaban de buena voluntad a servir en los ejércitos ni cuidaban de la crianza de los hijos y se corría el riesgo de que toda Italia se quedara desierta de población libre". Y al final del mismo capítulo, en la defensa que de la figura de su hermano hizo Cayo Sempronio Graco, recogida por Plutarco, se nos vuelve a insistir de nuevo en la preocupación del tribuno por Italia. "Al hacer Tiberio su viaje a España por la Toscana, viendo la despoblación del país y que los labradores y pastores eran esclavos advenedizos y bárbaros, concibió ya la primera idea...".

Italia está continuamente en la boca del gran orador que fué Tiberio Sempronio Graco.

En el discurso pronunciado para la defensa de su proyecto, considerado por todos como posiblemente-

te auténtico, de nuevo brotan las mismas ideas, repitiéndose una y otra vez el nombre de la verdadera patria: "Las fieras que discurren por los bosques de Italia tienen cada una sus guaridas y cuevas; -- los que pelean y mueren por Italia sólo participan del aire y de la luz...".

Italia, Italia, he aquí la referencia continúa, la preocupación evidente de aquel hombre cuya magistratura había de desenvolverse dentro del restringido campo del pomerium.

No dice Plutarco que la ley agraria propuesta por Tiberio se aplicase en toda Italia, pero aunque no contásemos con otras referencias, las que acabamos de apuntar creemos que permitirían establecer la lógica presunción de que el ámbito de la ley era propiamente peninsular.

De todas formas, en esta como en tantas otras ocasiones, la obra de Apiano arroja más luz sobre la historia que tratamos de reconstruir. Efectivamente, en su gran Historia de Roma, al ocuparse de las Guerras Civiles, dentro del primer capítulo, encontramos ya indicaciones relativas a los mismos problemas apuntados por Plutarco, pero más exactamente matizados. Así, en el parágrafo 7, el historiador nos dice que "los romanos, al ir sucesivamente subyugando a los pueblos italianos por medio de la guerra, se apoderaban de una parte de sus tie-

rras...". Y más adelante nos dice que los conquista-
dores no distribuían la tierra adquirida en la con-
quista, sino que permitían al que quisiera aprove-
charla que lo hiciera, a cambio de un gravamen so-
bre las cosechas, y que "hacían todo esto para mul-
tiplicar la raza itálica, a la que consideraban co-
mo el más laborioso de los pueblos, para tener así
muchos aliados en el propio país".

Apiano amplía considerablemente las referen- -
cias de Plutarco. El ager publicus -nos dice- está
constituído no sólo por tierras conquistadas a los
enemigos comarcanos, es decir, a los vecinos, sino
por tierras de todos los pueblos itálicos.

En cuanto al disfrute del ager publicus, Plu-
tarco nos dice que los ricos fueron quienes espe- -
cialmente se aprovecharon de él, pero Apiano señala
que a ese disfrute tenían acceso los itálicos, aun-
que el modo en que se desarrollaron los aconteci- -
mientos perjudicó a la gran masa de hombres itáli-
cos libres, porque las tierras se acumularon en ma-
nos de los ricos, romanos e itálicos, que empleaban
esclavos en las fincas, en perjuicio del resto de -
sus compatriotas libres, que quedaban sin tierras y
sin trabajo.

En el párrafo 8 de su obra, Apiano pone en -
relación el grave problema, al que hará frente Tibe-
rio, con toda la península itálica. "El pueblo se -

vió alterado ante el temor de no tener suficientes aliados de raza itálica", y en el parágrafo 9 dice: "hasta que, finalmente, Tiberio Sempronio Graco, hombre ilustre, ansioso de gloria, magnífico orador y, por estas razones, bien conocido de todos, pronunció un elocuente discurso, siendo tribuno, referente a la raza itálica...".

Y todavía existen otras referencias concretas que permiten asegurar que en la mente de Tiberio, - de acuerdo con lo que nos habla de ella Apiano a través de su Historia, la preocupación fundamental era Italia. Así en el párrafo en que Apiano nos habla de la presentación del proyecto por Tiberio, dice lo siguiente: "creyendo que nada más ventajoso o admirable podía ocurrir nunca en Italia, no tuvo en cuenta las dificultades que le rodeaban" (165).

Cuando Tiberio se encuentra con la grave oposición y el veto de su colega Octavio a la propuesta de ley agraria procuró por todos los medios persuadirle; siendo como era su amigo, para que no se opusiese, para que "no impidiera una obra que era tan justa y tan útil para toda Italia" (166).

Una vez aprobada la propuesta "Graco ganó inmensa popularidad a causa de esta ley y fué escoltado hasta su casa por la multitud, como si fuera el fundador no de una simple ciudad o raza, sino de todas las naciones de Italia" (167).

Los enemigos de la ley, dice Apiano, estaban furiosos contra Tiberio "y decían que tan pronto como Graco se convirtiera en simple ciudadano lamentaría lo que había hecho en perjuicio de su sagrado e inviolable cargo de tribuno y el haber sembrado en Italia tantas semillas de futura discordia" (168).

También, pues, en la obra de Apiano es continua la alusión a Italia a propósito de la ley agraria de Graco y si queda claro su interés por ella no puede caber duda de que la península entera fué el ámbito territorial en que se desarrolló su actividad redistributiva.

Todavía hay un pasaje de Apiano en que, de una manera mucho más clara, se da a entender que las -- normas de la ley agraria propuesta por Tiberio se -- aplicaron en toda Italia. Dice el historiador (169) que después del asesinato de Tiberio y la muerte de Apio Claudio, cuando fueron nombrados triunviros para velar por el cumplimiento y la aplicación de la ley agraria Fulvio Flaco, Papirio Carbo y Cayo Sempronio Graco, el hermano menor de Tiberio, nadie decía qué terrenos le pertenecían para, en función de esos testimonios, proceder a la recuperación del -- ager publicus y a su posterior reparto entre los pobres. Los terratenientes no ponían de manifiesto -- cuáles eran sus posesiones y no hubo más remedio -- que solicitar el concurso de informadores particulaa

res que testimoniasen acerca de la posesión de las tierras públicas.

Inmediatamente comenzaron a surgir conflictos y pleitos, complicándose extraordinariamente los -- procesos, dificultándose de los más diversos modos la aplicación de la ley. Y después de explicar la - situación de desconcierto y los movimientos de gente, ocultaciones, etc., a que dió lugar la ley, comenta Apiano (170) que "los aliados italianos... se quejaban de estas perturbaciones y, especialmente, de los procesos apresuradamente incoados contra --- ellos", hasta el punto de que "eligieron a Cornelio Escipión, el vencedor de Cartago, para que los defendiera contra esos agravios", lo que prueba que - la aplicación de la ley tenía lugar en los más diversos sitios de la península, supuesto que molestaba a los aliados itálicos su ejecución práctica y - material.

Fuera de las obras fundamentales de Plutarco y Apiano existen otros testimonios de la aplicación - de la reforma gracana en la península itálica. Concretamente Cicerón dice que el territorio de la Campania, que era la parte mejor cultivada y más fértil del ager publicus en aquella época, había quedado exceptuado de la recuperación y posterior división, continuando controlado directamente por los - censores, ya que proporcionaba saneados ingresos al

erario público. Sin embargo, señala De Martino (171) que, a pesar de la afirmación de Cicerón, no estamos seguros de la efectiva exclusión del territorio campano de la reforma y aplicación de la ley agraria, -- ya que los cipsos terminales con que se amojonaron -- las fincas resultantes de la división en tiempos de Tiberio han aparecido también en el territorio de la Campania, lo que viene a ser una prueba evidente de que incluso aquí se llevó a cabo la reforma, aunque se hiciese de una manera más limitada, lo que, en definitiva, demuestra la amplitud con que se realizó y nos permite considerar como campo de aplicación de la ley todo el territorio de la península itálica.

La distinción entre el ager vectigalis y el --- ager occupatorius ha quedado oscurecida tanto en la biografía de Plutarco (172) como en la historia de -- Apiano (173), pues ambos señalan que quienes se aprovechaban de la ocupación libremente permitida tenían la obligación de pagar un vectigal. Es posible que esta fuese la norma consuetudinaria o escrita -- imperante en Roma en los momentos iniciales de la -- conquista de los territorios vecinos, pero no parece que se aplicase en la época de Graco, pudiendo -- verdaderamente distinguirse territorios, como el de la Campania, al que antes nos hemos referido, en que el vectigal tenía aplicación y otros, que debían ---

ser la mayoría, en los que los ocupantes del --- ager publicus se comportaban como auténticos propietarios, usando y disfrutando de las fincas e incluso gravándolas de las más diversas maneras, dándolas en garantía y disponiendo de las mismas a título oneroso o lucrativo.

La recuperación, por tanto, sólo afectaba al ager occupatorius, pues el ager adsignatus y el --- ager quaestorius habían dejado en realidad de pertenecer al común, y el ager vectigalis, en el que se reconoce la propiedad del Estado romano, no planteaba un auténtico problema de justicia, supuesto que el importe de las rentas se ingresaba en el erario y las tierras en que se practicaba esta forma de división estaban, por lo general, ampliamente repartidas.

Una sexta pregunta que nos hacíamos era la relativa a los beneficios de la reforma. ¿Serían llamados a la distribución de las porciones recuperadas del ager sólo los romanos o también los itálicos?

No existen otros textos distintos de los que anteriormente hemos citado que nos permitan dar respuesta a esta pregunta y lo cierto es que en aquellos no se especifica claramente a quién beneficiaba la ley agraria propuesta por Tiberio.

Sin embargo, tanto el texto de Plutarco como -

el de Apiano hacen continua referencia a Italia al plantear el problema y de una manera más concreta a la necesidad de que los habitantes libres de la península itálica tuviesen tierras que cultivar para sentirse arraigados en su país y para poder criar hijos en abundancia tal que sirviesen después para engrosar los ejércitos de Roma. Las ideas y la reforma de Graco sólo se entienden si los beneficiarios de la distribución del ager publicus fueran no sólo los ciudadanos romanos, sino también los ciudadanos itálicos.

Ahora bien, aún cuando esta postura es la adoptada por algunos autores (174), se suele hacer con matizaciones. Así, De Martino señala que, como la ley no decía nada expresamente a este respecto, se había suscitado una gran preocupación entre los itálicos y es precisamente entonces cuando Tiberio salió al paso, proclamando que tenía la intención de conceder la ciudadanía a los socios.

Por otra parte, Pareti estima que, aún cuando la ley beneficiara tanto a romanos como a itálicos, la situación de los primeros era de preferencia y privilegio, ya que eran los que habían votado la ley.

Otros autores (175) se muestran contrarios a la admisión de los latinos e itálicos en el reparto, poniendo como base de su argumentación la obra

de Plutarco, lo que de ninguna manera nos convence, moviéndonos a diversas observaciones. Por ejemplo, que el admitir como beneficiarios de la distribución a los itálicos sería en algunos casos totalmente contrario a los intereses romanos, especialmente cuando se despojase a un ciudadano romano de tierras que luego fuesen a parar a manos de federados. En este caso, dice Cardinali, "tutto l'orgoglio della stirpe dominatrice del mondo sarebbe insorto prepotentemente". Pero eso no es suficiente para sostener la tesis contraria a la admisión al reparto de los itálicos, porque, en realidad, no hay intereses contrapuestos entre un ciudadano romano y un itálico, sino que existe un interés superior, el de la República romana, que pretende distribuir las tierras injustamente poseídas por ciudadanos, sean romanos o no, entre todos los habitantes libres de Italia.

Por lo tanto, en esos casos no se trata de que un extranjero despoje a un ciudadano romano, sino de que una ley romana requisa al ciudadano que la retiene injustamente, una porción de tierra, para entregarla a quien se considera debe ser beneficiario del reparto.

Dice también Cardinali, en apoyo de su tesis, que hay que tener en cuenta la total oposición que los itálicos hicieron a la ley, hasta conseguir que

sus quejas encontraran el apoyo de Escipión Emiliano que hizo suspender la aplicación de la norma. Y continúa su argumentación afirmando que lo lógico es pensar que esa reacción se produjo porque a los ricos itálicos se les quitaban sus posesiones, mientras que a los pobres no se les llamaba a la distribución. Sin embargo, está claro que la fuerte oposición de los itálicos era debida exclusivamente, a nuestro modo de ver, a las presiones de los ricos, que eran los que verdaderamente se sentían perjudicados por la aplicación rigurosa de la ley (176).

Finalmente, señala Cardinali que el texto de la ley agraria del 111 a. de C. tiene una cláusula en que expresamente se excluye a los federados de la distribución. Pero hay que advertir que en estos casos se trataba de distribuciones colonarias.

Así, pues, nos parece que podemos defender la tesis de una llamada al reparto de todos los ciudadanos libres itálicos, como parece deducirse lógicamente de las ideas e intenciones de Tiberio y sin que sean suficientes para convencernos de lo contrario las opiniones que pretenden restringir a los -- ciudadanos romanos el beneficio del reparto de las tierras. (177).

Queda una séptima pregunta por resolver, y es la relativa a los perjudicados por la ley de reforma agraria de Graco. La cuestión se plantea en tér-

minos similares a la anterior. ¿Fueron sólo perjudicados los romanos, siéndoles únicamente aplicable a ellos la ley votada en su asamblea o, por el contrario, la ley se aplicaba también fuera de Roma, afectando a los aliados? Quizá la clave de la cuestión estriba precisamente en eso. Se trata de una ley romana que afecta al patrimonio del pueblo romano en el que se encuentra todo el ager publicus, incluido el ager occupatorius. Si se admitió, en su día, que el terreno público fuese ocupado también por los -- aliados no por ello ha abdicado Roma de sus derechos sobre su propio dominio, pudiendo en cualquier momento oponerse a una detentación abusiva, venga -- de donde viniere.

En la obra de Apiano se nos dice claramente -- que cuando la ley se aplicó, es decir, después de -- la muerte de Tiberio Graco, se impuso tanto a los -- ciudadanos romanos como a los itálicos, con lo que queda claro lo que se pretende demostrar.

Por lo que se refiere a los ciudadanos romanos, dice Apiano (178): "Esto (la aplicación de la ley) era extremadamente enojoso para los ricos, porque, a causa de los triunviros, ya no podían despreciar la ley como lo habían hecho antes, ni podían -- comprar las tierras concedidas a otros, porque Graco había prohibido tales ventas. Se reunieron, pues, en grupos, expusieron sus quejas y acusaron a los --

pobres de apropiarse de los resultados de su labranza, de sus viñedos y de sus viviendas".

Y en cuanto a la aplicación a los aliados itálicos ricos, la obra de Apiano es igualmente concreta: "después del asesinato de Graco y la muerte de Apio Claudio, Fulvio Flaco y Papirio Carbo fueron nombrados, juntamente con el joven Graco, para dividir las tierras. Como los terratenientes no entregaban las listas de sus terrenos se dispuso que cualesquiera informadores debían presentar testimonio contra ellos. Inmediatamente se produjo un gran número de embarazosos litigios. Dondequiera que un -- nuevo terreno, limítrofe con uno antiguo, había sido comprado o dividido entre aliados, había que hacer una minuciosa investigación en todo el distrito..." (179). Y continúa más adelante: "Los aliados italianos que se quejaban de estas perturbaciones -- y, especialmente, de los procesos apresuradamente -- incoados contra ellos, eligieron a Cornelio Escipión, el vencedor de Cartago, para que les defendiera contra esos agravios" (180).

d) Obstáculos y oposición a la ley.

Una ley como la de Tiberio había de causar --- enormes perjuicios y trastornos a multitud de personas que, además eran las más ricas. Sus quejas se oyeron inmediatamente. Nada mejor para expresarlo --

que las propias palabras del historiador, en las -- que se recoge aquella indignación de los terrate- -- nientes: "Algunos decían que habían pagado el precio de las tierras (que se les quería confiscar) a sus vecinos. ¿Iban a perder el dinero, además de la tierra? Otros decían que las tumbas de sus antepasados estaban en el terreno que les había sido adjudicado al dividir las posesiones de sus padres. Otros decían que las dotes de sus esposas habían sido empleadas en los terrenos o bien que la tierra había sido dada a sus propias hijas como dote. Los prestamistas podían demostrar los préstamos que habían -- concedido con la garantía de las tierras. Toda clase de lamentaciones y de muestras de indignación se oyeron al momento" (181).

Como se ve, la situación posesoria había ido -- echando raíces y, en realidad, los que ocuparon los terrenos públicos se habían comportado como verdaderos propietarios, habían vendido las tierras, las -- habían dado en dote, las habían transmitido por título mortis causa, etc. Todo un complejo entramado de relaciones jurídicas tenía como base aquellas -- tierras que pertenecían al común. El Estado romano nunca había renunciado a su derecho teórico de propiedad sobre las tierras, e incluso en ocasiones había expresamente legislado estableciendo limitaciones a una posesión desmesurada. Sin embargo, el he-

cho mismo de la posesión se impone con fuerza y ésta supera en ocasiones a la misma voluntad soberana.

Las quejas, por tanto, eran numerosísimas y la fuerza de los afectados muy grande, hasta el punto de que acabaron con la propia vida del reformador.

La oposición, no obstante, antes de revestir los caracteres de la fuerza bruta y la lucha armada, se planteó en el plano de lo jurídico, de acuerdo con la tradición romana. Nada más fácil para los ricos que hacer fracasar el intento revolucionario de Graco. Se trataba de un simple tribuno de la plebe en un colegio compuesto de diez personas. Bastaría conquistar para la causa de los terratenientes a uno sólo de los colegas, para que éste interpusiera su veto, dándose por definitivamente zanjada la cuestión. La persona elegida por los poseedores para oponerse a Tiberio fué su colega Marco Octavio - (182), lo que dará origen a un grave conflicto, a una nueva y revolucionaria propuesta de Tiberio para que el pueblo destituya a su colega, así como a un nuevo pretexto a sus enemigos para justificar -- más adelante las medidas más extremas.

B) La propuesta para la deposición de Octavio.

Como decíamos antes, la propuesta de la ley -- agraria no es la única que hizo Tiberio Sempronio Graco a los plebeyos. Intimamente relacionada con ella encontramos la relativa a la deposición por el pueblo de un colega en el tribunado, Marco Octavio, que se opuso a la votación de la ley agraria.

El tema es muy importante. Lo es por sí mismo, dada la cuestión constitucional que se plantea, objetivamente considerado el asunto, pero cobra un especial relieve cuando se tienen en cuenta todas las circunstancias que rodean el caso. Ello explica el extraordinario interés que suscitó y la considerable cantidad de referencias a este hecho conservadas en los textos de la antigüedad (183).

El triunfo de la propuesta de Graco parecía -- asegurado, pues las dotes oratorias de Tiberio habían calado en el pueblo y lo habían entusiasmado de tal manera que nadie se atrevía a sustentar una opinión contraria. Los terratenientes, es decir, el Senado, viendo la batalla perdida, recurrieron al procedimiento que la tradición y la práctica habían -- puesto en sus manos: el propio tribunado.

Los tribunos de la plebe, como dijimos en su momento, habían dejado de ser portavoces de la plebe y adelantados de sus aspiraciones, para conver-

tirse en un elemento más del orden republicano y, - en consecuencia, quedar a merced del auténtico árbitro de la política en aquella época: el Senado.

Mover los hilos de aquella política era relativivamente fácil, supuesto el gran número de tribunos existentes. Conquistar o atraer a uno de los miembros del colegio tribunicio a la causa de la oligarquía no podía nunca ser demasiado difícil.

No sabemos con certeza todos los nombres de -- los diez componentes del tribunado en el año 133 a. de C., pero sí conocemos cuatro: el del propio Tiberio Sempronio Graco, el de Marco Octavio, su oponente principal, y los de Rubrio y Publio Satureio (este último fué el primero que hirió a Graco en el tulmulto el día de su muerte) (184). A ellos habría -- que añadir el de Q. Mummius o Minucius o Mucius, según los textos, que es el sucesor de Marco Octavio, una vez que éste fué removido de su cargo.

La institución del veto, común a todas las magistraturas, regía también entre los tribunos. "Entre los tribunos prevalece el que se opone --nos dice Plutarco-- (185), porque nada hacen todos los demás cuando uno sólo rechace una cuestión". Y ése -- fué el procedimiento utilizado por el Senado para -- contradecir legalmente a Tiberio: interponer el veto a través de un colega de éste en el tribunado, -- Marco Octavio.

a) La oposición de Octavio.

En cuanto a la causa de la oposición de Octavio a Tiberio, aparece reflejada con claridad en -- las dos fuentes principales que narran los sucesos acaecidos en tiempos de los Gracos. Marco Octavio -- "siendo rogado e instado de muchos y de los más --- principales, como por fuerza se opuso a Tiberio y -- desechó la ley", nos dice Plutarco (186). Apiano, -- por su parte, lo dice más claramente: "Sin embargo, Marco Octavio, otro tribuno que había sido inducido por los poseedores de tierras para que interpusiera su veto (pues entre los romanos el veto negativo -- siempre vencía a una proposición afirmativa) ordenó al pregonero (187) que guardase silencio" (188), en el momento en que había comenzado a leer el texto -- del proyecto de ley agraria.

Plutarco, por su parte, y en el mismo capítulo citado, señala también que Marco Octavio era uno de los transgresores de la antigua ley que Tiberio que ría de alguna manera revitalizar, pues tenía en posesión muchas tierras públicas que, en caso de ser aprobada la ley, tendría que devolver.

b) La narración de Plutarco.

La biografía adorna con una multitud de anécdotas y con profusión de detalles y matices, posible-

mente inventados, esta oposición entre Tiberio Sempronio Graco y Marco Octavio. El primero estaba dispuesto a pagar al segundo el importe de las tierras que Octavio tuviese que abandonar como consecuencia de la aplicación de la ley, cosa que éste rehusó. - Ambos eran íntimos amigos y de tal categoría moral que, a pesar de las enormes contradicciones y de -- los intereses tan dispares que defendían, incluso -- con ardor, jamás llegaron a proferir el uno contra el otro el más mínimo insulto, ni siquiera una palabra malsonante.

En esta, como en tantas ocasiones, la obra de Apiano es mucho más concisa, y seguramente más exacta, al carecer de toda esa serie de adornos que no sabemos en qué medida han podido ser inventados y -- que vienen a desfigurar la trama principal, aunque aporten un colorido que contribuye a hacer agradable y amena, instructiva y moralizante, al mismo -- tiempo, la lectura de la Vida de Tiberio.

Tras la obstinada oposición de Octavio llegamos a uno de los momentos más importantes de la vida de Tiberio, y es aquel en que propone una ley para privar del tribunado a su colega, removiendo de este modo el único obstáculo existente, desde el -- punto de vista legal, para la aprobación de la ley agraria.

Los procedimientos utilizados por Tiberio para

disuadir a Octavio y sacar adelante su proyecto de ley fueron variados. Trató con todo tipo de ruegos y súplicas de convencerle, le ofreció, como hemos dicho, el pago de las tierras que tuviese que abandonar como consecuencia de la aprobación y aplicación de la ley agraria e incluso llevó la controversia al Senado. Pero fué entonces, al ver Tiberio -- que allí se encontraba la verdadera oposición, cuando decidió emplear la fuerza del pueblo contra la oligarquía. Con bastante claridad lo dice Plutarco: "Como reunido con el Senado nada adelantase, porque el mayor influjo era de los ricos, echó mano de un medio nada legal ni pacífico, cual fué el de privar del tribunado a Octavio, no encontrando otro para que la ley se pusiera a votación" (189). Todavía señala Plutarco, no sabemos si para embellecer la narración, que Tiberio propuso, a fin de dirimir pacíficamente la discordia que uno de los dos dejase el cargo, advirtiéndole que él mismo estaba dispuesto a poner el tribunado a disposición del pueblo, planteando el asunto como una especie de voto de confianza o moción de censura. Como tampoco en ello estaba conforme Octavio, Tiberio decidió proponer el voto para la deposición de su colega por el pueblo.

c) La Historia según Apiano.

También en esta ocasión hace Apiano una pintu-

ra magistral de la situación, diciendo con muy pocas palabras lo que ocurrió tras la salida de Tiberio del Senado: "Como allí tenía solamente unos pocos seguidores y se veía que estaba dominado por -- los ricos, volvió al foro y dijo que llevaría la votación a los comicios al día siguiente, tanto sobre la ley (agraria) como sobre los derechos oficiales de Octavio, para determinar si un tribuno que actuaba contra los intereses del pueblo podía continuar en su cargo" (190).

Estas palabras de Apiano, que reflejan el pensamiento y la actitud de Tiberio, plantean un problema político de gran envergadura que hoy podríamos calificar como un problema de Derecho Constitucional.

d) Diversas opiniones sobre el hecho de la deposición de Octavio.

A la hora de interpretar el mismo hecho, desde un punto de vista objetivo, se han sostenido las -- más diversas posturas que De Martino (191) resume -- así: Tiberio se había transformado, de reformador -- que era, en revolucionario (Münzer, Stern, De Sanctis y De Francisci); el acto iba contra lo que podríamos llamar la letra de la constitución, pero -- no contra su espíritu (Niebuhr) (192); la actuación de Tiberio fué total y plenamente legal (Villems, -

Neumann, Felsberg, Tibiletti, Drexler y Guarino).

Es lógico que haya tal diversidad de opiniones, porque se parte de planteamientos distintos y aún falsos del problema. Hay que tener en cuenta -- que estamos tratando un problema constitucional, -- cuando en Roma no existía una Constitución escrita como las de nuestros días. La Constitución romana -- era una constitución no escrita y, en consecuencia, transmitida oralmente por la vía de la tradición, -- pero ¿es la tradición inmutable?; ¿cuál era exactamente la tradición en aquel momento?; ¿cuál era la situación del tribuno en el entramado de relaciones políticas de la época?

Desde luego, hay que reconocer con Fraccaro -- (193) que la cuestión constitucional planteada con la destitución de Octavio es bastante compleja y la solución está en función de los diferentes puntos -- de partida que se pueden adoptar.

Desde el punto de vista subjetivo, emocional, se han llegado a emitir auténticos juicios de valor sobre el mismo hecho, siendo las opiniones igualmente contradictorias, según las personas, lugares y -- momentos.

En un extremo de valoración positiva de la postura de Tiberio Sempronio Graco, en el momento en -- que depone a su colega en el tribunado, podríamos -- colocar la opinión de De Martino. Según éste, al --

afirmar "el principio de la fidelidad del tribuno a los intereses populares y el de su subordinación a la asamblea de la plebe, Tiberio daba un paso adelante en la teoría democrática, no sólo enfrentándose a la praxis seguida en los ciento y pico de años anteriores, que había transformado a los tribunos - en instrumentos de la nobleza, sino también en contra del viejo derecho plebeyo, que no había afirmado de modo tan decisivo tal principio" (194).

En el otro extremo valorativo encontramos la opinión de Gutiérrez Alviz, para quien "no puede haber dudas sobre el hecho de que Tiberio, al presentar ante la asamblea la propuesta de deposición de su colega, estaba seguro de lo sofístico de su argumentación" (195).

Para nosotros, no cabe duda que la postura --- adoptada por Tiberio fué revolucionaria. Como señalan, prácticamente, todos los que se han acercado a estudiar aquella época, la constitución real existente en la Roma republicana del siglo II a. de C., implicaba un control de toda la política por el Senado, por la oligarquía senatorial y terrateniente, que incluso dominaba a los tribunos de la plebe, -- convertidos en una magistratura más, colocada en -- los primeros peldaños del cursus honorum. En este -- sentido, el acto de Tiberio es un acto revolucionario, porque va contra el sistema establecido.

Curiosamente, sin embargo, en la 'revolución' de Tiberio observamos una doble extensión que la -- aproxima, por una parte, al pasado, mientras por -- otra, simultáneamente, la acerca a la historia de -- nuestros días, al más radical presente.

Tiberio, con su acto revolucionario, pretende volver a los tiempos pasados, es decir, a aquellos en que el tribuno fué un órgano de clase, el defensor de la plebe, el verdadero magistrado de un grupo social diferenciado incluso políticamente. Pero al mismo tiempo advertimos en su revolucionaria actitud una rabiosa sed de futuro, algo así como el planteamiento, por primera vez, de un tema o de un problema que aún está por resolver. Tiberio Sempronio Graco quería, e impuso por la fuerza, un control de la mayoría sobre sus representantes. El tema es, sin embargo, tan complejo que han pasado más de dos mil años y está sin resolver, porque es muy difícil establecer un sistema de control de los representantes, por la mayoría que los nombra, sin -- caer en la anarquía o en el más puro subjetivismo.

En el fondo se plantea hoy día la misma cuestión que ya planteaba Tiberio Sempronio Graco y que aquel resolvió por la fuerza, con una actitud revolucionaria claramente opuesta a la costumbre establecida en su época.

En la actualidad, cuando un gran sindicato de

clase propone el llamado "control de la representatividad", está todavía tratando de conseguir, de legalizar, de imponer por la vía del acuerdo o la determinación legal que la mitad más uno de los componentes de un colectivo que elija representantes puedan retirar su confianza a todos o alguno de ellos antes de que acabe su mandato, tal como se le había conferido anteriormente.

En realidad, decimos nosotros, es la misma pretensión de Tiberio al decir que un tribuno de la -- plebe debe dejar de serlo cuando pierde el interés por sus plebeyos representados, por el pueblo, o -- cuando ha sucumbido ante las ofertas y la presión -- de la oligarquía senatorial.

Es lo que expresa Apiano en su obra, cuando dice que Tiberio "instó vehementemente a Octavio a -- que no ... frustrase los deseos tan claramente expresados por el pueblo, deseos que más bien debía -- él compartir en su calidad de tribuno, en vez de exponerse a la pérdida de su magistratura por pública condena" (196).

Y Plutarco dedica todo el capítulo XV de su -- biografía de Tiberio a recoger el discurso con que Graco pretende justificar su punto de vista en un -- acto de tanta importancia como fué la deposición de su colega en el tribunado, sin que hubiese ningún -- precedente de una actuación de ese tipo y que había

impresionado no sólo a los poderosos, sino también a la muchedumbre. El discurso de Tiberio, recogido por el queronés, expresa seguramente con fidelidad el pensamiento del mayor de los Gracos. "Un tribuno -dice- es sacrosanto e inviolable, porque se consagra al pueblo y es su defensor; mas, si cambiando de conducta, ofende al pueblo, disminuye su poder y le priva de votar; él mismo es quien se despoja de su dignidad, no haciendo aquello para lo que fué --elegido, pues si no al tribuno que arruinara el Capitolio o incendiara el Arsenal debería dejársele --en paz...

Y, ¿no sería repugnante que el tribuno pueda --prender al cónsul y que el pueblo no pueda despojar de su autoridad al tribuno cuando abusa de ella contra el mismo de quien la recibió?...

La prerrogativa real contenía en sí todo poder y toda autoridad...; sin embargo, la ciudad expulsó a Tarquino por ser injusto...

No es, pues, conforme a justicia que el tribuno injusto contra el pueblo conserve la inviolabilidad que en favor del pueblo le es dada, porque él mismo destruye la autoridad que le hace poderoso. Y sí tiene justamente su autoridad, porque la mayor --parte de las curias le votaron, ¿no se le quitará --con mayor justicia todavía si todas votan contra --él?."

He aquí planteado uno de los grandes dilemas - del Derecho: la lucha entre los dos grandes principios de Justicia y Seguridad. Tiberio se declara -- violentamente partidario del principio de justicia. Es esa palabra la que se repite una y otra vez en - el discurso que recoge Plutarco y que muy posiblemente pertenezca al mismo Tiberio: injusto, justicia, injusto, justamente, justicia. Y, en este caso concreto, la justicia se consigue haciendo votar la ley agraria querida y deseada por el pueblo, aunque haya que eliminar al colega que se opone a la propuesta, porque en tal oposición no hay una auténtica razón de justicia, sino un claro espíritu de parcialidad, un evidente juego a la oligarquía terrateniente, una clara injusticia. Sin embargo, aún siendo cierto todo esto no lo es menos que al mismo --- tiempo se encontraba en juego otro de los grandes - principios que fundamenta nuestro Derecho (y digo - nuestro intencionadamente, esto es, tanto el Derecho romano como el Derecho de nuestros días): el -- principio de seguridad. La cosa resulta tan evidente que ya los mismos contemporáneos lo advirtieron con una claridad meridiana. ¿Cuánto tiempo durarían las magistraturas?; ¿quién señalaría dónde está el justo medio?; ¿dónde está la frontera de lo justo y de lo injusto?

Cuenta el mismo Plutarco, al final del capítu-

lo XIV de la Vida de Tiberio, que en una ocasión, - después de ocurrido el suceso de Octavio, uno de -- los enemigos de Graco, Anio, en una disputa pública, propuso la siguiente cuestión a Tiberio, que és te no supo contestar a pesar de su reconocida elocuencia: "Si queriendo tú afrentarme y deshonrarme me acogiere yo a alguno de tus colegas y bajando és te a auxiliarme te enfadaras tú por ello, pregunto: ¿le privarías del tribunado?". Lo que equivalía a - decir: ¿cómo sabemos que no depondrás a los demás - colegas en cualquier momento, cuando convenga a tus intereses?; ¿qué seguridad tendremos de ahora en -- adelante?; ¿cómo podrá existir un orden respetado - por todos?; ¿no podrá alguien más inteligente o más fuerte imponer su voluntad a los demás empleando es tos procedimientos?

Estaban en juego la seguridad y el orden, por un lado, y el principio de justicia, por otro. Con Tiberio triunfó momentáneamente el criterio de justicia, pero se introdujo un importante factor de -- desorden, de inseguridad, de guerra civil que se -- inicia, más que nada, con el hecho de la deposición de Octavio. En última instancia, el asesinato de Tiberio, al que aludiremos inmediatamente, no es más que una consecuencia de lo anterior.

Las gentes "de orden", los terratenientes, los padres de la patria, los senadores quitaron de en -

medio, por un procedimiento tan expeditivo como la muerte, a aquel que había introducido, seguramente sin quererlo y sin advertirlo, un poco de desorden, un movimiento de vaivén en la balanza de la justicia, en cuyos platillos contrapuestos vemos nosotros con frecuencia, y siempre en un equilibrio difícilmente estable, los principios de justicia y seguridad a que hemos hecho referencia.

No podemos aceptar, sin embargo, la tesis de -- Gutiérrez Alviz, cuando dice que no cabe duda de -- que Tiberio estaba seguro de lo sofístico de su argumentación cuando hizo deponer a Octavio. Para nosotros, Tiberio es un hombre de buena fé, un idealista que pretende implantar su ideal de la justicia con valentía y con fuerza, a costa de los mayores sacrificios, incluso violentando su propia manera de ser. Debió ser el suyo un carácter más bien -- pacífico, dulce y reposado, como señala, al principio de su obra, el biógrafo Plutarco (197).

C) El nombramiento del triunvirato "agris dandis, adsignandis, iudicandis".

Una de las innovaciones más importantes de Tiberio fué la previsión del establecimiento de un -- grupo de tres personas que se ocupasen de la puesta en práctica de la Ley Sempronia Agraria.

No sabemos si ésta era, como parece lógico, -- una de las previsiones incluídas en la propia ley o si fué una precaución adoptada por Tiberio y sus seguidores para que aquella tuviera efectividad. Lo -- cierto es que se trata, sin duda, de un hecho de -- gran trascendencia, como ponen de relieve las mismas fuentes, "porque el pueblo tenía todavía que la ley no se cumpliera, a menos que Graco se encargase de ello con toda su familia" (198).

Tal importancia tiene el hecho del nombramiento de los triunviros, que De Martino (199) no duda en afirmar que la institución del triunvirato como órgano especial encargado de hacer la reforma agraria es, quizá, la parte más seria de la misma y, -- probablemente, la que más oposición encontró dentro del Senado.

El sistema de elección de los triunviros no lo conocemos, pues no consta en las fuentes. Sin embargo, podemos suponer que eran elegidos por los concilia plebis o asambleas de los plebeyos reunidos --

en treinta y cinco tribus, de la misma manera que - se había votado la ley agraria y se había depuesto a Octavio (200).

La duración del cargo, contra lo que tradicionalmente se venía diciendo desde Mommsen, no debió ser anual, como señala Carcopino, sino indefinida, puesto que en todos los casos se produce la sustitución de cada uno de los componentes exclusivamente a raíz de su muerte. Funcionaba, pues, como un cargo de carácter vitalicio, aunque ahora señalaremos sus especialidades.

Efectivamente, el ejercicio del cargo no era - simultáneo, sino sucesivo, alternando en el mismo - los triunviros, de modo que uno de los tres estaba al frente de los trabajos, mientras los otros dos - continuaban ejerciendo sus ocupaciones habituales, lo que suponía que, en muchos casos, tuvieran que - permanecer incluso fuera de Italia, es decir, físicamente alejados del teatro en que se desarrollan - las operaciones de recuperación y división de las - tierras públicas.

Así, por ejemplo, en el primer triunvirato, -- constituido por Tiberio Sempronio Graco, su hermano menor Cayo y su suegro Apio Claudio (201), el primero que ejerció las funciones de recuperación, distribución y reparto de las tierras fué Apio Claudio, estando Cayo Graco en España, empeñado en la -

guerra de Numancia, a las órdenes de su cuñado Escipión Emiliano, y ejerciendo mientras tanto Tiberio Sempronio Graco el tribunado de la plebe.

El orden de alternancia en el poder se estableció, de acuerdo con la costumbre, según la dignidad personal de los nombrados, lo que resulta de tener en consideración, en primer lugar, la edad, y luego, el propio nombre y los diversos honores alcanzados previamente. Así se explica que en el primer -- triunvirato, antes de la muerte del propio autor de la ley, Tiberio, el triunviro actuante fuese su suegro Apio Claudio, que, además de ser de más edad, -- era princeps senatus. De haber vivido Tiberio, hubiera sido el triunviro encargado al año siguiente de la aplicación de la ley, pues el orden establecido se respetaba rigurosamente.

En cuanto a los poderes conferidos a los triunviros para el ejercicio de sus funciones, señala De Martino (202) que no debieron administrar el ager publicus, tarea que correspondía a los censores, ni parece que tuviesen potestad para deducir o fundar colonias sin una autorización expresa en cada caso.

En cambio, sí está claro que tenía poderes para realizar la medición de las tierras y para proceder a la asignación viritaria, esto es, la adscripción de lotes de las tierras recuperadas a los ciudadanos y latinos que, sin tener participación en -

el ager publicus, hubiesen solicitado participar en el reparto.

También es seguro que los triunviros tuvieron poderes judiciales, como resulta de las inscripciones de los cips terminales de las divisiones realizadas, en que unas veces se les califica con las -- iniciales A.D.A. (agris dandis adsignandis) y otras con las letras A.D.I. (agris dandis iudicandis). Su poder judicial era lógico, para que pudieran llevar a cabo los actos necesarios en orden al cumplimiento de la ley agraria, dadas las numerosas cuestiones, entorpecimientos, excusas, disputas, etc., que surgían continuamente, como ponen de relieve las -- fuentes, en especial Apiano (203).

El trabajo de los triunviros fué, desde luego, de una enorme dificultad, ya que, como señala Apiano, nada más que éstos comenzaron su actuación "se produjo un gran número de embarazosos litigios. Dondequiera que un nuevo terreno, limítrofe con uno antiguo, había sido comprado o dividido entre aliados había que hacer una minuciosa investigación en todo el distrito referente a las medidas del terreno, -- descubrir cómo había sido comprado y como había sido dividido". Además, "no todos los propietarios habían conservado sus contratos o sus títulos de adjudicación e incluso los que aparecían resultaban frecuentemente ambiguos. Cuando se revisaban de nuevo

las tierras, algunos propietarios tenían que ceder sus árboles frutales y edificios de granja, a cambio de tierra pelada. Otros eran trasladados de tierras cultivadas a tierras sin cultivar o a pantanos o charcas". En una palabra, surgieron multitud de problemas, lo que ha hecho a alguien (204) pensar que los mismos no habían sido previstos, al menos en parte, pero lo cierto es que, como pone de relieve Carcopino, un detalle recogido por Cicerón en su De lege agraria (205) permite concluir lo contrario. Tiberio Sempronio Graco y sus colaboradores habían sido extremadamente precisos y detallistas hasta en las más mínimas previsiones, puesto que habían llegado a establecer la necesaria dotación de los augures que ^{al}ciudaban los pollos sagrados para tener garantizados los auspicios. Lo lógico, pues, es suponer que Tiberio había previsto, si no todas, al menos la mayor parte de las dificultades y prueba de ello es que pudieron poner manos a la obra.

Como dijimos anteriormente, el primer triunvirato encargado del cumplimiento de la ley agraria estuvo formado por Apio Claudio, Tiberio Sempronio Graco y Cayo Sempronio Graco, y duró solamente un año, pues poco después de su creación murió Tiberio. Durante el año de vida del primer triunvirato se ocupó materialmente de las acciones de recuperación y reparto de tierras Apio Claudio, suegro de

Tiberio, personaje importantísimo en su época, ya - que ocupaba el excepcional puesto de princeps senatus. Mientras Apio Claudio realizaba las tareas del triunvirato, Tiberio actuaba como tribuno de la plebe, hasta su muerte, y Cayo Sempronio Graco estaba en España, a las órdenes de su cuñado Escipión Emiliano, empeñado en la guerra contra Numancia.

El segundo triunvirato se constituyó tras la - muerte de Tiberio, sin más que sustituir al tribuno por P. Licinio Craso, suegro de Cayo Graco, con lo que, en definitiva, continuaba siendo la familia de Tiberio la encargada de velar por el cumplimiento - de su obra. Los componentes de este segundo triunvirato fueron, por tanto, Apio Claudio, el nuevo P. - Licinio Craso y Cayo Sempronio Graco.

El período en que este segundo grupo ejerció - sus funciones fué de sólo tres años, desde el 132 - al 130 a. de C., ocupándose sucesivamente de las labores materiales de ejecución Licinio Craso, en el 132, Cayo Graco, en el 131 y, de nuevo, Apio Claudio, en el 130, hasta su muerte.

En este último año murieron Licinio Craso y - Apio Claudio, por lo que hubo que elegir otras dos personas que les sustituyeran, comenzando así el -- tercer triunvirato que duró desde el año 129 hasta el 121 a. de C. Los nombrados fueron Fulvio Flaco y Papirio Carbo, continuando Cayo Graco, que era el -

único superviviente del primer triunvirato.

Fulvio Flaco era íntimo amigo de los Graco, había sido pretor y contaba con numerosos antepasados ilustres. En cambio, Papirio Carbo era un hombre de nacimiento oscuro, sin una gran cultura y que sólo había llegado a ocupar el tribunateo de la plebe. No obstante, se trataba de un hombre enérgico, que desde el tribunateo había luchado denodadamente contra la oligarquía senatorial y que desde el comienzo de la reforma agraria había formado parte del grupo -- gracano.

El orden en que ejercitaron sus funciones triunvirales fué el siguiente: Fulvio Flaco, en el 129, Cayo Graco, en el 128 y Papirio Carbo, en el 127, -- turnándose otras dos veces más, y en el mismo orden, hasta el año 121, en que fueron asesinados Fulvio Flaco y Cayo Graco.

El Senado, tras su brutal victoria del año 121 a. de C., condescendió con el pueblo, permitiéndole elegir otros dos triunviros para reemplazar a aquellos que él mismo había asesinado. Los nombrados -- fueron C. Sulpicio Galba y L. Calpurnio Bestia, continuando en el ejercicio del cargo Papirio Carbo, -- el único superviviente del anterior grupo. Este --- cuarto y último triunvirato sólo debió cumplir su -- misión un año, el 120 a. de C., desapareciendo la -- aplicación de la ley agraria en el momento en que -- faltaron sus promotores.

D) Otras propuestas de Tiberio.

La obra fundamental de Tiberio Sempronio Graco fué la ley agraria y en función de ella se encuentran la eliminación, aprobada por el pueblo, de su colega en el tribunado, Octavio, que se oponía a la misma, y el nombramiento de un triunvirato que se encargase de recuperar el ager publicus, de solucionar los posibles conflictos que pudieran surgir en la práctica y de asignar a los nuevos colonos las parcelas en que se redistribuía la tierra recuperada.

Todavía existe, según Plutarco y el abreviador de Tito Livio (206), otra nueva propuesta de ley -- que hizo Tiberio en orden a la mayor eficacia de la fundamental ley agraria.

En efecto, Tiberio había comprendido que no -- basta con dar a los nuevos colonos unas tierras para que éstas se pongan en cultivo inmediato y para que los objetivos propuestos de asentamiento de población y creación de riqueza se cumplan. Es necesario que los colonos tengan unos ciertos conocimientos de las técnicas del cultivo al que se van a dedicar, que tengan una cierta predisposición para el duro trabajo de la tierra y que cuenten con unos medios de capital, adicionales, como puedan ser las semillas, los abonos necesarios, los animales de la

bor, los aperos de labranza y la casa de labor, para que la obra pueda ir hacia adelante con resultados positivos.

Cuenta Plutarco que en aquellos días había --- muerto el rey Atalo Filometor, es decir, Atalo III, último rey de Pérgamo, y vino a Roma su hijo Eudemo a traer el testamento en el que se nombraba heredero al pueblo romano.

Dejando al margen las posibles razones que movieron al último rey de Pérgamo a otorgar tan original testamento, lo cierto es que Tiberio, en vista de ello, y conociendo, sin duda, las grandes riquezas del reino de Asia, propuso distribuir entre los ciudadanos a quienes se habían repartido las tierras de la reforma agraria el gran caudal heredado, para que los nuevos colonos pudiesen adquirir los enseres y utensilios de labor.

La narración de Plutarco debe estar en este -- punto, como en tantos otros, enormemente influida -- por la historia que escribiera sobre los hechos gr -- canos el partido aristocrático, pues resulta casi -- imposible creer el siguiente párrafo de Plutarco: -- "y acerca de las ciudades que eran del reino de Ata -- lo, dijo (Tiberio) que no debía el Senado tomar pro -- videncia alguna, sino que él manifestaría su modo -- de pensar al pueblo".

El carácter parcial y partidista de la fuente

plutarquea, en este punto, se observa con gran claridad, si continuamos leyendo el párrafo siguiente, que contiene los ingredientes típicos de las falsas acusaciones de todos los tiempos: "Incomodó esto so bremanera al Senado y levantándose Pompeyo dijo que era vecino de Tiberio y, por esta razón, sabía que Eudemo de Pérgamo le había entregado la diadema y - la púrpura de rey, como teniendo por cierto que había de reinar en Roma".

Atribuir en la Roma republicana a alguna persona los deseos de ser rey era cosa demasiado grave.

En la trama de la biografía de Plutarco continúa una serie de acusaciones hechas por oscuros personajes, como Quinto Metelo o Tito Anio, a Tiberio Sempronio Graco y, después, la defensa que el propio Tiberio hizo de su modo de actuar en lo referente al punto que sabía había producido mayor inquietud, recelos y enemistad, y esto es, la deposición de su colega Octavio, cuestión que ocupa todo el capítulo XV de la obra, para pasar de nuevo a recoger una serie de acusaciones contra Tiberio, que seguramente carecen de la más mínima autenticidad, procedentes también de la tradición aristocrática, optimata, que hizo circular una serie de historias totalmente inventadas para desprestigiar la figura de Tiberio.

En el capítulo XVI de Plutarco se dice: "como

los amigos de Tiberio conocían las amenazas y la --
conjuración que estaba tramada, consideraban preciso que se pusiera a cubierto para el futuro, pidiendo otra vez el tribunado; él trató de cautivar más a la muchedumbre con otras leyes, quitando tiempo a los empeños de la milicia, concediendo apelación de los jueces al pueblo, uniendo con los que entonces asistían a los juicios, que eran del orden senatorio, un número igual del orden ecuestre y coartando, de todas maneras, la autoridad del Senado, más por encono y enemistad que con miras de justicia y conveniencia".

Es decir que, según Plutarco, Tiberio habría propuesto una serie de nuevas leyes para minar la autoridad del Senado, y, en concreto, una disminuyendo el tiempo del servicio militar; otra, concediendo apelación de las sentencias dictadas por los jueces ante las asambleas populares, y una tercera, ampliando a los caballeros los cargos judiciales que hasta entonces estaban reservados a los senadores.

En realidad, estas tres leyes son obra posterior de su hermano Cayo, como señala el mismo Plutarco en la biografía del menor de los hermanos --- (207) que nos dice así: De las leyes que hizo en favor del pueblo y para disminuir la autoridad del Senado, una fué agraria...; otra militar, por la que se mandaba que del erario se suministrara el vestua

rio, sin que por esto se descontara nada al soldado de su haber y que no se reclutara para el servicio a los menores de diecisiete años; otra federal...; otra alimenticia...; y otra, finalmente, judicial, que fué con la que, principalmente, quebrantó el poder de los senadores, porque ellos solos juzgaban - las causas... y Cayo añadió trescientos del orden - ecuestre a los trescientos senadores.

Solamente de una de las tres leyes atribuídas por Plutarco a Tiberio no nos da razón posteriormente el mismo biógrafo, indicándonos que el verdadero autor material de las mismas fué Cayo Graco. Se trata de una segunda ley según la cual las sentencias dictadas por los jueces podían ser apeladas ante el pueblo. En este caso es Cicerón (208) quien nos da noticias del hecho, refiriéndolo a Cayo Graco, al - que felicita como autor de una ley de salvaguardia individual, según la cual nadie podría intentar contra un ciudadano romano una acción capital sin una previa autorización de todo el pueblo. Se trata de la ley o quizá de las leyes de provocatione propuestas por Cayo, y a las que se hace referencia en el Digesto, al hablar del derecho de apelación (209).

4.- El final de Tiberio.

La presentación del proyecto sobre la ley agraria y su posterior aprobación por la plebe; la deposición del tribuno que se oponía, siguiendo sin duda las indicaciones del Senado, a la votación de la ley; la elección de Tiberio, el mismo presentador de la ley, como triunviro para la aplicación -- práctica de ésta, y, en general, la postura política de Graco con su pretensión de instaurar un régimen democrático en el que se tuviesen más en cuenta los intereses del pueblo que los de la oligarquía, hacían presagiar un grave enfrentamiento entre Tiberio Sempronio Graco y el Senado, máximo representante de esa oligarquía terrateniente que se sentía herida en lo más profundo de sus intereses.

Siendo ya muy tirantes las relaciones entre ambos grupos, sus amigos y aliados empezaron a temer por la vida del joven Graco, por lo que le aconsejaron presentarse como candidato para la siguiente e inmediata elección de tribunos, dando por supuesto que de esta manera tenía asegurada, al menos, su integridad física (210).

a) La narración de los hechos en las fuentes.

En este caso, como en la mayoría, el texto ---

apianeo resulta de mayor utilidad por su precisión y claridad y, sobre todo, por el mayor rigor científico del historiador al elegir sus propias fuentes de información. La biografía de Plutarco, no obstante, sirve también para aportar algún detalle concreto y para confirmar en sus extremos principales la historia de Apiano.

He aquí, pues, cómo nos cuenta los hechos el historiador: "Había llegado el verano y la elección de tribunos era inminente. Al acercarse el día de la votación resultaba claramente evidente que los ricos se habían esforzado en promover la elección de los más opuestos a Graco. Este, temiendo el daño que resultaría si no era elegido de nuevo para el año siguiente, llamó a sus amigos, pidiéndoles que vinieran de los campos para asistir a la elección, pero como estaban ocupados con las cosechas, no tuvo más remedio, ya que el día de la elección se --- aproximaba, que recurrir a los plebeyos de la ciudad. Así que fué de un lado a otro, pidiendo a cada uno por separado que le eligiera como tribuno, en vista del peligro que estaba corriendo por ellos. Cuando tuvo lugar la votación, las dos primeras tribus se pronunciaron por Graco. Los ricos objetaron que no era legal que el mismo hombre desempeñase su cargo dos veces sucesivas" (211).

Estas pocas palabras de Apiano sirven para in-

dicarnos bastantes cosas importantes que contribuyen a explicar el funcionamiento práctico de la República, en general, y el fracaso de Tiberio Sempronio Graco, en particular, por haber desconocido algunos detalles vitales del sistema electoral romano.

Los ricos buscaban, por todos los medios, eliminar a Graco, para lo cual no sólo presentaron como candidatos a una serie de personas de su facción, sino que se esforzaron por conseguir que Tiberio no resultara elegido. En principio, sin embargo, parecía que estaban dispuestos a consentir la presencia de Graco en un nuevo colegio de tribunos, en el que los puestos ocupados por los magistrados afectos a la oligarquía constituyesen el grupo mayoritario, de tal manera que, con sus vetos u obstrucciones, pudiesen hacer casi imposibles las pretensiones de Tiberio.

No obstante, al advertir que las dos primeras tribus se pronunciaban en favor de Graco, es decir, que se corría el riesgo de que se polarizase de nuevo la atención y la fuerza en torno a su figura, decidieron impedir absolutamente el acceso de Tiberio a un nuevo tribunado. La oligarquía tenía que evitar por cualquier medio que el tribuno se convirtiese en el hombre clave de Roma al que las masas comenzaban a seguir, movilizándose ante su palabra y

apoyándole con su voto en los posibles proyectos o elecciones.

La postura de los terratenientes es, al principio, una postura tradicional. Se trata de seguir -- las viejas costumbres políticas de la oligarquía, -- colocando una serie de peones en las diversas magistraturas, que de esta manera resultaban controladas sin necesidad de medidas espectaculares.

Ahora bien, cuando intuyen que hay un verdadero peligro tras las palabras de Tiberio, que sus -- discursos contienen ideas totalmente en desacuerdo con la opinión que el grupo de los ricos se ha formado sobre el orden y la justicia, y, sobre todo, -- cuando piensan que las masas enfervorizadas pueden aceptar sus ideas y pretenden trastocar el orden establecido, aquella postura netamente política, de -- transacción, de diálogo, en suma, desaparece, y comienza una auténtica lucha.

La batalla se plantea todavía en el plano teórico y legalista, cuando los ricos trajeron a colación una vieja ley, posiblemente un plebiscito del año 342 a. de C., conforme al cual no era lícito -- volver a ocupar la misma magistratura hasta pasados diez años desde la anterior ocasión. Como observa -- De Martino (212) aquel límite no fué observado, en la práctica, muchas veces, y lo más importante es -- que, de ser aplicable, sólo lo sería a las magistra

turas mayores, a las viejas magistraturas patricias de importancia, pero no a la magistratura de los -- plebeyos.

El obstáculo es suficiente para impedir que -- continuase la votación, puesto que, además, los terratenientes tenían ya de su parte a varios tribunos, como hace notar Apiano. Los temores de Graco -- comienzan a incrementarse al ver la postura de fuerza de la oligarquía.

"Lleno de desesperación y duelo -dice Apiano - (213)- se retiró del lugar, aunque todavía conservaba su cargo, llevó a su hijo alrededor del foro y -- lo presentó a cada uno de sus hombres, entregándole al cuidado de ellos, como si él mismo pensase que -- se aproximaba su muerte a manos de sus enemigos."

Es claro que la política tradicional de transigencia y tolerancia que practican los ricos, mientras mantienen claramente las riendas del poder, estaba empezando a cambiar rápidamente, notándose una postura de fuerza que hacía arriesgada cualquier -- oposición mantenida hasta los límites a los que se estaba llegando.

La estrategia de Tiberio Sempronio Graco se -- muestra, más que inoperante, inexistente en aquellos graves momentos, y ello, como apuntábamos antes, por no haber tenido en cuenta las circunstancias que rodean la política y que constituyen el --

marco en que se desenvuelve toda la actividad pública en la Roma de su época.

En el año 133 a. de C. había treinta y cinco tribus (214), de las cuales, como sabemos, cuatro urbanas y treinta y una rústicas. Las cuatro tribus urbanas, con escaso poder político, toda vez que cada tribu tenía un voto, estaban enormemente pobladas, pero se trataba de una población especial, de un electorado muy pobre, constituido fundamentalmente por las clases más miserables, sin tierras, y por los que habían alcanzado, como libertos, la ciudadanía romana, quedando todos incluidos en las cuatro citadas tribus urbanas.

Aunque pudiera parecer, a primera vista, que estos eran los electores más propicios a Tiberio, lo cierto es que la plebe urbana, por las especiales características apuntadas, no tenía un verdadero criterio político y, en consecuencia, constituía un voto variable, versátil, a merced de quien pudiera o supiera conquistarlo con los más diversos procedimientos, entre ellos el innoble del dinero, en un momento determinado. Así, pues, las tribus urbanas, en principio, y de ello era consciente Tiberio, serían fácil presa de los intermediarios a sueldo de los ricos.

La esperanza de Graco estaba puesta, como hace notar Apiano, en los componentes de las tribus rús-

ticas, donde se debían encontrar los más directamente favorecidos por la ley agraria. Indudablemente, también formaban parte de las tribus rústicas los terratenientes, tanto patricios como plebeyos, pero en este caso la votación estaba reducida a los plebeyos y es evidente que se encontraban en minoría con respecto a los partidarios de Graco.

Sin embargo, la votación para elegir a los tribunos, a pesar de que tomaban posesión del cargo el día 10 de Diciembre de cada año, se celebraban con unos meses de antelación, en pleno verano, es decir, justo en el momento en que todos los hombres que se dedicaban a las faenas agrícolas tenían por necesidad que permanecer en el campo, ocupados en la siega y recolección de las mieses.

Así, pues, el electorado partidario de la ley agraria y del reparto de tierras era materialmente imposible que pudiera estar presente en las elecciones para el tribunado a las que volvía a presentarse Tiberio. Este, por fuerza, habría de volver sus ojos a los plebeyos de la ciudad, aunque por más eficaces que resultasen sus esfuerzos sólo conseguiría de este modo atraerse los votos de cuatro tribus, entre un total de treinta y cinco.

La presencia de los partidarios de Graco, repartidos por los campos, era necesaria y resultaba prácticamente imposible al mismo tiempo. Así, pues,

el peligro que corría Tiberio era cada vez más claro. Por eso, redobla sus esfuerzos en la búsqueda del voto. Cuando comienza la votación, las dos primeras tribus sacadas a la suerte resultaron favorables a Graco, pero fué entonces cuando la oposición de los ricos apareció de una manera frontal. No era ilícito, decían, que un mismo hombre ocupase dos veces seguidas el mismo cargo de tribuno.

El medio de que se valían los ricos para defender su postura era el de la división entre los propios tribunos. Este es también un detalle muy significativo que recoge Apiano con bastante precisión. Planteada la cuestión sobre la ineligibilidad de Tiberio, asalta la duda al tribuno que preside los comicios. Uno de los tribunos partidarios de Graco le insta entonces a que deje la presidencia, seguramente con la pretensión de ser él o uno de los suyos - quien la recogiese a continuación. Pero los partidarios de los ricos se oponen, alegando que debe procederse a un nuevo sorteo para determinar quién debe ocupar la presidencia. En esta ocasión la suerte debió ser contraria a Graco y, en todo caso, lo importante para los ricos estaba conseguido: la división y el enfrentamiento dentro del colegio tribal.

La votación quedó aplazada para el día siguiente y fué entonces cuando Tiberio abandonó el lugar,

desesperado y lleno de tristeza, pensando que se --
aproximaba su muerte.

La narración de estos hechos en el texto de --
Plutarco, es de mucho menos valor para nosotros. En
general, se observa que confluyen en él influencias
diversas, incluso contrapuestas, sin depurar. Ya he
mos hecho referencia antes a este texto, que consti
tuye el comienzo del capítulo XVI de la biografía --
de Tiberio, por lo que no vamos a repetirlo. Recor
daremos tan sólo que, según Plutarco, la idea de pe
dir otra vez el tribunado no fué de Tiberio, sino --
inspiración de sus amigos. Fraccaro (215) estima --
que se trata probablemente de una alteración tenden
ciosa de los hechos para liberar a Tiberio de la --
responsabilidad de haber querido ser reelegido como
tribuno antes de transcurrido el plazo legal de los
diez años.

Chocaría esto, más todavía, con la evidente --
inspiración antigracana del siguiente párrafo de --
Plutarco. En efecto, se atribuye a Tiberio, a conti
nuación, una serie de propuestas legales que, como
ya dijimos, sólo corresponden a Cayo, y al hacer re
ferencia a las mismas, Plutarco dice que Tiberio --
las presentó para "cautivar más a la muchedumbre" y
"más por encono y enemistad (hacia el Senado) que --
con miras de justicia y conveniencia".

Se comprende así lo que decimos y afirman to-

dos los que han estudiado las fuentes del período -
gracano al conceder la primacía al texto apiano so
bre el de Plutarco.

Continúa narrando Plutarco una serie de hechos
que contribuyen a dejar en mal lugar la figura de -
Tiberio y que son de evidente inspiración antigraca
na. Observemos qué diferente es la narración, compar
rada con la de Apiano: "Al darse los votos advirtier
ron que vencían los contrarios, porque no había concurrido
todo el pueblo; y volviéndose primero contra
los colegas con injurias y denuestos gastaron -
así el tiempo y después disolvieron la junta, man-
dando que acudieran al día siguiente. Por lo que hace
a Tiberio, bajó a la plaza y, mostrándose abati-
do, pedía con lágrimas amparo a los ciudadanos; después,
diciendo temía que en aquella noche arrasaran
los enemigos su casa y le matasen, de tal modo los
inflamó que muchos formaron como un campo alrededor
de su casa y pasaron allí la noche haciéndole guar-
dia" (216).

Según las fuentes recogidas por Plutarco, los
culpables de la iniciación del tumulto y, en definitiva,
de todos los acontecimientos que siguieron --
después, no fueron los ricos, sino los partidarios
de Graco, que se revolvieron al ver que ganaba el -
partido contrario.

La narración de Plutarco es, como hemos visto,

completamente diferente a la de Apiano. Sin embargo encierra también algún detalle común con esta última, que, por ello, resulta más significativo. Según Plutarco, vencían los contrarios a Graco, "porque no había concurrido todo el pueblo", es decir, porque la gente del campo había permanecido en sus tierras como nos cuenta, con más detalle, Apiano. He aquí, puesta de manifiesto, una de las razones fundamentales del fracaso de Tiberio. En última instancia, la imprevisión o la falta de experiencia que le debían haber permitido conocer de antemano cuáles eran sus posibilidades reales de éxito y cuáles eran las auténticas fuerzas con que el grupo graco no contaba.

Las escenas a partir de este momento empiezan a sucederse con una velocidad de vértigo y en este último gran acto, con aire de tragedia, que es el final de la vida de Tiberio, el clima de violencia es cada vez más patente, hasta que culmina con la efectiva matanza de un gran número de partidarios de Graco, además del propio Tiberio.

Plutarco cuenta, en todo un capítulo, el XVII de la Vida de Tiberio, los malos augurios con que comenzaba el día de la muerte del tribuno. Los pollos sagrados que no querían salir de sus jaulas a comer, las culebras, el tropezón en el umbral de su casa y los cuervos riñendo en un tejado al paso de

la comitiva hacia el Capitolio. Dejando aparte estas anécdotas e invenciones tenemos bastantes elementos en las narraciones de Apiano y Plutarco para reconstruir con cierta fidelidad lo que debió ocurrir el último día de la vida de Tiberio Sempronio Graco.

Reconfortado con la presencia y el apoyo de -- sus numerosos partidarios, muchos de los cuales pasaron la noche haciendo guardia junto a la casa de Tiberio, éste cobró ánimos y antes del amanecer se reunió con ellos, estableciendo el plan de actuación. Dicho plan consistía en acudir los primeros -- al lugar en que habían de celebrarse los comicios, ante el templo de Júpiter, en la colina capitolina, ocupando materialmente el lugar en el que se harían fuertes, si fuera necesario. Incluso quedaron convenidos en la señal que haría Tiberio, si había que -- llegar a pelear. (217).

El comicio lo presidía Mucio (218), el tribuno que se había nombrado para sustituir a Octavio tras su separación del puesto, pero era imposible llevar adelante la votación. Por una parte, el centro de -- la asamblea estaba tomado por los gracanos, mien-- tras que los ricos y sus partidarios pretendían lle-- gar también hasta el mismo lugar, lo que procuraban impedir, por todos los medios, los partidarios de -- Tiberio. Por otra parte, se oponían radicalmente a

la votación, pretendiendo impedirla los otros tribunos y los ricos que, como señala Apiano, no querían permitir que se votase sobre la cuestión, es decir, sobre la elección de tribunos, si se volvía a presentar Tiberio para la reelección.

Simultáneamente, se encontraba reunido el Senado en el templo de Fides. El tema que se debatía en la reunión no podía ser otro que el del comicio que se estaba realizando en el Capitolio y la pretensión de Tiberio de hacerse reelegir como tribuno de la plebe para el año siguiente. Podemos suponer, -- igualmente, que hubo una pequeña discusión en el Senado, pero que la mayoría estaba constituida por -- los ricos contrarios a Graco.

Apio Claudio, el suegro de Tiberio, princeps senatus, que debería haber presidido la reunión y -- las sesiones del Senado, se encontraba fuera de Roma, por lo que debía sustituirle en la presidencia Escipión Nasica, el jefe de la oposición antigracana, que entonces era Pontifex Maximus. La decisión de la mayoría de los senadores era claramente contraria a Tiberio y no había fuerza capaz de oponerse al Senado. La decisión de éste fue, sencillamente, la de quitar la vida al tribuno.

Uno de los senadores partidarios de Graco, Fulvio Flaco, marchó inmediatamente al Capitolio para avisar a Tiberio. He aquí como lo cuenta Plutarco --

(219): "En esto, Fulvio Flaco, del orden senatorio, poniéndose en sitio en el que fuera visto, como no pudiese hacerse oír, hizo señas con la mano de que tenía que decir una cosa aparte a Tiberio; y mandando éste a la muchedumbre que le abriera paso, subió con gran dificultad y puesto en su presencia le --- anunció que, reunido el Senado, los ricos, no habiendo podido atraer a su partido al cónsul, habían resuelto por sí quitarle la vida, teniendo armados a muchos de sus esclavos y amigos al efecto".

Y en el capítulo siguiente el mismo Plutarco nos dice que Nasica "pedía al cónsul (Mucio Escévola) que mirara por la República y acabara con el tirano", pero éste, que era uno de los primitivos inspiradores de la ley agraria y, por ello, partidario de Graco, respondió "que no estaba en su ánimo emplear ninguna fuerza ni quitar la vida a ningún ciudadano sin que fuese juzgado y que únicamente si el pueblo diese algún decreto injusto, persuadido o -- violentado por Tiberio, lo consideraría inválido".

En esta situación, enterado Tiberio de que se pretendía su muerte por la simple decisión de una parte del Senado, hizo la señal previamente convenida con sus partidarios y comenzó un auténtico tumulto, estallando la violencia. "Algunos de los partidarios de Graco se colocaron alrededor de él, como una guardia personal. Otros arrebatában las fasces

de manos de los lictores y las hicieron pedazos. Ex pulsaron a los ricos de la asamblea con tal desorden y violencia que los tribunos huyeron de sus --- asientos, dominados por el terror, y los sacerdotes cerraron las puertas del templo. Muchos huyeron en desorden e hicieron correr terribles rumores. Algunos decían que Graco había depuesto a todos los --- otros tribunos, cosa fácil de creer, porque no se veía a ninguno de ellos. Otros decían que Graco se había declarado tribuno para el año siguiente, sin votación" (220).

El último momento de la tragedia comienza con la marcha de los propios senadores antigracanos sobre el Capitolio.

La narración de Apiano, en este caso, también es más interesante, a pesar de su sobriedad, que la de Plutarco. El biógrafo añade, por su parte, datos de cierto interés, como los nombres de los que hirieron y mataron a Tiberio (el primero que le golpeó en la cabeza fué uno de sus colegas en el tribunado, Publio Satureio, y el segundo, un tal Lucio - Rufo "que se jactaba de ello como de una gran hazaña") (221), y el número de muertos (más de trescientos). Sin embargo, introduce en la narración otros detalles que seguramente son del todo falsos, por ejemplo, cuando dice que Cayo, el hermano menor de Tiberio, pedía su cadáver para enterrarlo, pero que

los ricos, por odio, no se lo permitieron, sino que arrojaron por la noche al Tiber el cadáver del tribuno y de todos los demás que murieron con él (222). Lo cierto es que Cayo Sempronio Graco estaba en --- aquellos momentos en España, junto con su cuñado, - Escipión Emiliano, empeñado en la campaña numantina.

He aquí, finalmente, el relato de la muerte de Tiberio tal como nos lo cuenta Apiano: "(Los senadores), después de tomar la decisión que tomaron, marcharon hacia el Capitolio. Cornelio Escipión Nasica, el pontífice máximo, marchaba en cabeza y llamaba con voz potente: 'Que los que quieran salvar a - la patria me sigan'. Se colocó el borde de la toga por encima de la cabeza... Cuando llegó al templo y avanzó contra los partidarios de Graco, estos retrocedieron por consideración a tan excelente ciudadano y porque vieron que venían también los senadores. Estos, arrebatando los garrotes de las manos de los partidarios de Graco o rompiendo bancos y otros muebles traídos para uso de la asamblea, empezaron a - golpearles, los persiguieron y los hicieron caer -- por el precipicio. En el tumulto perecieron muchos de los partidarios de Graco, y él mismo, dando vueltas alrededor del templo inútilmente, fué asesinado ante la puerta, junto a las estatuas de los reyes. Aquella noche todos los cadáveres fueron arrojados

al Tiber" (223).

b) Significado de la muerte de Tiberio.

El pueblo, en general, se dividió como consecuencia de la muerte de Tiberio. Esta es una de las más importantes consecuencias del asesinato del tribuno, la de haber producido un enorme foso que separaba dos facciones irreconciliables dentro de la República. De una parte, los partidarios de Graco, -- que constituyen el auténtico germen de lo que después se va a llamar partido democrático, y de otro, los seguidores del Senado, que conformarán el bloque aristocrático y conservador de la República --- (224).

No obstante, la mayoría de la masa debía ser -- partidaria de Tiberio y consideraría a éste como un auténtico caudillo popular (225), sintiendo en lo más profundo de su alma que, al vencer el Senado en aquella lucha, había perdido, de hecho, parte de su libertad y que la verdadera derrotada era la plebe que, dirigida otra vez, como en los viejos tiempos, por un tribuno, no había conseguido en esta ocasión arrancar de las manos de los ricos las ventajas o -- derechos por los que permanentemente suspiraban. La línea de progresiva y constante mejora de la plebe acababa de sufrir un golpe durísimo, porque era la primera vez que unos ciudadanos imponían por la ---

fuerza bruta, con la muerte, la defensa de sus propios intereses. La transacción de otros tiempos había desaparecido para encenderse en su lugar la hoguera y el odio de la guerra civil.

La plebe no ocultaba sus preferencias por Tiberio y el grato recuerdo que su persona había dejado, mezclado con un tremendo deseo de venganza. Por esa razón, como cuenta Plutarco (226) tuvo Escipión Nasica que abandonar Italia porque el pueblo no le ocultaba su desprecio y aborrecimiento al recordar que él había sido el principal instigador y culpable de la muerte de Graco. Y algo parecido ocurrió nada menos que con el famoso Publio Cornelio Escipión el Africano menor, el vencedor de los numantinos quien perdió gran parte del respeto y cariño -- del pueblo por el modo en que, a su vuelta de Numancia, enjuició la muerte de su cuñado Tiberio (227).

Si en el pueblo había diversas opiniones, pero con claro dominio de la postura democrática y filograca, entre los ricos y senadores ocurría justamente lo contrario. Si es evidente que hubo algunas personas que estaban de parte de Graco o que, al menos, no consideraban su actitud tan perniciosa como para justificar su muerte, es también cierto que la gran mayoría de los ricos eran opuestos a Graco y -- se sentían más seguros tras la muerte del tribuno -- al que llegaron a achacar el deseo de hacerse coro-

nar rey. La actitud parcial de esta facción, a la - que pertenecían los hombres más cultivados, en líneas generales, ha tenido claro reflejo en la mayor parte de los documentos histórico-literarios que -- conservamos de la época, y así la opinión contraria a Graco es la que rezuma en los escritos no sólo de Cicerón, sino también del resumen liviano, de Valerio Máximo, Veleyo Paterculo, Orosio y aún el mismo Plutarco, en diversas ocasiones, como hemos ido señalando. Por excepción, la obra de Apiano nos muestra un análisis más frío y objetivo de los hechos, para quizá acabar inclinándose, de parte de Tiberio, cuando nos dice, como en una confesión, que el tribuno "perdió la vida como consecuencia de un --- plan extremadamente excelente llevado a cabo con de masiada violencia" (228).

Desde un punto de vista histórico y jurídico-constitucional, la importancia de la muerte de Tiberio es enorme, hasta poder considerar este, sin lugar a dudas, uno de los momentos culminantes de la historia republicana de Roma. Un momento en el que se ve con nitidez el forcejeo entre los dos grandes poderes existentes: Uno, establecido tradicionalmente en la cúspide política, el Senado; otro, que trata de imponer la voluntad de las masas y de la mayoría, pero que todavía no ha encontrado el cauce ni el modo idóneo para hacerse escuchar, el pueblo.

Lo que confiere verdadera importancia al hecho de la muerte de Tiberio es que, como ponen de relieve nuestras dos principales fuentes de conocimiento (229), es la primera vez que un crimen de esta clase es perpetrado en la asamblea pública y es la primera vez que se produce una auténtica matanza de carácter civil, entre los propios ciudadanos. En las anteriores disputas y discordias entre el Senado y los plebeyos nunca se había llegado al extremo de resolver las diferencias con las armas en una auténtica guerra civil, ya que siempre se había sabido buscar una salida airosa para ambas partes que permitiese salvar las situaciones extremas, a base de mutuas concesiones, guardando las formas y, en definitiva, con gran respeto por ambas partes. Pero la decisión adoptada por el Senado de acabar con la vida de Tiberio Graco, sin entablar un previo diálogo con éste, sin escuchar sus argumentos, sin tratar de compaginar intereses, haciendo prevalecer el más alto interés común, sin concederle apelación ante el pueblo, sin guardar las más mínimas formas, sin posibilidad alguna de defensa, tratándole como a un enemigo (230) es tan ilegal y delictiva que mal se puede justificar. (!Que los que quieran salvar a la patria me sigan!, decía Escipión Násica).

Uno de los grupos, en este caso el aristocrático, el de los ricos, se erige en definidor único y

exclusivo de los intereses de la patria, detentador no ya sólo del monopolio del poder, sino incluso de unos pretendidos sentimientos patrióticos que se -- niegan automáticamente a quienes no pertenecen a la misma facción.

He aquí el origen de las guerras civiles: la - incapacidad para comprender que la otra parte de la sociedad puede tener razón, la pretensión de detentar en exclusiva los sentimientos patrióticos, la - negativa a admitir el diálogo con quien sostiene un punto de vista diferente y, en definitiva, la falta de espíritu liberal, tolerante y comprensivo o el - exceso de orgullo y el carácter belicoso de las gentes.

Era la primera vez que el noble, sabio y prudente pueblo romano, no supo estar a la altura de - las circunstancias, resolviendo con inteligencia y cordura el problema que tenía planteado en sus propias instituciones políticas, tan sabiamente modeladas a través de los siglos.

Late en el fondo de la cuestión gracana un problema político, un problema constitucional. La tradicional sociedad romana descansaba en tres pilares básicos: el Senado, las magistraturas y las asam-bleas populares. Dentro de un aparente equilibrio - de fuerzas es fácilmente detectable un predominio - del primer grupo, de la oligarquía senatorial sobre

el otro gran grupo, el pueblo, para lo cual los primeros se apoyan con mucha frecuencia en las propias magistraturas que, de hecho, pertenecen también al grupo de los poderosos. Sin embargo, van pasando -- los siglos y el pueblo, tantas veces silencioso, se va haciendo más o menos consciente de los derechos que le corresponden y reclamando una mayor participación en las tareas públicas o, si se quiere, un ordenamiento jurídico que, en justicia, tenga en cuenta los intereses de las clases menos privilegiadas.

La historia de los Gracos es la historia de -- uno de esos momentos estelares en que el pueblo, si se quiere de una manera inconsciente, dirigido, en cierto modo, por unos auténticos representantes, reclama sus propios derechos, pero el Senado, el grupo establecido en el poder cierra sus oídos a las justas demandas y reivindicaciones del otro grupo e impone, incluso por la fuerza, sus propios y hasta mezquinos intereses, olvidando el verdadero interés de la República.

La constitución republicana, comprimida en un viejo corsé, es incapaz de amoldarse a las nuevas circunstancias y, por eso, llegará un día en que -- acabe saltando por los aires como instrumento inútil, como barrera impotente ante el tremendo caudal de las fuerzas de la historia.

c) El programa agrario de Tiberio tras su muerte.

Hemos dicho que el Senado, al acordar la muerte de Tiberio, había actuado de una manera contraria a lo que había sido el proceso normal de este -- sabio consejo de viejos y experimentados políticos. Se trataba del primero de los grandes errores de -- los aristócratas, que terminarían por arruinar el -- gran edificio de la República.

Ahora bien, el que hubiese sufrido un grave -- error no quiere decir que, de repente, desapareciera la inteligencia de aquel alto órgano director de la sociedad romana, ni que las viejas costumbres de los avezados políticos hubieran sido olvidadas como arrastradas por un vendaval. El Senado se vuelve inmediatamente por sus fueros y actúa astutamente, cesando de momento toda oposición a la ley agraria de Tiberio. Así nos lo dice Plutarco: "El Senado, para sosegar al pueblo, como las circunstancias lo exigían, ya no hizo oposición ninguna al reparto de tierras e incluso propuso que se eligiera otro repartidor en lugar de Tiberio. Tomando, pues, las tablas, eligieron a Publio Craso, pariente de Graco, porque su hija Licinia estaba casada con Cayo..." -- (231).

De modo que la reforma agraria de Tiberio pro-

siguió adelante, como también pone de relieve Apiano (232), al explicarnos que, tras el asesinato de Tiberio y la muerte de su suegro Apio Claudio, el nuevo triunvirato constituido por Cayo Graco, Fulvio Flaco y Papirio Carbo tuvo que trabajar enormemente para sacar adelante la ley, ya que los terratenientes no colaboraban espontáneamente, habiendo de reunir testimonios contra ellos y teniendo que soportar que continuamente surgiese multitud de litigios con el más mínimo pretexto.

Demuestra la efectiva puesta en práctica de la ley una serie de inscripciones conservadas y recogidas en el Corpus Inscriptionum Latinarum (233), que aparecen en lo que debieron ser las piedras terminales o mojones de las nuevas parcelas resultantes de la división del ager publicus asignadas a los beneficiarios de la reforma.

El tradicional modo de operar del Senado había vuelto a imponerse. En apariencia se permitía que el pueblo gobernase, que el pueblo aprobase leyes, en la práctica las riendas del poder y los verdaderos hilos de la vida política y de los intereses se movían desde la oscuridad del Senado. Y así resulta que, al parecer, durante el período 132-129 a. de C., aunque continuó laborando el triunvirato en la recuperación de las tierras pertenecientes al ager publicus, sus trabajos no se llevaron a cabo en zo

nas como la Etruria y la Umbría, donde tenían sus - fincas los senadores, sino en las zonas montañosas de los aliados (234).

Y todavía más, el partido de los ricos, es decir, el Senado, actuando con aquella habilidad que había sido su característica y que le permitía hacer cuanto quisiera, se valió de Publio Cornelio Escipión Emiliano, el vencedor de Numancia y Cartago, para que, poco antes de morir, diera un auténtico - golpe de gracia a la ley de Tiberio.

Es Apiano el que nos lo cuenta (235). Aunque - el historiador dice que Escipión fué defensor y portavoz de los aliados, nosotros estamos convencidos de que, junto a los intereses de éstos, Escipión defendía los del partido aristocrático en su conjunto. Al menos, si el Senado no influyó directamente en la propuesta del Africano, se aprovechó de unas circunstancias altamente favorables. Estas son las palabras de Apiano: "Acudió, pues, (Escipión) al Senado y aunque ... no encontró abiertamente faltas - en la ley de Graco hizo hincapié en sus dificultades e instó a que estas causas no fueran decididas por los triunviros, puesto que no contaban con la - confianza de los litigantes, sino que fueran confiadas a otros tribunales. Como su opinión parecía razonable, cedieron a su persuasión y el cónsul Titanus fué nombrado para juzgar en estos casos. Pero -

cuando empezó su trabajo vió las dificultades del mismo y marchó contra los ilirios, como pretexto para no actuar como juez, y como nadie presentó casos para juicios ante los triunviros, éstos permanecieron ociosos. Por este motivo, el odio y la indignación crecieron en el pueblo contra Escipión...".

De este modo, la ley Sempronia Agraria de Tiberio fué prácticamente abolida por su cuñado Escipión, muriendo éste poco después. No se sabe con certeza cual fué la causa de su muerte. Pudo ser un suicidio; pudo ser una muerte natural, puesto que no se apreciaron violencias en su cadáver, pero la versión optimista de la Historia ha llegado incluso a afirmar que la muerte de Escipión está íntimamente ligada a este hecho de la práctica derogación de la ley agraria, pudiendo haber sido causada por su propia mujer Cornelia, hermana de los Gracos o por alguno de sus partidarios.

VIII. LAS PROPUESTAS DE CAYO SEMPRONIO GRACO.

1.- Continuación del programa de Tiberio por su hermano Cayo Sempronio Graco.

Es tradicional la referencia conjunta a la labor de los hermanos Graco desde el momento en que ocurrieron los trágicos sucesos de sus vidas y muertes paralelas. El mismo Plutarco, en sus biografías expone una a continuación de otra, y lo propio hace Apiano, cuando al narrar la Historia de Roma y, concretamente, las Guerras Civiles, escribe, primero, de Tiberio y, a continuación, de Cayo Graco.

Cuantos han estudiado la historia del siglo II a. de C., se refieren a los hermanos Graco comprendiendo que existe una auténtica unidad en la labor de ambos, sobre todo considerada la finalidad o la meta a la que aspiraban uno y otro. Por supuesto, todos los historiadores reconocen, como expresamente se preocupa de dejar bien sentado Plutarco, que los temperamentos de Tiberio y Cayo son del todo diferentes y, en general, a la hora de enjuiciar su labor, la mayoría se inclina por conceder a Cayo -- una mayor habilidad política y una visión más amplia del complejo problema de la Roma que les fué contemporánea. Olvidando, quizá, la especial difi-

cultad de la obra de Tiberio, que actuó como punta de lanza, abriendo un camino difícil y sentando las bases para la actuación de su hermano, que, indudablemente, contaba ya con un precedente y con una la bor a completar.

La continuación del programa de Tiberio por su hermano menor es un hecho. Podrá ser objeto de discusión si Cayo se limitó a completar el programa de aquél o si, por el contrario, su obra es, en cierto modo, totalmente nueva y revolucionaria en su concepción o supone una considerable mejora con respecto a las leyes Sempronias de Tiberio.

Es un hecho incontrovertido, sin embargo, que la historia de los dos hermanos se encuentra especialmente entrelazada y la tradición y la Historia así nos lo han hecho saber. Parece, sin embargo, -- que Cayo no cogió el relevo de la obra política de su hermano de modo inmediato, sino al cabo de unos años.

Cayo Sempronio Graco vivió desde el año 154 al 121 a. de C., es decir, treinta y tres años. Cuando murió Tiberio, Cayo, que tenía nueve años menos que su hermano mayor, contaba veintiuno y se encontraba peleando en Numancia, a las órdenes de Escipión Emi liano, su cuñado. Aunque los sistemas de comunicación no permitían tener un conocimiento inmediato -- de los hechos ocurridos en todo el mundo, es presu-

mible que un acontecimiento de importancia, como --
 fué la muerte de Tiberio y de gran número de sus --
 partidarios, se conociese en los campos de batalla
 de la propia Numancia, en el mismo verano del 133 -
 a. de C., en que ocurrieron.

Cayo continuó todavía en España hasta el otoño
 del año siguiente, ya que, aunque la destrucción de
 Numancia tuvo lugar el mismo año de la muerte de Ti
 berio, Escipión y sus tropas no volvieron a Roma, -
 donde les esperaba el triunfo, hasta después de pa-
 sado el verano del 132 a. de C.

A partir de este momento la biografía que cono-
 cemos de Cayo nos muestra un período de una ampli-
 tud considerable, en el que su vida pública está --
 desprovista de hechos especialmente notables. En --
 los ocho años que transcurren entre el 132 y el 124
 apenas si conocemos algunos de los actos realizados
 por el menor de los Gracos. Concretamente, sabemos
 por Plutarco que intervino en la defensa de un tal
 Vecio, amigo suyo, y que estuvo con el ejército en
 Cerdeña en calidad de cuestor, donde, al parecer, -
 realizó obras beneméritas que le granjearon el amor
 de los soldados, al tiempo que comenzaban a preocu-
 par a los senadores y oligarcas, que recordaban a -
 su hermano al interpretar los actos de Cayo (conse-
 guir vestuario y socorros para sus soldados en los
 propios territorios ocupados) como un auténtico pre

ludio de demagogia.

Así, pues, concentramos un largo período, 9 -- años, desde la muerte de Tiberio hasta el momento -- en que su hermano reemprende la actividad política y recoge, por así decirlo, la antorcha del partido democrático, volviendo a plantear y a tratar de llevar a la práctica todo un programa de actuaciones -- en defensa del pueblo.

En el verano del 124, siendo cónsul el demócrata Fulvio Flaco, y estando el grupo de los antiguos partidarios de Graco en un momento de gran popularidad, como consecuencia de las victorias alcanzadas por Fulvio contra los ligures, celtas y saluvios, -- se presenta para el tribunado el segundo de los Gracos. En este momento se produce su aparición en la política, obteniendo su primer tribunado, que coincide, prácticamente, con el año 123 a. de C.

En el año 122, sin pedirlo, obtiene Cayo el segundo tribunado, pero pierde lo que hubiera sido el tercer tribunado, el del año 121 a. de C., en julio del 122, como luego veremos, en un momento en el -- que es evidente el declinar de su estrella y popularidad, hasta que, finalmente, se produce su muerte, en el año 121 a. de C., a los treinta y tres años -- de edad.

2.- Las causas de la actuación de Cayo.

Vamos a considerar ahora la actuación de Cayo Graco, en especial las propuestas legales que presentó y que logró hacer aprobar, así como su visión de los problemas de la Roma republicana y el fracaso de su movimiento, pero antes de pasar adelante - parece imprescindible preguntarse por qué Cayo Graco, a pesar del trágico precedente de su hermano, - se decidió a actuar en política y siguiendo las huellas de aquél, al menos en buena parte.

Un examen detenido de nuestras dos fuentes de conocimiento principales, Apiano y Plutarco, nos -- lleva a las siguientes conclusiones: Apiano sólo -- apunta, de modo directo, una causa de la intervención política de Cayo (236), que es también señalada por Plutarco y que se podría resumir en la idea de odio al Senado y a la clase dominadora. Cayo "se había mantenido apartado durante algún tiempo, tras la muerte de su hermano, pero como muchos de los senadores le trataban desdeñosamente, se presentó como candidato al cargo de tribuno". Y resultó elegido brillantemente, añade Apiano. Esta causa de la enemistad con el Senado parece que tiene una excepcional importancia. El odio recíproco entre los senadores y Cayo Graco era natural, pues éste había sufrido la muerte de su hermano y continuas vejacio

nes de los primeros, los cuales, por su parte, temían que el hermano menor continuase la política anti senatorial iniciada por Tiberio. Es casi seguro que los miembros del partido aristocrático, en los años que siguieron a la muerte de Tiberio, en que se sentían fuertes porque habían vuelto a ocupar todos -- los puestos desde los que se manejaban los resortes del poder efectivo, y en los que la oposición parecía que había sido definitivamente aniquilada, se ensoberbecieron y trataron desdeñosamente a Cayo. -- Así, fatalmente, avivaron el fuego que anidaba en -- el corazón del joven Graco.

Plutarco, el biógrafo, en el comienzo de la -- Vida de Cayo, adorna con ciertas razones el origen de la futura intervención política de éste y señala como una de las causas la necesidad, el hado, la fatalidad. Y trae en su apoyo una cita nada menos que de Cicerón, según el cual Tiberio se apareció en -- sueños a su hermano, invitándole a seguir su camino y diciéndole que una misma vida y una misma muerte, por defender los intereses del pueblo, les tenía -- destinados el hado. Puede parecer ridícula esta referencia a la fatalidad, pero examinando el sentido último de las palabras parece que tras ellas se esconde casi una afirmación científica. Supuestas las circunstancias que rodearon a Cayo: el asesinato de su hermano por los aristócratas, el desdén y las --

burlas de éstos, los triunfos conseguidos por los - hombres más distinguidos del partido popular, unos años después, las dotes oratorias y el carácter fogoso de Cayo, todo parece conducir al resultado --- que, efectivamente, se produjo.

Plutarco indica, además, algunas otras causas que posiblemente determinaron a Cayo a tomar parte activa en la política. En concreto (237), nos habla de las costumbres de Cayo como hombre activo, diligente y desprendido, adornado por la elocuencia, -- que le granjeaba la admiración y el respeto de una gran parte de la población. Señala también su carácter guerrero y el hecho de que había servido en la milicia doce años (238), así como algunos episodios que pudieron contribuir a aumentar su popularidad - entre los soldados y el pueblo, e hicieron concebir grandes temores a los senadores y miembros del partido aristocrático en general.

Otro dato importante que pone de relieve Plutarco es que la opinión general calificaba a Cayo - como un decidido demagogo y más codicioso que Tiberio de la gloria que resulta de la popularidad, aunque el biógrafo, en su primer capítulo de la Vida de Cayo, dice que "esto no es cierto, sino que hay pruebas de que fué arrastrado al gobierno más por - necesidad que por voluntad y resolución propias" -- (239). Esa opinión general, a la que alude Plutar-

co, indudablemente se refiere a los escritos que él pudo tener presente cuando compuso su obra y que, - con toda probabilidad, recogían la opinión aristocrática, contraria a los Gracos, a quienes atribuía defectos que seguramente no tuvieron o que tuvieron en menor grado de lo que se predicaba.

3.- Las propuestas concretas de Cayo Sempronio Graco.

Al acercarnos a estudiar las diversas propuestas normativas de Cayo Graco llama extraordinariamente la atención, y de ello hay que dejar constancia en este primer momento, la inmensa actividad legislativa desarrollada por este hombre en el breve lapso de tiempo -dos años- en que, como tribuno de la plebe, pudo presentar a las asambleas populares proyectos de plebiscitos con valor de leyes. Plutarco cita nada menos que diez leyes distintas propuestas por Cayo. Apiano habla sólo de seis, a cinco de las cuales alude también Plutarco, pero añade la referencia a otra desconocida en la biografía del querónés, concretamente a la lex Sempronia de Asia. Y aún encontramos en Diodoro de Sicilia y en Cicerón referencia a otras propuestas de Cayo, de las que - no hacen mención las dos fuentes principales.

Una de las razones que pueden explicar esta amplitud de la actividad legislativa de Cayo es la --

existencia y funcionamiento de esa facción democrática de seguidores gracosos que actúan de consuno y a la que se suele denominar el partido democrático. En efecto, algunas de las propuestas fueron presentadas por otros miembros del grupo, como Fulvio Flaco, en el caso de la relativa a los aliados, o como Acilio Glabrio, en el supuesto de las leyes judiciales, aunque después se atribuyeron a Graco, bien porque, al no ser aprobadas, fueron objeto de nueva -- propuesta, o bien porque se atribuyen al cabecilla del grupo las obras de los componentes del mismo.

Una tercera observación de carácter general, -- que queremos hacer en estos momentos, es el hecho -- de que esa actividad legislativa está claramente diversificada. Ya no se trata, como en el caso de Tiberio, de promulgar una ley agraria exclusivamente y llevarla a la práctica. Toda la actividad del mayor de los Gracos se explica por referencia a la -- ley agraria, hasta el punto de que el resto de sus propuestas no son más que meras consecuencias o complementos de su ley primera, y así se comprenden la eliminación de la escena política de su colega Octavio, que se oponía a la ley agraria, el nombramiento de los triunviros que se habían de ocupar del reparto de las tierras y de la solución de los conflictos que surgiesen en la aplicación de la ley y la propuesta sobre el reparto de la herencia del --

rey Atalo de Pérgamo para facilitar el capital necesario a los nuevos cultivadores.

La legislación gracana de la segunda época es mucho más diversificada, como tendremos ocasión de ver, y muestra con claridad que en la mente de Cayo y de los miembros del grupo democrático había un -- plan inteligente, un auténtico programa, lo que ha permitido decir que "en este momento, por primera vez en Roma, un hombre político presentaba un complejo proyecto de reforma, base para la acción colectiva de un nuevo partido: el democrático" (240).

El programa estaba perfectamente confeccionado para que los diversos grupos sociales se sintieran atraídos por él y colaborasen con sus votos en el -- éxito completo. Las diversas propuestas interesaban, primero, a la gran masa del pueblo, después, -- al grupo de los caballeros, intermedio entre la plebe y el Senado, y, en fin, nada menos que a los --- aliados latinos e itálicos. La trama era perfecta -- para iniciar la lucha contra la oligarquía senatorial y los pasos estaban bien estudiados. Apiano -- nos lo dice claramente (241): "habiendo, por así decirlo, comprado a los plebeyos (con la ley frumentaria a la que se refiere en el versículo anterior), empezó ahora (Cayo), mediante otra maniobra política, a cortejar al orden ecuestre, que ocupaba un -- puesto intermedio entre el Senado y los plebeyos. --

Transfirió los tribunales de justicia...". Y esta misma idea de un plan o programa con el que el partido democrático pretendía atraer e involucrar a todas las clases sociales en la reforma se encuentra también recogida en la obra de Diodoro de Sicilia (242).

Finalmente, hemos de señalar que existe una gran disparidad entre las diversas fuentes por lo que atañe al contenido de las propuestas más importantes, o sobre la aprobación de las mismas, diversidad de criterios que, en buena parte, continúa existiendo a pesar de los estudios realizados.

He aquí, a continuación, las diversas propuestas de Cayo, o más bien del grupo gracano, conforme acabamos de decir, expuestas en un orden más o menos sistemático y que es posible coincida de alguna manera con el propio orden cronológico de presentación de los proyectos normativos. Este será también el que adoptemos nosotros en la exposición de las diversas leyes Sempronias:

- 1ª.- Lex de abactis.
- 2ª.- Lex de provocatione o de capite civium -- romanorum.
- 3ª.- Lex frumentaria.
- 4ª.- Lex agraria.
- 5ª.- Lex de coloniis Scolacium et Tarentum de-

ducendis.

- 6ª.- Lex militaris.
- 7ª.- Lex de viis et horreis.
- 8ª.- Lex iudiciaria.
- 9ª.- Otras leyes favorables a caballeros y negociantes.
- 10ª.- Lex Sempronia de Asia.
- 11ª.- Lex Sempronia de civitate latinis et de latinate sociis danda.
- 12ª.- Lex Sempronia de comitiis o Lex Sempronia de suffragiorum confusione.

Veremos a continuación cada una de ellas:

1ª. LEX SEMPRONIA DE ABACTIS.

La primera ley (plebiscito, en realidad, como hemos indicado en varias ocasiones, al referirnos a todas las propuestas gracas) que Plutarco atribuye a Cayo Graco establecía "que si el pueblo privaba a un magistrado de su cargo no pudiera después ser admitido a pedir otro" (243).

Esta primera ley va dirigida contra Octavio, - el colega depuesto por el pueblo, a petición de Tiberio, por oponerse a la ley agraria, pero al mismo tiempo viene a remachar la aspiración democrática - de control de sus representantes por el pueblo. Este plebiscito, en apariencia modesto, tiene a nues-

tro juicio una importancia teórica grande. Aunque, al parecer, de hecho no tuvo aplicación, pues dice el propio Plutarco, un poco más adelante, que esta ley la retiró Cayo, otorgando de esta manera el perdón a Octavio, como consecuencia de los ruegos de su propia madre, Cornelia.

En la práctica, dada la dificultad para conseguir que una ley de este tipo de control democrático no degenerase inmediatamente en una pura anarquía o en un instrumento en manos de demagogos, el control democrático, tal como fué insinuado, más — que otra cosa, por los Gracos, continúa siendo una utopía.

2ª. LEX SEMPRONIA DE PROVOCATIONE O DE CAPITALE CIVIUM ROMANORUM.

Según Plutarco (244), otra de las leyes que Cayo debió proponer al pueblo, poco tiempo después de conseguir el primer tribunado, el 10 de Diciembre del 124 a. de C., establecía "que si algún magistrado proscribía y desterraba a un ciudadano sin juicio precedente, hubiera contra él acción ante el pueblo".

Así como la anterior ley iba dirigida de modo especial contra el tribuno Octavio, ésta afectaba de modo inmediato a Popilio Lenate, el cual, siendo pretor cuando Tiberio fué asesinado, desterró a mu-

chos seguidores de Graco. En este caso se inició un proceso contra Popilio, según se desprende de la -- obra de Plutarco, pero el ex-pretor abandonó Italia antes de que se produjera el fallo en contra suya.

Sin embargo, no se puede reducir el significado de este plebiscito a una simple cuestión de venganza por la muerte del hermano y la proscripción -- de muchos de sus partidarios. En realidad lo que se pretende es establecer una especie de garantía de -- los derechos fundamentales del ciudadano. Nadie podría ser condenado a la pena capital o a las penas más graves de destierro y deportación sin que hubie se apelación ante el pueblo: la provocatio ad populum. De esta manera, se trata de evitar que el Sena do o los magistrados, siguiendo instrucciones de -- aquél o por propia iniciativa, puedan condenar a -- cualquier ciudadano sin verdadero motivo.

Al parecer, este derecho de apelación había si do establecido en disposiciones anteriores a la épo ca de los Gracos e incluso se apunta que existía ya en la época monárquica y que fué de nuevo regulado en la lex Iulia de vi publica, votada al final de -- la República o al comienzo del principado de Augusto, encontrándose una referencia a ella en el Diges to (245). En todo caso, su inobservancia y la necesidad de su regulación se puso de manifiesto con -- ocasión de los luctuosos sucesos de la muerte de Ti

berio y muchos de sus seguidores.

El plebiscito, como señalan Plutarco y Diodoro de Sicilia (246), fué aprobado, aunque con dificultades, y tuvo escasa utilización en la vida práctica. El Senado ideó un procedimiento para eludir la ley: cuando quería condenar a alguien, sin juicio previo y sin conceder apelación ante el pueblo, declaraba previamente al condenado como hostis, como enemigo, con lo que, al haber dejado de pertenecer a la comunidad romana, no podían aplicársele las leyes que regían en Roma, entre ellas la relativa a la provocatio ad populum.

3ª. LEX FRUMENTARIA.

Como acabamos de ver, las anteriores normas tenían un contenido político de importancia, pero parece como si con ellas Cayo Graco mirase hacia --- atrás, pretendiendo vengar la muerte de su hermano y el enorme daño sufrido por el partido popular y democrático.

La ley frumentaria se presenta, por lo menos a primera vista, como una previsión típica de un tribuno de la plebe preocupado por el bienestar material del pueblo, y así es, pero tras ella, como han sabido ver las fuentes más antiguas, se esconde una intención política de altos vuelos. Plutarco (247) sólo nos dice que entre las leyes que Cayo hizo en

favor del pueblo se encontraba una "alimenticia para dar a los pobres los víveres a precio cómodo". Sin embargo, Apiano (248) afirma que el tribuno "hizo la proposición, sin precedentes hasta entonces, de que se llevara a cabo un reparto mensual de trigo a todos los ciudadanos, por cuenta del Estado" y comenta a continuación que "esto le trajo rápidamente la dirección del pueblo".

La tradición aristocrática, de la que es fiel reflejo Cicerón (249), criticó duramente esta ley, diciendo que se trataba de una medida demagógica -- propuesta por Graco para atraerse al pueblo, y que era nociva no sólo para el erario público, sino también para la propia población en cuyo beneficio aparentemente se proponía, pues con las leyes frumentarias se relajaban las costumbres y descendía la moralidad pública y el pueblo se acostumbraba a no trabajar, esperándolo todo de la mano benefactora del Estado.

Sin embargo, hay que advertir que las leyes -- frumentarias no son una invención de Cayo Graco, ya que existen precedentes en otros pueblos de la antigüedad, especialmente en Grecia, ejemplo conocido, sin duda, por los romanos. Por otra parte, no se -- trataba de una verdadera dilapidación de fondos públicos, como cree Gutiérrez Alviz (250), aceptando, sin más, la opinión aristocrática, puesto que se re

partía una cantidad fija de grano al mes (un modio, es decir, algo menos de nueve litros), al precio de dos sesteracios y medio, que si bien era un precio inferior al del mercado libre, debía ser semejante al que alcanzase el grano en los años de mejores cosechas.

Precisamente para luchar con las oscilaciones de los precios y para poder atender a las grandes necesidades de la población, Cayo Graco comenzó también, como luego veremos, una política de construcción de grandes almacenes, semejantes a nuestros modernos silos.

Recientemente se ha puesto de relieve que la ley frumentaria de Cayo vendría a reconocer la falta de eficacia de la ley agraria de Tiberio (251) al cabo de los diez años de su aprobación. Pero esto supone desconocer la propia esencia de la ley agraria, que no pretendía un aumento inmediato de la producción agrícola, sino un mejor reparto de la propiedad y la riqueza. Supone también ignorar la realidad de las reformas agrarias en cualquier lugar y época del mundo, que exigen el transcurso de plazos mucho mayores para que de ellas puedan obtenerse y apreciarse los resultados.

Más razón puede haber, sin embargo, en la crítica que se hace a propósito de la posible contradicción entre la ley agraria y la frumentaria. Con

la primera se pretendía conseguir un movimiento demográfico centrífugo que impulsara a la población a salir de Roma, extendiéndose por todos los campos de Italia, mientras que con la segunda se actuaba en sentido contrario, incitando a la gente a permanecer en la ciudad o incluso a emigrar del campo a ésta, puesto que así tendrían asegurado el abastecimiento de grano barato (252).

El tema es bastante complejo, pues aún cabría preguntar de dónde procedía el trigo a repartir entre la población urbana, si de las provincias, por consecuencia de tributos o de compras a bajo precio, o de la propia Italia, y en qué medida de unas u otras procedencias, lo que podría suponer, de algún modo, una prima a la producción ajena, en perjuicio de la propia.

Parece cierto que la población de Roma aumentó considerablemente en la época de los Gracos. El censo del 135 a. de C. daba un total de 317.933 ciudadanos; el del 130, 318.823; el del 125, 394.726, y el del 120, 394.386. (253). En consecuencia, el gran salto se produce entre los años 130 y 125 a. de C., en que la población aumenta en 75.903 ciudadanos. Ahora bien, hay que tener en cuenta que la ley frumentaria de Cayo Graco se produjo necesariamente siendo él tribuno, es decir, después del 10 de Diciembre del 124 a. de C., fecha en la cual, si

son ciertos los datos del censo, se había producido ya el gran incremento de la población, por lo que no sería atribuible el aumento demográfico al reparto de trigo a bajo precio.

4ª. LEX AGRARIA.

Referencias directas a la aprobación de una -- nueva ley agraria por Cayo Graco encontramos varias (254). Plutarco dice que "de las leyes que hizo (Cayo) en favor del pueblo y para disminuir la autoridad del Senado, una fué agraria, para distribuir -- por suerte tierras del público a los pobres", y Tito Livio afirma que Cayo "presentó otra ley agraria como su hermano" (255).

A pesar del considerable número de referencias a esta ley agraria, sabemos de ella muy poco.

La primera cuestión que nos planteamos es el -- por qué de una nueva ley, sabiendo, como sabemos, -- que después de la muerte de Tiberio el Senado, actuando ahora de acuerdo con la vieja tradición y sabiduría práctica de los antiguos romanos, no se opuso al reparto de tierras, sino que propuso que se eligiera otro triunviro para el reparto, recayendo el nombramiento en P. Licinio Craso, suegro de Cayo Graco (256).

La respuesta se encuentra, a nuestro modo de -- ver, en la obra de Apiano (257), donde se dice que

los itálicos que se sentían perjudicados por la ley agraria de Tiberio acudieron en demanda de auxilio a Cornelio Escipión, el vencedor de Cartago, y éste propuso y consiguió que los triunviros que se encargaban de la recuperación y reparto de las tierras, entendiendo también de los litigios que con este motivo surgían, dejasen de conocer estos asuntos, --- traspasando sus competencias judiciales a los cónsules, que no se ocupaban de estas cuestiones, sino --- que iban a la guerra, abandonando su específica misión judicial en este tipo de pleitos. El resultado, como seguramente habían previsto los terratenientes itálicos, el Senado y el propio Escipión, --- consistía en la inaplicación práctica de la ley --- agraria de Tiberio, lo que explica la necesidad de poner al día una ley que, en realidad, no se había derogado.

La segunda cuestión que nos planteamos, a propósito de la ley agraria de Cayo, es la referente a su contenido. Nada nos dicen de modo expreso las diversas fuentes antes citadas, por lo que hemos de --- recurrir a la formulación de hipótesis, a la interpretación lógica y sistemática de los textos y a --- las opiniones de los historiadores que se han ocupado del tema.

Según lo que hemos dicho, parece lógico que Cayo tratase de remover el principal obstáculo que se

oponía a la aplicación de la ley de su hermano, de modo que es presumible que de nuevo volviese a los triunviros el poder de juzgar en los casos planteados con motivo de la aplicación de la anterior ley agraria. Han aparecido restos arqueológicos correspondientes al año 123 a. de C., con inscripciones de los triunviros, que demuestran que éstos volvieron a tener, entre sus atribuciones, la de juzgar - (258).

Por lo demás, parece que la ley agraria de Cayo debió ser esencialmente la misma de Tiberio, aunque la impresión que tenemos es la de que tal vez - la visión de Cayo fué más amplia e incluso más acorde con las actuaciones modernas en materia agraria. Esto resulta al observar que Cayo se preocupó especialmente de la construcción de vías y caminos, así como de nuevos graneros. Todo ello nos lleva a pensar que la mente de Cayo había concebido un amplio plan de reforma agraria. En realidad, no se trataba sólo de recuperar las tierras públicas para repartirlas entre los proletarios, sino que también se procuraba hacer fincas cultivables que constituyesen una unidad, para lo cual, a veces, resultaba necesario hacer permutas de terrenos (259). Por otra parte, se atendía asimismo a las necesidades de cultivo de las fincas, por lo que se proyectó y trazó una tupida red de caminos, además de las vías prin-

cipales. Cayo se preocupó igualmente de la construcción de almacenes para el grano, que sirviesen de algún modo para prever posibles años de malas cosechas, guardando el trigo recogido en Italia o comprado en las provincias.

Continuando con esta investigación en torno al contenido de la ley, encontramos en la biografía -- plutarquea (260) otro texto que permite deducir que entre las normas establecidas por la ley agraria -- del menor de los Gracos se encuentra una según la -- cual los proletarios que se beneficiaban con la --- asignación de tierras públicas debían pagar al erario una pensión periódica, una especie de vectigal, en reconocimiento del señorío correspondiente al Estado romano. Como luego veremos, el tribuno Livio, colaborador del Senado, que realizó una política ultrademagógica para vencer a Cayo, siguiendo las directrices del partido aristocrático, ofrecía a los proletarios la desaparición del vectigal, para atraer a se incluso a aquellos sectores de la población -- que debían estar más agradecidos a los Gracos y que se suponía debían ser sus más acérrimos defensores.

Según De Martino (261) la ley agraria de Cayo debía contener normas particulares sobre los trientabula, de los que ya hemos hablado, debía excluir de la división importantes porciones del ager publicus, como el ager campanus y el territorio de Ta

rento y, además, preceptos relativos a la modalidad de las asignaciones, a los criterios para seleccionar los beneficiarios del reparto de tierras y a la extensión de las parcelas a asignar, que no tenían por qué ser uniformes.

Finalmente, hay quien asegura (262) que la ley agraria gracana debía contener normas relativas a la anotación de las fincas en los libros catastrales depositados en el erario. Sin embargo, resulta difícil creer esto, porque el sistema de publicidad romano fué indudablemente mucho más imperfecto que los anteriormente establecidos en Egipto o en Babilonia o Asiria, donde existieron auténticos catastros con una finalidad principalmente fiscal, como en nuestros días, e incluso fué también el sistema de publicidad sobre inmuebles romano inferior al griego o al de Israel donde existieron archivos públicos donde se custodiaba la documentación relativa a transmisiones de bienes inmuebles (263).

Aunque el sistema primitivo romano ofrecía, en base a las formalidades de la mancipatio y de la in iure cessio, un cierto tipo de publicidad acorde con un modo de vida patriarcal y poco desarrollado, lo cierto es que dicho sistema acabó por convertirse, con la generalización de la traditio en el prototipo de los sistemas de clandestinidad. En realidad parece difícil creer en la existencia de un ver

dadero catastro en la Roma republicana del siglo II a. de C. y desconocemos el apoyo en que Neumann basa su afirmación (264).

Para terminar nuestra referencia a la ley agraria de Cayo, indicaremos que, aún cuando ésta ocupa todavía un lugar importante en la actividad legislativa y de todo orden de Cayo Graco, no se puede decir que constituya el único ni quizá tampoco el --- principal objetivo del tribuno. En el caso de Tiberio vemos como la ley agraria era el centro y la clave que explicaba todas sus propuestas, su preocupación y su actividad. Cayo acepta la herencia del hermano y, por ello, se sigue preocupando simplemente de la cuestión agraria, no sólo renovándola y -- formando parte hasta su muerte de la comisión triunviral encargada de llevarla a la práctica, sino añadiendo una serie de disposiciones, como las relativas a la construcción de caminos y graneros, que mejoraban los resultados de la vieja ley. Sin embargo, su visión política parece que no quedaba reducida a la resolución del tema de la posesión de las -- tierras, por importante que fuera. El grupo gracano soñaba con una reforma mucho más amplia de la sociedad de su época. Se trataba, no ya sólo de hacer -- participar a los proletarios de la riqueza de Roma y de distribuir mejor las tierras del común. Se pretendía algo más, hacer de toda Italia una verdadera

nación, con un gran centro decisor en Roma, incorporando a la ciudadanía romana a todos los itálicos. La posesión de la tierra y la cuestión agraria habían pasado a un segundo plano en la preocupación de Cayo. Se quería, además, hacer una patria común para todos los habitantes de Italia, adelantándose así a los acontecimientos y evitando lo que poco -- después sería la guerra social, y reformar el sistema de poder de la oligarquía romana, dando entrada a otros elementos distintos de los pertenecientes a las viejas familias patricias, para quizá más adelante implantar un gobierno popular.

5ª. LEX DE COLONIIS SCOLACIUM ET TARENTUM DEDUCENDIS.

Todavía en íntima conexión con la anterior ley agraria se encuentra la propuesta de Cayo para la fundación de dos colonias y su participación en la fundación de otra, que finalmente no se llevó a cabo.

Veleyo Patérculo (265) nos dice que después -- del año 124 a. de C., en que habían sido cónsules -- Casio Longino y Sestio Calvino, se fundaron las colonias de Scolacium Minervium, Tarentum Neptunia y Cartago en Africa, la primera, ésta, que se fundó fuera de Italia.

También el Auctor de viris illustribus (266),

Livio (267) y Apiano (268) nos dan pequeñas indicaciones sobre las fundaciones de colonias atribuidas a Cayo. Así, el primero, indica que Cayo aconsejó - que se enviaran colonos a Capua y Tarento; el segundo señala el momento en que propuso la fundación de nuevas colonias, "prorrogando su tribunado otro año, y presentadas leyes agrarias, logró que se fundasen nuevas colonias en Italia", mientras que Apiano, -- que suele ser preciso, en esta ocasión sólo nos dice que Cayo propuso la fundación de numerosas colonias.

Es Plutarco el que más noticias nos da sobre - este particular, aunque se observa en este caso --- cierta contradicción en el contenido de su biografía, seguramente por consecuencia de la escasa crítica a que sometía sus fuentes de conocimiento. Comienza diciéndonos (269) que después que Cayo fué - elegido tribuno de la plebe, por segunda vez (y no porque hiciese gestiones o pidiese esta magistratura, sino únicamente a solicitud del pueblo), se dió cuenta de que el Senado, en su casi totalidad, era contrario a él, "por lo que procuró captar a la muchedumbre con otras leyes, proponiendo que se enviaran colonos a Tarento y Capua". En el capítulo siguiente narra Plutarco el método que utilizó el Senado para luchar con Cayo, que no fué otro que el - tradicional, utilizando un colega al que habían con

seguido captar para el partido aristocrático. Varió un poco la táctica, pues no se opuso, en esta ocasión, como solía ser lo más frecuente, con el veto, quizá teniendo en cuenta el precedente de Tiberio y Octavio y dado el peligro que suponían los dos primeros plebiscitos hechos aprobar por Cayo. Ahora, - el tribuno proaristocrático, Livio, lo que hizo fue competir con Cayo, al que los aristócratas acusaban de demagogo, con la proposición de otras leyes todavía más gratas para la plebe que las propuestas por Cayo. Efectivamente, dice Plutarco (270) que no proponiendo Cayo más que la fundación de dos colonias a las que habían de enviarse ciudadanos de cierta categoría, decían que aspiraba a seducir al pueblo y al mismo tiempo esas mismas personas, el Senado, los aristócratas y los partidarios de la oligarquía apoyaban a Livio cuando proponía la fundación nada menos que de doce colonias.

Tal como hemos señalado, parece que el párrafo del capítulo octavo de la biografía procede de una fuente antigracana. Por ello, tachó a Cayo de demagogo, mientras que en la exposición del tema en el capítulo noveno parece que Plutarco no considera en absoluto demagógica la actuación de Cayo.

Y más adelante, Plutarco (271) hace referencia a la tercera colonia de que habla Velejo Patérculo, la de Cartago. En efecto, la propuesta para fundar

esta primera colonia romana fuera de Italia la hizo uno de los colegas de Cayo, Rubrio. Además, resultó que en esa fundación tuvo especial relieve la intervención de Cayo, pues a éste se le mandó a Africa a llevar a cabo los trabajos reales de preparación de la colonia.

Apiano (272) amplía algo más estas noticias, - transmitiéndonos observaciones muy significativas. Según él, Graco zarpó para Africa con Fulvio Flaco que, después de su consulado, había sido elegido -- tribuno por las mismas razones que el propio Graco (es decir, directamente por el pueblo, al no haberse cubierto todas las plazas vacantes). Se había decidido fundar una colonia en Africa, a causa de la reconocida fertilidad de aquella tierra, y se eligió a estos dos hombres como fundadores "para qui-tarlos de en medio por algún tiempo, de forma que - el Senado pudiera disfrutar de un descanso frente a la demagogia".

La fundación de esta colonia, con el nombre de Junonia, junto a la vieja Cartago, en realidad, como luego veremos, no sólo dió al Senado ocasión para mantener alejados durante un tiempo, que no fué mucho, a sus enemigos, sino que sirvió como pretext para tender a Cayo una auténtica trampa que acabaría conduciéndole a la muerte.

6ª. LEX MILITARIS.

Otra de las leyes que, según Plutarco (273), - hizo el tribuno en favor del pueblo, para disminuir la autoridad del Senado, fué la militar, "por la -- que se mandaba que del erario se suministrara el -- vestuario, sin que por esto se descontara nada al - soldado de su haber, y que no se reclutara para el servicio a los menores de diecisiete años".

La verdadera reforma del ejército tuvo lugar - en tiempos de Mario, es decir, catorce años después de la muerte de Cayo Graco. A partir de Mario, el - ejército romano abandona la vieja idea de que a los poseedores pertenece el derecho de dirigir el Estado y el cuidado de su defensa. Frente a la idea antigua, que excluía a los proletarios del ejército, aparece la nueva y revolucionaria de Mario, que admite plenamente a los proletarios, a los que no tienen bienes de fortuna. Los pobres hacen de la permanencia en el ejército un verdadero oficio, reenganchándose continuamente. De este modo el ejército romano se convierte de hecho en una institución permanente. Como dice Piganiol (274), "los ejércitos de menesterosos, nacidos de la reforma de Mario, hicieron el Imperio". Y no solamente hicieron el Imperio, añadiríamos nosotros, desde el punto de vista externo de expansión territorial de Roma. Es que la propia estructura interna del Imperio, como sistema

de poder, está basada en la fuerza de las armas y, concretamente, en el ejército. La República muere - en manos de los generales a los que siguen ciegamente los legionarios, a los que adoran los veteranos.

Pues bien, aunque la gran reforma, como decimos, tiene lugar unos años más tarde, Cayo comprendió ya la importancia del ejército para el partido popular y también procuró con disposiciones justas atraerse a los legionarios. Además de fijar el tope mínimo de edad para entrar en el ejército en los -- diecisiete años, Graco consiguió que se diera a los componentes el vestuario necesario, lo que contribuía, entre otras cosas, a establecer la necesaria uniformidad dentro de una milicia verdadera. De --- acuerdo con la propuesta de Cayo, todos los integrantes del ejército, tanto oficiales como soldados, recibían al menos los siguientes elementos: el sagum o capote militar, las caligae o sandalias de tiras y el cassis o yelmo de metal. También es de - suponer que las armas, que se fabricaban en talleres públicos, se entregasen a los legionarios de manera gratuita.

En las escasas palabras que Plutarco dedica al tema queda también de manifiesto otro hecho importante: la recepción de un salario por los soldados. En la época de los Gracos, en el siglo II a. de C., el sueldo era de tres ases por día para el soldado

y de seis para el centurión (275). Teniendo en cuenta que el sestercio de plata equivalía a cuatro --- ases, se puede decir que cada soldado percibía al día algo menos de un sestercio de plata, concretamente las tres cuartas partes. Sabiendo que el sestercio de plata tenía 0,9743 gramos, se puede fijar el haber diario de un soldado en el equivalente a 0,73 gramos de plata. Aún cuando las comparaciones en este sentido son tremendamente difíciles, indicaremos que el precio de esta cantidad de plata amonedada sería hoy de unas cien pesetas.

No hemos conseguido saber, sin embargo, cuál pudiera ser el precio, aunque fuera aproximado, de la vestimenta que recibían los soldados, sin descontárseles el valor de sus haberes, aunque es de suponer que los precios serían bastante elevados, si pensamos en el sistema de producción existente en aquella época, que no permitía una fabricación en serie.

7ª. LEX DE VIIS ET HORREIS.

También acerca de esta nueva ley o grupo de disposiciones encontramos referencias en Plutarco y Apiano. El primero nos da noticia de que Cayo "propuso asimismo leyes para que ... se hicieran caminos y se construyeran graneros" (276), mientras que Apiano sólo se refiere a la construcción de cami-

nos.

La diferencia entre una y otra obra es clara - en este punto. Mientras Apiano va directamente a -- buscar una explicación, como historiador, a la febril actividad de Cayo, el biógrafo Plutarco se extiende en consideraciones más o menos técnicas y -- más o menos reales que embellecen de modo notable - la narración, llegando curiosamente al final a la - misma consecuencia (la popularidad de Cayo), pero - sin haberse definido por la finalidad que perseguía en este caso el tribuno.

Dice Apiano, a este respecto, que "Graco hizo también largas carreteras por toda Italia y así colocó a una multitud de contratistas y artesanos reconocidos a él y preparados para hacer cualquier cosa que quisiera" (277).

Plutarco, en cambio, lo cuenta de la siguiente manera: "Su principal cuidado lo puso (Cayo Graco) en los caminos, atendiendo en su fábrica a la utilidad, al mismo tiempo que a la comodidad y belleza, porque eran muy rectos y atravesaban el terreno sin vueltas ni rodeos. El fundamento era de piedra labrada, que se unía y macizaba con guijo. Los barrancos y precipicios excavados por los arroyos se igualaban y juntaban a lo llano por medio de puentes; - la altura era la misma por todo él de uno y otro lado y éstos siempre paralelos, de manera que el todo

de la obra resultaba a la vista uniforme y hermoso. Además de esto, todo el camino estaba medido y al final de cada milla puso una columna de piedra que sirviera de señal a los viajeros. Fijó además otras piedras a los lados del camino, a corta distancia - unas de otras, para que los que iban a caballo pudieran montar desde ellas, sin tener que aguardar a que hubiera quien les ayudase" (278).

8*. LEX IUDICIARIA.

Esta ley, por la que se variaba el album, es - decir, la lista de donde habían de ser elegidos, en cada caso, los jueces que hubiesen de resolver los pleitos es, sin duda, una de las más importantes y quizá la más sobresaliente de todas las que Cayo -- consiguió que se aprobasen. En ello están conformes todas las fuentes.

Así, Plutarco (279) dice que de "las leyes que hizo en favor del pueblo y para disminuir la autoridad del Senado ... otra (fué) la judicial ... con - la que principalmente quebrantó el poder de los senadores".

Y Apiano (280) concede una gran importancia a esta ley a la que dedica un largo párrafo. "Se dice que poco después de la aprobación de esta ley comen - tó Graco que había roto el poder del Senado de una vez para todas y las palabras de Graco adquirieron

cada vez más profundo significado por el curso de los acontecimientos. Pues este poder de juzgar a todos los romanos e itálicos, incluidos los senadores mismos, en toda clase de materias como propiedad, derechos civiles, destierro, elevó a los caballeros como gobernantes por encima de los senadores y puso a éstos al nivel de súbditos. Así sucedió pronto -- que el dominio político dió la vuelta, quedando el poder en manos de los caballeros y solamente el honor en el Senado".

La importancia de la lex iudiciaria queda atestiguada, además, por la multitud de referencias a ella que se conservan en las fuentes, aunque por -- desgracia, como ahora veremos, esto no hace sino incrementar los problemas, teniendo en cuenta las graves discordancias que aparecen entre unos y otros textos por lo que se refiere al contenido de la disposición legal.

Plutarco, en el lugar antes citado, continúa -- diciendo que Cayo quebrantó el poder de los senadores, "porque ellos sólo juzgaban las causas y, por esta razón, eran terribles a la plebe y a los caballeros, y Cayo añadió trescientos del orden ecuestre a los trescientos senadores e hizo que los juicios fueran en unión y promiscuamente de seiscientos ciudadanos". Y al comienzo del capítulo siguiente, añade: "No sólo sancionó el pueblo esta ley (ju

diciaria), sino que le dió a él mismo la facultad -- de elegir los jueces del orden ecuestre, con lo que vino a ejercer una especie de autoridad monárquica".

Apiano, por su parte, concede mayor importancia al tema de la ley judicial y pretende buscar -- una explicación a la misma, comenzando así su narración: "Habiendo, por así decirlo, comprado a los -- plebeyos, empezó ahora mediante otra maniobra política, a cortejar el orden ecuestre, que ocupaba un puesto intermedio entre el Senado y los plebeyos. -- Transfirió los tribunales de justicia que se habían desacreditado por motivos de soborno, de los senadores a los caballeros, reprochando a los primeros especialmente los recientes ejemplos de Aurelio Cota, Salinator y Manio Aquilio (el conquistador de Asia) todos notorios sobornados que habían sido absueltos por los jueces, aunque los embajadores enviados para quejarse de su conducta estaban todavía presentes e iban de un lado para otro profiriendo graves acusaciones contra ellos. El Senado quedó muy avergonzado ante estas cosas y cedió ante la ley que el pueblo ratificó". Y ya hemos señalado antes que, según Apiano, la ley confería a los caballeros el poder de juzgar a todos los romanos e itálicos, incluidos los senadores, en toda clase de materias.

El resto de las fuentes o introducen nuevos --

elementos dispares o aportan poco por su carácter - muy general. El resumen de Tito Livio (281) nos dice que se eligieron para el Senado seiscientos caballeros y como en aquella época había trescientos senadores resultó que el orden ecuestre tuvo el doble de representantes en el Senado que los antiguos senadores.

Veleyo Patérculo (282) sólo nos dice que Cayo transfirió los juicios del Senado a los caballeros, y Tácito (283) que con las rogaciones Sempronias el orden ecuestre se colocó en una situación en que dominaba los juicios.

De modo que la lectura de las fuentes plantea considerables problemas en torno a esta importante ley de Cayo. En primer lugar, cabe preguntarse si es que realmente pasó todo el poder judicial de los senadores a los caballeros, como sostienen Apiano, Veleyo Patérculo y Tácito fundamentalmente, o si se trataba de conceder una mayoría de 600 caballeros - contra 300 senadores en la lista de los jueces, como parece querer decir Livio, o si, finalmente, como dice Plutarco, senadores y caballeros se colocaron en un plano de igualdad, al añadirse a los 300 senadores que constituían tradicionalmente el album de los jueces, otros tantos caballeros.

La interpretación más lógica, apoyada también, como luego veremos, en el texto epigráfico de la --

lex Acilia, nos inclina a pensar que la reforma grcana en este punto consistió no en eliminar a los - nadores del conocimiento de los juicios, sino en introducir a los caballeros en la lista de los jue- - ces, colocándolos en una posición mayoritaria, lo - que vendría a estar de acuerdo con lo que dice Li- vio y también con lo que dicen la mayoría de los autores, al asegurar que el dominio de los juicios pasó de los senadores a los caballeros, sin indicar - exactamente el número de personas incluidas en el - album.

Una segunda cuestión, supuesta la coexistencia de senadores y caballeros en la lista de jueces, es determinar exactamente el número de jueces. No parece que haya duda sobre la permanencia de los 300 senadores, planteándose sólo la cuestión relativa al volumen de la participación de los équitos. Hemos - dicho que resulta evidente de una interpretación lógica y sistemática de los textos que los caballeros se constituyeron en mayoría en el ámbito de los juicios, por lo tanto habrían de ser más de trescientos. Piganiol (284) acepta el número de 600 caballeros que nos ofrece el resumen de Tito Livio, por lo que, según él, los caballeros se encontraban en una proporción de dos tercios frente a uno, para los senadores, en el album o lista de los jueces.

Llegados a este punto, sin embargo, creemos --

que se puede aceptar la tesis expuesta por Levi --- (285), según el cual el número de caballeros incluídos en la lista de los jueces es de 450. Este autor sostiene que la ley judicial atribuída a Cayo fué - también presentada, como la lex Acilia repetunda- - rum, por el tribuno Acilius Glabrio en el 122 a. de C. Es lógico, sin embargo, que todo el mundo haya - atribuído a Cayo la responsabilidad o el mérito de esta ley, pues aunque hubiese sido presentada por - otro tribuno, se trataba de un miembro de la fac- - ción de Cayo, amigo y colaborador suyo que, induda- blemente, presentó la propuesta por indicación de - Cayo.

Del texto de la lex Acilia repetundarum, que - fué encontrado en Roma, probablemente en siglo XVI, conservamos nueve fragmentos, siete en el Museo Na- cional de Nápoles y dos en el de Antigüedades de -- Viena, y podemos desentrañar algunas cuestiones que ahora nos interesan.

La lex Acilia ordenaba que el pretor peregrino eligiese 450 personas del orden ecuestre que cum- - pliesen una serie de requisitos (vivir en Roma, te- ner una edad comprendida entre 30 y 60 años, y no - ser magistrado o pariente de algún magistrado, ni - hijo, hermano o padre de ningún senador). A esta -- lista confeccionada por el pretor se unían automáti- camente los 300 senadores que eran jueces ipso iu-

re. De todo ello resulta que la lista propiamente - dicha era sólo de los 450 caballeros, porque de todos los senadores no hacía falta hacer lista alguna. Esto ha podido confundir a muchos, que creerían que el grupo de jueces se reclutaba exclusivamente entre los caballeros.

Finalmente, nos vamos a plantear otra importante cuestión en torno a la lex iudiciaria: la relativa al tipo de procesos a que se refiere. Hasta este momento sólo los senadores constituían el cuerpo legal de jueces, tanto en el ámbito civil como en el ámbito de los juicios públicos, penales.

Desde la ley del 122 a. de C. se añade a los senadores un número mayor de caballeros, que estimamos fué de 450, por lo que éstos tuvieron mayoría en el album o lista de jueces. Pero, ¿qué cuestiones estaba llamado a resolver este amplio grupo mixto de jueces compuesto de senadores y caballeros? - ¿Todo tipo de procesos civiles y penales o solamente algún tipo especial de procesos, como los de repetundis?

Este punto no está claro. Hay muchas razones - que inclinan a pensar que la inclusión de los caballeros en el grupo de los jueces sólo tiene eficacia en el ámbito de los juicios públicos, penales, y más concretamente en los procesos de repetundis, esto es, en los procesos por concusión seguidos con

tra los magistrados o gobernadores que, abusando de su poder, imponían exacciones indebidas a los habitantes de las provincias en provecho propio. A esta conclusión llegamos leyendo detenidamente el párrafo antes citado de Apiano. Según el historiador, Cayo consiguió que se transfiriese el dominio en los tribunales de justicia de los senadores a los caballeros, pues los primeros se habían desacreditado por motivos de soborno, citando los casos de Aurelio Cota, Salinator y Manio Aquilio, que fueron absueltos a pesar de que los embajadores enviados para quejarse de su conducta y aportar pruebas estaban presentes en Roma.

A la misma idea llegamos pensando que la lex - Acilia repetundarum, aprobada aquel mismo año, concedía la integración en los jurados a los caballeros, que de este modo se añadían a los senadores, - en la medida que hemos visto, para juzgar los casos de repetundis.

Y esta es la conclusión a la que parecen llegar Balsdon (286), Piganiol (287) y Kunkel (288), - además del propio Levi.

Sin embargo parece que la entrada de los caballeros en el grupo de los jueces no quedó limitada a los casos de repetundis, sino que tuvo carácter - verdaderamente general. Así se desprende de la obra de Plutarco, pero especialmente de la de Apiano, --

que lo dice de un modo claro y expreso al señalar - que Cayo concedió a los caballeros el "poder de juzgar a todos los romanos e itálicos, incluidos los senadores mismos, en toda clase de materias, como - propiedad, derechos civiles y destierro" (289).

Parece, pues, decir Apiano que, aunque el motivo que se aportó para incluir a los caballeros en la lista de los jueces era la parcialidad e inmoralidad de los anteriores jueces (los senadores), que al juzgar las causas de sus compañeros (los ex-magistrados que gobernaban en las provincias) siempre dictaban contra todo derecho una sentencia favorable a los de su clase, no se limitó Cayo a conceder a los caballeros parte en el conocimiento de estas importantes cuestiones en las que estaban involucrados los mismos miembros del Senado, sino que, simultáneamente, les concedió la competencia para conocer las demás cuestiones, en apariencia menos importantes (puesto que normalmente no afectarían a los senadores), como pudieran ser los pleitos civiles - sobre propiedad o cualquier otro derecho.

Nosotros creemos, con base en las fuentes que acabamos de citar, que la lex iudiciaria de Cayo -- Graco concedió el conocimiento de todos los asuntos, civiles y penales o públicos, a los caballeros, junto con los antiguos senadores y, además, colocando a los primeros en situación de franca mayo-

ría. Esta es la opinión de De Martino (290), Mommsen (291) y Alvarez (292).

9ª. OTRAS LEYES FAVORABLES A CABALLEROS Y NEGOCIANTES.

Cayo, además de la norma que acabamos de comentar, propuso y consiguió que se aprobasen otras con la finalidad de favorecer a los caballeros y negociantes. Así, uno de aquellos plebiscitos, al que hace referencia Cicerón (293) reconocía a los caballeros el derecho al uso de asientos especiales en los espectáculos teatrales, como se había hecho en tiempos del abuelo de Cayo Graco, Escipión el Africano Mayor con respecto a los juegos.

Destinado a favorecer a los hombres de negocio fué el plebiscito de vectigalibus, que se preocupaba de la situación de los recaudadores arrendatarios de los tributos, quienes corrían ciertos riesgos, así cuando por causa de fuerza mayor permanecían inactivos y, sin embargo, tenían que ingresar en el tesoro la cantidad convenida, o cuando sufrían daños de cualquier índole por consecuencia de las exacciones. En tales casos el plebiscito gracano les concedía una indemnización del Estado por pérdidas que se podían considerar imprevisibles (294).

10ª. LEX SEMPRONIA DE ASIA.

Como señala De Martino (295) la opinión común, aunque procedente de fuentes poco seguras, es que Cayo hizo aprobar una ley sobre la nueva provincia de Asia en la que todo su territorio era declarado ager publicus, imponiéndose simultáneamente sobre todo él un impuesto de una décima parte de los productos y concediéndose la exacción a las compañías de publicanos, constituidas en Roma mediante el sistema de arrendamiento.

Con ello parece que el partido democrático obtenía un doble triunfo: por una parte, hacía ingresar en el tesoro importantes cantidades de dinero procedentes de la rica provincia de Asia, con lo -- que se atraía a la plebe, a la que simultáneamente podía conceder grano barato, y por otra, al conceder el arriendo de la exacción de los tributos a -- los publicanos, conquistaba una nueva concesión, -- que se venía a sumar a las anteriormente comentadas, a la clase de los caballeros y negociantes en general.

Apiano se refiere a la lex Sempronia de Asia - (296), explicando que el sistema impositivo contenía la novedad de que no se le exigía a los habitantes de la provincia de Asia (el antiguo reino de -- Pérgamo, que el rey Atalo había dejado a los romanos en su testamento) una cantidad fija de dinero -

en concepto de impuestos, sino una porción de las cosechas anuales, de tal manera que el pueblo romano podía compartir con ellos las vicisitudes de los cambios climáticos y la variación en las cosechas.

11ª. LEX SEMPRONIA DE CIVITATE LATINIS ET DE -
LATINITATE SOCIIS DANDA.

Como ya hemos advertido anteriormente, estas leyes o propuestas que venimos atribuyendo a Cayo Graco son, en rigor, propuestas presentadas por el grupo democrático. Especialmente se observa esto en el punto que vamos a tratar ahora, es decir, en el relativo a la propuesta gracana para la extensión de la ciudadanía romana a los latinos y de la latinidad a los demás aliados itálicos.

En efecto, la primera propuesta, en esta línea, fué presentada no por Cayo sino por Fulvio Flaco, en el año 125 a. de C., cuando éste era cónsul. A esta propuesta se refiere Apiano (297) con las siguientes palabras: "Algunos proponían que todos los aliados itálicos, que ofrecían a ello la mayor resistencia, (a la devolución y división de las tierras del ager publicus) fuesen admitidos a la ciudadanía romana, de manera que, por gratitud a este mayor favor, pudieran dejar de pelear por la tierra. Los itálicos estaban dispuestos a aceptar el plan, porque preferían la ciudadanía romana a la posesión

de los campos. Fulvio Flaco, que tenía el doble cargo de cónsul y triunviro, hizo los máximos esfuerzos por llevar a cabo el proyecto, pero los senadores se irritaban ante la idea de convertir a sus súbditos en ciudadanos iguales a ellos mismos".

Hay que advertir que esta propuesta de Fulvio era más avanzada que la que después propondrá Graco. En el 125 a. de C. el grupo democrático pretende, a través de la propuesta del cónsul, nada menos que extender la ciudadanía romana a toda Italia, casi hasta los Alpes.

Si se hubiese conseguido esto, se hubieran evitado muchas muertes en los años siguientes, pero la propuesta de Fulvio cayó, no sabemos si por la simple interposición del veto por su colega (M. Plauto Hypseo) o porque, sometida a votación, el pueblo no la admitiese. En todo caso, la responsabilidad es íntegramente del Senado y los oligarcas, a los que no resultaría difícil convencer a la plebe con la mezquina idea de que la concesión de la ciudadanía romana a los aliados implicaba automáticamente una disminución de los derechos y privilegios que hasta entonces la ciudadanía comportaba. Del texto apiano hay que recoger la idea de la proposición por el cónsul Fulvio de la concesión de la ciudadanía a todos los itálicos. Según el historiador, los itálicos estaban de acuerdo, porque preferían la ciudada

nía a la posesión de los campos (se entiende de los campos con categoría de ager publicus, pertenecientes al Estado romano). Sin embargo, habría que hacer distinciones. La gran mayoría de los habitantes itálicos posiblemente no poseía tierras públicas o, si las poseía, no tenía en tal cantidad como para ser obligados a la devolución, por lo que difícilmente se puede admitir el razonamiento de Apiano. -- Casi podríamos pensar en lo contrario. Al concederse la ciudadanía a todos los itálicos, todos los -- que careciesen de tierras tendrían acceso, de este modo, al reparto propugnado por los Gracos. En consecuencia, la mayoría de los habitantes de Italia -- estaban interesados en conseguir la ciudadanía romana, porque para ellos tal adquisición no comportaba ninguna pérdida, sino al contrario, la posibilidad de nuevos derechos, en especial por lo que se refiere a la concesión de tierras comunales en un hipotético reparto.

Pero hay un segundo grupo importante de itálicos a los que más difícilmente puede aplicarse el -- texto de Apiano. Nos referimos a los grandes terratenientes, los que efectivamente se verían obligados a devolver las tierras del público que estuviesen poseyendo. Según el razonamiento de Apiano estos poseedores preferían la ciudadanía romana a la posesión de los campos. Como señala Levi (298), pa-

rece demasiado aventurado afirmar lo que dice Apiano, además de que éste desconoce o, por lo menos, no menciona la rebelión de Fregele, por no haberse concedido la ciudadanía a los latinos en aquella -- ocasión, lo que demuestra el interés que los aliados tenían por la ciudadanía, y tampoco hace referencia a la cláusula contenida en la rogatio de Fulvio, que ofrecía el derecho a la provocatio (Valerio Máximo IX, 5, 1) a quienes no querían cambiar la ciudadanía (lo que vendría a demostrar, simultáneamente, que a muchos itálicos podría no interesarles la ciudadanía romana).

De todas formas, eso son cuestiones secundarias. Lo principal y que ahora nos interesa recalcar es el hecho de la propuesta, adelantada en el 125 a. de C. por el cónsul democrático Fulvio Flaco, en que se solicitaba la concesión de la ciudadanía a todos los itálicos. Dicha propuesta no prosperó y, a consecuencia del malestar que este hecho -- produjo, algunas ciudades aliadas, como Fregele, se sublevaron, siendo la sedición aplastada por las armas.

En el segundo tribunado de Cayo, es decir, durante el 122 a. de C., éste presentó una nueva propuesta, en la misma dirección que la anterior de -- Fulvio, si bien de menor alcance, más modesta, como reconociendo que el paso que se pretendía había que

conseguirlo gradual y paulatinamente.

En la historia de Apiano (299) encontramos recogido el hecho con suficiente claridad, pues nos dice que Cayo "se dirigió a los aliados latinos para que pidieran los derechos de la ciudadanía romana, ya que el Senado no podía decentemente negar este privilegio a hombres de la misma raza. A los --- otros aliados, que no estaban autorizados a votar --- en las elecciones romanas, trató de darles el derecho al sufragio, con objeto de tener su ayuda en la promulgación de leyes que tenía en proyecto".

De modo que, al ver Cayo y, con él, todo el -- partido democrático, que era imposible, de momento, por la oposición del Senado, conseguir la concesión de la ciudadanía a todos los italianos se contentaba con la obtención de la misma para los latinos, -- colocando simultáneamente al resto de los aliados -- itálicos en la posición que hasta entonces ocupaban los latinos, es decir, con el derecho a votar cuando se encontrasen en Roma.

La obra de Plutarco introduce algún elemento -- de confusión, pues habla en tres ocasiones (300) de la ley federal, diciendo en la primera que por ella "daba a los habitantes de Italia igual voz y voto -- que a los ciudadanos", y en las otras dos que lo -- que pretendía Cayo era "que se admitiera a los lati nos a la participación de los derechos de la ciu- -

dad".

El único punto de la obra de Plutarco discrepante, en esta cuestión que examinamos, de la de -- Apiano, es el relativo a la posición de los itálicos, que para Plutarco sería de equiparación con -- los ciudadanos romanos, y para Apiano con los antiguos latinos. Pero quizá quepa reconducir la obra -- de Plutarco a una interpretación acorde con el sentido del texto apiano. Plutarco quizá quiso decir, en su capítulo quinto de la biografía de Cayo, que éste pretendía simplemente que los itálicos tuviesen el mismo derecho al voto que los ciudadanos romanos cuando se encontrasen en Roma, lo que es exactamente lo mismo que señala Apiano.

El sentido de los textos, gracias a la precisión expositiva de Apiano, parece estar claro, de modo que nadie acepta (301) el texto de Velejo Patérculo (II, 6, 2), según el cual la propuesta de -- Cayo daba la ciudadanía a todos los itálicos, extendiendo ésta casi hasta los Alpes.

En resumen, con respecto al problema de la extensión de la ciudadanía a los federados y aliados itálicos se propugnaron dos soluciones por parte -- del grupo gracano: una, más avanzada y completa, la del cónsul del año 125 a. de C., M. Fulvio Flaco, -- que propuso una ley conforme a la cual se equiparaban totalmente ciudadanos romanos, latinos e itáli-

cos. Se trataba de extender, ya en el siglo II a. - de C., la ciudadanía a toda Italia. La consecuencia inmediata de esta propuesta sería que la ley agraria de Tiberio se aplicaría sin ningún tipo de cortapisas en toda Italia, pero lo verdaderamente importante era la nueva concepción del Estado romano que no se limitaba a la urbe, sino que cobraba una amplitud hasta entonces insospechada. La propuesta no prosperó, pero había puesto de manifiesto las -- dos tendencias, progresista y conservadora, en torno a la concepción del Estado romano.

La segunda solución, la de Cayo Graco, era más realista y limitada, aunque por sus efectos podría haberse equiparado a la anterior. Pretendía simplemente la concesión de la ciudadanía romana a los la tinios y la concesión del derecho al voto también a los itálicos que se encontrasen en Roma en día de - comicios, como lo venían haciendo los latinos que - se hallasen en esa situación. La eficacia de ese vo to, además, se pretendía ampliar, porque los itálicos podrían votar en cualquier sección electoral y no en una determinada. Se pretendía establecer una base firme para continuar posteriormente la lucha - en orden a la consecución de nuevas conquistas. Esta segunda propuesta, más limitada, encontró la más fuerte oposición del Senado y a raíz de la misma la oligarquía decidió eliminar al joven Graco.

12ª. LEX SEMPRONIA DE COMITIIS.

Ya dijimos anteriormente que hay una notable - diferencia entre el programa político de Tiberio y el de Cayo.

El primero gira casi en su totalidad en torno a la idea básica de la que tradicionalmente se ha - llamado reforma agraria. Tiberio trataba de volver a poner en vigor, si es que alguna vez habían sido de hecho cumplidas, las leyes Licinio Sextias, recuperando las tierras públicas poseídas en exceso por algunos terratenientes para entregárselas a otros - ciudadanos que carecían de lo más necesario. Tiberio es indudable que tenía un ideal político y creía que el modo de llevarlo a cabo era la recuperación y posterior división del ager publicus poseído en exceso por la oligarquía.

En los pocos años que transcurren desde la --- muerte de Tiberio hasta la entrada en la escena política de su hermano menor, parece como si el grupo gracano, el grupo democrático, hubiese avanzado mucho, no sólo en la definición y delimitación del -- ideal político perseguido, sino también en la formulación de los puntos concretos que había de reformar. En efecto, en los tiempos de Cayo el grupo gracano ya no se limita a la ley agraria de Tiberio, - que ni siquiera aparece claramente como el elemento básico de la reforma. Se han propuesto leyes o ple-

biscitos como los de abactis y de provocatione que vendrían a ser normas básicas de control democrático. Se consiguió aprobar la ley frumentaria, y ---- otras, como las destinadas a la construcción de --- vías y graneros, o las militares, en las que parece que lo fundamental es la atención al pueblo para -- que éste goce, en la mayor medida posible, de las - ventajas que a la comunidad romana le ha producido su privilegiada situación. Se democratiza la administración de justicia, dando entrada en el elenco de jueces a los caballeros y hasta se propone, como acabamos de ver, la concesión de la ciudadanía a to dos los itálicos o, cuando esto resultó imposible, al menos a todos los latinos.

La última propuesta de Cayo de que tenemos noticia (302) es también política y profundamente democrática. Uno de los graves problemas que estaba - en la mente de todos los hombres del pueblo, por la propia evidencia de los hechos, era el relativo al sistema de votación en los comicios. Con razón se - ha podido decir que el sistema político establecido con la reforma serviana, y que se utilizó durante - todo el tiempo de la República, era timocrático, -- plutocrático y conservador (303). Propuesta una ley para su votación a los comicios comenzaban exponien- do su sentir y votando las centurias de los équi- - tes, a continuación las de la primera clase, luego

las de la segunda y así sucesivamente. Como quiera que con mucha frecuencia los intereses y el parecer de los caballeros y la primera clase eran los mismos ni siquiera había lugar a continuar la votación más allá de la primera clase, porque ya se había -- conseguido la mayoría. La mayor parte de los ciudadanos se puede decir que no llegaban a votar jamás. La injusticia era evidente a los ojos de todo el -- mundo.

Para luchar contra ella proponen los gracanos, por boca de Cayo, que en las votaciones para la --- elección de los cargos curules no se vote por el -- tradicional orden decreciente, sino por el orden -- que la suerte estableciese.

Ahora bien, como observa De Martino (304), con esta propuesta no desaparecía el carácter timocrático de la asamblea por centurias, supuesto que éste no residía fundamentalmente en el orden de las votaciones, sino en el número de centurias atribuido a cada clase.

Parece como si también en este caso el grupo - gracano (de la misma manera que, a propósito de la ley federal, redujo su propuesta inicial a una segunda más leve y llevadera para el Senado) hubiese tenido miedo de proponer aquello que sabía de antemano era imposible conseguir del Senado: la modificación absoluta del sistema de votaciones, no la --

del simple orden de las mismas.

Lo cierto es que no sabemos si esta propuesta fué aprobada, aunque es muy probable que tampoco lo fuese, como no lo fué la ley federal. En definitiva, el Senado, que calificó de revolucionarios a -- los hermanos Graco y a sus partidarios, se oponía -- con todas sus fuerzas a cualquier evolución del sistema político hacia formas democráticas.

IX. ACTUACION Y FRACASO DE CAYO.

1.- Su actuación.

Sobre las bases de unas cualidades personales excepcionales, entre las que sobresalen sus dotes oratorias, reconocidas incluso por sus enemigos, y un carácter enérgico y activo que conseguía llevar a buen término innumerables empresas, presionado -- por una especie de obligación de carácter personal que le empujaba a continuar la obra comenzada por su hermano, contando con el apoyo indudable del grupo gracano, democrático, y con una inteligencia personal que le permitía tener una visión general de la sociedad de su tiempo y de los grandes problemas que la aquejaban, elaboró un auténtico plan, que se resume en dos ideas que pone de relieve Plutarco a propósito de las propuestas de ley formuladas por Cayo.

Todo ello lo hizo el tribuno, según dice su biógrafo, "en favor del pueblo y para disminuir la autoridad del Senado".

Este plan lo describe Apiano con gran claridad, como luego veremos. Uno tras otro, pero con rapidez, pretendió atraerse a todos los sectores so-

ciales que podían ayudarle en su lucha contra el Senado: el pueblo, primero, el orden ecuestre, después, y más adelante, comerciantes, contratistas, artesanos, aliados latinos e itálicos e incluso los habitantes de las provincias.

De la magnífica oratoria de Cayo ya hemos hablado en diversas ocasiones. Plutarco, en los cuatro primeros capítulos de la biografía del joven -- Graco, se refiere a ella en varios pasajes. Así nos dice que la primera vez que intervino en un debate público fué en defensa de un amigo suyo, un tal Vecio. Pero lo más interesante son las observaciones que, en torno a este hecho, nos hace Plutarco. Los demás oradores eran "unos muchachos comparados con él" y, por consecuencia de ello, "los poderosos volvieron a concebir gran temor y trataron ... de que Cayo no ascendiera al tribunado de la plebe" (305).

En otra ocasión nos cuenta el queronés que después de servir varios años al ejército en Cerdeña - el Senado decretó que la tropa fuera relevada pero que permaneciese allí el pretor Orestes lo que automáticamente implicaba también la prórroga del servicio del cuestor, Cayo. Este no acató tales órdenes y marchó a Roma. Cuando se le acusó por esto ante - los Censores pidió permiso Cayo para hablar y lo hizo "de tal manera que mudó los ánimos de los oyentes, que salieron persuadidos de que él era el que

había recibido muchos agravios" (306).

En el siguiente capítulo nos cuenta Plutarco - que, después de conseguido el primer tribunado, "al instante fué el primero de todos por su elocuencia, en que nadie le igualaba" (307).

Y todavía, después de recoger Plutarco parte - del texto de un discurso en que Cayo recordaba a la gente lo que se había hecho con su hermano, señala que "con discursos como ése conmovía al pueblo" --- (308).

En resumen, se ha llegado a decir y nada menos que por Cicerón que la oratoria de Cayo fué francamente la más brillante de la literatura latina (309).

Pero no sólo eran sus palabras, más o menos -- hermosas y brillantes, las que hacían crecer la fama de Cayo entre las gentes. A ello se unían, decía mos antes, un sinnúmero de actividades y empresas - útiles, realizadas con gran eficacia, dando mues- - tras de una extraordinaria valía personal.

Plutarco nos lo describe con elegancia. Des- - pués de hablar de las propuestas que hizo Cayo para la fundación de colonias y para que se hicieran caminos y se construyeran graneros, dice que "de todas estas obras se hizo él mismo presidente y administrador; y siendo tantas y tan grandes, de nada - se cansaba sino que con admirable presteza y trabajo las dió concluidas, como si atendiera a una so-

la, de manera que aún los que más le aborrecían y temían se mostraban pasmados de verle en todo tan eficaz y activo. El pueblo admiraba también el singular espectáculo que aquello ofrecía al ver la gran muchedumbre que le seguía de operarios, artistas, legados, magistrados, soldados y literatos... Era por tanto -concluye Plutarco- popular, con más destreza todavía en el trato y en los hechos que en los discursos pronunciados en la tribuna" (310).

También Apiano dice que "Graco hizo largas carreteras por toda Italia y así colocó a una multitud de contratistas y artesanos reconocidos a él y preparados para hacer cualquier cosa que quisiera" (311).

A esto hay que añadir los trabajos de Cayo en la comisión encargada del cumplimiento de la ley agraria, a la que pertenecía desde la creación del mismo triunvirato hasta su muerte, y no hay que olvidar tampoco que Cayo intervino activamente en la fundación de colonias como Tarento y Capua (312) y más tarde en la colonia junonia, junto a la antigua Cartago (313).

Pero toda la inmensa actividad de Cayo, tanto la de orden legislativo, a la que nos referimos en el capítulo anterior, como la de orden material, a la que acabamos de aludir, obedece a un plan que parece científicamente estudiado. En opinión de Plu-

tarco, Cayo estaba empeñado en disminuir la autoridad del Senado, adoptando medidas que mejorasen la situación del pueblo, y Apiano concreta aún más los métodos utilizados por Cayo para conseguir su plan. Toda aquella serie de propuestas y estas actividades materiales, como la fundación de colonias o la construcción de graneros y caminos, tienen para el historiador un evidente sentido. Con ellas pretende Cayo irse atrayendo a los diversos sectores de la población que le pueden ayudar en su lucha contra el Senado y la oligarquía.

Así, dice Apiano, comentando la ley frumentaria, en virtud de la cual se hacía un reparto mensual de trigo a todos los ciudadanos por cuenta del Estado, que "esto le trajo rápidamente la dirección del pueblo" (314). Incluso afirma que inmediatamente después de esta proposición fué elegido tribuno para el año siguiente.

En el capítulo siguiente de su obra, habla --- Apiano de "otra maniobra política" de Cayo, la dirigida a "cortear al orden ecuestre, que ocupaba un puesto intermedio entre el Senado y los plebeyos", para lo que hizo la propuesta de ley judicial que daba entrada en el album de los jueces a los caballeros (315).

Con la construcción de grandes obras públicas, como los graneros y los caminos, dice Apiano que --

consiguió dar ocupación y ocasión de ganancia a multitud de contratistas y artesanos a los que de este modo conquistó también para su causa (316).

Y de la misma manera comenta Apiano que Cayo - se dirigió a los aliados latinos para que pidieran la ciudadanía y al resto de los aliados, es decir, a los itálicos, trató de darles el derecho a votar en las asambleas romanas cuando se hallasen presentes en la civitas, todo ello "con objeto de tener - su ayuda en la promulgación de leyes que tenía en - proyecto" (317).

Y en este mismo orden de ideas cabe completar ese minucioso y vasto plan descrito por Apiano con algún otro aspecto, también importante, puesto de relieve por Plutarco. En efecto, según el biógrafo procuró atraerse Cayo a los habitantes de las provincias para que en la medida de lo posible contribuyesen en su momento al triunfo de la posición del tribuno.

Hallándose Cayo en el ejercicio del tribunado, el procónsul Fabio, que estaba entonces en España, envió desde ésta a Roma una gran cantidad de trigo en concepto de tributo. Según Plutarco, Cayo persuadió al Senado para que ese trigo llegado de España se vendiera, enviándose su precio a las ciudades de donde procedía y para que se reconviniere y amonestase al procónsul porque "hacía a los pueblos dura

e insufrible la dominación romana". Naturalmente, - dice Plutarco, este hecho aumentó enormemente la fama de Cayo en las provincias.

2.- Su fracaso.

Comúnmente hablamos del fracaso de Cayo Graco, y tiene su sentido, puesto que sus enemigos acabaron con su vida y con la de la mayoría de sus partidarios (tres mil fueron echados al río y se vendieron sus haciendas para el erario, según Plutarco, - en el capítulo XVII de la Vida de Cayo). Pero vistas las cosas con perspectiva, sobre todo la que -- nos dan más de veintiún siglos, lo cierto es que, - al menos en gran medida, las intuiciones o previsiones, e incluso pretensiones, de Cayo se cumplieron en un período de tiempo relativamente breve.

Con él comienza, en realidad, el fin de la República romana, que no supo amoldarse a las circunstancias ni estar en aquellos momentos a la altura necesaria. A partir de entonces Roma deja de estar regida por un grupo de cabezas más o menos mediocres, pero en conjunto sensatas e inteligentes, para quedar en manos de personas individuales y concretas, bien sean generales (Mario, Sila, César, Pompeyo) o emperadores, como Augusto y sus sucesores, o autén-

ticos intrigantes. Se suele fijar la fecha del 27 - a. de C. como el comienzo de una nueva etapa, el -- Principado, en la Historia de Roma, pero la desaparición, de hecho, de la constitución política republicana no se produjo en un instante. Había comenzado tiempo atrás. En la época de Augusto, el Senado era ya un simple instrumento en las hábiles manos - del emperador. Habían pasado menos de cien años desde que muriera Cayo Graco.

La concesión de la ciudadanía romana a los itálicos no tardó ni siquiera cincuenta años.

La participación en la política romana de los grandes negociantes y de los hombres de las finanzas era un hecho con respecto al cual Cayo se limitó, prácticamente, a darle sanción legislativa.

En cuanto al reconocimiento de las provincias, fué algo tan necesario que sin él no se podría haber construído, y menos mantenido, el gran imperio de Roma. El máximo esplendor de aquella sociedad se produjo cuando las provincias se unieron al esfuerzo común y aportaron no sólo materias primas y riqueza, sino también cultura, conocimientos e incluso grandes hombres.

De todas formas, a corto plazo o de modo inmediato la actuación de Cayo Graco, terminó en un -- evidente fracaso. Cayo perdió la lucha con el Senado y pagó con su propia vida y la de muchos de sus

partidarios. Trataremos ahora de examinar las causas por las que se llegó a este extremo.

La principal es, sin duda, la enemistad con el Senado, que, según señala Plutarco, se consideró -- desde el primer momento incompatible con Cayo y sus ideas, tratando por todos los medios de que el joven Graco no ascendiera al tribunado de la plebe -- (318). Al parecer, el Senado vigilaba continuamente la actividad de éste, incluso antes de iniciar su vida política, lo que explica el deseo de aquél de prolongar su estancia en Cerdeña, cuando se encontraba en el ejército como cuestor a las órdenes del cónsul Orestes, evitando en la medida de lo posible la vuelta a Roma (319).

Desde luego, esa enemistad se transformó en lucha abierta cuando Cayo accede al tribunado. Dice Apiano que Cayo pidió el tribunado porque "muchos de los senadores le trataban desdeñosamente" (320) y una vez que fué elegido y comprendió que tenía alguna fuerza, él mismo debió plantearse su vida política como una auténtica lucha a muerte con el Senado.

El capítulo quinto de la biografía plutarquea sobre Cayo comienza advirtiéndole que todas las propuestas legales que presentó el tribuno las hizo para disminuir la autoridad del Senado.

Apiano, por su parte, señala que el Senado es-

taba ya enormemente intranquilo con los movimientos del grupo gracano, incluso antes de la elección de Cayo como tribuno. Así, cuando siendo cónsul y trium viro Fulvio Flaco, éste avanzó una propuesta para la concesión de la ciudadanía romana a todos los -- aliados latinos, "los senadores se irritaban ante - la idea de convertir a sus súbditos en ciudadanos - iguales a ellos mismos" (321). Es indudable que esta irritación debía dirigirse contra Cayo Graco --- que, si no era ya entonces, llevaba trazas de convertirse en el verdadero jefe del grupo antisenatorial. Poco tiempo después Cayo consiguió el tribunado de la plebe.

Por supuesto que era el Senado la auténtica -- fuente de poder en la época y que era él quien movía los hilos en la lucha contra Graco. Pero no era el Senado, como tal, el único enemigo de Cayo, lo - que contribuyó también a hacer más fácil su derrota.

Durante el primer tribunado de Cayo, encontrándose éste en el cénit de su carrera política empleó parte de sus fuerzas y popularidad en conseguir que saliera elegido cónsul Cayo Fanio (que luego le iba a traicionar), en lugar de Lucio Opimio (322), que era candidato más del gusto del Senado. Al año siguiente, Lucio Opimio consiguió ser cónsul, y Cayo se encontró con que durante su segundo tribunado te

nía como enemigos, además del Senado, a los dos cónsules Lucio Opimio y Quinto Fabio Maximo, el primero herido en su amor propio por el tribuno. El rencor que guardaba Lucio Opimio a la persona de Graco parece claro que es uno de los elementos decisivos en la batalla final, porque es precisamente este Lucio Opimio uno de los instrumentos de que se sirve el Senado para plantear la lucha al tribuno.

Por si fuera poco contar con la enemiga del Senado y los cónsules, parece que también provocó Cayo la ira de sus colegas. Cuenta Plutarco (323) que en una ocasión en que se iba a dar un espectáculo de gladiadores en la plaza, los magistrados habían colocado empalizadas y corredores de madera con ---asientos, desde los que se pudiera contemplar el espectáculo, que pensaban arrendar. Pretendió Cayo --que se quitasen para que el pueblo pudiera ver gratis el espectáculo, pero nadie le hizo caso. Sin embargo, la noche antes del mismo día dió orden a sus operarios para que echasen abajo los corredores y --empalizadas. Dice que con esto disgustó a sus colegas e incluso que, por consecuencia de esta actuación, "le quitaron el tercer tribunado, porque si --bien tuvo muchos votos, los colegas hicieron injusta e indignamente la regulación y el anuncio" de la elección.

A esto hay que añadir los propios defectos per

sonales del joven Graco, que en alguna medida pudieron acarrearle la pérdida de partidarios y, en última instancia, de fuerza real. Aunque estos datos -- hay que aceptarlos con sumo cuidado, puesto que se encuentran recogidos en la obra de Plutarco, claramente influida, en buena parte, por la tradición -- aristocrática antigracana, lo cierto es que se nos habla en la biografía, y con visos de realidad, del carácter demagógico y ambicioso de Cayo Graco, además de fogoso y guerrero. Plutarco nos dice también que, cuando su situación era más comprometida y su estrella decaía, "lo primero que hizo fué trasladar su habitación desde el palacio al barrio debajo de la plaza, como más plebeyo" ... lo que indudablemente es un dato que puede interpretarse como indicio de demagogia, y un poco más adelante, en el mismo capítulo nos muestra un Cayo jactancioso y embaucador que promete protección a los confederados, a -- los que el cónsul Fanio ordena salir de Roma con -- ocasión de la emisión del voto sobre algunas propuestas de Cayo, y que luego, llegado el momento, -- no es capaz de poner en práctica las promesas que -- hizo, permitiendo que los lictores llevasen preso a alguno de sus partidarios.

Indudablemente estos hechos provocarían una -- disminución del prestigio del tribuno, lo mismo que la mala reputación que tenían algunos de los más ca

racterizados partidarios de Graco y cabecillas del grupo. Así, por ejemplo, Plutarco habla de Fulvio Flaco, el amigo de Cayo y su colega para el reparto de las tierras, diciendo que "era hombre turbulento" y que esta amistad fué "la que principalmente perjudicó a Cayo, a quien alcanzó gran parte del odio contra aquél" (324).

Después de todo lo dicho, y en resumen, resulta que la causa fundamental del fracaso inmediato de Cayo Graco fué su enfrentamiento directo con el Senado. Parece claro también que el tribuno midió mal sus fuerzas. Creyó que podía luchar contra el Senado, después de haberse atraído al pueblo, haber conquistado el agradecimiento de los caballeros y negociantes, y teniendo de su parte a los aliados latinos e itálicos e incluso a buena parte de los provinciales. Pero no comprendía que era difícil que pudiera tener de su parte, de verdad, a toda la plebe, ni que los caballeros eran por ley natural aliados lógicos de los senadores, puesto que pertenecían a la misma clase, ni que el apoyo de los aliados y provinciales todavía era un poco hipotético, como si se tratase de un fruto sin madurar.

En una palabra, el Senado era todavía un enemigo demasiado fuerte para Cayo, que no había logrado aglutinar al resto de las fuerzas en torno a él.

Pero ni Graco ni sus enemigos practicaron o in

tentaron en ningún momento, salvo quizá inmediatamente antes de morir Cayo (325), la práctica del -- convenio o el acuerdo.

El poder y la experiencia del Senado vencieron al joven Graco en una batalla desigual. El método - empleado fué sencillo, como nos revelan Plutarco y Apiano: la utilización de la demagogia en grado extremo.

Dice Apiano (326) que cuando Graco se dirigió a los aliados latinos para que pidieran el derecho a la ciudadanía romana y, al mismo tiempo, trató de conseguir para los demás aliados itálicos, que no - estaban autorizados a votar en las elecciones romanas, el derecho al sufragio, el Senado se alarmó extraordinariamente, porque pensaba que de este modo Graco podría llegar a hacerse poco menos que invencible, ya que, con ayuda de todos estos nuevos votantes, el tribuno podría sacar adelante cualquier nueva norma que propusiera. El Senado reaccionó inmediatamente, ordenando a los cónsules que prohibiereran permanecer en Roma, o acercarse a menos de cuarenta estadios de la ciudad, a quienes no tuviesen el derecho del sufragio. Al mismo tiempo, y esto hubiera sido suficiente (pero había el precedente de la deposición de Octavio por Tiberio) persuadió, como era habitual en estos casos, a uno de los tribunos para que se opusiese a las pretensiones de Cayo

con el veto. Este tribuno fué Livio Druso, quien, - como advierte Apiano, no dijo al pueblo las razones por las que interponía el veto contra las leyes propuestas por Graco, porque no se requería del tribuno la explicación de su veto. Y todavía más "para - conciliarse al pueblo, dieron a Druso el privilegio de fundar doce colonias, y los plebeyos se sintieron tan complacidos por ello como descontentos ante las leyes propuestas por Cayo".

Y la misma idea, pero expuesta todavía con mayor claridad, se encuentra recogida en la obra de - Plutarco. Después que Graco propuso la fundación de colonias en Tarento y Capua y que se admitiera a -- los latinos a la participación de los derechos que comportaba la ciudadanía, "temió el Senado que se - hiciese del todo invencible y recurrió a un nuevo y desusado medio para apartar de él el amor de la muchedumbre, cual fué el de hacerse popular y favorable a ésta en exceso" (327), utilizando para ello a uno de los colegas de Cayo que era Livio Druso, --- quien "propuso leyes ... con la sola mira de exceder a Cayo en favor y condescendencia para con la muchedumbre" (328).

Como Cayo había propuesto la fundación de dos colonias, Druso propuso la fundación de doce. Si Cayo quería llevar a aquellas buenos ciudadanos y cultivadores experimentados, Druso proponía llevar a -

los más pobres e infelices.

Como Cayo, al repartir las tierras en aplicación de la ley agraria, impuso a los beneficiarios de los lotes el pago de una pensión, Livio la quitó. Y así otras cosas por el estilo. De este modo la plebe abandonó prácticamente a Cayo.

El pretexto concreto utilizado por el Senado para la batalla final fué la fundación de la colonia junonia en Africa. El Senado había decidido la fundación de una nueva colonia en Africa, en terrenos muy fértiles, cerca de la antigua Cartago y, para quitárselos de en medio por algún tiempo, mandó allí a Cayo Graco y a Fulvio Flaco.

Mientras tanto, Livio Druso, el tribuno pro-se natorial, estaba haciendo labor de zapa entre la plebe, por lo que, enterado Cayo, vuelve a Roma.

Una vez Graco en la ciudad, se le acusa de no haber respetado la ley fundacional, pretendiendo -- llevar allí más colonos de los previstos; se le acusa, igualmente, de sacrilegio, al no respetar la voluntad de Escipión que, al destruir Cartago, la había destinado a pasto de ovejas para siempre, pretendiendo fundar precisamente encima de los restos de la odiada ciudad enemiga (329), y hasta se propagan infundios y bulos asegurando que habían aparecido malos augurios en el momento de la fijación de los límites.

Todo esto se hacía con ánimo de irritar a Cayo, encender su ira, provocarle a la lucha.

Todavía más, uno de los cónsules, Opimio, que ya dijimos antes era enemigo personal de Graco, a raíz del desaire sufrido por su culpa en las anteriores elecciones, propuso abrogar la ley relativa a la fundación de la colonia junonia en Cartago.

"Cuando Graco y Fulvio vieron su fracaso en -- aquel asunto se enfurecieron ... Los más audaces de entre los plebeyos se unieron a ellos armados de dagas y se dirigieron al Capitolio, donde había de celebrarse la asamblea referente a la colonia"... nos dice Apiano (330), y Plutarco, por su parte, dice -- que "aguantó (Cayo) por algún tiempo, pero instigán dole los amigos, y sobre todo Fulvio, volvió a tratar de reunir a los que con él habían de hacer frente al cónsul" (331).

A partir de este momento los hechos se suceden rapidísimamente: comienza la lucha entre las fuerzas armadas del cónsul y los partidarios de Graco; después, el Senado encarga al cónsul que salve a la ciudad y destruya a los tiranos, por medio de un -- senatus consultum ultimum. Parece que la multitud -- les abandonó, entre otras cosas porque se les había ofrecido la impunidad a los que desertasen del grupo gracano. Por fin Graco murió, al otro lado del -- Tiber, al pedir a uno de sus esclavos que le matase

antes de que le dieran alcance sus enemigos (332). Muchos de sus seguidores (tres mil, dice Plutarco) fueron después apaleados y muertos por las fuerzas senatoriales.

3.- Las leyes y los acontecimientos postgracanos.

Parece lógico preguntarse, tras lo que acabamos de decir, qué ocurrió con las leyes agrarias y las demás propuestas de los hermanos Graco después de la muerte del menor de ellos. ¿Desaparecieron inmediatamente o la abrogación de las leyes se hizo de modo paulatino? ¿Hubo una abolición expresa o -- fué el desuso lo que las dejó sin vida?

Leyendo a Apiano parece como si en un plazo de quince años hubiese desaparecido la huella de las leyes gracanas. He aquí el comienzo del capítulo -- cuarto del libro primero dedicado por el historiador a la narración de las Guerras Civiles: "De este modo acabó la sedición del joven Graco. Poco tiempo después se dictó una ley que permitía a los poseedores vender la tierra que había sido objeto del conflicto, que era precisamente una de las cosas que -- había prohibido el mayor de los Gracos. En seguida los ricos comenzaron a comprar esas tierras o encon

traron pretextos para apoderarse de ellas por la -- fuerza. De ese modo la condición de los pobres comenzó incluso a ser peor de lo que había sido hasta entonces, hasta que Espurio Thorio, tribuno de la plebe, introdujo una proposición de ley disponiendo que los trabajos de distribución de los terrenos de dominio público no continuasen, y que las tierras quedarían en poder de los que las detentaban, quienes pagarían una tasa por ello al pueblo, y el dinero así recibido sería distribuido. Esta distribución suponía una especie de consuelo para los pobres, pero no ayudó a incrementar la población. Por consecuencia de estas artimañas la ley de los Gracos -- una ley excelente y útil si se hubiese puesto en práctica -- fue abolida para siempre y un poco más tarde, incluso aquella tasa o renta que se pagaba -- fue suprimida a instancias de otro tribuno. Así, -- los plebeyos perdieron todo, e incluso se produjo -- una efectiva disminución en el número de los ciudadanos y de los soldados, una disminución también de los ingresos fiscales obtenidos de las tierras, así como de las distribuciones de trigo y de las leyes agrarias; y unos quince años después de la promulgación de las leyes de los Gracos, por razón de una serie de disposiciones el pueblo quedó reducido a -- la miseria" (333).

Sin embargo la visión que nos da Apiano es bas

tante simplista. De hecho, durante esos quince años de que habla, tras la muerte de Cayo Graco, se promulgó una importante ley agraria, la del 111 a. de C., (334) que algunos autores, como Mommsen, Cardinali y Karlowa, identifican con la tercera de las leyes a que se refiere el texto que acabamos de citar de Apiano, mientras que otros, como Niccolini, entienden que debe identificarse con la segunda de las leyes recogidas por Apiano.

En cualquier caso, no se deduce del texto del historiador ni la importancia ni el carácter de la ley del 111 a. de C. En efecto, entre las disposiciones de esta importante ley agraria resaltaremos las siguientes: en primer lugar, se volvían a imponer a los poseedores los límites gracanos de las -- 500 yugadas más 250 por hijo; en segundo lugar, se ratificaban las más importantes disposiciones de -- las leyes agrarias de los Gracos, al convertir en -- auténticas propiedades las posesiones comprendidas dentro de los límites de la ley de Tiberio Sempronio Graco, así como los lotes asignados por los triumviros en el reparto de tierras; en tercero, se -- confirmaba la jurisdicción de los cónsules para la resolución de los conflictos en torno a la calificación jurídica de los fundos, lo que, en definitiva, también era una disposición existente en tiempos de los Gracos, y, como novedad, fijaba los límites del

ager publicus, prohibiendo expresamente nuevas distribuciones.

Como indica Cardinali (335), no hay que ver en esta ley exclusivamente la prohibición de ulteriores distribuciones de tierras de dominio público, -- ni puede considerársela como el supremo triunfo de la nobleza, porque no es cierto. En realidad lo que se pretendió con ella fué encontrar una fórmula conciliadora de los intereses encontrados de las diversas clases. A los proletarios les perjudicaba la -- prohibición de futuras distribuciones, mientras que a los nobles les molestaba la ratificación de los -- límites establecidos por la leyes de los Gracos. En cambio, para compensar de alguna manera a las partes, se reconocía la propiedad definitiva tanto a -- los beneficiarios de lotes asignados por los triunviros en las distribuciones realizadas como a los -- antiguos poseedores de terrenos del ager publicus, si bien dentro de los límites establecidos por la -- ley.

En el año 109 a. de C. se promulgó otra ley -- agraria, la lex Mamilia Roscia Peducea Alliena Fabia. Según Niccolini (336), esta ley podría ser la tercera citada por Apiano, en el párrafo antes -- transcrito, dada la coincidencia cronológica con -- los quince años, de que nos habla el historiador, -- desde la muerte de Cayo. Según eso, esta ley sería

la que había abolido definitivamente la tasa, canon o vectigal que pagaban los poseedores, convertidos en propietarios, de antiguos terrenos de dominio público.

En el año 103 a. de C. encontramos otra nueva proposición de ley agraria. Se trata de la lex Apuleia de agris in Africa veteranis dividendis. A --- ella se refiere el Auctor de viris illustribus, diciéndonos que Lucio Apuleyo Saturnino, tribuno de la plebe, sedicioso, a fin de granjearse la amistad o la popularidad del ejército de Mario, propuso una ley para que se entregasen a los veteranos cien yugadas de tierra en Africa. Sin embargo, se opuso el colega Baebius, por lo que el proyecto no llegó a convertirse en ley. Más tarde el pueblo le rechazó e incluso le lapidó (337).

Esta propuesta de ley pasa prácticamente desapercibida para todos los autores. Sin embargo, creemos que tiene un significado mucho más profundo del que en apariencia puede resultar de la simple lectura del texto del Auctor. Hay que dejar constancia, en este momento, de uno de los hechos más importantes del último siglo de la República romana: la reforma que del ejército hizo Mario. Hasta entonces los componentes del ejército eran los hombres que tenían algún medio de fortuna, principalmente tierras. Los que no tenían otra cosa que la propia fa-

milia, los proletarios, no estaban obligados al ser vicio militar. Las condiciones económicas a que hicimos mención en los capítulos precedentes y el empeoramiento de la situación general, con una concen tración de la riqueza en manos de unos pocos, llevó a una grave situación: no había hombres para el --- ejército, porque la mayoría carecían de lo más nece sario, eran simples proletarios y no estaban obliga dos a servir.

Para solucionar el problema de la leva, Cayo - Mario ideó un procedimiento: el ejército quedaría - abierto, con carácter voluntario y retribuido, a -- los proletarios. Ni que decir tiene que, desde en - tonces, abundaron los soldados. Era el pueblo llano el que cogía las armas y extendía el imperio de Ro - ma por todas partes, pero simultáneamente el pueblo adquiría una nueva fuerza y una mayor importancia - que hasta ahora no tenía.

Los soldados, concretamente los veteranos, van a reclamar con frecuencia tierras como compensación a los múltiples servicios prestados a la República, y los generales no podrán negar a esos hombres, a - los que deben sus triunfos, lo que piden.

Adviértase que, comenzando por Mario, todos -- los grandes generales posteriores reparten tierras entre los soldados y estos repartos tienen lugar en momentos importantes o dan origen a hechos nota- --

bles. Por ejemplo, cuando Pompeyo vuelve victorioso de Oriente, en el año 62 a. de C., el Senado no accedió a que se repartiesen tierras, como quería el general, entre los veteranos de la guerra contra Mitridates. Pues bien, este hecho da origen al primer triunvirato de César, Pompeyo y Craso, que, en opinión de Catón, había sido para la República "la primera y más cierta causa de sus males" (338).

Por supuesto que poco después, en el 59 a. de C., siendo cónsul Julio César, se procedió al reparto de las tierras entre los veteranos, y lo mismo - ocurrirá más adelante cuando éste consigue el triunfo personal absoluto.

Poco después de la propuesta a que nos referíamos, del 103 a. de C., el mismo tribuno, puesto de acuerdo con Mario, presentó otro proyecto de ley de división de terrenos, la lex Apuleia agraria, del año 100 a. de C., mediante la cual se pretendía dividir la tierra que los cimbrios (una tribu celta - vencida y expulsada por Mario de su territorio) habían abandonado en la zona que después llamaron la Galia los romanos (339). El Senado fué obligado a jurar que guardaría lo decretado por el pueblo y el único que se opuso, Metelo, fué desterrado de Roma (340).

Unos años más tarde, en el 91 a. de C., nos encontramos con la tentativa más importante y más se-

ria de continuación de la obra de los Gracos. Nos -- referimos a las leyes agraria, frumentaria, judi- -- cial y de concesión de la ciudadanía a los itálicos propuestas por el tribuno Livio Druso.

Paradójicamente, este continuador y reivindicador de la obra de los Gracos era hijo de uno de los principales oponentes del menor de los hermanos, de aquel tribuno del 122 a. de C. del mismo nombre, -- que fué utilizado por el Senado para vencer a Cayo con una política ultrademagógica.

Aunque el tribuno Livio Druso no se considerase continuador de la obra de los Gracos, lo cierto es que sus propuestas y, en especial, el sentido -- unitario de las mismas son prácticamente paralelas a las de Cayo Graco, como se observa claramente en la Historia de Apiano (341).

El objetivo fundamental de Livio Druso era la concesión de la ciudadanía a los itálicos, e incluso les había prometido a éstos, como consecuencia -- de los continuos y urgentes requerimientos en tal -- sentido, que propondría una ley para conseguirlo -- (342).

Como los plebeyos se sentirían perjudicados -- por esta concesión a los socios que, teóricamente, haría disminuir sus privilegios, Druso fundó numero sas colonias en Italia y Sicilia, que habían sido -- anteriormente aprobadas, pero que no se llevaron a

la práctica.

Por otra parte, quiso también atraerse a los - senadores y a los caballeros y eliminar asperezas y antagonismos que existían entre ambos órdenes. Concretamente, quería que los jueces volviesen a ser - exclusivamente senadores, pero como no podía hacerlo abiertamente, sin granjearse la enemistad de los caballeros, ideó el siguiente procedimiento: como - el número de senadores había quedado reducido, por una serie de circunstancias, a poco menos de trescientos, propuso mediante una ley que se eligiesen otros trescientos senadores de entre los caballe- - ros, en atención a sus méritos y que de este grupo así formado, en definitiva el Senado ampliado, se - nombrase a los jueces.

Dice Apiano que a casi nadie le convencieron - estos planes. Los senadores estaban indignados por el enorme número de caballeros que entraban en su - privilegiado cuerpo, a cambio, simplemente, de la - recuperación del derecho exclusivo a entender de -- los juicios. Los caballeros que no habían sido elegidos para acceder al Senado también se quedaron -- disgustados, pensando en sus propios méritos, e incluso los mismos itálicos, en cuyo beneficio estaba construyendo Livio Druso todos sus planes, se mostraban reticentes y escépticos, porque estimaban -- que algunas de las colonias que se fundaban afecta-

ban a sus propias tierras. En resumen, sólo los plebeyos se puede decir que estuviesen satisfechos, como consecuencia de la fundación de las colonias.

Las leyes que había propuesto Livio Druso se aprobaron, aunque con dificultades, todas juntas, per saturam, salvo la relativa a la ciudadanía de los aliados. Cuenta Apiano que los etruscos y los umbros, tenían los mismos temores que el resto de los italianos y que acudieron a Roma a protestar ante Druso por la ocupación de sus tierras como consecuencia de la fundación de colonias y por el retraso en la concesión de la ciudadanía. Estando así -- las cosas, Livio Druso fué asesinado e inmediatamente comenzó la guerra social.

Se ha tachado a Livio Druso de utópico, como también a los Gracos. Lo cierto es que uno y otros lucharon por conseguir una evidente mejora de grandes masas de la sociedad y, por tanto, del cuerpo social en su conjunto, pero fueron vencidos por el egoísmo y la cicatería.

El tiempo, sin embargo, les dió la razón. Por eso la mayoría de los autores que se han acercado a estudiar sus propuestas comprenden que, aunque en ellas haya errores, éstos no se refieren al objeto de ellas. Fueron adelantados, precursores, utópicos porque propusieron reformas para cuya comprensión -- los ánimos egoístas de la mayoría de las personas --

que les rodeaban, no estaban preparados.

El egoísmo es el origen de la injusticia, pero cuando todo un grupo social actúa egoístamente, la injusticia puede provocar la guerra. Así ocurrió en Roma, en el siglo I a. de C.

CONCLUSIONES

La presente tesis nos ha servido para conocer un poco mejor la vida y el Derecho de Roma en una época importante de la Historia de la urbs. En ese sentido, este trabajo es una aproximación al conocimiento de un período breve, pero significativo, de la gran historia romana.

El objeto fundamental de nuestras investigaciones han sido las leyes o, mejor dicho, los plebiscitos propuestos por los Gracos, pero, simultáneamente, nos hemos ocupado de la constitución política y social de la República romana en el siglo II a. de C. Sólo conociendo las circunstancias en que se produjeron las leyes de Tiberio y Cayo, podremos comprender bien éstas. Nuestra investigación ha sido un apasionante internamiento en la vida de la República romana para estudiar, en la medida de lo posible, el porqué de una legislación concreta.

Una cuestión previa para la realización de --- nuestro trabajo era la relativa a las fuentes. Hemos procurado analizar exhaustivamente las dos obras principales en que se nos narran los acontecimientos de la época gracana. Nos referimos a las Vidas de Tiberio y Cayo Graco, incluidas por Plutarco en

las Vidas Paralelas, y a los tres primeros capítulos del libro I de Las Guerras Civiles de la Historia de Roma que escribió Apiano.

La lectura atenta de las fuentes implicaba e imponía la exigencia de una crítica de las mismas, cuyo contenido resumimos a continuación.

En líneas generales, advertimos que la obra de Plutarco es, en esencia, biográfica y moralizante. Por ello, con frecuencia, se recogen en el texto -- los hechos de manera que resulten amenos, bellos, -- interesantes e instructivos, sin hacer, desde luego, una verdadera crítica de las fuentes en que, a su vez, bebe el biógrafo. Por ello, observamos en -- ocasiones que Plutarco utiliza, sin contrastar o depurar, fuentes no sólo heterogéneas, sino contradictorias.

La Historia de Apiano, por el contrario, resulta más objetiva, en líneas generales. Además, busca las razones que pudieron llevar a los tribunos a actuar de la forma que lo hicieron. La Historia de -- Roma de Apiano, en estos capítulos, está concebida con una mentalidad que pudiéramos calificar de moderna, esto es, científica.

En resumen, por lo que respecta a las fuentes de la historia gracana, puede establecerse la superioridad de la de Apiano sobre la de Plutarco, sin que deban desdeñarse elementos muy valiosos y datos

o hechos significativos recogidos en la obra de este último.

Las páginas de la Historia de Apiano, en las que se recoge la actuación de los Gracos constituyen una auténtica obra maestra, por su belleza, su unidad y, sobre todo, por su utilidad para la reconstrucción de los acontecimientos de la época. Las biografías de Plutarco carecen de esa unidad y fino sentido histórico-crítico, pero constituyen una fuente muy estimable de datos aprovechables, siempre que se procuren captar los matices, la procedencia y el originario sentido de las varias obras que sirven de base a las Vidas.

Supuesto que nuestra misión fundamental es determinar las razones o causas que pudieron llevar a la promulgación de las leyes gracanas, dirigimos también nuestra atención al entorno o marco social en que se desenvolvió la actividad legislativa de los Gracos.

Nos encontramos así, en primer lugar, con lo que se considera como la constitución política republicana, cuyo panegírico hace Cicerón. Desde un punto de vista teórico podría creerse en la bondad del sistema que pregona con su obra y defiende con sus hechos el arpinate. Pudiera parecer que algo hay de cierto en sus palabras, que la Roma del siglo II a. de C. ofrecía un maravilloso equilibrio social esta

blecido por la tradición con la fuerza de una sabiduría colectiva y anónima. Aquella constitución se nos aparece, así, con la belleza de un mineral cristalizado en la naturaleza por efecto de las fuertes presiones del entorno y el paso de dilatados períodos de tiempo.

Pero un examen a fondo de la constitución real de la Roma republicana de aquella época muestra no sólo la existencia de graves problemas, que incluso estaban latentes antes del nacimiento de Tiberio y Cayo, sino también, y esto es lo más interesante, - que la mayoría de ellos fueron apuntados por los -- tribunos, especialmente por Cayo, los cuales, como es sabido, lucharon y dieron su vida por resolverlos.

Nos acercamos después al estudio del objeto -- principal de nuestra investigación: las leyes de Tiberio y Cayo Graco y sus posibles causas.

La propuesta fundamental de Tiberio es la relativa a la ley agraria, y como consecuencia de ella surge otra propuesta, importante por su significado político: la relativa a la deposición de Octavio, - uno de sus colegas en el tribunado.

En la búsqueda de una explicación a la ley --- agraria encontramos diversos hechos significativos: la existencia de una serie de injusticias, entre -- las cuales se encuentra el abuso de los ricos en el

disfrute del ager publicus, hasta el punto de incumplir las disposiciones que reglamentaban el uso del mismo y, simultáneamente, el crecimiento de las desigualdades económicas entre un grupo reducido de familias y una gran masa de población plebeya que llevaba una existencia cada vez más miserable. A todo -- ello se añade, para completar el cuadro, la paulatina despoblación de los campos y el correlativo proceso de concentración urbana, y otra serie de graves problemas que enfrentan a las diversas clases sociales de la época e incluso a los habitantes de las diversas regiones itálicas.

Existen otros presupuestos, básicos también, -- para entender la actuación de Tiberio: las circunstancias ambientales y familiares, entre las que sobresalen la relación con el círculo de los Escipiones, al que los tribunos pertenecen por vínculos de sangre; el influjo helénico, y la constitución del grupo popular o democrático, cuya ayuda fué absolutamente necesaria para el desarrollo de la idea del tribuno.

Finalmente, circunstancias puramente personales, pero que juzgamos importantes, pudieron influir en la propuesta de la ley agraria: una cierta dosis de ambición, la convulsión de los sucesos derivados de la guerra de Numancia y también, y quizá -- por encima de todo, la aspiración a un ideal de jug

ticia.

En la permanente tensión entre los principios de seguridad y justicia, Tiberio se nos aparece como un hombre claramente inclinado hacia esta última. Paradójicamente, por esta misma razón, se le -- pueden hacer reproches a la figura del tribuno.

Tiberio se sentía seguro de su verdad y quiso imponerla a toda costa, sin reparar en la pureza de los medios utilizados. Para conseguir la aplicación de la ley agraria, incluso no dudó en eliminar de -- la esfera política a su oponente, Octavio, con el -- pretexto de que éste no representaba al pueblo.

El argumento de Tiberio sobre la falta de representatividad del colega ha sido calificado de fa laz y sofístico por algunos estudiosos, pero, aún -- sin llegar a considerarlo como tal, es cierto que -- introdujo un grave fermento de inseguridad y desorden en la sociedad política de su tiempo, lo que -- condujo de modo directo e inequívoco a la dictadura.

La propuesta fundamental de Tiberio, por la -- que máximamente se le conoce en la Historia, es la relativa a la ley agraria, a la que consagró de modo casi total su actividad tribunicia. Por esta ley toma definitivamente cuerpo la enemistad existente entre el tribuno y la mayoría senatorial y ella explica todos los acontecimientos posteriores, como --

causa que es de la mayoría de ellos.

No obstante, la segunda propuesta de Tiberio a que nos hemos referido, a pesar de encontrarse en un segundo plano desde una serie de puntos de vista, como puedan ser el meramente temporal, el etiológico u otros, adquiere un singular relieve desde la óptica del Derecho público. La actitud de Tiberio en su enfrentamiento con Octavio es el elemento desencadenante de la definitiva ruina de sus proyectos y aún de su propia vida. Los senadores temieron, más que el nuevo orden de cosas impuesto por la ley agraria (en definitiva, una vieja ley), la postura intransigente y dictatorial que adoptó Tiberio frente a su colega. La oligarquía terrateniente temía, más que un reparto impuesto de las tierras públicas ilegalmente poseídas, el nuevo sistema que se pretende implantar para el ejercicio del poder.

A todos los senadores afectaba la ley agraria, y aún les perjudicaba, pero es posible que, de una manera u otra, hubieran transigido si las propuestas del tribuno no hubieran seguido en la dirección en que, más tarde se movieron. La deposición de Octavio produjo una auténtica conmoción en el grupo dominante, que se sintió amenazado en lo más íntimo de su ser.

No es de extrañar, por ello, que, muerto Tiberio, el Senado no se opusiese frontalmente al repar

to de tierras, al nombramiento de triunviros y, en definitiva, a la aplicación de la ley agraria.

Tras las propuestas de Tiberio, estudiamos las de Cayo Sempronio Graco que nos parece, a pesar de su juventud, una de las más claras mentes políticas de Roma.

Entre las causas que explican su modo de proceder creemos que cabe destacar la violencia cometida con la muerte de su hermano, la presión del partido popular o democrático y su propia capacidad de visión política y de síntesis.

Cayo supo ver la mayor parte de los problemas importantes que Roma tenía planteados entonces: la voz del pueblo que clamaba por una participación en la inmensa riqueza de que era señora la ciudad; la aspiración de caballeros y negociantes a participar en la dirección de los asuntos políticos; la pretensión de los latinos e itálicos de ser equiparados a los ciudadanos...

El joven Graco estudió o intuyó las necesidades de todas las partes y trató de satisfacer sus - anhelos y deseos con la finalidad, seguramente, de acabar con la oligarquía que había destrozado a su hermano y a sus seguidores del grupo popular. Para ello ideó una estrategia inteligente y realista, -- aunque imperfecta. Al pueblo iban dirigidas las leyes agraria y frumentaria, así como la relativa a -

la fundación de nuevas colonias; a los caballeros y negociantes la importante ley judicial que los equil paraba en cierto modo a los senadores, y a los latinos e itálicos, en fin, las propuestas en las que - se pretendía para ellos la ciudadanía y la latinidad, respectivamente.

El estudio de las propuestas de Cayo permite - entrever todo un programa político. El plan, sin embargo, fracasó, seguramente porque faltaba el apoyo de un elemento poderoso: el ejército.

Si Cayo Graco hubiese tenido en sus manos el - poder que otorgan las armas, posiblemente la historia de Roma se hubiese adelantado en un siglo. La - reforma del ejército la realizó Mario, algún tiempo después, y cuando se hizo podemos decir que el dominio de los senadores, esto es, la República, recibió un golpe de muerte.

NOTAS

1. Carcopino: Autour des Gracques, 2ª ed., París, 1967, páginas 3 a 45 sobre el valor de la Historia de Apiano.
2. Appian's Roman History with an English translation by Horace White, London, 1972.
3. Véase Arias Ramos, Derecho Romano, Madrid, 12ª edición, I, pág. 306, a propósito de la enfiteusis.
4. Livio, Ab urbe condita, I, 42, 4 y 5; I, 43, 1 a 9.
5. Livio, Ob. cit., I, 43, 10 y 11.
El versículo 10 dice así: "Deinde - est honos additus; non enim, ut ab Romulo traditum ceteri servaverant reges, viritim suffragium eadem vi eodemque iure promisse omnibus datum est; sed gradus facti, ut neque exclusos quisquam suffragio videretur, et vis omnis penes primores civitatis esset".
6. Storia di Roma, II, 772 y ss.
7. Plutarco: T. Gr., XIV, 3 y XIX, 2-3. Utilizamos Plutarque, Vies, XI, Ed. francesa bilingüe, greco-francesa, París, 1976.
8. Esta es la tesis de Dell'Oro, en La formazione dello Stato Patrizio-Plebeo, Milano-Varese, 1950, pág. 70 y ss.

9. Homo: Les Institutions Politiques Romaines, París, 1970, pág. 149 y ss.
10. Véase Iglesias, Derecho Romano, 6ª ed., Barcelona, 1972, pág. 15 y ss.
11. Un resumen de las tres principales interpretaciones del sentido y amplitud que pudo tener esta reforma se encuentran en De Martino: Storia della -- Costituzione Romana, Napoli, 1972, II, pág. 157 y ss.
12. Son significativos a este respecto los capítulos VIII y IX de la biografía plutarquea de Cayo Graco.
13. Harmand, Société et économie de la République Romaine, París, 1976, pág. 91 y ss.
14. Ob. cit., págs. 14 y 15.
15. Grandeza y decadencia de los romanos. Trad. -- esp. Espasa Calpe. Col. Austral. 4ª ed. Madrid 1962, pág. 62.
16. Pareti: Storia di Roma, II, pág. 773 y ss.
17. Piganiol: Historia de Roma, trad. esp., Buenos Aires, 2ª ed. 1971, pág. 139.
18. Estudio de la Historia. Trad. esp., Madrid, -- pág. 163 y ss.
19. Ver también, p. ej., Kinder y Hilgemann, Atlas Histórico Mundial, Madrid, 3ª ed., 1972, I, pág. 85.
20. Harmand: Ob. cit., pág. 66.

21. Fraccaro, Studi sull'età dei Gracchi, pág. 91.
22. Cardinali, Studi Graccani, pág. 121 y ss.
23. Iglesias, Derecho Romano, cit., pág. 120 y ss.
24. Frank: An economic survey, I, p. 188, citado -
por Harmand, ob. cit., pág. 80.
25. Esta es la cifra que he obtenido al comprobar
la cita, por otra parte equivocada,
de Harmand. Efectivamente, en Apia-
no, Guerras Púnicas, se habla de --
2.400 prisioneros en IV, 23; de ---
4.000 hombres de Syfax hechos pri-
sioneros en V, 26; de más de 4.000
prisioneros hechos por Thermus en -
VI, 36; y de 8.500 prisioneros he-
chos por Escipión en el capítulo --
VIII, 48. Harmand, por su parte, re-
fiere su cita a la Guerra de Aníbal
capítulo XV.
26. Tozzi: Economistas griegos y romanos. Trad. --
esp. Ed. Fondo de Cultura Económi-
ca, México, 1974, págs. 223 y 224.
27. R. Martin. Recherches sur les agronomes latins,
París, 1971, págs. 84-87.
28. Celestino y Gómez. El pantano romano de Alcan-
tarilla en Mazarambroz, Toletum, --
Boletín de la Real Academia de Be-
llas Artes y Ciencias Históricas de
Toledo, Toledo, 1976, págs. 161-179
29. Salomon, Essai sur les structures agraires de
l'Italie centrale au II siècle ----
avant Jesus-Christ, en Recherches -

d'Histoire Economique, P.U.F., París, 1964, págs. 1-68.

30. Harmand: Ob. cit., pág. 15, nota 2.
31. Se dió el nombre de trientabulum a esta porción del ager porque había sido entregado en lugar de una suma de dinero que era una tercera parte (Tito Livio, XXXI, 13, 1-9)
32. Livio, XXIII, 48-49.
33. Gutiérrez Alviz, Los Gracos. Notas sobre una revolución fracasada, Boletín de la Universidad de Granada, nº 78, Febrero-Abril de 1945, págs. 91-109.
34. Plutarco: T. Gr., VIII, 9.
35. Ver Plutarco, C. Gr., II.
36. Apiano, Historia de Roma, Guerras de Iberia, - XIV, 84.
37. Apiano, B. c. I, 1, 7.
38. Eran tribunos de la plebe en el año 462 a. de C. Sextus Titius y Terentilius Har-
sa.
39. Sobre ésta y la anterior rogatio véanse Niccolini, I fasti dei Tribuni della --- Plebe, Milano, 1934, págs. 18 y 42-43.
40. La yugada es la cantidad de tierra que una pareja de bueyes pueden arar en un --- día. Su extensión aproximada es el

equivalente a un cuarto de hectárea es decir 25 áreas o 2.500 metros -- cuadrados.

41. Studi Graccani, Roma, 1965, págs. 129-153. Cardinali, pues, admite la fecha del - 367 a. de C.
42. Cicerón: Bruto 57: de agro Gallico et Piceno - viritim dividundo tulerit.
43. Cicerón: De invent., II, 52: contra voluntatem omnium optimatum.
44. Pareti, Storia di Roma, II, pág. 797.
45. Pueden encontrarse los originales de estas citas a que nos referimos en la obra de Niccolini, I fasti dei Tribuni della Plebe, ya citada.
46. Studi Graccani, páginas 116 y ss.
47. Varrón: R. Rust. I, 2, 9.
48. Sobre las diversas interpretaciones de la frase del texto varroniano "in septem iugera forensia" puede verse Cardinali, ob. cit., págs. 106 y ss. Por lo que respecta a la extensión de las diversas asignaciones viritarias ver Niccolini, I fasti dei Tribuni della Plebe, págs. 134-135.
49. I processi degli Scipioni, Roma, 1967, pág. -- 261.
50. Fraccaro, Studi sull'età dei Gracchi, pág. 29.

51. Mommsen, Historia de Roma, (trad. esp.), Madrid, 1960, II, págs. 125-126.
52. Blázquez, Ciclos y Temas de la Historia de España: La Romanización. Madrid, 1964 I, pág. 111.
53. Blázquez, Ob. cit., I, pág. 126, nos remite a su fuente: Tito Livio, Per., 41. La ciudad de Gracurris se debía encontrar en el valle del Ebro, cerca de la actual Alfaro (ver mapa de -- Ptolomeo, según Tovar, en Blázquez, ob. cit., II, pág. 32).
- 54 Pareti: Storia di Roma, Torino, 1953, III, pág. 307.
55. Bibliografía sobre este tema en Carcopino, Autor des Gracques, ya citado, págs. 305 y 306.
56. Plutarco: Vidas paralelas, Tito Quincio Flaminio, XVIII.
57. Según opinión de Schulten, Tiberio Sempronio - Graco debió conceder la ciudadanía romana a bastantes celtíberos, dado el considerable número de veces que aparece el nombre del mismo en los alrededores de Clunia (Burgos). Véase Blázquez, ob. cit., II, pág. 31.
58. Tiberio, I, 3 y IV, 3. Cayo, IV, 4; XIII, 2 y XIX, todo el capítulo.
59. VII, 57, donde dedica un estudio a la proli-
dad humana.

60. Sobre el tema del matrimonio de Cornelia puede verse el capítulo segundo de la --- obra de Carcopino, Autour des Gracques, ya citada, págs. 47 a 83.
61. Puede verse una fotografía de la misma en Pareti, Storia di Roma, III, pág. 307.
62. Guerras Civiles, I, 1, 20, al final.
63. Fraccaro: I processi degli Scipioni, cit., pág. 217.
64. Apiano. B. c., I, 1, 9.
65. Apiano. Ob. cit., I, 1, 22.
66. Gutiérrez Alviz. Los Gracos, historia de una - revolución fracasada, pág. 95 y ss. Recoge una cita de Ortega y Gasset sobre Blois, al que califica de -- "filósofo racionalista de vía estrecha, araña intelectual tejedora de triviales utopías".
67. Plutarco. Vida de Paulo Emilio, XXII, al final.
68. Plutarco. Vidas paralelas, Timoleón y Paulo -- Emilio. Véase capítulo V de la vida de este último.
69. Colin: Rome et la Grèce de 200 a 146 Avant Jesus-Christ, París, 1905 (Edic. anastática, Roma, 1965) páginas 555 a - 562, con interesantes datos sobre - todos los componentes del grupo.
70. Fernández-Galiano, Derecho Natural. Introducción filosófica al Derecho, 2ª ed.,

Madrid, 1977, págs. 210 y ss.

71. De Martino. Storia della Costituzione Romana, 2ª ed., Napoli, 1973, II, pág. 462.
72. Plutarco, T. Gr., IV, 6.
73. Apiano, B. c., I, 1, 2.
74. Plutarco, T. Gr., VIII, 9.
75. Plutarco, T. Gr., IV, 1.
76. Fraccaro, Studi sull'età dei Gracchi, Roma, -- 1967, pág. 41.
77. Plutarco, C. Gr., II, 6.
78. Apiano, Iberia, 98.
79. Plutarco, C. Gr., X, 2.
80. Plutarco, C. Gr., I, 3. Habló por primera vez, en defensa de uno de sus amigos, -- llamado Vecio, entusiasmando a los que le escuchaban.
81. Véase Apiano. Historia de Roma, Guerras Civiles, I, 1, 9, donde se nos dice que Tiberio prorrumpió en invectivas -- contra los esclavos como inútiles -- para la guerra. También, I, 1, 10.
82. Así ocurrió, por ejemplo, en el caso del cónsul Mancino, en la guerra de Numancia, estando en ella Tiberio Sempronio Graco. El tratado que firmó el cónsul con los numantinos se consideró inadmisible por el Senado, lla

mándose a Mancino a Roma para que -
respondiese en juicio y enviando a
Numancia al otro cónsul, Emilio Lé-
pido. (Apiano, Iberia, XIII, 80).

83. De Martino, Storia della Costituzione romana,
cit., I, págs. 481 y 482.
84. Plutarco, T. Gr., VII, 4.
85. Apiano, Historia de Roma, Iberia, XIII, 83.
86. Véase también, en este sentido, Apiano, Iberia
XIII, 83.
87. Así actúa el Senado contra las propuestas de -
Tiberio Sempronio Graco, oponiendo
a ellas el veto de su colega Octa-
vio, fuertemente presionado (Plutar-
co, T. Gr., X, 1 y 2).
88. Véase Plutarco, T. Gr., XIX. También Apiano, -
B. C., I, 1, 16.
89. De Martino, Storia della Costituzione romana,
cit., II, 211.
90. Es a este respecto muy significativo el capítu-
lo XIV de la Vida de Catón escrita
por Plutarco, donde dice éste expre-
samente que "Catón parece que nunca
había sido muy comedido y parco en
sus propias alabanzas". Con ocasión
de la lucha en Grecia contra Antífo-
co III, rey de Siria, a pesar de --
que era un lugarteniente, se atri-
buía todo el mérito de la victoria.
Después consiguió que se le nombra-
se mensajero de la misma y corrió -

veloz a Roma a llevar las noticias,
haciéndose su propia propaganda.

91. Cuenta Plutarco, en la Vida de Catón, cap. XII que estando éste en Atenas "habló a los atenienses por medio de intérprete, no obstante haberlo podido hacer sin necesidad de él; sólo quiso acomodarse a las costumbres patrias y zaherir a los necios admiradores de las cosas griegas".
92. Fraccaro, I processi degli Scipioni, cit., especialmente págs. 371-400.
93. Apiano, B. c., I, 2.
94. Plutarco, T. Gr., IV, 1.
95. En T. Gr., VIII, 10.
96. Esta es también la opinión de De Martino, Storia, cit., II, pág. 468. En contra, De Ruggiero y otros según indica De Martino.
97. Véase Plutarco, T. Gr., XVI, 2, por lo que se refiere a la elección, para el segundo tribunado, de Tiberio, y C. - Gr., XII, 7, en que se hace referencia a la pérdida, por éste, del nombramiento para el tercer tribunado.
98. Pareti, Storia di Roma, cit., III, pág. 331.
99. Véanse, Apiano, B. c., I, 1 (introducción); Cicerón, Pro Tulio, 49; Pro Cornelio, 1, 48; De re publica, II, 57, 59; - Tito Livio, II, 33, 1 y 2; Dionisio

de Halicarnaso, VI, 88 y 89.

100. Homo, Nueva Historia de Roma, trad. esp., 6ª - ed., Barcelona, 1971, pág. 41.
101. Dell'Oro, La formazione dello stato patrizio-plebeo, Milano-Varese, 1950, págs. 102 y ss.; Mommsen, Derecho Público Romano, trad. esp., II, pág. 286, - se aproxima algo a esta idea, cuando dice que el tribunado nace "en el momento inicial de la constitución de una ciudadanía no noble, como un Estado dentro del Estado". Es más significativo, creemos, pensar en la supervivencia de vestigios de los dos Estados, todavía no plenamente fundidos.
102. Cfr. D. 1, 2, 2, 8.
103. Sobre la calificación de la lex Aquilia como - plebiscito véanse Inst. 4, 3, 15.
104. Plutarco, Vida de Camilo, XLII.
105. Livio, X, 6, 1-6.
106. De Martino, Storia, cit., II, pág. 247.
107. Burdese, Manuale di Diritto Pubblico Romano, - Torino, 1972, pág. 257.
108. Apiano, B. c., I, 1, 9.
109. Apiano, B. c., I, 1, 9.
110. Plutarco, T. Gr., VIII, 8.

111. Plutarco, T. Gr., IV, 5 y 6.
112. Plutarco, T. Gr., VII, 1.
113. Plutarco, T. Gr., VII, 5.
114. Storia, cit., II, pág. 462.
115. Apiano, Historia de Roma, Iberia, capítulos 76 a 98, en especial los ocho primeros.
116. Ortego, Tiermes. Ciudad rupestre celtíbero-romana, Madrid, 1975.
117. Apiano, Historia de Roma, Iberia, 79.
118. Plutarco, T. Gr., V, 1.
119. Apiano, Iberia, 80.
120. Plutarco, T. Gr., V, 4.
121. Fraccaro, Studi sull'età dei Gracchi, cit., -- pág. 45 y ss.
122. Plutarco, T. Gr., VII, 2.
123. Fraccaro, Ob. cit., pág. 49 y ss.
124. Plutarco, T. Gr., IX, 4 y 5.
125. Plutarco, T. Gr., VIII, 9.
126. Apiano, B. c., I, 9.
127. Plutarco, T. Gr., VIII, 10.
128. Plutarco, T. Gr., IX, 1.

129. Studi sull'età dei Gracchi, cit., pág. 78 y ss
130. Plutarco, T. Gr., XIX, 4.
131. Pro Plaucio, 36, 88; De domo, 34, 91.
132. Storia di Roma, cit., III, pág. 328.
133. Fraccaro, Ob. cit., pág. 81.
134. Bonfante, Storia del Diritto Romano, Milano, - 1958, I, pág. 405.
135. Cicerón, De legibus, 2, 19, 47.
136. Fraccaro, Ob. cit., pág. 81.
137. Plutarco, T. Gr., VIII, 7 y 10.
138. Blázquez, Ob. cit., I, pág. 188 y ss.
139. Historia de Roma. Guerras Civiles, I, 1, 9 y - I, 1, 11.
140. Ob. cit., pág. 188 y ss.
141. Blázquez, Ob. cit., pág. 189.
142. Santos Yanguas, Textos para la Historia Antigua de Roma, Madrid, 1977, pág. 40.
143. Existen referencias aisladas a la ley agraria de Tiberio. Las más importantes son las siguientes: Cicerón, De lege -- agraria, II, 10 y 31; Pro Sextio, - 103; De Officiis, II, 80; Veleyo Patérculo, II, 2 y Tito Livio, Per., LVIII.

144. Plutarco, T. Gr., X, 4.
145. De Martino, Storia, cit., II, págs. 474-475.
146. Apiano, B. c., I, 1, 9.
147. T. Gr., IX, 5 y 6.
148. Apiano, B. c., I, 1, 9.
149. Apiano, B. c., I, 1, 11 al final.
150. Apiano, B. c., I, 1, 12.
151. Apiano, B. c., I, 1, 12.
152. Plutarco, T. Gr., XI, 3.
153. Apiano, B. c., I, 1, 12.
154. Plutarco, T. Gr., XI, 4.
155. Apiano, B. c., I, 1, 13.
156. Plutarco, T. Gr., IX, 2.
157. Sobre la Historia de Tito Livio, véase Iglesias, Visión titoliviana de la Historia de Roma, en Estudios, Madrid, 1968, pág. 13 y ss.
158. Auctor De Viris Illustribus, LXIV.
159. Pueden verse en este sentido, es decir refiriéndose exclusivamente a quinientas yugadas: Livio, VI, 35, 5; Columela, De re rustica, I, 3; Plutarco, Vida de Camilo, XXXIX, al final y Vida de Tiberio, VIII, 2; Apiano,

Historia de Roma, Guerras Civiles,
I, 1, 8 y 9; Plinio, Historia Natu-
ral, XVIII, 17.

160. Apiano, B. c., I, 1, 8.
161. Véase Die Goyanes, La cuestión agraria en la -
República romana hasta los Gracos,
Madrid, 1977, pág. 54 y ss.
162. Apiano, B. c., I, 1, 11.
163. Apiano, B. c., I, 1, 11.
164. De Martino, Storia, cit., II, pág. 474.
165. Apiano, B. c., I, 1, 11.
166. Apiano, B. c., I, 1, 12.
167. Apiano, B. c., I, 1, 13.
168. Apiano, B. c., I, 1, 13.
169. Apiano, B. c., I, 3, 18.
170. Apiano, B. c., I, 3, 19.
171. Storia, cit., II, pág. 478.
172. Plutarco, T. Gr., VIII, 1.
173. Apiano, B. c., I, 1, 7.
174. De Martino, Storia, cit., II, pág. 483 y ss.;
Pareti, Storia di Roma, cit., III,
pág. 315.
175. Véase Cardinali, Studi Graccani, cit., pág. --

160 y ss.

176. Apiano, B. c., I, 3, 18 y 19.
177. Nuestra tesis puede encontrar cierto apoyo en Apiano, B. c., I, 1, 10, donde se dice que uno de los dos grupos que se formaron como consecuencia de la ley estaba constituido "por los colonos, habitantes de las ciudades libres o personas de cualquier tipo interesadas por las tierras".
178. Apiano, B. c., I, 1, 10.
179. Apiano, B. c., I, 3, 18.
180. Apiano, Ob. cit., I, 3, 19.
181. Apiano, Ob. cit., I, 1, 10.
182. Plutarco, T. Gr., X, 1; Apiano, B. c., I, 1, - 12.
183. Cicerón, Pro Milone, 72; De natura Deorum, I, 106; De legibus, III, 24; Brutus, - 95; Livio, Periochae, 58, Dion Casio, 83, 4; Plutarco, Vida de Tiberio, X, XI y XII; Veleyo Patérculo, II, 2, 3; Auctor de Viris Illustribus, LXIV, 4; Orosio, V, 8, 3; Floro, II, 2, 5.
184. Plutarco, T. Gr., XIX, 10.
185. Plutarco, Ob. cit., X, 3.
186. Plutarco, Ob. cit., X, 2.

187. Praeco, lector de la propuesta de ley.
188. Apiano, B. c., I, 1, 12.
189. Plutarco, Ob. cit., XI, 4.
190. Apiano, Ob. cit., I, 1, 12.
191. De Martino, Storia, cit., II, pág. 489 y ss.
192. Mommsen piensa todo lo contrario.
193. Fraccaro, Studi sull'età dei Gracchi, cit., --
pág. 110 y ss.
194. De Martino, Storia, cit., II, pág. 494.
195. Gutiérrez Alviz, Los Gracos. Notas sobre una -
revolución fracasada, cit., págs. -
99-100.
196. Apiano, Ob. cit., I, 1, 12.
197. Plutarco, T. Gr., II, 5.
198. Apiano, B. c., I, 1, 13.
199. Storia, cit., II, pág. 481.

Quien más ampliamente ha estudiado el punto relativo al triunvirato es tablecido para llevar a cabo la reforma ideada por Tiberio, ha sido - Carcopino, que dedica más de la mitad de su obra citada Autour des Gracques, al examen de las diversas cuestiones que plantean los triunviros. Hacemos pues, llegados a este punto, una expresa remisión a dicha obra, de la que recogeremos algunas

ideas fundamentales a este respecto.

200. Sobre la intervención de las 35 tribus en la -
deposición de Octavio, véanse Apia-
no, *Ob. cit.*, I, 1, 12 y Plutarco,
T. Gr., XII, 2.
201. Véase Apiano, *loc. cit.*, I, 1, 13.
202. *Storia*, *cit.*, pág. 481.
203. Apiano, *B. c.*, I, 1, 10 y I, 3, 18.
204. Véase Fraccaro, *Studi*, *cit.*, págs. 128 y ss.
205. Cicerón, *De lege agraria*, II, 12, 31: "(Rullus)
iubet coloniarum causa decemviros -
habere pullarios: eodem iure, in-
quit, quo habuerunt tres viri lege
Sempronia."
206. Plutarco, *T. Gr.*, XIV, I y Livio, *Periochae*, -
58.
207. Plutarco, *C. Gr.*, V.
208. Cicerón, *Verrinas*, II, 5, 63.
209. D. 48, 6, 7.
210. Véase Plutarco, *T. Gr.*, XVI, 1.
211. Apiano, *B. c.*, I, 2, 14.
212. *Storia*, *cit.*, II, pág. 494 y ss.
213. Apiano, *B. c.*, I, 2, 14.
214. Plutarco, *T. Gr.*, XII, 2.

215. Fraccaro, Studi, cit., págs. 152 y ss.
216. Plutarco, T. Gr., XVI, 2 y 3.
217. Apiano, B. c., I, 2, 15.
218. Plutarco, T. Gr., XVIII, 1.
219. Plutarco, T. Gr., XVIII, 2.
220. Apiano, B. c., I, 2, 15.
221. Plutarco, T. Gr., XIX, 10.
222. Plutarco, T. Gr., XX, 4.
223. Apiano, B. c., I, 2, 16.
224. Apiano, Ob. cit., I, 2, 17.
225. Véase Gutiérrez Alviz, Los Gracos, cit., pág. 100.
226. Plutarco, T. Gr., XXI, 4.
227. Véanse, Plutarco, T. Gr., XXI, 7; Valerio Máximo, VI, 2, 3; Velejo Patérculo, II, 4, 4.
228. Apiano, B. c., I, 2, 17.
229. Plutarco, T. Gr., XX, 1; Apiano, B. c., I, 2 y I, 2, 17.
230. Cicerón, Pro domo, 34, 91; Pro Plancio, 36, 88.
231. Plutarco, T. Gr., XXI, 1 y 2.
232. Apiano, B. c., I, 3, 18 y 19.

233. C. I. L., I, 551, 552-556, 583, 1504; IX, 1024 a 1026.
234. Pareti, Storia di Roma, cit., III, pág. 328.
235. Apiano, B. c., I, 3, 19.
236. Apiano, B. c., I, 3, 22.
237. Plutarco, C. Gr., I, 3.
238. Plutarco, C. Gr., II, 9.
239. Plutarco, C. Gr., I, 6.
240. Pareti, Storia di Roma, cit., III, pág. 353 y ss.
241. Apiano, B. c., I, 3, 21 y 22.
242. Diodoro de Sicilia, XXXIV.
243. Plutarco, C. Gr., IV, 1.
244. Plutarco, C. Gr., IV, 1.
245. D., 48, 6, 7.
246. Diodoro, XXXV, 27.
247. Plutarco, C. Gr., V, 2.
248. Apiano, B. c., I, 3, 21.
249. Cicerón, el Pro Sextio, 103, dice que los buenos ciudadanos rechazaban esa ley, porque no sólo pensaban que se apartaba al pueblo de la actividad para llevarlo a la pereza, sino también

porque veían que el erario público quedaba arruinado.

250. Gutiérrez Alviz, Los Gracos, cit., págs. 104-105.
251. Harmand, Société et économie de la République romaine, cit., pág. 120.
252. Gutiérrez Alviz, Ob. cit., pág. 104; Harmand, cit., págs. 120-121.
253. Pareti, Ob. cit., III, 352.
254. Velejo Patérculo, II, 6, 3; Cicerón, De Officiis, II, 80; De lege agraria, II, 10; Auctor de Viris Illustribus, -- 65; Orosio, V, 12, 4; Floro, II, 3, 2.
255. Plutarco, C. Gr., V, 1; Livio, Periochae, 60.
256. Plutarco, T. Gr., XXI, 2.
257. Apiano, B. c., I, 3, 19.
258. C. I. L., I, 642, 643, 644, que se refieres a los triunviri A. I. A. (agris, iudicandis, adsignandis).
259. Véase Apiano, B. c., I, 3, 18.
260. Plutarco, C. Gr., IX, 4.
261. Storia, cit., II, pág. 502 y ss.
262. Neumann, Geschichte Roms, Breslau, 1881, pág. 236.

263. Roca Sastre, Derecho Hipotecario, 6ª ed., Barcelona, 1968, I, pág. 33.
264. Véase Iglesias, Derecho Romano, cit., pág. 288
265. Historia de Roma, I, 15, 4.
266. 65, 3.
267. Livio, Periochae, 60.
268. Apiano, B. c., I, 3, 23.
269. Plutarco, C. Gr., VIII, 2 y 3.
270. Plutarco, C. Gr., IX, 3.
271. Plutarco, C. Gr., X, 2.
272. Apiano, B. c., I, 3, 24.
273. Plutarco, C. Gr., V, 1.
274. Pipaniol, Historia de Roma, cit., pág. 160.
275. Hacquard, Dautry, Maisani, Guide Romain Antiqué, París, 1952, págs. 66 y 105.
276. Plutarco, C. Gr., VI, 3.
277. Apiano, B. c., I, 3, 23.
278. Plutarco, C. Gr., VII, 1, 2, 3, 4.
279. Plutarco, C. Gr., V, 1.
280. Apiano, B. c., I, 3, 22.
281. Livio, Periochae, 60.

282. II, 6, 3.
283. Anales, XII, 60.
284. Historia de Roma, cit., pág. 159.
285. La Costituzione romana dai Gracchi a Giulio -- Cesare, Firenze, 1928, pág. 122 y ss.
286. Balsdon, Los Romanos, trad. esp., Madrid, 1974 pág. 53.
287. Historia de Roma, cit., pág. 159.
288. Historia del Derecho Romano, trad. esp., Barcelona, 1973, págs. 73-74.
289. Apiano, B. c., I, 3, 22.
290. Storia, cit., II, pág. 514.
291. Historia de Roma, trad. esp., cit., 1960, II, págs. 154-155.
292. Instituciones de Derecho Romano, II. Derecho - Procesal Civil, Madrid, 1975, pág. 20.
293. Cicerón, Pro Murena, 19, 40.
294. Paretí, Storia di Roma, cit., III, pág. 358.
295. Storia, cit., II, pág. 510 y ss.
296. Apiano, B. c., V, 4.
297. Apiano, B. c., I, 3, 21.

298. La Costituzione romana dai Gracchi a Giulio --
Cesare, cit., pág. 143 y ss.
299. B. c., I, 3, 23.
300. En los capítulos V, VIII y IX de la biografía
de Cayo.
301. Véase, a título de ejemplo, Levi, Ob. cit., --
pág. 146 y ss.
302. Salustio, Ad Caes, II, 8, 1.
303. Iglesias, Derecho Romano, cit., pág. 16.
304. Storia, cit., II, pág. 525.
305. Plutarco, C. Gr., I, 3.
306. Plutarco, C. Gr., II, 8.
307. Plutarco, C. Gr., III, 4.
308. Plutarco, C. Gr., III, 5.
309. Véase Pareti, Ob. cit., págs. 341-342.
310. Plutarco, C. Gr., VI, 3 y 4.
311. Apiano, B. c., I, 3, 23.
312. Plutarco, C. Gr., VIII, 3.
313. Plutarco, C. Gr., X, 2; Apiano, B. c., I, 3, -
24.
314. Apiano, B. c., I, 3, 21.
315. Apiano, B. c., I, 3, 22.

316. Apiano, B. c., I, 3, 23.
317. Véase también Apiano, loc. cit., I, 3, 23.
318. Plutarco, C. Gr., I, 3.
319. Plutarco, C. Gr., II, 6.
320. Apiano, B. c., I, 3, 21.
321. Apiano, B. c., I, 3, 21.
322. Plutarco, C. Gr., VIII, 2. Véanse también los capítulos XI, XIII y XIV.
323. Plutarco, Ob. cit., XII, 5, 6 y 7.
324. Plutarco, Ob. cit., X, 4.
325. Puede verse en este sentido Plutarco, C. Gr., XVI, 1; Apiano, B. c., I, 3, 26.
326. Apiano, B. c., I, 3, 23.
327. Plutarco, C. Gr., VIII, 4.
328. Plutarco, C. Gr., IX, 1.
329. Según Paretí, Ob. cit., III, pág. 364, las modernas investigaciones arqueológicas ponen de relieve la calumnia de los optimates, pues la repartición que se encuentra sobre la antigua - Cartago es la hecha por Augusto, -- con lotes menores, y no la de Graco, cercana a ella, con lotes mayores.
330. Apiano, B. c., I, 3, 24.

331. Plutarco, C. Gr., XIII, 1.
332. Pueden verse sobre el final de la vida de Cayo Graco los capítulos XIII al XVIII - de la biografía plutarquea y los párrafos 25 y 26 del capítulo 3º, - libro I, de la obra de Apiano, en la parte relativa a las Guerras Civiles.
333. Apiano, B. c., I, 4, 27.
334. Los fragmentos de esta importante ley que han llegado a nosotros se encuentran en C. I. L., I, 2, 585.
335. Studi Graccani, cit., pág. 207 y ss.
336. I fasti dei Tribuni della Plebe, cit., pág. -- 186.
337. Auctor de Viris Illustribus, 73, 1.
338. Plutarco, Vida de Pompeyo, XLVII.
339. Apiano, B. c., I, 4, 29.
340. Plutarco, Vida de Cayo Mario, XXIX. Al salir - de la ciudad dijo Metelo: "O las cosas mejorarán y se arrepentirá el pueblo, en cuyo caso me volverán a llamar, o continuarán igual y entonces lo mejor es estar fuera".
341. Apiano, B. c., I, 4, 35.
342. Véase, en este sentido, la primera anécdota -- que se cuenta en el capítulo II de la Vida de Catón el Menor, escrita por Plutarco.

BIBLIOGRAFIA

ALVAREZ, Instituciones de Derecho Romano, Madrid, - 1973.

ARIAS RAMOS, Derecho Romano, 2 vols., 14ª ed., Madrid, 1978; Derecho Público Romano e Historia de las fuentes, 6ª ed., Valladolid, 1961.

BADIAN, From the Gracchi to Sulla, Historia, 11 --- (1962)p. 197 ss.

BALSDON, Los romanos. Trad. esp., Madrid, 1974.

BECKER, The influences of Roman Stoicism upon the Gracchi economic land Reform, La parola del passato, 1964, p. 125 ss.

BERANGER, Les jugements de Cicéron sur les Gracques, Aufstieg und Niedergang der röm. Welt, I, 1 (1972), p. 732 ss.

BETTI, La rivoluzione dei tribuni in Roma dal 133 - all'88, Labeo, 9, (1963), p. 57 ss.

BLAZQUEZ, Ciclos y Temas de la Historia de España. La romanización. Madrid, 1964.

BLEICKEN, Das Volkstribunat der klassischen Republik, Munich, 1955.

BONENFANT, Le Iustitium de Tiberius Sempronius Gracchus. Hommages, Renard, 2, p. 113 ss. --- (Latomus 1969).

BONFANTE, Storia del Diritto Romano, 4ª ed. (reimpres), 2 vols., Milano, 1958. (Traduc-

ción española de J. Santacruz Teijeiro, -
Madrid, 1944).

BOREN, The urban Side of the Graccan Economic Crisis, The American Historical Review, 63 -
(1958), p. 890 ss.

BURDESE, Studi sull' "ager publicus", Torino, 1952;
Manuale di Diritto Pubblico Romano, Torino,
1972.

BROWN, Greek influence on Tiberius Gracchus, Class. Journal, 1946-1947, p. 471 ss.

BRUNT, Recensión a Earl, Tibrius Gracchus, Gnomon,
37 (1965), p. 189 ss.

CALLEGARI, La legislazione sociale di Caio Gracco,
Roma, 1972.

CARCOPINO, Autour des Gracques, 2ª ed., París, 1967.

CARDINALI, Studi Graccani, Roma, 1965. (Reimpresión
de la edición de Génova, 1912).

CELESTINO Y GOMEZ, Toletum, Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Toledo, 1976 págs. 161-179.

COLIN, Rome et la Grece de 200 a 146 avant Jesus-Christ, Roma, 1965. (Reimpresión de la --
edición de París, 1905).

CORRADI, Caio Gracco, St. it. fil. clas. 1928.

CURRERI, Capua e l'ager Campanus nella legislazione agraria e colonaria di Caio Gracco, Epigraphica, 33 (1971), p. 33 ss.

DE MARTINO, Storia della Costituzione Romana, 5 tomos, 6 volúmenes, Napoli, 1972-1975.

DE RUGGIERO, Voz "Agrariae Leges", en Enciclopedia Giuridica.

DIE GOYANES, La cuestión agraria en la República -- romana hasta los Gracos, Madrid, 1977.

DREXLER, Zur Frage der Schuld des Tiberius Gracchus. Emerita, 1951, p. 53 ss.

EARL, Tiberius Gracchus last Assembly. Athenaeum, - 53 (1965), p. 95 ss.; Tiberius Gracchus. A Study in Politics, Latomus, Bruselas, - 1963.

FLACELIERE, Plutarque. Vies. XI. Paris, 1976.

FRACCARO, Studi sull'età dei Gracchi, Roma, 1967 -- (Reimpresión de la edición de Città di -- Castelo, 1914); I processi degli Scipioni, Roma, 1967 (Reimpresión de la edición de Pisa, 1911); Oratori ed orazioni dell'età dei Gracchi, Studi storici per l'antichità classica, 5 (1912).

FREZZA, Recensión a Wolf, Historische Untersuchungen zu den Gesetzen des C. Gracchus, etc., Studia et documenta historiae et iuris, - 40 (1974), p. 446 ss.

GABBA, Studi su Dionigi d'Alicarnase. 3. La proposta di legge agraria di Spurio Cassio, --- Studi Malcovati. (= Athenaeum, 42, 1964), p. 29 ss.; Appiano e la Storia delle guerre civili, Firenze, 1956; Osservazioni sulla lege giudiziaria di M. Livio Druso, Parola del passato, 2 (1956), p. 363 ss.

GEER, Plutarch and Appian on Ti. Gracchus, Class. - et Med. Studies. Studies Rand, 1938, p. - 105 ss.

GREENIDGE, A History of Rome during the later Republic and early Principate, London, 1904.

GUARINO, Recensión a Nicolet, Les Gracques. Crise - agraire et révolution a Rome, Index, 1 -- (1970), 198 ss.; L'abrogazione di Ottavio, Acc. Sc. Napoli, 81 (1970), p. 236 ss.; La rivoluzione della plebe, Napoli, 1975.

GUTIERREZ ALVIZ, Los Gracos. Notas sobre una revolución fracasada, Boletín de la Universidad de Granada, nº 78, Febrero-Abril de - 1945 (p. 91-109).

GUIZZI. Recensión a Nicolet, Les Gracques, Labeo, - 16 (1970), p. 236 ss.

HACQUARD, DAUTRY, MAISANI, Guide Romaine Antique, - París, 1952.

HAPKE, C. Sempronii Gracchi oratoris fragmenta collecta et illustrata (Diss., Munich 1915)

HARMAND, Société et économie de la République romaine, París, 1976.

HEITLAND, The Roman Republic, 2 (Cambridge, 1909), p. 265 ss.

HERNANDEZ-TEJERO, Lecciones de Derecho Romano, Madrid, 1972.

HEUBNER, Das Ende der Gracchen im Urteil Sallusts, Rhein. Mus. 1962, p. 276 ss.

HOMO, Les Institutions Politiques Romaines, Paris, 1970; Nueva Historia de Roma, 6ª ed., --- trad. esp., Barcelona, 1971.

HUMBERT, voces "Ager Publicus" y "Agrariae Leges", en Dictionaire des antiquités grecques et romaines.

IGLESIAS, Derecho Romano, 6ª ed., Barcelona, 1972.

KASER, Zeitschrift der Savigny Stiftung, 62 (1942), p. 11 y p. 32.

KINDER Y HILGEMANN, Atlas Histórico Mundial, Madrid 3ª ed., 1972.

KORNEMANN, Zur Geschichte der Gracchenzeit. Quellenkritische und chronologische Untersuchungen, Klio, III, Beiheft 1 (1903), p. 443 ss. (= Aus Altertum und Gegenwart, --- 1911, p. 118 ss.).

KUNKEL, Historia del Derecho Romano, trad. esp. de MIQUEL, Barcelona, 1973.

LANGE, Römische Alterthümer, I y III, 1876-79.

LEVI, La costituzione romana dai Gracchi a Giulio Cesare, Firenze, 1928.

LONGO, voz Leges agrariae, Novissimo Digesto Italiano, 9 (1968).

MARTIN, Recherches sur les agronomes latins, Paris, 1971.

MAZZARINO, Il pensiero storico classico, II, 1, p. 416 ss.

- MEIER, Res publica amissa. Eine Studie zu Verfassung und Geschichte der späten römischen Republik, Wiesbaden, 1966.
- MEYER, Untersuchungen zur Geschichte der Gracchen, Kleine Schriften, 2ª ed., Halle, 1924.
- MISPOULET, La Vie Parlementaire a Rome sous la Republique, Roma, 1967, (edición anastática de la de Paris, 1899).
- MOMMSEN, Römische Geschichte, 2 (Berlin, 1855), p. 93 ss.
- MONTESQUIEU, Grandeza y Decadencia de los romanos, trad. esp., Madrid, 1962.
- MOSSE, Recensión a Earl, Tiberius Gracchus, L'Antiquité classique, 33 (1964), p. 548 ss.
- MUNZER, artículos Sempronius Gracchus (Tiberius G., Caius G.), en Pauly-Wissowa, II A, 1375 y 1409.
- NICCOLINI, Origine e primo sviluppo del tribunato della plebe, Historia 3, 1929, p. 181 a 207; I fasti dei Tribuni della Plebe, Milano, 1934; Il tribunato della plebe, Milano, 1931.
- NICOLET, L'inspiration de Ti. Gracchus (a propos d'un livre récent), Rev. Et. Anciennes, 67 (1965), p. 142 ss.; Les Gracques. Crise agraire et révolution a Rome, Paris, 1967; L'ordre équestre a l'époque republicaine, Paris, 1966.
- NIEBUHR, Römische Geschichte, II y III, 1846.

DELL'ORO, La formazione dello Stato patrizio-plebeo
Milano-Varese, 1950.

ORTEGO, Tiermes, Ciudad rupestre celtíbero-romana,
Madrid, 1975.

PAIS, L'autobiografia e il processo repetundarum di
P. Rutilio, en Dalle guerre puniche a Ce-
sare Augusto, I, 35.

PARETI, Storia di Roma, Torino, 1952.

PIGANIOL, Historia de Roma, 2ª ed., trad. esp., Bue-
nos Aires, 1971; L'oeuvre des Gracques, -
Ann. Hist. Ec. Soc., 1929, p. 381 ss.

RENARD, L'assassinat de Scipion Emilien, Rev. Univ.
Brux., 37 (1941), p. 483 ss.

RIDDLE, Tiberius Gracchus. Destroyer or Reformer of
the Republic?, Lexington, 1970.

RIECKEN, Die Quellen zur Geschichte des Tiberius --
Gracchus, 1911.

ROSS TAYLOR, Appian and Plutarch on Tiberius Grac-
chus Last Assembly, Athenaeum, 54 (1966),
p. 238 ss.; Forerunners of the Gracchi, -
Journal of Roman Studies, 52 (1962) p. 19
ss.

SALOMON, Essai sur les structures agraires de l'Ita-
lie centrale en II siècle avant Jesus- --
Christ, Recherches d'Histoire Economique,
Paris, 1964, p. 1-68.

SANTOS YANGUAS, Textos para la Historia Antigua de
Roma, Madrid, 1977.

- SCHWARTZ, Gött. Gel. Anz., 1896, p. 792 ss.
- SIBER, Die plebeischen Magistraturen, Leipzig, 1936
- SMUTS, Stoic influences on Tiberius Gracchus, Acta classica, I, 1958, p. 106-116.
- SOLTAU, Plutarchs Quellen zu den Biographien der -- Gracchen, Jahrb. f. Phil., 1896, p. 537 - ss.
- STERN, Zur Beurteilung der politischen Wirksamkeit des Tiberius und C. Gracchus, Hermes, 56 (1921), p. 229 ss.
- TAEGER, Tiberius Gracchus, Stuttgart, 1918.
- TIBILETTI, Lo sviluppo del latifondio dell'epoca -- graccana al principio dell'impero, X Congr. Inter. Sc. Stor., 2, (Firenze 1955) p. 235-295; Il possesso dell'ager publicus e le norme de modo agrorum sino al -- Gracchi, Athenaeum, 1949, p. 3-41; Le leggi "de iudiciis repetundarum" fino alla guerra sociale, Athenaeum, 1953.
- TOZZI, Economistas griegos y romanos, trad. esp., - México, 1974.
- VANCURA, articolo "Leges agrariae", Pauly-Wissowa, XII, 1170.
- WEHRMANN, Zur Geschichte des römischen Volkstribunats, Stettin, 1887.
- WHITE, Appian's Roman History, London, 1972.
- WOLF, Historische Untersuchungen zu den Gesetzen -- des C. Gracchus: "leges de iudiciis" und

"leges de socii". Diss., Munich, 1972.

ZANCAN, Sul possesso dell'ager publicus, Atti Accad. Scienze Torino, 1931-32, p. 35 ss.; Ager publicus. Ricerche di Storia e di Diritto Romano, Padova, 1935.

ZIEGLER, Fasti Tribunorum plebis 133-70, Ulm, 1903.

